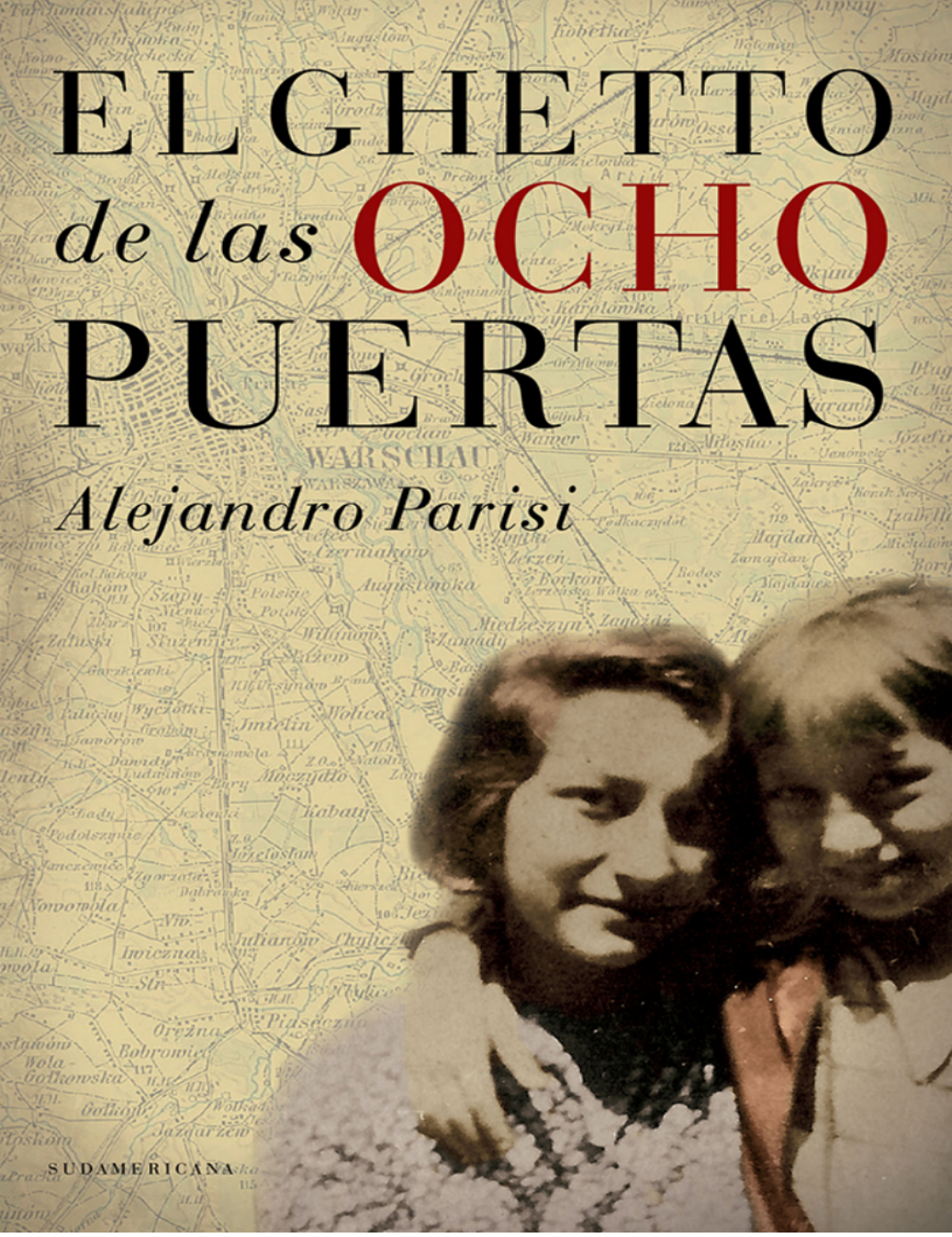
EL GHETTO *de las* OCHO PUERTAS

Alejandro Parisi



SUDAMERICANA

Alejandro Parisi

El ghetto de las ocho puertas

FOTOGRAFÍAS: ARCHIVO PERSONAL DE LA FAMILIA ERLICH.

Nota del autor

A mediados de 2007, mi amigo Ary Erlich me llamó para decirme que tenía que hablar conmigo. Un rato después estaba tocando el timbre de mi casa. Entró, se sentó en el sillón del living y, sin preámbulos, dijo: "Quiero que escribas la historia de mi familia". Todos tenemos la vana fantasía de que nuestra vida y la de nuestra familia son dignas de ser contadas en un libro. Sin embargo, en este caso los méritos no eran injustificados. A lo largo de diez años de amistad, Ary y Alejandra, su mujer, me habían ido contando algunas historias de la vida de los abuelos y del padre de Ary, judíos polacos sobrevivientes del ghetto de Varsovia. Anécdotas aisladas, rodeadas de muchas casualidades y un heroísmo que rayaba la inverosimilitud. Sin saber mucho más que eso, acepté la propuesta, incapaz de negarme al pedido de un amigo.

Mira Ostromogilska, la abuela de Ary, resultó ser una mujer de ochenta y seis años con la energía de un adolescente. Viajaba por el mundo, enviaba mails, caminaba en la cinta con regularidad. Disfrutaba cada segundo del día como si fuera el último. Durante poco menos de un año la entrevisté en su departamento de Belgrano. Había

tenido que callar su historia por más de medio siglo, y cuando todos creían que el silencio habría borrado las huellas de la guerra, el ghetto y las persecuciones, su memoria se abrió ante mí con una nitidez estremecedora.

A diferencia de miles de otras historias, los Erlich no habían pasado por un campo de concentración; sin embargo, eso no significaba que sus vidas fueran menos emocionantes. Antes de cada reunión, me encargaba de preparar una guía de preguntas que nunca pude seguir. Imposible resistirme a aquella voz memoriosa que saltaba en el tiempo llevada por los olores, las sensaciones y las antiguas fotos familiares, ansiosa por contar todo lo que había vivido. Aunque a veces el tiempo funde los colores, las siluetas nunca acaban de borrarse. Quizá la historia de Mira Ostromogilska, su marido Edek Erlich y sus hijos Teo y Alice pueda parecer, en algunos momentos, algo inverosímil; su valor y su astucia, demasiado asombrosos para ser reales. Pero lo son: hubiera pagado todo el dinero que no tengo por inventar semejante historia. Una historia desbordante, que me vi obligado a recortar como un cirujano, frente a aquella mujer que lo recordaba todo.

Debo confesar que durante todo un año esperé que en la voz de Mira afloraran el odio, el rencor hacia los alemanes y los católicos… Pero nunca ocurrió. De a ratos, ella me miraba a los ojos diciendo: "No entiendo cómo pudo pasar eso". Otras veces, en cambio, mientras yo hacía fuerza para no llorar, ella interrumpía el relato de un fusilamiento en el ghetto para decirme con total naturalidad: "¿No quiere comer un pepinito con pastrón?". Y luego, indiferente a mi cara de asombro, volvía a su relato.

Poco tiempo después de leer la versión final de este libro, o casi al mismo tiempo, Mira enfermó de gravedad. Quizá, la tranquilidad de saber que su historia no iba a quedar en el olvido sirvió de alivio al cabo de una vida tan intensa, y así, el 16 de junio de 2009, Mira Ostromogilska murió. La enterraron junto a Edek, su marido, en un sector especial del Cementerio de La Tablada destinado a albergar el descanso eterno de los Héroes del Holocausto.

Pero la suya no es sólo la historia de un sobreviviente del Holocausto. Es una muestra de lo que el Hombre puede llegar a hacer

para sobrevivir a su época. La que les tocó vivir a Mira y Edek fue cruel. Pero en este caso la crueldad no se transformó en odio ni en rencor, sino en una búsqueda ciega de la felicidad que quiso robarle la Historia.

Ese es el mejor legado que les ha dejado a sus descendientes.

ALEJANDRO PARISI

Buenos Aires, junio de 2009

A la memoria de Mira Ostromogilska
(1922-2009)

Varsovia

Mira y Edwarda Ostromogilska. Lodz, 1928.

En sus orígenes, la palabra Polonia significa “gente de campo”. Y en los orígenes de esta historia también estaban Polonia y su gente, pasando a través de los cristales de la ventanilla como una secuencia de fotografías idénticas, campo y más campo rodeado por un horizonte infinito, apenas alterado por chimeneas de fábricas lejanas, campesinos y animales desganados vagando por los pastizales y niños de rostros borrosos que esperaban junto a las vías para saludar el paso del tren. En cada estación, familias enteras subían arrastrando bultos y animales. Gallinas, cabras, hombres y mujeres y niños con ropas modernas, campesinos vestidos con ajados trajes de domingo, judíos cubiertos de pie a cabeza con caftanes negros, barbas largas y sombreros de ala ancha como venidos de otro tiempo… De vez en cuando, algún pasajero saludaba a mi madre y ella respondía con un murmullo.

Habíamos partido de Lodz hacía más de una hora, y en todo aquel tiempo ninguna había dicho nada. Aunque, quizá, en silencio y cada una a su modo, las tres estuviéramos pensando lo mismo. Edwarda, mi hermana, leía un libro sin prestar atención al paisaje que a mí me deslumbraba. Sentada a mi lado, mamá respiraba profundamente y se llevaba a los ojos un pañuelo blanco para limpiarse unas lágrimas que se habían secado hacía ya tiempo. La tristeza, en cambio, perduraba.

Tres años atrás, mamá había sido la mujer de un comerciante próspero y señora de una casa acomodada; ahora se había convertido en una viuda que cargaba con dos hijas sin saber cómo haría para mantenerlas. Antes de eso había estado enamorada de otro hombre, un hombre al que su familia no había aceptado. Según ellos, aquello no había sido amor, sino la simple confusión de una muchacha sin experiencia. Así fue que le presentaron a Jacob Ostromogilsky, quien se convirtió primero en su marido y luego en el padre de sus dos hijas.

De origen ruso al igual que toda su familia, Jacob había desertado del ejército del Zar en la primera guerra y había huido de Rusia para establecerse en Lodz, donde vivían su padre, su madre, dos de sus hermanos y sus dos hermanas. Jacob se acopló a la vida familiar de Polonia y, pocos años más tarde, montó la perfumería Moderne en Piotrykowska 17, una de las calles más importantes de Lodz. Vendía perfumes, perfumes que él mismo traía de Francia.

Aquellos viajes de papá eran cajas de sorpresas. Siempre íbamos a recibirlo a la estación y, luego de los abrazos y los besos de rigor, sus tres mujeres nos dedicábamos a contemplar los regalos: las blusas de seda que exaltaban aún más la belleza de mi madre, las muñecas de cabellos rubios y mejillas sonrosadas... Recuerdo esa época como una mezcla perfecta de placeres infantiles, regalos y sonrisas que parecía durarían por siempre.

Pero entonces ocurrieron cosas terribles, y todo pasó rápidamente, como suelen ocurrir las cosas terribles. En marzo de 1929 mi padre había comprado una importante cantidad de perfumes franceses que había pagado contrayendo una deuda con un prestamista. No era la primera vez que lo hacía, y en una situación normal hubiera vendido los perfumes y hubiese recuperado los pagarés sin complicaciones. Pero 1929 fue un año imprevisible, incluso para mi padre, que era un gran ajedrecista y mejor comerciante: el negocio se vació de clientes, de repente parecía que en Polonia ya a nadie le interesaba comprar perfumes.

Aunque en ese tiempo yo sólo tenía siete años, aún puedo recordar el rostro ensombrecido de mi padre cada vez que regresaba del negocio. Lo que más lo atormentaba no era no poder mantener a su familia, sino no poder pagar su deuda. Las ventas habían caído, y los pagarés comenzaban a pesarle más que las balas, las trincheras, el exilio y todo lo que había soportado en su vida. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por salvaguardar su honor.

El sábado anterior a Pentecostés, Jacob Ostromogilsky salió de viaje en dirección a Varsovia. Su intención era pedirle a Zygmunt Danziger, hermano de mi madre, el dinero que necesitaba para saldar su deuda y poder continuar con el negocio y con su vida. Mamá, Edwarda y yo lo

acompañamos a la estación. Lo despedimos con besos y abrazos. Es extraño, o quizá revelador, pero el único recuerdo nítido que me quedó de aquel día fue la imagen de sus zapatos alzándose del andén para posarse en la escalerilla del tren que lo condujo a Varsovia. Nada más, ni siquiera su rostro, su sonrisa o una palabra de afecto, tan sólo la urgencia de partir y terminar con todo aquello.

Pasamos el fin de semana las tres solas con las sirvientas que entonces llevaban nuestra casa. En aquella época aún no iba a la escuela y, a diferencia de mi hermana, que era siete años mayor y ya estudiaba en el colegio secundario, tenía mucho tiempo libre. El martes, luego de las fiestas, mi madre me vistió y prometió llevarme al parque. Dijo que antes pasaríamos por la perfumería a esperar a mi padre, que debía regresar de Varsovia justo a tiempo para abrir el negocio.

Caminamos por Lodz tomadas de la mano bajo el sol de primavera. Cuando llegamos a la perfumería, encontramos la puerta del negocio cerrada por dentro, sin la cadena y el candado de seguridad. Hasta yo podía darme cuenta de que algo andaba mal. Preocupada pero decidida, mi madre me pidió que esperara en la calle hasta que ella me llamara. La vi entrar, luego oí un grito. Y nada más, sólo silencio.

Al entrar primero sentí un olor dulce, pero de una dulzura distinta a la de los perfumes que había en los estantes. Llamé a mamá, pero ella no respondió. Papá tampoco. Avancé unos pasos y entonces descubrí a mi madre desmayada en el suelo y, más allá, un bulto impreciso desparramado junto al calentador a gas. Los zapatos también estaban allí. Fueron lo único que vi, pero eso bastó para que comprendiera lo que había pasado.

Mis gritos atrajeron a vecinos y amigos, que recogieron a mi madre del suelo y nos llevaron a casa. Ese mismo día sepultaron a papá. Más tarde supimos que, antes de suicidarse, había escrito tres cartas: una para la policía, con todas las aclaraciones pertinentes al caso; otra para nosotras; la tercera no recuerdo para quién era, aunque es posible que fuera para sus hermanos o sus padres.

A través de su carta nos enteramos de que en Varsovia papá no había recibido ayuda de nadie: la negativa de su cuñado terminó de

mancillar el poco orgullo que le quedaba. Regresó a Lodz desesperado y endeudado. Tal vez avergonzado, o bien para que no interfirieran en su plan, papá evitó despedirse de su mujer y sus hijas. Tan sólo acabó con su vida como ese año lo hicieron tantos otros hombres, incluido el padre de Stefa, a quien conocería ese mismo año al comenzar la escuela.

Stefa fue mi primera amiga, y aunque lo que nos unió fue un banco de clase, ambas compartíamos la ausencia de nuestros padres. El suyo se había suicidado bebiendo yodo y había sido sepultado en el mismo cementerio que papá. A veces, Stefa, su madre, yo y mamá íbamos juntas al cementerio a llevarles flores. Salvo aquellos "paseos", mamá apenas si salía de casa. Todo había ocurrido tan de repente que aún no podía explicárselo. Distinto hubiera sido si papá hubiese estado enfermo, pero Jacob Ostromogilsky había muerto a los cuarenta y seis años, completamente sano, esclavo de su honor.

Pronto las cuentas comenzaron a acumularse, la perfumería permanecía cerrada y con una deuda inmensa. En apenas unos meses lo habíamos perdido todo, a mi padre, su negocio, las criadas, la cocinera y todo lo demás, incluida la casa, ya que debimos mudarnos a una mucho más pequeña. Todo parecía haberse terminado para nosotras…

Recuerdo que unos años antes de su muerte, cuando yo tendría unos cinco o seis años, entré a la perfumería acompañando a mi madre y descubrimos una escena extraña: un joven, empleado de mi padre, estaba de rodillas frente a él y frente a su propio padre, que sostenía un crucifijo en alto y pronunciaba amenazas. Aquel chico había robado algunos perfumes, y, al descubrirlo, su padre lo había llevado hasta el negocio y, delante suyo y de papá, lo obligó a jurar por su Dios que nunca volvería a robarle. Es extraño que en aquella época en la que sucederían tantas atrocidades, matanzas y guerras, los hombres defendieran su honor con tanto romanticismo. Y fue ese honor lo que, poco tiempo después de la muerte de papá, llevó a su acreedor hasta nuestra casa para devolvernos los pagarés que él había firmado. Aquello significó dos cosas: que la perfumería aún no estaba quebrada y que alguien debía hacerse cargo de ella.

Durante dos años mamá intentó sacar a flote el negocio. Pasaba los días en la perfumería; por las tardes, al regreso de la escuela, Edwarda iba a ayudarla. Yo, que aún era pequeña, terminadas las clases regresaba para hacerme la comida y ordenar la casa con la suficiencia de alguien mayor a los nueve años que tenía por entonces. Porque la muerte de papá nos hizo crecer de golpe, y no sólo a nosotras, sus hijas, sino también a mi madre, que se convirtió en la única responsable de la familia y de un negocio que agonizaba.

Pronto, o mejor dicho, tarde, mamá comprendió que sus esfuerzos eran en vano. No conocía el oficio y tampoco tenía fuerzas para sobrellevar todo aquello. Al fin terminó aceptando que en Lodz no había futuro para nosotras. No le quedaron más opciones que recurrir a los mismos parientes que habían empujado a mi padre al suicidio. Pero esta vez ellos aceptaron ayudarnos, siempre y cuando dejásemos Lodz para establecernos en Varsovia. Así fue que juntamos nuestras cosas, incluidas varias cajas de perfumes, y tomamos aquel tren en el que mi padre había hecho su último viaje en 1929 y que, ahora, en 1932, me enseñaba la inmensidad de Polonia a través de sus ventanas acristaladas.

Nuestro silencio se debía tanto al temor frente a lo desconocido, la gran ciudad que era Varsovia y en la que mi madre había crecido hasta casarse, como a los recuerdos que inevitablemente nos acompañaron durante todo el viaje. De a ratos, mi madre me acariciaba la frente o señalaba algo en la ventanilla para que yo mirara el paisaje y dejase de observarla a ella. Entonces yo contemplaba el paisaje y luego posaba mis ojos en mamá, que volvía a acariciarme la frente.

Antes de que yo naciera, mi madre sufrió una caída que la postró en cama durante nueve días. Y por nueve días sufrió dolores que pusieron en peligro mi nacimiento y demoraron el parto. Todos esperaban lo peor, que yo naciera muerta, o bien que mi madre no lograra sobrevivir a las heridas internas que le habría infligido la caída. Al fin, al noveno día nací con una pequeña marca en la cabeza que, según las creencias, me auguraba una vida feliz y la suerte de los elegidos.

Porque si bien mis padres no eran religiosos sino modernos, o asimilados, como nos llamaban los judíos que aún vestían al estilo asiático; si bien las mujeres de mi familia habían dejado de afeitarse la cabeza y usar peluca y los hombres se habían afeitado las barbas que los habían identificado durante miles años; si bien habíamos cambiado la Torá por los libros de divulgación científica y las escuelas rabínicas por las aulas de las universidades, aún conservábamos ciertas creencias supersticiosas. Quizá por eso, ahora, en el tren, luego de perderlo todo, mi madre me acariciaba la cabeza en busca de esa suerte que nos había abandonado.

Tenía ojeras debajo de los ojos, el rictus serio y la mirada perdida. Ni siquiera contestaba a mis preguntas. Había cambiado tanto en esos tres últimos años… Si bien íbamos a encontrarnos con su familia, no estaba feliz. Tampoco yo. Después de todo, si ellos se hubieran decidido a ayudarnos antes, mi padre hubiese seguido con vida, mi madre hubiese seguido siendo la mujer bella y alegre que ya no volvería a ser y yo no tendría que haber partido de mi pueblo hacia una ciudad que no conocía.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Varsovia, recogimos nuestras cosas y descendimos tomadas de las manos, las tres. Abajo, en el andén, nos esperaba Zygmunt, el hermano de mi madre. Era más bajo de lo que imaginaba, aunque sus ropas eran nuevas y en su chaleco resaltaba el brillo dorado de la cadena de su reloj de bolsillo. Hubo llantos, abrazos y miradas feroces que él no vio o no quiso ver. Alguien cargó nuestras valijas hasta un droshky de cuatro ruedas tirado por un caballo, que nos condujo al edificio en el que vivían mis abuelos y donde nos habían alquilado un cuarto para las tres, en el número 16 de la calle Chtodna.

Al llegar, lo primero que hice fue asomarme a la ventana. Por un momento cerré los ojos y respiré el aire perfumado por las flores y los árboles de la plaza de enfrente. Cuando volví a abrirlos, un pájaro cruzó la plaza volando a media altura; desde allí podía oír su canto. Después de mucho tiempo sentí algo parecido a la felicidad. Inconscientemente, me llevé una mano a la cabeza buscando esa marca que había desaparecido con los años pero que parecía conservar

la suerte que volvía a ordenar nuestras vidas. Con los ojos abiertos, bien abiertos, me dije que lo peor ya había pasado, que las cosas no podían más que mejorar.

El edificio de la calle Chtodna era amplio. Nuestro cuarto, en cambio, era tan estrecho que apenas si cabían tres camas. Junto a él estaba el cuarto de Olga Cybulski, una mujer mayor que andaba por la casa ayudándose con un bastón, y que por las noches rezaba sosteniendo un rosario con cuentas de plata. El tercer ambiente del piso era una pequeña sala con cocina a gas. Para hacerla funcionar había que colocar monedas: un té, una moneda; una olla de agua caliente, muchas monedas. De a ratos me detenía a observar el fuego, tratando de calcular cuántas monedas harían falta para cocinar las comidas y los dulces que preparaba nuestra cocinera de Lodz. Ahora, en cambio, además de no tener empleadas que hicieran las tareas de la casa, cada día subíamos hasta el cuarto piso donde vivían mis abuelos: comer con ellos nos ayudaba tanto a combatir la soledad como a ahorrar el poco dinero que nos quedaba.

En el edificio también vivía una hermana de mamá, una mujer a la que todo el mundo apodaba *doctora Karola*. La llamaban así porque había estado casada con un médico, que murió de una infección en el frente ruso luchando por Polonia en la misma guerra de la que mi padre había desertado. De medicina mi tía sabía poco y nada, pero eso no le impedía dar indicaciones cuando algún vecino llamaba desesperado porque su hijo tenía fiebre o su mujer se había quebrado una pierna. Me gustaba escucharla recetar extraños remedios que nadie cuestionaba, y a veces hasta debía cubrirme la boca para que no se oyera mi risa. Porque a Débora Tauberhaus, mi abuela, no le gustaba que la gente riera… En verdad le gustaban pocas cosas. Se quejaba y daba órdenes sin parar. Cada día, a las tres de la tarde, una enfermera iba a atenderla y las dos, misteriosamente, se encerraban en el cuarto. Una vez que dejaron la puerta entornada, pude ver que mi abuela se tendía de espaldas en la cama, con el torso desnudo, y la enfermera le desparramaba sobre la piel puñados de gusanos negros que al rato se tornaban rojos como la sangre. “Es sangre”, me dijo mi

abuelo, y después también dijo que eran sanguijuelas y que se las colocaban para que absorbieran la enfermedad de su mujer. Cuando le pregunté si existían sanguijuelas que absorbieran el mal humor, él se rió y me acarició el cabello de la misma forma que lo hacía mi padre.

Si bien en Lodz había ido a la escuela primaria pública, pronto entendí que en Varsovia no sería sencillo acceder a una de esas plazas. Los únicos judíos que lo lograban eran hijos de altos funcionarios o tan ricos como para sobornar a quien fuera necesario. Al parecer, los judíos vivíamos en un país que sólo nos aceptaba a cuentagotas. La única opción era pagar una escuela privada. Pero, ¿cómo pagarla si apenas teníamos dinero para vivir? Otra vez debimos pedirle ayuda a la familia de mi madre. Y fue mi tío Zygmunt quien pagó para que cada día yo fuera a la escuela. Además de la muerte de mi padre, ahora también le debía la posibilidad de seguir estudiando.

La escuela secundaria a la que asistía era de especialidad contable. A diferencia de la de Lodz, donde se estudiaba el alemán, el segundo idioma que enseñaban en Varsovia era el francés, que aseguraba a los alumnos el toque de distinción que exigía vivir en una ciudad occidental y moderna.

Lo único que conservaba de la primera escuela era una pequeña cartuchera de cuero marrón que me había traído de Berlín el hermano menor de mi padre, exiliado de Polonia por cuestiones políticas. Dentro de la cartuchera llevaba regla, transportador, tinta y las plumas que cuidaba con mucho recelo. Pero sobre todo cuidaba la cartuchera, que olía a cuero y era mucho mejor que las cartucheras ajadas que llevaban mis compañeros de clase.

Dos casas más allá de la nuestra, estaba la fábrica de cajas de cartón de Mordejai Danziger, mi abuelo. A veces, de regreso de la escuela lo ayudaba con su trabajo. Me gustaba pasar la tarde con él, pegando con almidón las cajas que servirían para envolver medias, camisas y vajilla. Había cajas de todos los tamaños, y además de que me entretenía pegando las cajas, el abuelo resultaba ser una excelente compañía para mi soledad.

Porque por entonces mamá salía mucho. Durante el día, recorría las

casas de los amigos de la familia y también de los antiguos amigos que había tenido antes de casarse. No lo hacía para pasear o matar el tiempo, sino para vender los perfumes que habíamos traído de Lodz, y también billetes de lotería. Cuando vendía un número ganador, mamá recibía una pequeña comisión que se transformaba en ropa, comida o mantas para el invierno. Aunque aún era joven, nunca volvió a estar con ningún otro hombre. De noche la podía oír llorar bajo las sábanas y mirar el techo con los ojos abiertos, que, como los de un gato, reflejaban la luz de las lámparas de gas que entraba por las rendijas de la ventana.

Edwarda también había comenzado a trabajar: era telefonista en Dunlop, una empresa inglesa que vendía neumáticos. Había conseguido el trabajo a través de Ada, la mujer del tío Zygmunt, que había trabajado allí de taquígrafa hasta que se casó y pudo dedicarse a lo que más le gustaba: hacer nada. A Edwarda se la veía alegre y más hermosa que nunca. A los dieciocho años se había convertido en toda una mujer. Salía por las mañanas y regresaba bien entrada la tarde; entonces yo me sentaba a escucharla hablar de lo grande y moderna que era Varsovia, de las tiendas que, un poco más allá de nuestra calle, vendían sombreros, guantes y libros, de los Jardines de Sajonia y de los peces que atravesaban el Vístula para comer los mendrugos de pan que les arrojaba la gente. “No hay tantas fábricas como en Lodz, aquí se puede ver el cielo”, repetía Edwarda mientras se peinaba el cabello.

Así fue como conocí Varsovia: sin salir de casa, oyendo todo lo que me contaba ella. Salvo a la escuela, yo no iba a muchos lugares. Pero los domingos, por la mañana, bajaba a la calle y cruzaba la plaza para alcanzar la iglesia de Karola Bormeussa. Era una iglesia católica, como todo nuestro barrio, y los domingos se realizaban bodas de católicos que llegaban en droshky o en autos relucientes. Me gustaba entrar a la iglesia y presenciar la ceremonia, donde no se rompían copas ni se cubrían las cabezas de los novios; me confundía ver a los hombres y las mujeres mezclados en el templo. Afuera, las parejas se besaban, abrazadas ante el fotógrafo que vivía en la planta baja de nuestro edificio. Allí, en una sala junto a la puerta de calle, aquel hombre

tenía colgados decenas de retratos de novios recién casados. Cada vez que podía, entraba para contemplar una foto en particular: en ella, un hombre vestido con traje oscuro y camisa blanca rodeaba con el brazo la cintura de una joven bellísima de largos cabellos negros tocados con una corona de flores blancas. Hermosa, sonreía enseñando una dentadura perfecta bajo su nariz pequeña mientras sus ojos claros se entrecerraban para evitar el flash de la cámara.

Siempre, al salir o regresar a nuestro edificio, entraba a la sala del fotógrafo para ver aquel retrato que se había vuelto sepia con el paso del tiempo. Un día el fotógrafo se acercó en silencio. Por un momento esperé que me echara, después de todo aquel era su lugar de trabajo y no necesitaba una niña curiosa ocupando la sala. Sin embargo el hombre permaneció en silencio durante varios segundos, hasta que al fin dijo: “Era hermosa”. “Y está muerta”, dijo después. La sola idea de que el hombre hubiera fotografiado a una muerta me heló la sangre. Subí corriendo las escaleras en dirección a mi casa, asustada y confundida.

Estuve varios días sin salir para evitar pasar cerca de aquel retrato y, lo que hubiera sido peor, cruzarme con el fotógrafo. ¿Qué clase de demonio podía desenterrar un cadáver, vestirlo con el ajuar de novia, mantenerlo alzado para que pareciera vivo y sacarle una fotografía? ¿Y cómo había logrado que sus ojos permanecieran abiertos? ¿La había embrujado? ¿O acaso había logrado fotografiar a un fantasma? En Lodz mi abuela paterna me había contado historias de demonios que resucitaban a los muertos y los convertían en almas en pena; a veces se los veía vagar por los pueblos buscando vengarse de aquellos que les impedían el descanso eterno. Quizá la mujer de la foto fuera eso… ¿Y el novio? ¿Sabría que se había casado con un fantasma?

Demoré menos de cinco minutos en completar la historia: aquella pareja se había comprometido porque estaban tan enamorados como nunca nadie lo había estado antes, pero en vísperas de la boda ella había muerto de una terrible enfermedad, quizá hasta atropellada por un caballo; después del entierro, desesperado, su novio había esperado que el cortejo fúnebre se marchara para desenterrarla y casarse con ella. El fotógrafo, evidentemente en complicidad con el novio, se

había prestado a retratarlos y ahora exhibía la foto como un trofeo de su victoria sobre la muerte.

Una tarde en que miraba la iglesia a través de la ventana, Edwarda reparó en mi cara de preocupación. Insistió con las preguntas y acabé por contarle aquella extraña historia. Me escuchó sin interrumpirme. Cuando terminé de hablar, la vi sonreír. Entonces ella dijo dos cosas: que la mujer había muerto después de que le habían tomado la foto, y que yo estaba leyendo demasiados libros.

No se equivocaba. Cerca de casa, en la calle Elektralna, había una biblioteca pública que alquilaba libros por unos pocos centavos. Cada lunes, me acercaba hasta allí para tomar un libro y devolver el que había leído esa semana. Por aquella época leía mucho, muchísimo, en especial a Tolstoi, Dickens, Dostoievski, Henryk Sienkiewicz, Wladyslaw Reymont… Cuando acababa mis tareas escolares y no tenía que ayudar al abuelo con las cajas, me sentaba a leer durante horas. Aún recuerdo las historias de encierros, familias que se odiaban y personajes heroicos que me quitaban el sueño.

Como las de los libros, nuestra familia tampoco era perfecta. Mi tío Zygmunt y su mujer parecían espectros que lo sabían todo y a los que debíamos pedir ayuda todo el tiempo. Cada vez que la tía Ada venía de visita, la abuela cobraba una vitalidad exacerbada, como si la inmovilidad parcial de su cuerpo sanara milagrosamente durante el rato que ella necesitaba para sacar su mejor vajilla y servir toda clase de pasteles y dulces. Pero lo que más me molestaba era que, antes de que la tía Ada se sentara a la mesa, la abuela le tendía un almohadón debajo de su silla. Debía morderme los labios para no gritar: ¿acaso mi madre, que pasaba el día recorriendo casas para ganar un poco de dinero, no merecía también un almohadón mullido sobre el que descansar su cuerpo? No para mi abuela. Ella era así, interesada, y mamá, Edwarda y yo teníamos muy poco que ofrecerle.

Cuando llegaban las vacaciones, tomaba el tren y volvía a cruzar Polonia para pasar el verano con la familia de papá. En la estación me esperaba mi primo Busik. Comprábamos té caliente en uno de los puestos que había en el andén y lo bebíamos mientras nos poníamos al

día sobre las novedades del último año. Luego nos dirigíamos a casa de la abuela Eugenia, que siempre me esperaba con regalos y el cariño que no encontraba en mi abuela de Varsovia.

De alguna forma, estar con la madre y los hermanos de mi padre era como estar con él, y las historias que ellos contaban me permitían conocerlo mejor. Mis visitas provocaban extensas reuniones, los primos en torno a la abuela y la mesa cargada de comida, riendo, hablando a los gritos por sobre las conversaciones de los mayores. Para esa época, tanto en Varsovia como en Lodz ya todos comenzaban a hablar de Hitler. Algunos con indiferencia, otros con temor, pero nadie evitaba hablar del tema. Cuando le pregunté a mi abuela quién era Hitler, ella me enseñó su fotografía en el diario: al verlo, tan acicalado, con aquel bigote infantil bajo la nariz, pensé que un hombre tan pequeño no podía ser tan peligroso como decían. Pero el Partido Nacionalsocialista había ganado las elecciones en Alemania y, ya en 1935, los temores al nazismo comenzaban a tomar forma, una forma oscura que pronto cubriría a toda Europa.

Los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 debían demostrarle al mundo entero la magnificencia del Estado alemán y la superioridad de la raza blanca. Pero curiosamente el atleta más popular resultó ser un negro. De origen afroamericano, Jesse Owens ganó las pruebas de cien, doscientos y ochocientos metros y salto en largo, empañando los festejos de los organizadores. Las noticias salían con retraso en los periódicos de Varsovia, sin embargo pudimos ver la fotografía de Owens frente a un Hitler furioso y desconcertado.

Entre otras noticias, también leímos que, luego de realizar su primer "Inventario racial biológico", Alemania se preparaba para la guerra. Lo que no decían los diarios era cuándo y dónde comenzaría. Aunque, curtidos por la historia, desde ese momento todos esperamos que los alemanes quisieran apoderarse una vez más de Polonia.

Después de todo lo que pasó con papá, al fin mamá, Edwarda y yo habíamos logrado establecernos y hacer, o mejor dicho, tratábamos de hacer nuestra vida: yo en la escuela, Edwarda atendiendo teléfonos en Dunlop y mamá recorriendo las calles de Varsovia para vender a otros los perfumes y la suerte que ella había perdido hacía tiempo.

En la primavera de 1936, el jefe de mi hermana, un tal Potok, la invitó a comer a su casa junto con su mujer y su inquilino, un hombre de poco más de treinta años que trabajaba en Brol & Rowvinski, una de las tantas fábricas textiles que por entonces había en Polonia. Así fue como mi hermana conoció a Boris Lewin.

La primera vez que vi a Boris fue un domingo, al regreso de la iglesia. Lo encontré sentado en la sala de casa, un tanto nervioso, intercambiando miradas con Edwarda. Al abrir la puerta, Edwarda salió a mi encuentro y, pasándome una mano por los hombros, me presentó como su hermana pequeña, lo que era verdad pero me molestaba: si hay algo que ningún niño nunca quiere escuchar es que

lo presenten como tal. Quizá Boris reparó en mi fastidio, lo cierto es que primero dijo que yo no era tan pequeña y luego se incorporó para besarme el dorso de la mano como hacían los galanes de los libros que yo leía. Era un hombre bajo, catorce años mayor que mi hermana, con abundante cabello rubio peinado hacia atrás. Vestido con traje claro y corbata oscura con rayas blancas, camisa blanca y zapatos brillantes, daba la imagen de un hombre moderno y de buena posición.

Me lo confirmó la caja envuelta en papel rojo que depositó sobre la mesa. Al abrirla, encontré dos niveles de bombones, todos envueltos con un brillante papel metalizado. Se deshacían en la boca sin que necesitara morderlos. Edwarda ya me había dicho que Boris era amable, cariñoso, que trabajaba mucho y ganaba bien… aunque el gesto de besarme la mano y aquellos bombones habían bastado para que yo terminara de aceptarlo.

Mientras comía un bombón tras otro y mi madre se apuraba en servir el té, Boris y Edwarda conversaban y se dedicaban rápidas miradas desde una distancia prudente. Durante la semana salían a cenar, al teatro, a oír música en los cafés. Mi hermana siempre regresaba a medianoche, antes de que el portero cerrara la entrada del edificio. Si regresaba más tarde, tenía que llamar a aquel hombre de sienes plateadas y rostro rojo de alcohólico, darle una propina y, lo que era peor, delatar que llegaba a una hora demasiado imprudente para una chica soltera y de buena familia.

Siempre que regresaba de sus citas con Boris mi hermana contaba los avances de una relación que, aunque escandalizara a mi abuela, progresaba con toda la lentitud que exigía la época: un día contó que Boris le había tomado la mano; otro día que le entregó un ramo de flores; al fin, un día la besó: entonces le propuso matrimonio.

Habían fijado fecha para febrero del año siguiente. Pocos días antes de la boda, cuando las últimas nevadas habían sellado las puertas y ventanas de toda Varsovia, dentro de una casa de la calle Chtodna, precisamente en el cuarto piso, sobre una alfombra, moría Mordejai Danziger, mi abuelo. Cuando los empleados de la casa de sepelio lo retiraban en camilla, pude ver su pierna descubierta por las sábanas. Igual que con mi padre, no le vi la cara, no quise verlo. Me bastó saber

que sus pies habían dejado de caminar.

La costumbre judía exigía guardar luto por cuarenta días, lo que para los judíos ortodoxos de la calle Krochmalna hubiera supuesto aplazar la boda. Sin embargo nosotros no éramos tan estrictos como ellos: nada nos impedía celebrar la boda el mismo 19 de febrero. Eso sí, se realizó en la sinagoga de Nozyk, en la calle Twarda, junto al teatro judío. Boris y Edwarda llegaron en el Buick negro de Potok, como estrellas de cine, disfrutando de una felicidad que debía durar por siempre. Primero, en silencio, los hombres se sentaron por un lado y las mujeres por otro. Luego alabamos la grandeza del Dios de nuestros padres, y una vez que el novio rompió la copa todos nos dirigimos al departamento que Boris había comprado para vivir con su esposa. Recuerdo aquella fiesta con el fervor de la adolescente que era, a medio camino entre los niños que correteaban por la sala y los adultos que bailaban al compás del gramófono. Algunos estaban de pie, otros sentados, las chicas tarareaban melodías, y todos, todos, comían como desaforados. Entretenida con los parientes y los juegos de niños que entonces me parecían lo mejor de las fiestas, no reparé en un muchacho llamado Edek, que recorría el salón con la mirada altiva y un rostro bello que sólo pude descubrir años más tarde. Sí noté la presencia de Busik, mi primo de Lodz, vestido de soldado, que por entonces estaba haciendo el servicio militar y asistió a la boda antes de partir con su regimiento. Cuando la fiesta terminó, mi madre y yo regresamos a la casa de la calle Chtodna, sin Edwarda. En apenas un año y medio, mi hermana había dejado de ser apenas eso, mi hermana, para convertirse en una mujer casada.

Unos pisos más arriba estaba la abuela, con el cuerpo completamente inmovilizado; desorientada y sola, sin el abuelo su vida ya no tenía sentido. Así fue que, cuatro meses después de la boda de Edwarda, Débora Tauberhaus, mi abuela, murió tendida en su cama. Los entierros se habían convertido en algo cotidiano en la familia. También las mudanzas. De modo que, al quedar vacío el piso de los abuelos, con mamá mudamos nuestras cosas hasta el cuarto piso en busca de más espacio y comodidad.

Edwarda dejó de trabajar. Ahora esperaba que Boris regresara de la fábrica textil de la calle Leszno cocinando y escuchando la radio de una sola pieza que le habían regalado para la boda. De noche, pasadas las diez, aquella radio era capaz de captar la emisora comunista de Moscú. También la BBC de Londres, que en noviembre anunció que los nazis atacaron los negocios, casas, hombres y mujeres judíos de toda Alemania.

En Varsovia, en cambio, la vida transcurría con serenidad. Nuestro nuevo departamento era amplio, y así como nos acostumbramos a vivir sin papá, pronto también dejamos de notar la ausencia de Edwarda. Su partida también había supuesto que dejáramos de contar con su sueldo: ahora sólo teníamos lo poco que ganaba mamá vendiendo los billetes de lotería, ya que los perfumes se habían acabado hacía tiempo. A mis diecisiete años, yo ya había terminado la escuela y estaba dispuesta a trabajar. Los contactos de mi hermana terminaron de ayudarme y así logré entrar al departamento contable de Dunlop. Pronto, con orgullo, vi cómo mi sueldo nivelaba las cuentas de la casa.

Aquellos fueron años de grandes cambios. Lo mejor de todo fue que pude disfrutar de todas las cosas que hasta entonces sólo conocía por boca de mi hermana. Era verdad que Varsovia se extendía hasta el Vístula con empedrados y casas bellísimas, que en las calles pasaban tranvías, droshkys y automóviles, todos a un mismo tiempo, con un desorden que se podía oír incluso dentro de los Jardines de Sajonia, donde el viento agitaba las ramas de los tilos y los castaños, mientras un hombre se encargaba de recoger papeles y hojas secas y otro cobraba a los paseantes por sentarse en los bancos. Todo eso me alentaba a vivir, incluso el sueño placentero de los niños que dormían la siesta en los carritos y también los suspiros de las niñeras que buscaban marido en el parque, bajo el sol. Deslumbrada, miraba aquellos rostros sin saber que se convertirían en un retrato color sepia de futuros cadáveres exhibidos en la sala de mi memoria.

Pero entonces sólo me dedicaba a disfrutar de los paseos por Elektralna hasta los Jardines de Sajonia, o ver las vidrieras apretujadas de sombreros de la calle Marszalkowska, donde los

maniquíes estaban adornados con pieles de zorro; o el breve desvío por Swietokrzyska hasta las tiendas de libros de viejo para luego alcanzar las oficinas de Dunlop, donde me encargaba de registrar en los libros contables la venta de cubiertas a todas partes de Europa.

Al margen de estas salidas, la vida en casa me aburría bastante. Mamá había comenzado a envejecer y su hermana Karola lo había hecho antes de tiempo: con apenas cincuenta años estaba encogida, y se lamentaba en su sillón por la crueldad de la vejez mientras anunciaba malos presagios. Leía tres periódicos al día, vivía aterrada sin salir de casa.

Extrañaba la compañía de Edwarda, y tal vez por eso salí en busca de amigas de mi edad. Hice varias que vivían cerca de mi casa. A la salida del trabajo, a veces iba al café o al teatro, donde los actores imitaban a Hitler con tanta gracia que el público reía a carcajadas ante los gestos severos de aquel hombre que, llevado por el frenesí de sus propios discursos, dejaba caer el peluquín que escondía su calvicie.

Algunas noches asistía a las reuniones que se celebraban en casa de Edwarda y Boris. Allí había hombres y mujeres bien vestidos, empleados jerárquicos de fábricas y empresas importantes de Varsovia, que jugaban a los naipes sentados a la mesa mientras sonaba la radio o los discos del gramófono y la criada mantenía los vasos siempre llenos de vodka.

Fue en una de esas reuniones donde Boris contó a sus invitados que había recibido la propuesta de emigrar a América para abrir una fábrica textil en Bogotá, una ciudad lejana en medio de un extraño país al que la gente llamaba Colombia. Inmediatamente, los hombres alzaron los vasos y las mujeres abrieron los ojos de par en par, sorprendidas por aquella oportunidad que se abría ante Boris y Edwarda. Sin embargo, ella no parecía estar tan feliz: con los ojos entrecerrados, miraba algo debajo de la mesa. Boris sonrió y calmó los ánimos de todos. “He rechazado la oferta: no es momento de marcharnos de Polonia ahora que recién nos casamos…” dijo, y luego de un silencio, agregó: “…y menos cuando estamos esperando nuestro primer hijo”.

En medio de las felicitaciones y los gritos de los invitados, los labios

finos de Edwarda se estiraron en una sonrisa que sólo podía ser para mí. Aunque no terminaba de explicarme qué significaba ser tía, al menos sabía que mi hermana seguiría estando cerca… Corrí a abrazarla, aliviada, como si acabara de salvarme de una enorme tragedia.

En febrero cayeron las últimas nevadas sobre Varsovia, demorando el tránsito de los carros sobre las mismas calles donde los niños se deslizaban en trineos lanzando gritos de alegría por sobre las amenazas de los cocheros. Los prestidigitadores, expulsados de las veredas por la nieve, se habían refugiado en los patios cubiertos, donde ahora batían los dados sobre mesas improvisadas, rodeados de curiosos y apostadores que ya no tenían nada más que perder.

Edwarda se preparaba para el parto. Su embarazo había sido tranquilo y placentero. Mamá y yo la visitábamos a diario, pendientes de aquel nieto y sobrino que traería alegría a nuestra familia. ¿Sería niño? ¿Niña? Eso no importaba. Boris ya había reservado una habitación en un lujoso hospital para que al primogénito no le faltara nada.

Y llegó un sábado, 4 de febrero de 1939. Yo había salido temprano de casa y me había dirigido al trabajo para asentar transacciones de neumáticos con la mente puesta en ese parto. Sabía de mujeres que habían muerto al dar a luz, de niños deformes que morían al nacer… Sin embargo, pasado el mediodía, ya incapaz de reprimir la ansiedad, llamé a mi madre para saber cómo iban las cosas. Emocionada, ella me dijo que todo había salido bien, que el niño era hermoso, que Edwarda y Boris estaban felices.

Poco después de la circuncisión, Teo fue presentado a la familia y los amigos como el primogénito que era: tendido sobre una bandeja de plata, desnudo, tal y como lo exigía el rito añejo que confirmaba de dónde veníamos. ¿Hacia dónde íbamos? Eso no estaba claro: Alemania continuaba armándose ante la pasividad del mundo. Sin embargo, pensábamos que Alemania no se animaría a enfrentarse con Polonia. Y no por miedo a los polacos, sino porque Inglaterra había anunciado que nos protegería de cualquier ataque. En las calles todos aseguraban

que Hitler no podría quitarnos ni siquiera un botón del saco.

Todo cambió cuando recibimos la noticia de que habían expulsado a todos los judíos de Alemania. El rumor llegó antes que aquellos desterrados, y levantó una ola de pánico entre los judíos de Varsovia. Abandonadas en la frontera, familias enteras empujaban carros cargados con enseres y arcones llenos de ropa buscando la protección de Polonia. En casa nadie se atrevía a pensar en ello, ni siquiera teníamos el valor de preguntarnos qué había sido de aquel hermano de papá que vivía en Berlín.

Nadie sabía cómo reaccionaría el pueblo polaco ante una posible invasión. La sociedad estaba partida en mil pedazos: unos militaban a favor de un Estado Comunista y resistían las redadas policiales que quemaba sus banderas rojas; otros se convencían de que lo mejor era dejar hacer a Alemania y aceptar su protectorado, mientras que el resto se debatía entre el nacionalismo polaco y las ganas de ser una nación europea que mirase a París y Londres, en lugar de imitar a los bárbaros rusos y alemanes que tanto ansiaban recuperar la tierra que habían poseído hacía años. Los judíos, divididos en aquellos grupos, en tanto, sólo queríamos vivir nuestro destierro en la tierra que nos había dado cobijo desde la Diáspora.

El 1 de septiembre, antes de que amaneciera, los alemanes se lanzaron a la conquista de Polonia. Desoyendo las amenazas inglesas y las plegarias de los polacos, cientos de aviones Stuka, apoyados desde tierra por fuerzas acorazadas, atacaron la frontera polaca. Si bien Varsovia estaba a cientos de kilómetros de distancia, cuando despertamos pudimos oír el rumor que llegaba desde la calle. La gente se abalanzaba sobre las tiendas para comprar alimentos y llenar las despensas, dispuestos a enfrentar un largo tiempo de penurias. Incluso mamá salió temprano en busca de víveres.

Como cualquier día, me dirigí al trabajo sin prestar atención a los gritos ni al rugido de los automóviles militares que se dirigían a reforzar las fronteras. Ante semejante panorama, creí que lo mejor sería concentrarme en el trabajo y hacer de cuenta de que no pasaba nada.

Pero eso era imposible. Al llegar a Dunlop descubrí a mis

compañeros formando una ronda. Sus caras mostraban resignación. El gerente, de origen judío, había decidido vender la empresa y escapar antes de que llegaran los alemanes. Fue un polaco quien se hizo cargo de Dunlop. Quizá por sus creencias o tan sólo para agradar al invasor que estaba al llegar, había decidido despedir a todos los empleados judíos. No me quedó más opción que unirme a una larga fila de hombres y mujeres que arrastraban los pies en dirección a una ventanilla para cobrar la indemnización.

Regresé a casa con el dinero y una desolación atroz. Al verme entrar, mamá me abrazó con todas sus fuerzas. Le enseñé el dinero y le dije que podríamos comprar comida. Sin embargo ella me tranquilizó, diciendo que ya había comprado todo lo que necesitábamos: nuestras despensas estaban llenas de bolsas de sal. La guerra del 14 la había sorprendido sin sal, pero esta vez no volvería a pasarle lo mismo. Mamá sonreía, satisfecha. No pude más que abrazarla y dedicarle unas palabras de aliento.

Algunas noches, con mis amigos nos juntábamos a oír la radio alumbrados con una sola vela. Cuando oímos que Inglaterra y Francia le habían declarado la guerra a Alemania hicimos una pequeña fiesta, si puede llamarse fiesta a oír música en la radio y beber vodka junto a unos jóvenes ciegos de esperanzas.

Pero los días pasaron y los ingleses no sólo no llegaron a Varsovia sino que comenzaron a evacuar Londres por temor a los bombardeos alemanes. En Polonia las cosas empeoraban: Cracovia se había rendido, mientras el ejército alemán avanzaba hacia Varsovia desde el oeste. Previendo la derrota, el 7 de septiembre el gobierno polaco decretó que los hombres jóvenes debían marcharse al bosque para no caer en manos de los alemanes y, tal vez de ese modo, conformar una resistencia que lograra luchar contra los nazis. Inmediatamente, el tío Zygmunt, su mujer y sus hijos se marcharon en dirección a Rusia sin siquiera despedirse de nosotras.

Fueron muchos los que se marcharon, aunque otros decidieron esperar. Boris permaneció en casa junto a su mujer y su hijo. De a ratos, cuando las sirenas dejaban de sonar, mamá y yo íbamos a casa

de Edwarda caminando entre los gritos, el llanto y el cabeceo milenario de los judíos que recitaban la Torá confiados en que ese Dios que los había expulsado del paraíso, que los había convertido en esclavos y que luego los había condenado a caminar durante cuarenta años a través del desierto sin prestar atención a sus súplicas, esta vez sí que intervendría a favor de ellos…

Para nosotros, que sólo nos guiábamos por las noticias que llegaban desde el frente, el final sólo podía ser desgraciado: una a una, con la pasividad de las fichas de dominó, Lodz, Radom, Tarnów y Premysl habían caído ante las fuerzas alemanas. Boris insultaba en voz alta al ejército polaco: "¿Qué pueden hacer unos hombres a caballo contra los tanques alemanes?" Nuestro ejército era una caricatura de ese ejército que avanzaba desde el oeste. Desde el este, las tropas soviéticas también reclamaban su parte. Así, atrapados en el centro de Europa, amenazados por Alemania de un lado y la Unión Soviética del otro, esperábamos el milagro que ya no iba a ocurrir.

El 14 de septiembre, mientras los judíos festejábamos la llegada del Año Nuevo, los bombarderos alemanes concentraron su ataque en el barrio judío de Varsovia. Un par de días más tarde la ciudad quedó cercada, incomunicada, convirtiéndose en el último foco de resistencia polaco que combatía a los invasores.

Luego de disputarse la propiedad de Polonia durante siglos, rusos y alemanes se reunieron en Brest-Litovsk y por primera vez llegaron a un acuerdo: el 19 de septiembre de 1939 Hitler anunció la desaparición del Estado polaco.

Un día a la semana, judíos y católicos descansamos del trabajo para rendir honores a Dios; unos lo hacemos el sábado, otros el domingo. En ambos casos es el día más tranquilo de la semana… Y sin embargo los alemanes eligieron un domingo para desatar el infierno sobre Varsovia.

La noche del 24 de septiembre de 1939 las estrellas se ocultaron detrás de miles de aviones de la Luftwaffe. Las sirenas aullaban sin descanso anunciando el bombardeo. Los más jóvenes habíamos pasado los últimos días tapiando las ventanas y las puertas para impedir que las luces delataran las posiciones de las casas y los vidrios no estallaran con los estruendos. Las explosiones eran tan potentes que podía sentir mi pecho vibrar con el temblor de las paredes. Durante uno de los bombardeos vi que mamá aferraba una vieja foto de papá entre sus manos y la acariciaba con gesto ausente. Sólo entonces me di cuenta de que yo estaba haciendo lo mismo. Permanecimos así varias horas, acurrucadas en un rincón del cuarto, encomendándonos a nuestros muertos en silencio, como todos en Varsovia.

Sólo teníamos que sobrevivir hasta el amanecer, entonces los aviones dejarían el bombardeo para la noche siguiente. Y lo logramos: cuando despuntó el alba, los aviones se alejaron hacia el oeste y las sirenas al fin dejaron de sonar. El bombardeo cesó, y hubo un breve silencio lleno de desconfianza. Sólo entonces escuchamos el grito de los heridos.

Aturdidas, pasamos un rato sin hablar acurrucadas una junto a la otra. Poco a poco, la claridad del sol comenzó a filtrarse por las rendijas de las ventanas tapiadas, transfigurando el polvo que venía de la calle. Con esfuerzo, logré ponerme en pie; sentía las piernas entumecidas, y un hormigueo que me hacía temblar las rodillas. Mamá me siguió y entre las dos quitamos una de las maderas de la

ventana. Afuera, casas derruidas, columnas de humo negro. Pensé en Edwarda y en Teo, que debía estar llorando de pánico en medio de los ruidos. En ese momento, un anciano salió a la calle. Gritó el nombre de alguien, pero nadie respondió.

Necesitaba salir. Al abrir la puerta, mamá empezó a gritar. "No salgas", repetía señalando la ventana, donde vi pasar a tres hombres corriendo, llevando ropas y valijas, botines del saqueo. Besé a mamá en la frente y bajé hacia la calle.

Afuera una cortina de humo y cenizas me obligó a cerrar los ojos. Me cubrí la boca con un pañuelo, avancé hacia la calle. De entre la nube de humo salieron dos caballos ensillados que, como fantasmas, corrían arrastrando los restos de un droshky incendiado. La plaza de enfrente estaba destrozada, la iglesia, en cambio, se mantenía en pie; al verla sentí un poco, apenas un poco, de esperanza.

Volví a casa para comunicarme con Edwarda, pero las líneas telefónicas habían dejado de funcionar. Sentada a la mesa, con una taza de té entre las manos, mamá miraba la foto de mi padre. No nos dijimos nada, no había nada que decir.

Volvió el silencio, y por la noche también volvieron las bombas.

El hombre se acostumbra a todo, y así fue que nosotras no tardamos en acostumbrarnos a las bombas. Pronto los días se volvieron rutinarios. Dormir de día, de noche esconderse de las bombas. Teníamos los víveres necesarios para sobrevivir durante, al menos, veinte días. Pero sólo pudimos aguantar hasta el tercero: la incertidumbre de no saber qué le había pasado a mi hermana nos dio el valor necesario para juntar algo de comida en una bolsa, tomar los abrigos y abandonar nuestro escondite. Antes de salir, tomé la pequeña foto de papá y otra donde estábamos los cuatro y las guardé dentro de una pequeña bolsa que me colgué al cuello, por debajo de la ropa.

Dejamos el edificio de Chtodna y nos adentramos en las calles hacia el norte. La sucesión de bombardeos estaba royendo la ciudad con la precisión de un cirujano titubeante: aquí y allá los techos estaban derrumbados, las calles intransitables, los heridos cojeaban… Salvo

por aquellos que transportaban heridos o muertos, la ciudad estaba paralizada por completo. Las tiendas que días atrás habían estado atestadas de gente ahora permanecían cerradas, como los cines, los teatros y las fábricas. Lo único que funcionaba eran los hospitales, y no daban abasto con la atención de los heridos. Los que se animaban a salir a la calle caminaban a gran velocidad, como si estuvieran apurados por vivir el poco tiempo que les quedaba.

Nosotras avanzábamos lentamente, evitando las montañas de escombros y los carros que transportaban cadáveres y heridos, un revoltijo de cuerpos que despedía hedor y gritos. El miedo a encontrar un rostro conocido entre los muertos me obligaba a alzar la vista al cielo. En una casa que, salvo por el techo, aún continuaba en pie, dos niñas se lanzaban una pelota roja a través del hueco de una ventana salida de cuajo.

Al llegar al edificio en que vivían Boris y Edwarda nos detuvimos para recuperar el aliento. Las puertas estaban cerradas, por lo que, a pesar de la hora temprana, debimos de llamar al portero. El hombre apareció luego de un rato. Antes de abrir la puerta nos preguntó quiénes éramos.

Subimos las escaleras con la respiración entrecortada, tanto por la excitación como por el cansancio. El reencuentro con Edwarda fue largo; abrazadas, las tres lloramos durante un buen rato. Esa noche y las siguientes dormimos allí: si la muerte quería encontrarnos, al menos la esperaríamos juntas.

Varios de mis amigos vivían en torno al edificio de Edwarda, de modo que algunas noches se acercaban a visitarme y nos quedábamos hasta tarde oyendo las noticias que emitía la radio de Londres. Traían vodka y periódicos alemanes. No sé cómo los conseguían, pero Boris los leía enteros, buscando noticias alentadoras entre la propaganda nazi. Una tarde, uno de mis amigos pidió permiso para pasar al baño. Edwarda y Boris se miraron, primero, y luego mi hermana pronunció un no rotundo.

Burlándose, alguien preguntó si escondíamos algo en el baño. Nadie contestó. Aunque por los grifos continuaba saliendo agua, pronto

cesaría el suministro, y yo sabía que Edwarda había llenado la bañadera para que a Teo no le faltara agua. Había echado llave a la puerta del baño porque temía que alguien ajeno a la casa descubriese sus reservas y la delatara. Sin embargo yo podía jurar que mis amigos eran confiables, y por eso me puse de su lado. Edwarda volvió a negarse y entonces, ofendidos por la desconfianza, mis amigos abandonaron las sillas y se marcharon a otra casa. Enojada, grité cosas que no recuerdo. Discutí con mi hermana y la amenacé con irme tras mis amigos. Pero entonces volvieron a sonar las sirenas. Desganados, como si de un acto reflejo se tratara, dejamos de discutir y apagamos las velas. Nadie hablaba, pero en el aire se respiraba la tensión de la discusión a medio terminar. Incómodo, Boris propuso bajar al sótano para refugiarnos con los demás vecinos.

Familias enteras bajaban los escalones de dos en dos sin decir una sola palabra, como si ese silencio bastara para protegerlos de las bombas. Ocupamos un rincón del sótano, junto al portero y su familia. Sus hijos conversan entre risas, como si sólo se tratara de un juego. La mujer del portero tampoco parecía alterada: con la blusa levantada, le daba de mamar a su hijo más pequeño mientras le susurraba una canción.

Calman, el abogado del primer piso, hablaba con Boris con los ojos entornados. De pronto alzó una mano y nos obligó a hacer silencio. Oímos un zumbido de motores, un insecto gigante volando sobre Varsovia. Las primeras bombas cayeron lejos, pero el eco de las explosiones cada vez era más fuerte. Los niños del portero dejaron de reír, el pequeño lloraba. Su madre había comenzado a rezarle a la Virgen. De pronto el techo vibró sobre todos nosotros, y por entre las vigas que lo sostenían cayó un puñado de escombros.

Oí un llanto, y luego una bomba y otra más. Como un acto reflejo, me llevé una mano al cuello para sentir la foto de papá. A mi alrededor sólo oía plegarias, insultos y llantos. Me cubrí la cabeza con las rodillas, temblando. Mi hermana abrazaba a Teo pero no lograba hacerlo callar. Volvieron a caer más bombas. ¿Cuántas bombas tenían los alemanes? ¿Es que no se les acabarían nunca? Al fin llegó el intervalo, cuando los aviones se marcharon a recargar más gasolina y

más bombas.

Tomé a Teo entre mis brazos, lo acuné. El niño poco a poco fue cediendo al cansancio que queda después del miedo. Primero dejó de llorar, luego sonrió, tomándome un dedo con su manito rosada. Al fin se durmió, y su sueño fue tan profundo que las bombas tardaron en despertarlo.

Al amanecer, uno de los hijos del portero trajo la noticia de que el gobierno polaco había escapado a Londres. La guerra terminaba: ahora también podíamos oír los disparos. Poco a poco todos volvimos a tomar las escaleras en dirección a los departamentos. Mamá, Boris, Edwarda, el niño y yo fuimos unos de los primeros. Todo estaba cubierto de polvo, como si una de las bombas hubiera caído sobre el edificio. Lo que no sabíamos era que había caído tan cerca: la puerta del departamento de Boris y Edwarda, salida de sus goznes, se tambaleaba unida al marco por una sola bisagra. Apenas Boris la tocó, la puerta cayó al suelo levantando una nube de polvo.

Entramos. La sala donde habíamos estado conversando con mis amigos ahora estaba en ruinas: el techo se había desplomado sobre las sillas y la mesa, y entre los escombros refulgían los restos metálicos de una bomba. La discusión nos había salvado, aunque el baño estaba destruido y el agua que Edwarda guardaba con tanto recelo se había derramado en el suelo formando charcos entre los escombros.

Un vecino que pasaba por allí, vestido con sus ropas de judío piadoso, nos señaló con la mano: “Dios los ha castigado por haber estado oyendo la radio el día sábado”.

Como la casa de Edwarda estaba parcialmente destruida, pasamos los días siguientes en casa de Calman. Su piso aún se mantenía en pie, pero le faltaban los cristales de todas las ventanas. El viento se filtraba trayendo el frío del otoño que de a ratos se volvía espeso, oscuro, para recordarnos que la ciudad se quemaba alrededor de nosotros. Calman era un hombre generoso; comimos su comida, dormimos en sus camas y juntos nos escondimos de las bombas. En su casa oímos también el

final de los bombardeos: el 27 de septiembre, apenas un mes de empezada la invasión alemana, pegados a las ventanas, en medio de un silencio absoluto, vimos cómo Varsovia se rendía ante los alemanes.

Decenas de miles de soldados y oficiales polacos fueron tomados prisioneros. Corría el rumor de que a los oficiales los fusilaban en los bosques. Polonia había quedado destrozada, sobre todo Varsovia. Como habían cortado el suministro, debíamos salir a la calle con los recipientes a buscar agua.

Los primeros nazis que llegaron se encargaron de limpiar la ciudad para la entrada triunfal de las tropas que ocuparían Varsovia. Llegaron un día en que nevaba. Nos dijeron que en las calles blancas resaltaban las formaciones de soldados, camiones y tanques en medio de cientos de estandartes. Nosotros no los vimos pasar, tan sólo oímos el rugido de los motores y el desfile de los aviones. El hijo del portero aseguraba haber visto al mismísmo Hitler en un auto descapotable. No pudimos saber si era cierto, ya que la radio había dejado de transmitir y los periódicos polacos habían sido prohibidos por los alemanes. El boca a boca era algo de otro tiempo, la gente ya no se animaba a salir de sus casas. Y pronto las calles vacías se llenaron de alemanes y de silencio.

Poco a poco, empujados por la desesperación, todos comenzamos a salir a la calle con la esperanza de encontrar a los familiares y amigos que habían sobrevivido a los bombardeos. Podía ver gente parada frente a las ruinas de los edificios, en silencio, un terrible silencio que siempre terminaba en llanto. Otros se abrazaban y se besaban los rostros cubiertos de polvo en medio de la calle, sólo durante un momento, para luego desaparecer de la vista de los alemanes.

Mamá propuso que todos nos mudásemos a la calle Chtodna. Quizá temía que le robasen la sal, o bien, al igual que yo, ya se había cansado de vivir hacinada en casa de Calman. Ahora que los alemanes se habían establecido en Varsovia, las calles eran aún más peligrosas que durante los bombardeos. Alguien nos había contado que, apenas entrar, habían atrapado a un grupo de jassidim de la calle Krochmalna y los habían hecho desnudarse delante de sus propias familias antes de afeitarles las barbas y obligarlos a orinar dentro de la sinagoga. En otras partes, los alemanes habían fusilado a unos judíos que se habían negado a escupir las escrituras del Arca Sagrada.

Siendo judíos podía sucedernos cualquier cosa. Sin embargo, Edwarda dijo que a simple vista nosotros no parecíamos judíos: ni mamá ni Edwarda ni yo usábamos peluca, Boris tenía el rostro afeitado y hablábamos polaco a la perfección, sin el acento y los vocablos idish que delataban a los judíos de Europa... Boris aceptó la esperanza de Edwarda con melancolía o resignación, y mamá comenzó a juntar sus cosas... Pero entonces alguien llamó a la puerta. Todos retrocedimos, alarmados, y Edwarda se llevó un dedo a los labios.

Quien fuera que golpeaba la puerta se cansó de esperar; pudimos oír sus pasos bajando y subiendo la escalera. De ser alemanes, no tardarían en derribar la puerta. Teníamos poco tiempo, debíamos escondernos cuanto antes. Con el niño en brazos, Edwarda se envolvió

con un chal de seda que una vez papá le trajo de París. Durante uno, dos, tres segundos tuve la sensación de que Varsovia, la guerra, nada de eso hubiera ocurrido si papá hubiese seguido con vida.

Entonces la puerta volvió a vibrar. Los golpes eran fuertes. Oímos una voz áspera de hombre: "Boris, soy Edek", dijo la voz en polaco. Boris reaccionó de inmediato, se abalanzó sobre la puerta, la abrió y luego abrazó al visitante: un muchacho de ojos azules y mirada inteligente. Cruzaron unas frases entrecortadas, luego volvieron a abrazarse. Pasándole un brazo sobre los hombros, Boris lo presentó como Edek, su mejor empleado. Edek tenía sólo tres años más que yo, era de Lublín y trabajaba en el mismo depósito de Brol & Rowvinski del que Boris era jefe; allí habían trabado amistad, y Edek se había convertido en su hombre de confianza: entre los dos reclutaban obreros polacos, les pasaban prendas para coser y luego recibían el trabajo terminado. Boris dijo que hacían un equipo perfecto. Y Edek era hermoso. Claro que eso Boris no lo dijo, sólo lo pensé yo.

Aplazamos la partida por unos minutos para tomar una taza de té. Edek contó cómo había sobrevivido a los bombardeos; Boris resumió nuestros últimos días en pocas palabras y anunció nuestro próximo destino: la casa de la calle Chtodna. Esta vez, Edek nos abrazó a cada uno y prometió visitarnos. Cuando se iba se detuvo y dijo algo referido a la fábrica. La habían confiscado. Los nazis ya habían designado un comisario alemán que asumiría su cargo esa misma semana.

En los días que pasamos encerrados en el sótano, una cuarta parte de Varsovia había desaparecido bajo las bombas. Para llegar a Chtodna debíamos atravesar el barrio judío, así que pudimos ver que la magnitud de los destrozos allí era mucho más grande que en el resto de la ciudad. Ahora, los alemanes obligaban a polacos y judíos a recoger los escombros de las calles para abrirles el paso a sus carros y motocicletas.

Una columna de carros transportaba cadáveres hacia el lado del cementerio, donde los enterrarían amontonados en una fosa común para evitar el hedor y las enfermedades. Entre los sobrevivientes había

decenas de mutilados y niños huérfanos con brazos, piernas y cabezas vendadas que vagaban por las calles en busca de alimento. Al pasar frente a una de las tiendas, vimos a unos niños que robaban manzanas de un canasto mientras un grupo de soldados alemanes apaleaba al propietario judío.

Apuramos el paso. En un callejón, dos perros hambrientos, atraídos por el olor de la carne quemada, olisqueaban los rincones buscando comida. Al llegar a Chtodna descubrimos que el edificio aún estaba en pie. Ocupamos la casa, comimos e intentamos dormir algunas horas.

Pocos días después, Boris y Edek se presentaron ante Schultz, el nuevo director de la fábrica, un volksdeutsche, uno de esos alemanes polacos impuesto por los nazis. A pesar de su trato despectivo, Schultz les hizo saber que los necesitaba: ellos eran respetados por los empleados y cumplían sus labores con excelencia. La fábrica fue expropiada a sus dueños, Brol y Rowvinski, pero el hijo de este último continuó cumpliendo tareas organizativas, ya que, al igual que Edek y Boris, era uno de los pocos que conocía el funcionamiento de la fábrica.

Con respecto a los empleados rasos, hubo grandes cambios. Si bien los que habían trabajado hasta entonces conocían el oficio, Schultz rápidamente decidió cambiar la plantilla. Si lo hizo no fue porque estuviera descontento con los empleados, sino porque había otros que eran capaces de sobornarlo para conseguir un puesto de trabajo. Estos eran militares y aristócratas, profesionales y ricos polacos que pagaban en metálico para encontrar refugio en la fábrica. Los nazis lo sabían, y aunque enarbolaban la bandera de la raza pura e incorruptible, pronto dejaron ver que eran permeables a cualquier tipo de soborno.

Así que Brol & Rowvinski volvió a funcionar, pero ya no producía sweaters ni guantes ni bufandas de lana fina: ahora confeccionaban trajes militares destinados a vestir a los soldados alemanes.

Lo primero que confiscaron los nazis fueron las radios. Los

periódicos polacos habían sido prohibidos, y sólo circulaban diarios alemanes. De esta forma consiguieron aislarnos del mundo. ¿Qué pasaba allá afuera? Nadie lo sabía, pero todos habían escuchado tal o cual noticia, un teléfono descompuesto que nos confundía y asustaba un poco más cada día.

También tuvimos que entregar las pieles, que fueron enviadas a los soldados alemanes que soportaban el frío de Galitzia. Esto con respecto a los ciudadanos polacos en general. A los judíos, en cambio, nos sometieron a un trato distinto: primero nos expropiaron las tiendas, las fábricas y nos prohibieron desempeñar todo tipo de tareas profesionales y comerciales. Luego, en noviembre, uno de los edictos del gobernador alemán de Polonia nos prohibió asistir a cualquier lugar fuera del barrio judío: parques, restaurantes, tiendas, teatros y hospitales… y nos obligaba a bajar la mirada y cambiarnos de vereda cuando nos cruzábamos con un alemán.

El 1 de diciembre, las paredes del barrio judío amanecieron colmadas de nuevos carteles informativos: desde ese día todos los judíos debíamos llevar un brazalete que nos identificara como tales. Aquellos que no usasen el brazalete serían detenidos, torturados y, en el mejor de los casos, fusilados de una vez por todas.

Si bien podían fabricarse de modo casero, muchos comerciantes, judíos y católicos, vieron la posibilidad de un nuevo negocio. Alrededor del mediodía me dirigí a una tienda judía para comprar uno para mamá y otro para mí. Apoyado en el mostrador, el tendero agitaba un puñado de brazaletes llamando a los clientes que pasaban por la calle. Algunos se detenían para comprobar la resistencia del lienzo o bien chequear que la estrella de David no se borraría con la primera lluvia. El tendero, en cambio, decía que los brazaletes eran provisorios, que pronto Alemania caería bajo las bombas inglesas y francesas y que los judíos volveríamos a ser libres. Pero, y era sentencioso en sus palabras, antes debíamos comprar los brazaletes.

Poco a poco también fuimos acostumbrándonos a los alemanes y a sus prohibiciones. La ciudad comenzó a funcionar nuevamente, ya no movida por los intereses de sus ciudadanos sino por las ordenanzas de los invasores. Por disposición de Hitler, todos los polacos y los judíos

de entre dieciocho y sesenta años estaban considerados aptos para el trabajo esclavo. Cualquiera hubiera pensado que esta medida trataba por igual a todos, pero no era así: aquellos que tenían dinero o contactos conseguían trabajos leves, mientras que los más pobres, como suele ocurrir siempre, eran condenados a labores insoportables. Así, los mismos polacos se encargaron de reparar el daño de la conquista. Hombres y mujeres cargaron carretillas de escombros y las vaciaron en los camiones. Otros mezclaron arena y cemento para recomponer edificios que ocuparían los oficiales y soldados alemanes.

Boris, por su parte, se encargó de reparar el techo de su departamento, y después de unos días de intenso trabajo logró despejar la sala y el baño. Entonces Edwarda, Teo y Boris regresaron a su casa y mamá y yo volvimos a quedarnos solas.

Con el paso de los días, pero sobre todo con la partida de Edwarda y el niño, recordé que había perdido el trabajo. El dinero de la indemnización no duraría para siempre. Debía hacer algo.

Una mañana, un día que recuerdo bello y soleado, bajé las escaleras y me detuve en el umbral de la casa a contemplar los pastos que crecían entre los cráteres que las bombas habían dejado en la plaza. En el piso de la planta baja, junto al que utilizaba el fotógrafo, una mujer sacudía el polvo de una alfombra asomada a la ventana y conversaba con una vecina que, yo lo sabía, fabricaba sombreros en la casa aledaña a nuestro edificio. Durante un rato las oí hablar de sus desgracias, mientras por dentro hacía cálculos y planes. Al fin, saludé a las mujeres y les hice dos preguntas: a una si tenía sombreros que venderme y a la otra si estaba dispuesta a alquilarme esa ventana.

Al día siguiente comencé a vender sombreros. Luego guantes, unos guantes de cabritilla muy abrigados que compré a otra mujer. Pasaba el día en la ventana, con los cristales abiertos de par en par y cargados de sombreros, llamando a los compradores que nunca pasaban por allí. Sin embargo eso tampoco me detuvo. Vendí uno, y luego otro sombrero. Al fin, cuando las cosas comenzaban a funcionar, o al menos eso creía yo, una patrulla alemana se detuvo frente a mi negocio. Desde la ventana los vi estacionar las motocicletas y entrar al edificio. Unos segundos después derribaron las cajas de sombreros y guantes, me insultaron y me preguntaron a los gritos dónde guardaba el resto de la mercadería. Asustada, señalé las cajas escondidas bajo una manta y me eché a llorar, creyendo que todo había terminado. Pero no habían venido por mí: cargaron todos los sombreros y los guantes en un par de cajas y se fueron zigzagueando en las motocicletas.

Mamá, que había escuchado los gritos, bajó las escaleras repitiendo

mi nombre. Me encontró llorando en el suelo, derrotada por primera vez en mi vida. Todo estaba volcado: cajas, mesas, sillas. Me habían robado la mercadería, ya no tenía nada con lo que volver a empezar…

Pasé un par de días sin salir de mi cuarto. Una tarde en que vino a visitarnos, Edwarda me habló de nuevos planes y dijo que intentaría ayudarme. En menos de un mes, gracias a las gestiones de Boris comencé a trabajar en Brol & Rowvinski. Mi tarea en la fábrica consistía en supervisar el trabajo de las empleadas que manipulaban las máquinas de coser. Al ver las ropas finas que vestían, podía saber de dónde provenían aquellas mujeres bien peinadas y rollizas que, al parecer, nunca habían sufrido carencias. La mayoría llevaba crucifijos de oro que colgaban de delicadas cadenas sujetas al cuello. Por los comentarios de los empleados judíos me fui enterando de quiénes eran aquellas mujeres: una era hija de un coronel, otra descendía directamente de un conde polaco, otra era prima del presidente del gobierno que había escapado a Londres. Sentía su trato distante, correcto pero distante, y esa distancia se debía tanto al temor que les daba mi autoridad como a la desconfianza que desde hacía siglos sentían todos los católicos polacos frente a nosotros, los judíos, una tribu que hasta hacía poco más de un siglo hablaba otro idioma y vivía en aldeas cercadas.

Mi trabajo en Brol & Rowvinski me permitió estar cerca de Edek. Además de su belleza, pronto también me fascinó la seguridad con que se movía por la fábrica, ya fuera para transportar cajas, atender a los trabajadores externos o conversar con el comisario Schultz. Mientras lo contemplaba, él parecía ignorarme. Sólo de a ratos, por milésimas de segundos, cruzábamos una mirada y nos sonreíamos sin pensar en el terror de allá afuera.

Pero un día Edek no fue a trabajar. Boris me preguntó si lo había visto. Estaba preocupado. A continuación, se dirigió a la oficina de Schultz y le exigió que lo devolviera a su trabajo. Me aterró la posibilidad de que Schultz lo hubiera entregado a los nazis, sin embargo él no sabía nada.

Pasaron horas eternas en que no tuvimos noticias de Edek. Al mediodía me acerqué hasta la recepción de la fábrica, donde

Musialowa, la recepcionista, como siempre estaba insultando a un empleado que ese día había pedido permiso para retirarse un rato antes del cierre. En verdad nos insultaba todo el tiempo: cada mañana, al fichar en el reloj, debíamos soportar su odio hacia todos los judíos. Musialowa me miró con desprecio. No soportaba que una judía como yo ocupase un puesto de mando en la fábrica. "¿Ha visto a Erlich?", pregunté. Ella bufó. "No, lo deben haber detenido, o quizá ya está muerto. Todos van a estar muertos algún día", dijo sonriendo.

Terminó la jornada, dejamos la fábrica y volvimos a nuestras casas. Al fin sonó el teléfono y Boris me dio la noticia: Edek estaba agotado de cargar escombros durante todo un día, pero estaba vivo.

Por entonces no teníamos motivos para festejar nada. Quizá por eso, el cumpleaños número treinta y nueve de Boris se convirtió en una excusa para festejar algo. Ese día Edwarda dejó a Teo al cuidado de mamá y salimos temprano en la mañana. Varsovia resplandecía, serena, con un cielo azul en el que apenas si había lugar para los aviones de la Luftwaffe. Tomadas del brazo, Edwarda y yo recorrimos las tiendas llenas de gente que con recelo nos miraba reír, como si envidiara la efímera felicidad que mostrábamos aquel día. Así nos recuerdo esa mañana: tomadas del brazo, felices y hermosas, las dos.

En aquella época todos hablábamos en susurros imperceptibles para no captar la atención de nadie. Y así conversamos esa mañana sobre las últimas palabras que había aprendido Teo, sobre su indecisión para largarse a caminar y la viveza de sus pequeños ojos que todo miraban. Hacía varios días que esperaba el momento oportuno de hablar con mi hermana, así que esa mañana me detuve en medio de la calle y, ya sin poder contener la emoción, le confesé a Edwarda que Edek me gustaba. Ella me abrazó y dijo algo que primero me hizo reír, y luego sonrojarme. Sabía que esa tarde él iría a saludar a Boris, y eso hacía más feliz el festejo.

Habíamos decidido gastar sólo unos pocos zlotys; sin embargo, o quizá por eso, nos deteníamos frente a las vidrieras de las tiendas para contemplar todas aquellas cosas que no podíamos comprar. Porque si bien ya comenzaba a notarse la escasez propia de la guerra, en las

tiendas aún se podían encontrar algunos relojes de bolsillo, trajes modernos, sombreros de hongo entre caftanes de terciopelo y frutas confitadas, vinos y aguardientes de todos los sabores… Luego de mucho discutir, nos decidimos por una botella de vodka, que mamá reprobaría pero que todos nosotros disfrutaríamos con ganas.

Pero entonces llegaron ellos. El carro se detuvo en medio de la calle, bloqueando el tránsito con esa autoridad invasora que los amparaba para hacer todo. Las dos apartamos la vista de la vidriera y dejamos de sonreír. Apuramos el paso. A nuestras espaldas oímos un silbido, el mismo que se utiliza para llamar a un perro. Como no le prestamos atención, el soldado alemán gritó que nos detuviéramos. Al volvernos, vimos que ya había bajado del carro. Ahora su mano enguantada hacía una seña: quería que nos acercáramos. Obedecimos, ¿qué otra cosa podíamos hacer?

De pronto, la calle, que segundos antes rebosaba de gente, se vació por completo. Se cerraron las puertas de las tiendas, aunque los cristales de las vidrieras no podían ocultar las decenas de ojos que miraban con espanto. Noté que Edwarda me apretaba el brazo más que antes. Cuando llegamos junto a él, el soldado se detuvo a observarnos: nos miraba como si estuviera evaluándonos, buscando cualquier imperfección. Al fin, se volvió hacia los compañeros, que seguían en el carro, intercambiaron un par de palabras y nos hizo señas para que subiéramos con ellos. Ni siquiera atinamos a correr, tan sólo accedimos con la vista clavada en el suelo.

Durante el camino nadie habló. Nosotras conteníamos la respiración, agitadas por todos los rumores que, de pronto, volvían de un extraño lugar de nuestra memoria para recordarnos historias que todos conocíamos sobre los alemanes. Los soldados callaban; por extraño que pareciera, aunque llevábamos el brazalete que nos identificaba como judías, ellos no nos escupieron, ni siquiera nos insultaron, y eso nos preocupaba aún más.

Un rato después, el carro se detuvo en una calle donde, sabíamos, funcionaba un edificio de la Gestapo. Nos ordenaron subir las escaleras hasta las oficinas del primer piso. Allí nos informaron que debíamos limpiar el lugar. Por un momento hasta nos sentimos

agradecidas, como si juntar sus desechos fuera una bendición de aquel Dios que había decidido intervenir a favor de su pueblo. Durante más de tres horas ordenamos papeles, lustramos muebles y barrimos y enceramos los pisos de aquellas oficinas donde se gestaban las detenciones políticas y militares de la ocupación.

Con Edwarda evitábamos mirarnos, no fuera que el miedo terminara por unirnos en un abrazo y nuestro llanto acabara llamando la atención de los soldados. Lo mejor era obedecer, limpiar y lograr salir con vida de aquel lugar. Agachada, con las rodillas ardiendo por la fricción de las maderas del suelo, pensaba en Edek y me preguntaba si volvería a verlo. De pronto recordé algo, y me llevé una mano al cuello para palpar el bulto que, bajo la ropa, formaba la bolsa en la que, desde los bombardeos, llevaba escondidas las fotos de mi padre: si los alemanes descubrían las insignias hebreas que tenía escritas al dorso se desencadenarían burlas, amenazas y nuestra muerte.

De a ratos, un soldado pasaba junto a nosotras y se detenía a mirarme con una sonrisa desde un rostro perfectamente afeitado, marcado por una antigua cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda. Los oficiales estaban reunidos en el salón principal, y desde donde nosotras estábamos se los oía conversar en voz alta.

Al fin, el soldado se acercó a la puerta por la que se accedía a una de las oficinas y se quitó la chaqueta del uniforme. Batió las palmas para captar mi atención y, en voz baja, muy baja, me ordenó que fuera con él. Pasaron unos segundos en que no pude decir ni hacer ni pensar nada, tan sólo veía cómo caían mis lágrimas sobre el piso que acaba de limpiar. Ansioso, el hombre retiró la pistola de su cartuchera y apuntó hacia mí.

Edwarda se acercó y se interpuso entre el soldado y mi cuerpo. Entonces él quitó el seguro del arma, la insultó con los dientes apretados y caminó hacia nosotras. Estaba a punto de golpear a Edwarda cuando me incorporé. Sin decir nada, me dirigí con él hacia la oficina desocupada.

Entramos, él cerró la puerta.

Lo vi desabrocharse el cinturón, lo vi acercarse.

Miré en dirección a la ventana, y pensé arrojarme a la calle.

Pero entonces escuché los gritos de Edwarda, y luego las voces de los oficiales al otro lado de la puerta. Cuando abrieron, salí corriendo a los brazos de mi hermana. Los alemanes amenazaron al que me había encerrado, aunque uno de ellos sonreía.

El soldado que nos había traído se disculpó en nombre del Estado alemán y dijo que las oficinas debían volver a limpiarse al día siguiente, pero que conmigo alcanzaría para hacer el trabajo, así que debía regresar sola. Bajamos las escaleras llorando en silencio, y al salir a la calle decidimos que lo mejor era no decirle nada a nadie, y mucho menos a mamá.

Esa noche apenas si me acordé de llamar a Boris por su cumpleaños. Ni siquiera fui para ver a Edek: algo parecido a la vergüenza me impedía mirarlo a los ojos. Me acosté temprano, aunque no logré dormir en toda la noche.

Al día siguiente regresé al edificio de la Gestapo por miedo a que mi ausencia complicara aún más las cosas. El soldado del día anterior no estaba, tampoco los demás. Me echaron a los empujones, gritándome que me fuera lo más rápido posible porque aquel no era un lugar para los judíos. Tampoco la calle, donde desfilaban cientos de soldados alemanes con esvásticas en sus estandartes. En el cielo, los cazas de la Luftwaffe sobrevolaban Varsovia como moscas sobre un cadáver podrido.

Salvo por los secuestros, las desapariciones y los asesinatos arbitrarios, si es que este peligro era leve, el primer año de la ocupación alemana transcurrió sin mayores novedades. Al menos para nuestra familia.

El 1 de septiembre de ese año, 1940, un edicto del gobernador nazi de Polonia estableció que todos los judíos debíamos entregar nuestros bienes a las SS. Lo único que se podía conservar era la cantidad de mil zlotys en efectivo por familia. Este duro golpe agitó las calles de Varsovia: las SS registraron casa por casa en busca de joyas, dinero, títulos de propiedad. Aquellos que eran descubiertos escondiendo dinero eran fusilados sin más explicaciones.

Los disparos se oían en cada calle, en cada rincón de Varsovia. Hombres y mujeres se rasgaban las ropas, lloraban y gritaban ante la risa de los alemanes, que organizaron el saqueo con esa obsesión burocrática con que hacían todo. Aunque se suponía que los bienes expropiados debían servir para engrosar las cuentas de Reich y financiar la guerra, los soldados alemanes se apuraban en esconderse fajos de billetes y joyas entre las ropas.

A pesar de la amenaza que significaba ser descubiertos, muchos de nosotros logramos esconder una parte de nuestros bienes en trampas disimuladas con alfombras, en cajones de doble fondo, y no faltaron los desesperados que se comieron diamantes y anillos de oro para salvarlos de la requisa.

Pero los alemanes no se conformaron con marcarnos y robarnos. Otro edicto, publicado a mediado de mes, ordenaba a todos los judíos de Varsovia mudarse al barrio judío antes del 31 de octubre. Vencido el plazo, cualquiera que fuera visto en la zona aria, como llamaron al resto de la ciudad que no era el barrio judío, también sería apresado.

Al leer aquella orden, sentí una enorme desolación. A pesar de que

vivíamos a apenas una cuadra de distancia de los límites del barrio judío establecidos por los alemanes, esto significó que debíamos mudarnos. Al principio me opuse a dejar nuestro departamento. Luego, mamá dijo que la guerra no podía durar por siempre, que pronto llegaría el día en que los alemanes fueran vencidos y todo volvería a la normalidad y nosotras a nuestra casa. Eso me enojó aún más: ciega de juventud y esperanza, aún conservaba el orgullo que mi madre había sabido esconder cada vez que había sido necesario y que, por otro lado, la había mantenido con vida hasta entonces.

Gracias a Boris conseguimos un departamento en la misma calle, pero en el número 28. Aquellos días previos al vencimiento del plazo, las calles de Varsovia se llenaron de gente que, como nosotras, abandonaba su casa para mudarse a otro sitio. Judíos venidos de toda la ciudad, católicos que vivían en el barrio judío y que debían dejar sus casas para dirigirse a la zona aria, gente de todos los lugares recorría las calles cargando bultos y atillos, instrumentos musicales y muebles, ropas y reservas de comida escondidas bajo las mantas… un ir y venir de fantasmas acorralados por los edictos que, como tablas de una nueva Ley, regían nuestras vidas con la amenaza del castigo.

El 30 de octubre, después de trabajar en la fábrica, regresé a casa y junto con mamá dejamos el piso en que habían vivido y muerto mis abuelos. En silencio nos unimos a aquellas familias que arrastraban los pies, abatidos. A los judíos de Varsovia pronto se unieron los judíos de los alrededores, que eran acarreados como ganado hacia la ciudad. Familias enteras llegaban con las pocas pertenencias que habían logrado salvar de los alemanes. Los ojos de los campesinos se abrían de par en par al ver las calles de Varsovia; lejos de sus tierras, sin ningún sitio para sembrar, despojados de sus herramientas, de sus animales, se preguntaban cómo harían para sobrevivir en un lugar tan extraño. Lo habían perdido todo en manos de los alemanes y ahora debían buscarse un sitio donde dormir en una ciudad que no era la suya. Y eso no era fácil: sólo los judíos de la ciudad éramos el treinta por ciento de la población total, y el lugar que nos habían asignado ocupaba menos del tres por ciento de la superficie de Varsovia.

Nosotras habíamos conseguido un departamento pequeño, pero al

menos estábamos solas y, comparadas con los demás, bastante cómodas. Sentada en la cama, la vista detenida en la manada de hombres, mujeres y niños que pasaban frente a mi ventana, me preguntaba cómo harían para vivir 350.000 personas en un sitio tan estrecho como ese. Todos nos preguntábamos lo mismo, y la respuesta era obvia: los que podían, como nosotras, viviríamos en una casa más pequeña pero con la comodidad necesaria; los otros, los pobres o los que no tenían los contactos apropiados para asegurarse una casa adecuada, vivirían hacinados: familias enteras entre cuatro paredes, sin las camas necesarias ni baños ni cocinas suficientes para todos.

Quizá sólo querían eso: marcarnos, robarnos, agruparnos… Pero no: también querían encerrarnos. Y fueron los mismos judíos quienes debieron enterrar los postes, tender los alambrados y rematarlos con alambres de púas que desalentaban hasta a los más aventureros que querían saltar la frontera. Como si eso no bastara, luego comenzaron a construir un muro de tres metros de altura que alcanzó un largo de dieciocho kilómetros. Poco a poco, ese muro se erigió como la frontera que nos separaba del mundo y de la vida. Así fuimos reunidos todos los judíos, asimilados y ortodoxos, ricos y pobres, urbanos y campesinos. El 16 de noviembre, el muro quedó terminado y el barrio judío se convirtió en el Ghetto de Varsovia.

El ghetto

Edek y Mira. Ghetto de Varsovia, 1941.

Nuestra nueva casa estaba ubicada en el límite del ghetto. A izquierda y derecha se encontraban dos de las ocho puertas, cada una custodiada por dos policías alemanes, dos polacos y dos judíos que controlaban la entrada y salida de los trabajadores. Ese era el único motivo permitido para entrar y salir del ghetto: ir o venir del trabajo al que nos obligaban los alemanes. Desde mi ventana, a la derecha podía ver el límite oeste a menos de cien metros de distancia; a la izquierda, a menos de veinte metros, estaba la puerta que conducía a la calle An Der Markthalle de la zona aria.

La calle Chtodna se había convertido en una especie de conducto de no más de una cuadra que unía las dos partes del ghetto. Si alguien necesitaba trasladarse de una a otra parte necesitaba rodear los muros de An Der Markthalle para alcanzar la calle Chtodna y así pasar al sector sur del ghetto. Sin embargo esto tampoco era sencillo, ya que por nuestra calle entraban y salían los trenes que entonces transportaban maquinarias y la materia prima que necesitaban las fábricas. Los peatones debían esperar que pasaran las formaciones de vagones, quedando a merced del humor que ese día tuvieran los guardias que custodiaban las puertas. Desde mi ventana podía ver cómo los soldados golpeaban a los judíos que esperaban pasar, y los obligaban a bailar y a veces les disparaban sin motivo.

Más tarde construyeron un puente peatonal que pasaba sobre nuestra casa, y si lo hicieron no fue para aliviar a los judíos que iban de un lado a otro sino para que no malgastaran el tiempo que debían pasar en las fábricas. Por extraño que parezca, aquel trabajo esclavo, magramente remunerado, abusivo y de un trato infrahumano, era codiciado por todos. Los que aún conservaban objetos de valor no dudaban en sobornar a las autoridades polacas y judías con tal de conseguir un permiso de trabajo.

Formados en largas filas, familias judías debían registrarse ante los funcionarios que anotaban sus nombres y sus profesiones en listas de muerte. Abogados, ingenieros, músicos y escritores fingían estar capacitados para manipular los metales que se fundían en las fábricas, o bien decían conocer los secretos de la industria textil… inventaban cualquier mentira con tal de mostrarse aptos para un trabajo para el que no sólo no estaban capacitados sino que además no tardaría en arruinarles la salud. Los más afortunados eran elegidos para trabajar y recibían un certificado azul que les garantizaba transitar por las calles del ghetto sin ser detenidos. Aunque a veces ni esto era suficiente, y podía comprobarlo yo misma cada día al pasar lista a mis empleadas.

Boris era el encargado de entregar los permisos dentro de Brol & Rowvinski, y eso lo investía de un poder inmenso. Los empleados se mostraban agradecidos de tener trabajo y, a diferencia del resto de las fábricas, de ser tratados como seres humanos. Las mujeres polacas, que alguna vez habían sido ricas y a las que nunca les había faltado nada, poco a poco fueron dejando la desconfianza para mirarme con respeto. En una oportunidad, una joven cuyo nombre no recuerdo me trajo un ramo de flores para expresar su agradecimiento. Me confesó que nunca antes había conocido ni tratado a ningún judío. Sin embargo, en sus tiempos de estudiante había pasado largas horas en la puerta de las tiendas judías interceptando a todos los clientes con el objeto de disuadirlos: “no entre, es un negocio judío”, había repetido incontables veces sin saber por qué lo hacía, pero convencida de que era necesario. La vi llorar en silencio, y no pude hacer más que consolarla.

Edek era el encargado de entregar a los polacos la lana que retiraban en la misma fábrica, para llevársela a sus casas y confeccionar medias. Luego era él mismo quien recibía las prendas.

Una tarde mientras Edek recibía las prendas confeccionadas, Pietruszka, un hombre mayor, de rostro encarnado y crenchas blancas alrededor de la calva, entró arrastrando una bolsa de la que goteaba agua. Schultz, que por casualidad estaba ahí, al ver que la bolsa goteaba lo acusó de estafador y contrabandista y lo amenazó con entregarlo a los nazis. Después de un momento, Edek decidió

intervenir: “No es ladrón, es estúpido”, dijo a Schultz y, luego, gritando, amenazó al polaco con una furia fingida: “Si arrastras la bolsa por la calle, se moja y se dañan las medias. La próxima vez te quedarás sin trabajo”. Satisfecho, Schultz se alejó mientras Pietruszka le agradecía a Edek por haberlo salvado.

Wladyslaw Pietruszka era un polaco que trabajaba de portero en el barrio ario, en un edificio en el que habían vivido judíos acomodados. Luego de la ocupación, cuando los judíos debieron mudarse al ghetto, Pietruszka quedó sin trabajo. Sin embargo fue un judío, Olek Konarski, quien lo llevó a la fábrica y le aseguró a Edek y a Boris que aunque Pietruszka fuera polaco podían confiar en él. Konarski había comenzado a trabajar poco después de la designación de Schultz, a quien éste conocía de otra época, cuando Konarski vendía máquinas textiles a una fábrica en la que trabajaba, y Schultz recibía sobornos de Konarski para que él accediera a comprar las máquinas que el otro vendía. De modo que ahora, tras la ocupación alemana, Konarski era el hombre de confianza de Schultz, y Edek, a su vez, se había convertido en el hombre de confianza de Konarski porque ambos se conocían desde la infancia. Toda esta extraña red de contactos era lo que nos permitía vivir tranquilamente en el ghetto, y una razón más que suficiente para que Pietruszka recibiera un permiso y comenzara a trabajar en la fábrica llevando y trayendo mercadería, conduciendo los camiones que entraban y salían del ghetto…

Como Schultz, Edek también sabía que los polacos mojaban la lana para abultar el peso de la mercadería y así poder quedarse con una parte para venderla en el mercado negro. Esas ganancias suplementarias, sumadas a las que obtenía contrabandeando comida, ropa o joyas fuera del ghetto, Pietruszka la compartía con Edek y Boris, por lo cual la relación no tardó en volverse afectiva y provechosa.

Judíos y polacos debían conformarse con las migajas que significaba el racionamiento. Las diferenciación que hacían los alemanes entre unos y otros también se podía notar en esto: mientras los polacos recibían apenas lo suficiente para alimentarse cada día, lo que los judíos recibíamos en un mes sólo bastaba para alimentarnos durante

tres días.

El hambre se extendió con rapidez, y pronto el mercado negro se convirtió en el único medio de subsistencia del ghetto. Aquellos a los que les estaba permitido entrar y salir de los muros escondían paquetes de comida, botellas de vodka, joyas… cualquier objeto que pudiera cambiarse por un permiso, una recomendación o un poco de comida. Otra forma de contrabando, menos peligrosa, consistía en arrojar bultos al otro lado. Los más aventureros cavaban pozos debajo del muro y pasaban al otro lado para realizar sus transacciones; debido a que los pozos debían ser pequeños para que no fueran descubiertos, los únicos que podían cruzar eran los niños. Los alemanes tenían la orden de disparar a los contrabandistas, sin embargo la mayoría se dejaba sobornar y permitía el contrabando. En otros casos, no dudaban en apuntar con sus fusiles a cualquiera que fuera descubierto con objetos de valor: niños, hombres y mujeres eran fusilados a mansalva y luego despojados de todo.

Las asociaciones de contrabandistas acapararon poder, un poder establecido por el contacto estrecho que mantenían con los nazis, sus socios, y las enormes cantidades de dinero que manejaban. En poco tiempo los contrabandistas más prósperos abrieron cantinas y restaurantes dentro del ghetto. El anacronismo de esta clase emergente, antiguos ladrones, proxenetas y traficantes, contrastaba con el resto de la población que, día a día, veía menguar su dinero y su esperanza.

En medio de unos y otros se encontraba la Judenrat, la policía judía del ghetto, reclutada por las autoridades judías civiles, que respondía en última instancia a las SS. Se encargaban de la organización civil del ghetto, es decir del funcionamiento de las escuelas, de los hospitales y, sobre todo, de mantener el orden de los muros hacia adentro. La Judenrat era despreciada por igual por nazis y judíos; los nazis los consideraban inferiores, como a perros pastores que guiaban el rebaño, mientras que los judíos los odiaban porque se encargaban de hacer el trabajo sucio de los alemanes, con quienes mantenían una relación servil y obediente. Lo cierto es que un puesto en la Judenrat aseguraba comida, contactos, un permiso de trabajo y una situación

privilegiada para sus integrantes y también para sus familias.

Las únicas noticias que teníamos del avance de la guerra nos llegaban a través de los empleados que entraban al ghetto, y también por los periódicos alemanes: en sus páginas sólo se hablaba de los nuevos territorios conquistados por el Reich: París, Hungría, Dinamarca, Noruega… parecía que la expansión alemana no tenía límites. Nuestro límite, en cambio, seguía firme en los alambres de púa y ese muro insalvable que rodeaba el ghetto. En las calles habían cortado el sistema eléctrico, por lo que las únicas luces provenían de lámparas de gasolina que debían encender los porteros. Con el hambre habían desaparecido los caballos, por lo que los droshkys fueron reemplazados por droshkas, unos carros de dos ruedas tirados por un hombre al estilo asiático. De todos los tranvías que recorrían el barrio judío antes de la ocupación, seguía funcionando sólo uno, y subirse a él era todo un desafío: iba cargado al doble de su capacidad y no faltaban los rateros que aprovechaban el amontonamiento para robar todo lo que estuviera a su alcance; en las curvas, aquellos que viajaban colgados del techo o de la puerta debían sujetarse con todas sus fuerzas para no caer bajo las ruedas.

Los sábados por la noche, aquellos judíos que estábamos en mejor posición, ya sea porque teníamos trabajo, contactos o habíamos sabido esconder el dinero, nos reuníamos en alguna casa para oír música y conversar. Los anfitriones iban rotando, pero siempre el dueño de casa se encargaba de comprar bebida y comida, mientras que los invitados pagaban una suerte de entrada que luego era repartida entre los pobres del ghetto. Hablábamos de política y religión, oíamos música y por un momento, sólo por un momento, teníamos la ilusión de haber recobrado la libertad.

Los cafés también eran refugios en medio de la desgracia. Alguien que tenía casa con patio sacaba unas sillas, unas mesas y montaba un café, donde se servían limonada y un líquido oscuro a base de achicoria que si uno cerraba los ojos podía saber a café. Esos lugares fueron el escenario de mis primeras salidas con Edek.

El escaso tiempo libre que disponíamos entre la salida del trabajo y

el toque de queda era maravilloso. Caminar con Edek por Varsovia, conversar, mirarnos a los ojos sin ver a un esclavo sino a un hombre con el cual compartir mi vida, por más corta y triste que fuera… Recuerdo una tarde de verano: habíamos trabajado demasiado y el mundo se caía sobre nosotros, pero éramos jóvenes y nos dirigimos a un café para oír un poco de música. Dentro, dos pianistas desgarbados tocando a dúo y un público deslumbrado que contenía la respiración. Con el tiempo supe que la canción era “Rhapsody in Blue”, de George Gershwin; uno de los pianistas se llamaba Wladyslaw Szpilman, del otro no recuerdo el nombre. Esa noche de 1940, los dos pianistas de Varsovia tocaron aquella melodía tan bella que parecía imposible, mientras Edek me abrazaba y yo cerraba los ojos para contener las lágrimas. Después de tanto tiempo volvía a sentirme viva y feliz.

Si al comienzo de la guerra los judíos de Varsovia éramos 350.000, en marzo de 1941 el número se elevó a 445.000 debido a la llegada de los judíos de toda Polonia y los demás países ocupados por los alemanes. Su presencia confirmaba la expansión del Reich que tanto celebraban los periódicos nazis: eran rumanos, serbios, lituanos, búlgaros que no comprendían el polaco pero que se hacían entender con los gestos universales del hambre y el miedo. Llegaban de a miles. Los rostros, marcados por las cicatrices de golpes y torturas, tenían el rictus de la derrota que les daba un aire fantasmal, como si fueran muertos en vida. Cruzaban el portal del ghetto en silencio. Algunos se quedaban frente al cartel que en un idioma incomprensible para ellos rezaba "Zona epidémica. Sólo se permite atravesarla", como si intentaran descifrar el designio que regiría sus vidas a partir de entonces. Otros permanecían un rato en medio de la calle, con la vista perdida en los escombros del ghetto. Grupos de hombres y mujeres, niños y ancianos abandonados a la suerte de un Dios que seguía expectante, ausente, sin mostrar misericordia. Luego del silencio, las penurias del viaje afloraban transformadas en desesperación: entonces estallaban en llanto y comenzaban a hablar cada uno en su dialecto, como en una Babel que no crecía hacia el cielo sino hacia una fosa común, bajo las calles de Varsovia.

La llegada de los deportados también nos traía las noticias del mundo exterior, ese mundo que se extendía más allá de los muros que cercaban el ghetto. Muchos de nosotros nos negábamos a creer estas noticias, después de todo en Varsovia aún no habían comenzado las matanzas directas, sólo nos habían encerrado y sometido al hambre. Furiosos por nuestra ignorancia, los deportados acababan por darnos la espalda.

Aquellos pocos que los tenían, buscaban refugio en casa de sus

familiares de Varsovia. El resto se debatía en vivir amontonado en los pisos que estaban ocupados, entre los escombros de las casas bombardeadas o a la intemperie de las calles. No era fácil conseguir alojamiento, y en todo caso los problemas no terminaban ahí: en los pisos, decenas de personas debieron acostumbrarse a vivir hacinadas. Las cloacas no daban abasto para drenar la basura y los desechos, que se acumulaban en las cañerías, en las calles y en todos los rincones, produciendo un hedor nauseabundo. En aquellos tumultos de camas y cuerpos, además de las chinches, acechaban las enfermedades: bastaba que algún miembro de una familia se enfermara para que se contagiaran los demás.

La epidemia de tifus mataba a miles de personas por día. La madre de Edek enfermó y murió en poco menos de un mes. La noche de su muerte, Edek dijo que no permitiría que su madre fuera enterrada en las fosas comunes como un animal infectado. Gracias a sus contactos, consiguió un salvoconducto y, por la noche, junto a dos de sus hermanos cargaron el cadáver, saltaron el muro y la enterraron en el cementerio judío. No tuvieron tiempo de rezar el Kaddish, pero al menos lograron enterrarla como la tradición lo exigía.

Con el paso de los días, las ropas de los deportados se iban desgastando, o eran cambiadas por comida. Así, las calles se llenaron de judíos harapientos, que tiritaban de frío buscando en vano un rayo de luz que les calentara el cuerpo. El invierno de 1941 fue implacable: como los alemanes prohibieron el abastecimiento de carbón en el ghetto, tuvimos que quemar muebles, instrumentos musicales, cualquier objeto que nos brindara un poco de calor. Nada era suficiente. La primera nevada que cayó se cobró la vida de setenta niños en un solo día: fueron encontrados congelados entre las ruinas de un asilo.

El frío arrasaba las calles, un manto blanco cubría los cadáveres que un hombre recogía una vez al día con una carretilla desvencijada. A veces eran tantos los muertos que la carretilla no daba abasto, y los cadáveres permanecían en la calle durante días. El hedor de la muerte lo impregnaba todo.

Si bien los deportados compensaban las bajas que el frío, la

hambruna y las pestes causaban en la población, los nazis volvieron a reducir el ghetto. Mamá y yo nos vimos obligadas a dejar el piso del número 28 de Chtodna para mudarnos a casa de Boris y Edwarda, en el número 3 de Mlawska. La casa quedaba a una distancia mayor de la fábrica, y cada día al recorrer las calles del ghetto me enfrentaba al horror. Una mañana, de camino al trabajo, un hombre salió de un callejón y me empujó al piso. Yo llevaba unas medias envueltas en papel, lo que a los ojos de los desesperados podía representar la ilusión de comida. El hombre, sin fuerzas, gruñendo con la boca y las tripas, me clavó los dedos en las muñecas para que soltara el paquete. Llorando, le dije que no era comida. Entonces, despertando de su sopor, él se arrastró por la calle dejando un reguero de babas y orín.

Me alcé lo más rápido que pude, llorando aún, desconsolada por lo que nos estaba ocurriendo. En la siguiente esquina, unos niños rodeaban el cadáver de un anciano que tenía el agujero de un disparo en medio de la frente y, divertidos, le hacían cosquillas buscando esa sonrisa que nunca iba a llegar. El embrutecimiento, la irracionalidad de todo aquello nos estaba convirtiendo en animales. La gente defecaba en la calle, acuclillada junto a los muertos, mientras los soldados alemanes se fotografiaban como si estuvieran en un zoológico. Cada día, al llegar a la fábrica pasaba unos minutos llorando en un lugar apartado. Para entonces las máquinas habían dejado de producir, y ahora todos nos abocábamos a remendar los uniformes de los soldados alemanes muertos en el frente. Las balas de los Aliados, esas balas que debían liberarnos del yugo nazi, abrían agujeros que nosotros debíamos cerrar. Supervisaba a las costureras polacas que remendaban los agujeros con esmero y dedicación con tal de mostrarse laboriosas, y así seguir conservando los beneficios del trabajo. Los judíos nos mirábamos con la desazón de los salvados, que cargábamos sobre la espalda el peso de los que se hundían a nuestro alrededor.

Por aquella época Edek había conseguido permisos de trabajo para unos tíos suyos y su hija, una niña tímida de diecisiete años llamada Bozena. Su padre había sido un millonario director de banco hasta la

llegada de los nazis; su mujer, contadora, había trabajado en la joyería más importante de Varsovia. Entre los dos habían logrado esconder dinero y joyas, y con eso Edek obtuvo los permisos que aún los mantenían con vida.

Cuando no trabajábamos, permanecíamos en silencio, en casa. Boris se quedaba de a ratos con Teo en brazos, aferrándolo con fuerzas como si con eso bastara para protegerlo. Edwarda, en cambio, daba vueltas por la casa pensando sólo en una cosa: cómo salvarlo de aquella pesadilla.

Una tarde los oí discutir. Edwarda había enloquecido al enterarse de que los nazis habían ahogado a una treintena de niños en los pozos de arcilla de la calle Okopowa, a pocos metros del límite occidental del ghetto. Mamá se tiraba de los cabellos, Edwarda no dejaba de llorar.

Con Edek ya casi no salíamos a pasear. Nos veíamos en la fábrica, o en casa de Edwarda. Atrás había quedado aquella época de cafés y música, de conversaciones que nos hacían soñar con el fin de la guerra. Poco a poco fui conociéndolo mejor, a él y a su familia. Aunque era el menor, y apenas tenía veinticuatro años, sus cuatro hermanos lo trataban con la obsecuencia y el respeto que sólo se le tiene al hermano mayor. Desde la muerte de su madre, ellos se habían unido aún más y consultaban a Edek sobre todo tipo de cuestiones.

Helena, su hermana, tenía un hijo un poco mayor que Teo. A veces los dos jugaban en la sala, y mantenían largas conversaciones en ese idioma incomprensible de los niños. Al verlos no podía dejar de pensar qué sería de ellos. Sin embargo Teo crecía como si la guerra sólo fuera una pesadilla de los adultos: repetía las palabras que iba aprendiendo, o se pasaba horas jugando con una pelota de lana mientras nosotros soportábamos el encierro y el terror que nos producían los ruidos que llegaban desde la calle.

Mamá había dejado de hablar: todas las penurias que había soportado en su vida no le servían de nada para enfrentar ese nuevo dolor. El recuerdo de papá se había diluido, y ni siquiera su invocación conseguía animarla. Yo, en cambio, continuaba llevando su foto colgada del cuello, como una imagen protectora que me daba fuerzas para vivir.

Una tarde de diciembre, con Edek le contamos a mamá que en la fábrica vecina a la nuestra habían visto a Zygmunt, el hermano suyo que había escapado a Rusia antes de que estallara la guerra. Mamá pronunció el nombre de su hermano y se incorporó para buscar uno de los panes que Pietruszka nos habían dado ese día. Con cuidado, lo envolvió en un lienzo y lo puso entre mis manos. No hizo falta que dijera nada más.

Nos despedimos de mamá y salimos a la calle. Durante los primeros metros, le conté a Edek la historia de nuestra llegada a Varsovia, de la ayuda que Zygmunt le había negado a mi padre y, creo, hasta de la indignación que me daba el almohadón que la abuela ponía sobre la silla de la tía Ada. No es que tuviera ganas de hablar, pero al pensar en esos recuerdos lograba olvidar lo que ocurría a nuestro alrededor.

Caminamos deprisa, sólo debíamos alcanzar la calle Leszno. Pero unos metros antes de llegar nos cruzamos con una procesión funeraria que seguía lentamente el último viaje de un muerto. Edek y yo dejamos de caminar; lo que nos detuvo no fue el muerto, ya que estábamos acostumbrados a ellos, sino los vivos, que lo velaban reproduciendo aquel rito que transformaba la muerte en algo más humano que lo que representaban los cadáveres podridos de las calles. Sólo por unos minutos el rito mantuvo viva nuestra humanidad, y la dignidad que querían quitarnos los alemanes.

De pronto, en el borde de la calle divisamos una patrulla. Eran sólo dos SS, y venían fumando con tranquilidad. Al pasar junto a la procesión, uno de los dos policías alemanes se burló del llanto de las mujeres. En polaco le oímos decir: “A vosotros no los llorará nadie”. Y así, sin más, lentamente, le quitó el seguro a su fusil y comenzó a disparar sobre los deudos. Edek y yo corrimos a refugiarnos detrás de una pila de escombros, mientras la procesión se convertía en una carrera de desesperados. Vimos caer muertos a dos, y otros cinco quedaron retorciéndose de dolor en el suelo mientras los demás desaparecían al final de la calle. Uno de los soldados encendió otro cigarrillo. Su compañero, que había pisado un charco de sangre, se limpiaba las botas sobre la ropa de uno de los muertos.

Cuando los soldados se alejaron corrimos hacia la fábrica. Gracias a

los contactos de Edek encontramos a mi tío, que se había convertido en un espectro de aquel hombre rechoncho y seguro de sí que había sido en otro tiempo. No hablaba, y por su rostro no pude saber si mi visita lo alegraba o le daba pesar. Guardó el pan entre sus ropas no sin antes mirar a los lados para asegurarse de que sus compañeros no habían visto nada. Le pregunté por su mujer y sus hijos, y también por qué había terminado en el ghetto. Con la voz entrecortada, fue relatando su historia: habían logrado escapar a Rusia justo antes de la invasión. Pero había dejado ciertas cuestiones financieras inconclusas, y como necesitaba el dinero pidió permiso para regresar a Polonia. Había regresado a Varsovia justo cuando los alemanes crearon el ghetto, y antes de darse cuenta ya había quedado dentro de sus muros. Ahora Zygmunt estaba condenado al encierro, sin saber qué había sido de su mujer y sus hijos, y con el cuerpo maltratado: acostumbrado a su vida de millonario, el trabajo forzado de la fábrica lo había consumido hasta los huesos.

Apenado, Edek intentó levantarle el ánimo con las noticias que llegaban desde el frente. Estados Unidos le había declarado la guerra a Alemania, los nazis iban a caer de un momento a otro. Pero mi tío ya había vuelto al trabajo, y no pudo oírlo por el ruido de las máquinas.

Salimos en silencio, y rodeamos la manzana de la fábrica para evitar pasar junto a los restos de la procesión. Para entonces los heridos estarían agonizando, y las ropas de los muertos ya habrían sido saqueadas por los vivos.

Al llegar a casa nos sentamos en la sala, sin hablar. Mamá miraba unas fotografías viejas con una expresión de ausencia. Ni siquiera alzó la vista cuando me entregó la foto que la mujer de Konarski nos había tomado el año anterior en el café donde ella trabajaba: en la imagen, Edek y yo estamos sentados a una mesa, bebiendo limonada, aún felices. Con sólo recordarlo comencé a llorar. Edek tomó la fotografía y la miró largamente. Al fin, con una estilográfica, en el dorso de la foto escribió: “1940: Qué buena época era aquella”.

Meses más tarde, en mayo de 1942, los alemanes volvieron a reducir el ghetto y una vez más tuvimos que mudarnos. Esta vez, Boris, Edwarda, mamá y yo cargamos nuestras cosas hasta un departamento de la calle Pawia, a pocos metros de la cárcel de Gesia, donde residían los presos políticos. De noche se oían los gritos de los torturados; algunos gritaban en polaco, otros en ruso, pero todos con la fuerza suficiente como para atravesar los muros y llegar hasta mi cama.

Poco después de mudarnos, Teo comenzó a llorar y no paró por varias semanas. Desesperada, Edwarda no sabía qué hacer: el niño tenía mucha fiebre, sudaba, se retorcía como si tuviera escalofríos y los ganglios del cuello se le habían inflamado. Respiraba con dificultad, y esto lo hacía llorar más todavía. Al fin, los síntomas revelaron la difteria. Alguien sugirió llevarlo a Baumann y Bergson, el hospital para niños que había en el ghetto. Conocíamos el estado del hospital, sabíamos que las camas estaban atestadas de huérfanos y otros niños enfermos que la buena voluntad de los médicos no podía curar. Faltaban los medicamentos, y de sobrevivir a la difteria, allí Teo podría contagiarse otras enfermedades… Al fin, la que zanjó la conversación fue mamá: "Si el niño ha de morir, mejor que muera en su casa", dijo y todos aceptamos su triste verdad.

Fueron dos meses de sufrimiento. Teo lloraba día y noche, apenas si quería comer. Para que pudiera respirar, debíamos asistirlo con un pequeño fuelle de hule. El cuerpo se le había llenado de manchas rojas que le inflamaban la piel. Cientos de niños ya habían muerto de difteria, pero Teo estaba bien alimentado y quizá eso fue lo que lo salvó. Al fin, una mañana amaneció con los ojos secos de lágrimas y su rostro rosado volvió a sonreír.

Por entonces Boris había conseguido un ejemplar de *Barricada de libertad*, el periódico de la resistencia de Varsovia que publicaba de

manera clandestina el Partido Socialista Polaco. En él hablaban de matanzas de judíos exterminados con gas en el campo de Chelmno, al oeste de Varsovia. Aunque Boris desconfiaba de los socialistas y sus noticias alarmantes, de los nazis podía esperarse cualquier cosa. Tanto nosotros como Teo corríamos peligro. En el mejor de los casos, si al niño no lo mataban los alemanes lo haría la siguiente enfermedad. Boris estuvo meditando largas horas, después habló con Edwarda. Sólo entonces llamaron a Pietruszka.

La conversación duró apenas unos minutos, después Pietruszka y Boris salieron del cuarto donde habían estado hablando y el polaco se despidió inclinando la cabeza, con la gorra en la mano. Unos días más tarde, a mitad de junio de 1942, Pietruszka volvió a presentarse en el piso de la calle Pawia y dijo: "Todo está arreglado". Mientras respondía a las preguntas de Boris, que quería saber los detalles, Edwarda se encontraba en un rincón con Teo en brazos. Le decía cosas al oído y de vez en cuando el niño repetía alguna palabra: "mamá", "ama", "extrañar". Intenté guardar su voz en mi recuerdo, aquella dulce manera de pronunciar las vocales, su cara de desconcierto ante el llanto de su madre.

Al fin, Boris dijo que había llegado la hora. Le entregó a Pietruszka un cofre con todo el dinero y las joyas que había logrado esconder, en parte para evitar que se lo confiscaran los nazis y para que el polaco dispusiera de dinero para pagar el hospedaje de Teo. Edwarda volvió a abrazar a su hijo y luego, lentamente, lo fue bajando hasta que sus pequeños pies se posaron en el suelo. Mi madre lo besó en la frente, yo lo estreché entre mis brazos. Recuerdo que todo transcurrió en silencio: Boris acompañó a Pietruszka hasta la puerta y allí permaneció hasta que Teo y el polaco, tomados de la mano, desaparecieron escaleras abajo. Sentada en medio de la sala, con la mano de mamá aferrada entre las mías, vi a mi hermana y a mi cuñado abrazarse unidos por el mismo dolor. Boris intentaba calmarse y calmar a Edwarda diciendo que aquello era necesario, que Teo debía salvarse, que lo mejor era hacerlo pasar por católico y entregarlo a una familia polaca. Pero no dejó de llorar en ningún momento.

Los días siguientes la tristeza se apoderó de la casa. Sin noticias de

Pietruszka, temíamos que el polaco hubiera escapado con el dinero y hubiese entregado al niño a los alemanes. A veces encontraba a Edwarda mirando la cama vacía de Teo, o las ropitas que no se había podido llevar.

Una tarde Pietruszka apareció en la fábrica y nos tranquilizó diciendo que todo había salido bien: había sacado a Teo por las alcantarillas, lo había llevado a la casa de la señora Stempke y lo había dejado jugando con sus tres hijos. Malawski, el amante de Stempke, lo haría pasar por sobrino suyo para evitar que los vecinos desconfiaran. No teníamos por qué preocuparnos: mientras estuviera vestido, Teo pasaría por un católico más.

Desde entonces, cada semana Pietruszka nos traía noticias de Teo. Malawaski, que era conductor de tranvía, lo sacaba a pasear y cada vez que Teo subía a los vagones preguntaba si lo llevaría a buscar a sus padres. Una vez, Pietruszka nos preguntó si nosotros queríamos escapar. Su pregunta nos tomó por sorpresa: nadie contestó, todos miramos el piso. ¿Adónde podíamos ir? No tardarían en descubrir nuestra ausencia en la fábrica, donde el interventor tenía estrechas relaciones con la plana mayor de las SS.

Unos días después de la partida de Teo, el 23 de junio, el pánico se apoderó del ghetto. Aquella mañana, de camino a la fábrica, oímos el rumor de que Adam Czerniaków, líder del Consejo judío del ghetto de Varsovia, se había suicidado. ¿Por qué razón un judío piadoso cometería el pecado de quitarse la vida? Sin dudas había sido empujado por algo terrible y por eso, además de lamentar su muerte, todos esperamos lo peor.

A medida que avanzábamos por el ghetto veíamos grupos de hombres y mujeres que lloraban y alzaban los brazos al cielo. A través de las puertas alambradas, pudimos ver decenas de soldados alemanes y letones que custodiaban el ghetto con un recelo mayor que otros días. Su presencia era algo preocupante. En la fábrica todos comentaban las noticias. Preocupado, Edek trabajaba en silencio. Había algo extraño en su gesto, algo que no había visto nunca antes. Le pregunté qué le pasaba. Él me abrazó y me besó largamente, como si aquel fuera el último de sus besos.

Al salir del trabajo nos dirigimos de regreso a casa. En las calles, judíos cargados con sus bártulos formaban filas frente a las mesas que ocupaban los escribientes de la Judenrat para registrarse y ser deportados. A ambos lados de las filas, integradas por mujeres, niños, ancianos y unos pocos hombres, soldados alemanes y judíos alzaban sus fusiles e intentaban mantener el orden. Nos acercamos a un policía judío, un antiguo compañero de escuela de Edek, y le preguntamos qué era lo que pasaba. El hombre no contestó, sólo nos hizo señas para que nos alejásemos del lugar.

Al día siguiente, los muros del ghetto estaban cubiertos de carteles: en polaco decían que los que se ofrecieran como voluntarios para su deportación recibirían una ración doble de alimento. Pronto los hambrientos se lanzaron a las calles rogando su deportación. Nadie preguntaba a dónde los llevaban, la promesa de pan salvaba todos sus temores.

Los rumores eran confusos: algunos decían que los deportaban hacia la estepa rusa, donde los alemanes habían montado una ciudad entera para establecer allí a todos los judíos de Europa; otros decían que los llevaban a trabajar en fábricas de Alemania; los más pesimistas anunciaban matanzas al final del trayecto, pero a estos nadie les creía.

Ante las mesas donde se registraban los deportados se acumulaban montañas enteras de maletas, abrigos y objetos de valor. Los alemanes decían que allí donde los llevaban no les haría falta nada de eso, porque serían provistos de todo lo necesario para comenzar una nueva vida. Así, familias enteras eran cargadas en camiones que los conducían hasta la Umschlagplatz, y desde allí eran transportados a pie hacia los vagones que esperaban en la estación de tren.

Si bien al principio sólo iban los voluntarios, luego de un par de días comenzaron a detener gente en las calles, en las fábricas; entraban de noche y sacaban de la cama a los judíos y los llevaban a los trenes. Sobre todo se llevaban a los niños, los ancianos y a aquellos que eran incapaces de trabajar. Por eso, Boris se apuró en conseguir un permiso para mi madre y ella comenzó a trabajar en la fábrica.

La ciudad comenzó a vaciarse a una velocidad aterradora: el número de deportados ascendía a miles por día. La gente corría por las

calles, ya no en busca de alimento, sino escapando de las razzias. A medida que se producían las deportaciones, los alemanes continuaban con la reducción del ghetto. Pronto, nuestra casa de la calle Pawia quedó fuera de la frontera y así nos vimos obligados a mudarnos a un piso de Leszno 76, junto a la fábrica. Allí vivimos mamá, Boris, Edwarda y yo, pero también Edek y Mietek, Hilary y Jacob, sus tres hermanos. Todos bajo un mismo techo, acorralados por el mismo temor.

Una tarde, poco antes de que sonara el toque de queda, Edek entró a la casa con el rostro desfigurado por las lágrimas. Detrás de él entraron sus hermanos. Jacob se frotaba los ojos con violencia, Mietek se tendió en el suelo con los ojos clavados en el techo. Asustada, le pregunté a Edek qué había pasado. Él apenas si podía hablar: "Íbamos por la calle y sin darnos cuenta hemos caído en medio de una razzia. Todos escapamos, pero el niño de Helena quedó en manos de los alemanes" . Las lágrimas le impidieron seguir hablando. "Helena enloqueció: salió corriendo y se hizo deportar con el hijo…", dijo Mietek sacudiendo la cabeza con abatimiento. Abracé a Edek con todas mis fuerzas, pero todo el amor del mundo no hubiera bastado para aplacar su dolor.

Dos días más tarde supimos que también se habían llevado a Zygmunt Danziger, el hermano de mi madre. Cada día nos enterábamos de la deportación de un amigo, de un familiar o de un compañero de trabajo. De hecho, la plantilla de la fábrica mermaba un poco más cada día. Nosotros no nos movíamos de la casa, sólo salíamos para ir al trabajo y regresábamos caminando por la sombra o pegados a la pared, con tal de no caer en manos de los alemanes.

A Helena la siguieron los padres de Bozena. Se los llevaron un día temprano en la mañana, cuando se dirigían a la fábrica. Bozena había sobrevivido a la deportación, pero ¿qué sería de ella a partir de entonces? De seguir sola en su casa no tardaría en ser violada, muerta o secuestrada por los nazis. Al fin, Edek le pidió que trajera las joyas que habían logrado salvar sus padres. Días más tarde, Pietruszka sacó a Bozena por las alcantarillas con una identificación falsa para trabajar como niñera de los hijos de un médico polaco del lado ario.

Pronto, los policías de la Judenrat que custodiaban la puerta que daba a la Umschlagplatz notaron que los trenes regresaba demasiado pronto como para haber ido a Rusia. Por desconfianza, comenzaron a apuntar los números de serie de los vagones que partían y arribaban a la estación. Al fin descubrieron que los trenes siempre eran los mismos, y eso significaba que los judíos estaban siendo transportados a algún lugar cercano a Varsovia.

Una mañana me vi obligada a salir para buscar unas medicinas que necesitaba mi madre, y que habíamos logrado conseguir gracias a uno de los empleados de la fábrica. Tenía menos de una hora para alcanzar la calle Karmelicka y regresar a mi trabajo. Afuera el sol resplandecía, y el cielo azul inspiraba toda la vitalidad que les faltaba a las calles, regadas de escombros, cadáveres y casquillos de fusil. A medida que caminaba, el miedo a ser detenida iba desapareciendo. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había paseado por Varsovia. El silencio del ghetto, que por lo general anunciaba un nuevo disparo, ahora se llenaba con el gorjeo de los pájaros. Comencé a caminar lentamente, disfrutando cada paso que daba. De pronto hasta me animé a quitarme el saco y dejar que el sol me entibiara los hombros. Tenía sólo veinte años, aunque la guerra me estaba envejeciendo con anticipación.

Al llegar a Nowolipki descubrí un camión alemán detenido en la puerta del edificio donde funcionaba un orfanato. Sin darme cuenta cerré los ojos para no ver a los soldados, o, como hacen los niños, para que ellos no me vieran a mí. Pero no ocurrió nada: los soldados fumaban en silencio con las armas enfundadas. Al pasar junto a ellos, vi que del edificio salía un grupo de niños formados en cuatro filas. A ambos lados, otros soldados custodiaban su marcha. Vestidos con harapos, los cuerpos delgados, bien abiertos los ojos, obedecían con esa entrega ciega de la que sólo son capaces los niños. Anduvieron unos metros y luego se dejaron alzar por los alemanes que, con cuidado, hablándoles en voz baja, los fueron cargando en la parte trasera del camión. Ningún niño protestó, nadie lloraba. Parecía que se estaban preparando para una excursión. Sentí un nudo en el estómago, y aunque quería gritarles que escaparan, callé. Del edificio salió un hombre vestido con traje oscuro. Los niños lo saludaron

agitando sus manos: “Adiós, señor Korczak”, gritaron a coro. Sin decir nada, el hombre se trepó al camión y se sentó junto a ellos. Uno de los soldados, apuntándolo con el fusil, le dijo que su trabajo como director de orfanato había terminado, que a él no lo necesitaban, que podía volver a su casa... El hombre no sólo no contestó, sino que empezó a cantar una canción a la que pronto se unieron los niños. Desconcertado, el soldado se encogió de hombros, dio una última pitada al cigarrillo, lo arrojó a la calle y subió a la cabina del camión. Cuando empecé a llorar, ellos ya habían desaparecido en dirección a la Umschlagplatz.

Regresé a la fábrica sin las medicinas, aquellos niños me habían hecho olvidar para qué había salido. Lo único que me mantenía en pie era saber que Teo estaba a salvo.

Por los polacos que trabajaban en la fábrica nos enteramos que los deportados debían viajar de pie porque los alemanes llenaban los trenes hasta el techo. Algunos días, los pasajeros eran tantos que debían esperar en la estación hasta que el tren regresara por ellos. Nadie escapaba, nadie se defendía. El miedo y la desolación nos estaban venciendo por completo. Los polacos, algunos amenazados por los nazis y otros porque sí, delataban a los judíos que lograban fugarse del ghetto, de los trenes o de la estación. Pietruszka, en cambio, continuaba trayéndonos noticias de Teo, compartiendo el botín de su contrabando y jugándose la vida por todos nosotros.

En agosto, el calor del verano hizo que los pocos cadáveres que había en las calles se pudrieran con mayor rapidez, y el hedor volvió el aire espeso e irrespirable. Millones de moscas tomaron Varsovia. Las enfermedades se propagaban entre los sobrevivientes, cada vez más hambrientos; para entonces los alemanes habían reducido las raciones de alimento a 85 calorías diarias, lo que equivalía a media rodaja de pan. Algunos preferían entregarse a tener que seguir soportando la muerte lenta del ghetto.

Boris continuaba con la lectura frenética de los periódicos alemanes. A veces, en casa lo oíamos insultar a los Aliados, que con pereza dejaban avanzar a los alemanes por todo el mundo: Alemania ya había

ocupado Polonia, Noruega, Holanda, Francia, Ucrania y, en otros lugares como Rumania, Eslovaquia, Hungría, Bulgaria y los Balcanes, habían establecido gobiernos pronazis que masacraban judíos de pueblo en pueblo. De Rusia no podíamos esperar nada: los comunistas ni siquiera podían frenar el avance alemán en su propio territorio. Moscú caería en cualquier momento.

El 16 de agosto transcurrió como un día cualquiera: disparos en las calles, ruidos de camiones, gritos que se oían desde el interior de la fábrica. Habíamos pasado el día remendando uniformes alemanes, cuando al fin sonó el timbre de salida. Todos los empleados dejamos nuestras tareas y nos dirigimos hacia la puerta. Al fichar, Musialowa nos gritó como de costumbre, pero esta vez había un brillo distinto en su mirada.

Cuando se abrió el portón, nos encontramos con que las rampas de salida estaban bloqueadas por un camión de las SS. Cinco soldados, con las culatas de los fusiles apoyadas en el hombro derecho, apuntaban hacia nosotros. Todos nos detuvimos al verlos, y poco a poco nos fuimos amontonando a las puertas de la fábrica. Schultz, el director, junto a un oficial alemán, leía un papel donde tal vez figuraban los nombres de los nuevos deportados. Sin embargo no me preocupé.

Busqué a Edek con la mirada, pero no pude verlo entre el gentío de empleados que se apretaban unos detrás de otros para esconderse de los alemanes. Mamá también había quedado rezagada, pero Boris y Edwarda estaban junto a mí. Edwarda me tomó de la mano con fuerza, y me murmuró que me quedara a su lado.

A continuación, como siempre, los alemanes nos ordenaron que formáramos dos filas. Boris, Edwarda y yo nos apuramos a ocupar la de la derecha, sabiendo que esa generalmente era la de los vivos. Pronto, la desesperación y el miedo provocaron empujones, gritos y llantos. Alguien intentó huir, pero antes de que diera el tercer paso un disparo le había destrozado la cabeza.

Poco a poco las filas fueron avanzando. En el camión, los deportados guardaban silencio, enfrentados a ese destino que durante tanto tiempo habían logrado evitar. A cada paso que daba me volvía

buscando a Edek y a mamá. Boris fue el primero en llegar a donde estaba el director con los alemanes. Una leve seña de Schultz bastó para que Boris dejara la fila y fuera a esperar con el resto de los salvados. Luego le tocó el turno a Edwarda, que mostró su permiso de trabajo y logró reunirse con su marido. Entre ella y yo había otras dos personas, así que tuve tiempo de girarme para descubrir que Edek avanzaba en la fila izquierda. Nos miramos a los ojos, y en vano busqué esa sonrisa que tanto me serenaba. Con la cabeza me hizo señas para que continuara avanzando. Pero no pude: si esa era la última vez que lo veía, quería mirarlo para recordarlo por siempre.

Kosurski, el ingeniero polaco de la fábrica, avanzó hacia Edek y, fingiendo que se tropezaba, lo empujó y comenzó a insultarlo para llamar la atención de los soldados alemanes. “Hijo de puta”, le gritó, y los alemanes festejaron el insulto con una carcajada. Tomándolo de las solapas del saco, dijo: “Sal de mi camino, judío de mierda”. Entonces lo empujó con la violencia necesaria como para que fuera a parar a la otra fila, la de los salvados.

Llegó mi turno, logré pasar. Un soldado me indicó que fuera adonde esperaban los demás: un patio lleno de fantasmas que se abrazaban sin fuerzas. Al reencontrarme con Boris y Edwarda les pregunté si habían visto a mamá. “Ya va a venir”, dijeron los dos al mismo tiempo. Esperé a Edek con ansiedad, y cuando lo vi me eché en sus brazos sollozando, besándole los labios, el rostro.

Todos los que se salvaban llegaban en silencio; sin ánimo de festejar nada, preguntaban por sus amigos y familiares y respondían a las preguntas de los demás con monosílabos. Cuando oímos el sonido del motor que se ponía en marcha supimos que la selección había terminado. Con Edwarda buscamos a mamá entre los vivos, que poco a poco comenzaban a abandonar el patio. Sabíamos que a veces algunos se escondían para evitar las selecciones, así que corrimos hacia el interior de la fábrica. Revisamos los salones vacíos, registramos cada rincón, cada armario… Volvimos a buscar, una, dos veces, hasta que en un momento Edek me abrazó diciendo: “Basta, no la busques más”. Llorando, comencé a hacer preguntas que ni Edek ni Boris ni Edwarda pudieron responder.

De haberme despedido, le hubiera agradecido a mamá todo lo que había hecho por nosotras, el valor con que había enfrentado la muerte de papá, la pérdida del negocio, las calles que había recorrido para vender cuantos perfumes y billetes de lotería habían sido necesarios para que no nos faltase nada… Pero todo había terminado así, de repente: ahora mamá estaría bajando del camión, llorando por nosotras, entre los gritos de los demás deportados.

Regresamos a la casa y me encerré en la habitación. Me tendí en la cama. Con cuidado, deshice el nudo del cordón que sujetaba las fotos que llevaba colgadas al cuello. Retiré una, la de mi padre, y la miré en silencio hasta que las lágrimas me nublaron la vista. Busqué una pequeña foto de mamá y la guardé junto con la de mi padre.

Se hizo de noche.

En la ciudad se oía el ruido de las motocicletas alemanas y el silbido de los disparos, mientras que, en la oscuridad de mi cuarto, yo cerraba los ojos para no ver las ausencias que comenzaban a poblar nuestra casa.

Después de que se llevaron a mamá terminamos de convencernos de que seríamos los siguientes. “Y nosotros debemos cuidar de Teo”, dijo Boris días más tarde, asustado, en medio de la sala. Edwarda lloraba, mientras Edek y yo los escuchábamos en silencio. Ya habían arreglado todo con Pietruszka para que los sacara del ghetto. Ellos escaparían primero y luego el polaco vendría por nosotros. Nos esperarían en el lado ario, en un escondite que habían preparado para los cuatro.

Más que sorprenderme, la noticia me inquietó. Quizá por el gesto de Edek, que guardaba silencio con la vista en el piso y el labio inferior apresado entre los dientes. Boris esperaba una respuesta. Al fin, Edek dijo: “Ya he perdido a mi madre, a mi hermana y a mi sobrino, y no estoy dispuesto a perder también a mis hermanos. Me quedaré con ellos hasta el final”. ¿Y yo? Yo ya me estaba despidiendo de Edwarda porque no podía separarme de Edek.

Aunque ninguno de los cuatro confiaba realmente en la posibilidad de salvarnos, acordamos que seguiríamos en contacto a través de Pietruszka. Edwarda me miraba con los ojos desorbitados, y preguntaba cómo habíamos llegado a eso. Hablamos de papá, de aquel viaje en tren de Lodz a Varsovia... Fue una noche larga, de silencios y promesas imposibles de cumplir.

Al día siguiente, cuando terminó el horario de trabajo, para no llamar la atención de los demás nos despedimos de Boris y Edwarda en un rincón de la fábrica. Si bien Boris y Edek eran grandes amigos, hasta entonces nunca los había visto tocarse. Pero aquel día permanecieron unos segundos estrechados en un abrazo que no hizo más que acentuar mi dolor.

Edwarda tenía una mezcla de tristeza y excitación, había llorado durante toda la noche y seguía llorando ahora por mamá, por su partida, por la angustia que sentía al estar apartada de Teo y por

dejarme en medio de aquella locura. Me acarició el cabello y durante unos segundos posó su mano sobre mi cabeza, en el mismo lugar donde, al nacer, había estado esa marca que supuestamente debía haberme facilitado la vida. Derrotada, la abracé por última vez y luego salimos a la calle.

Ella y Boris habían conseguido un par de gorras con visera, esas que usaban los polacos. Edek y yo nos quedamos en la calle viendo cómo los dos se alejaban en dirección a una de las puertas del ghetto, mezclados en medio de un grupo de obreros polacos. Cuando el grupo llegó a la puerta, el policía alemán revisó los papeles mientras Pietruszka le entregaba un paquete. Con sigilo, el alemán lo guardó entre sus ropas y fingió revisar los sellos y las firmas que permitían el paso de los polacos. Al fin, dio la orden de que alzaran la barrera y todos salieron del ghetto. Boris y Edwarda se alejaron hacia la libertad, y Edek y yo, aliviados, felices, tristes y solos, volvimos a la casa de la calle Leszno.

Poco tiempo después, Edek me propuso casamiento. Fuimos a la casa de un judío que tenía el poder civil de casarnos. No usé un vestido de fiesta, no tuvimos invitados, ni siquiera nos dieron un papel que legitimara nuestra boda. Sin embargo en aquella ceremonia, hecha en un cuarto polvoriento, en medio del ghetto asediado por las deportaciones, Edek y yo nos juramos estar unidos para siempre.

Las noticias que nos traía Pietruszka eran lo único que nos mantenía con esperanza. Bozena continuaba trabajando para el médico polaco. Boris y Edwarda estaban esperándonos en alguna parte de Varsovia. Teo crecía en el campo, a salvo de todo. Nosotros también nos manteníamos a salvo. O al menos queríamos creerlo. Por entonces, el miedo le había dejado su lugar a la desazón: la incertidumbre de no saber si la próxima selección sería la última comenzó a mellarme el cuerpo. Cualquier cosa que hacíamos, la hacíamos pensando que era la última vez. Por las noches no podíamos dormir, y pasábamos largas horas con Edek y sus hermanos sentados a la mesa vacía, esperando el final.

En octubre los alemanes nos condujeron a todos los sobrevivientes

del ghetto al número 18 de la calle Mila. Sentados en el suelo, miles de judíos aguardamos una nueva selección con el abandono de los animales que esperan entrar al matadero. Pronto la calle se fue llenando de camiones. Luego llegaron los soldados, que exigieron que mostrásemos los permisos de trabajo. Lo hicimos, de uno en uno, y a los que teníamos los papeles en regla nos ordenaron que nos fuéramos de ahí. En la plaza sólo quedaron los últimos niños y ancianos. En el tumulto, un niño de cabellos rojos lloraba abrazado a su madre. Fue imposible no pensar en Helena, deportada por no haber querido separarse de su hijo. Intenté recordar su rostro, pero las imágenes se esfumaron al oír que el niño llamaba a su madre, mientras ella se alejaba con el permiso de trabajo en la mano.

Para diciembre de 1942 sólo quedábamos una décima parte de los habitantes del ghetto. Los gritos se habían acallado, las calles estaban desiertas. Si en otros tiempos había sido doloroso contemplar los edificios con judíos hacinados, verlos vacíos era desolador. Ahora extrañaba las voces, los gritos y los llantos que me apenaban meses atrás. El viento agitaba el polvo y los lienzos tirados en el suelo, con una estrella de David abandonada a su propio olvido. El único rastro de la vida anterior del ghetto eran esas manchas de sangre que indicaban los sitios donde habían sido fusilados los que ya no estaban. Hacía meses que no veíamos niños ni ancianos, sólo hombres y mujeres de mediana edad, fantasmas delgadísimos con la piel amarillenta por la anemia.

Los policías de la Judenrat patrullaban las calles y no dudaban en apresar a cualquiera para seguir obteniendo el favor de los nazis. A veces, los judíos de la resistencia emboscaban a algún policía y lo mataban sin piedad. En secreto se estaban construyendo cientos de búnkeres en las zonas estratégicas del ghetto, anunciando algo de lo que ni el judío más valiente ni el alemán más cobarde nos creía capaces.

En general, para mis cumpleaños no acostumbraba pedir regalos costosos ni celebrar fiestas espectaculares. Prefería una buena comida en la intimidad de mi casa. Así pensaba hacerlo el 19 de abril de 1943. Aquel año mi cumpleaños coincidía con la víspera de Pesaj. Para la cena había conseguido una botella de vino dulce y un pan de Matzá, algo que por entonces era un lujo impensado. Esa noche, los pocos sobrevivientes que quedaban de mi familia y la de Edek vendrían a cenar a la casa de la calle Leszno para festejar mis veintiún años. Una tía de Edek había sugerido que Bozena debía regresar al ghetto para pasar las fiestas junto con su familia, pero Edek se opuso porque temía que su prima corriera peligro. No se equivocaba: al amanecer, por las calles marcharon cientos de soldados lituanos y letones. Un oficial de las SS anunciaba a los gritos que los últimos judíos que quedábamos en el ghetto debíamos presentarnos para partir hacia una fábrica de Poniatowa. Cuando nos enteramos, Mietek, Hilary, Jacob y yo estábamos en la fábrica. Edek había entrado con un gesto de preocupación; al conocer la noticia se había quedado desconcertado, y en su desconcierto sólo había atinado a tomar una pequeña bolsa con sus fotos familiares. Ni siquiera llevaba abrigo.

Dejamos de trabajar y nos dirigimos a la puerta, donde Musialowa se burlaba de todos los judíos que pasaban. Mientras fichábamos vimos entrar a Konarski. Las ojeras le ensombrecían el rostro como dos manchas de carbón; en el centro, sus inquietos ojos claros miraban a un lado y otro, contagiados del frenesí de la fábrica: por los pasillos varios hombres iban y venían cargando bultos, mientras otro grupo se encargaba de desmantelar las máquinas y las estanterías.

Konarski parecía sorprendido o apesadumbrado de vernos. “Aún están aquí”, dijo. Dispuesto a despedirse, Edek le agradeció toda la ayuda que nos había prestado durante los años que habíamos pasado

en el ghetto. Después dijo que íbamos a presentarnos ante los alemanes para ser deportados a una fábrica de Poniatowa. Konarski sonrió: "Idiota, nos matarán a todos. Hoy mismo destruirán la fábrica, el ghetto y a todos los judíos que quedamos". Sólo entonces oímos los primeros disparos. "Cuando la resistencia se enteró de los planes de los alemanes, comenzaron a arrojar bombas molotov y a tender barricadas. Deben esconderse", dijo Konarski. Edek y sus hermanos se miraron. "¿Dónde?", pregunté. Konarski sacudió la cabeza: "En una de las casas del frente de la fábrica. Ya he escondido a algunos, pero sólo quedan cuatro lugares". "Id vosotros, yo puedo esconderme en el ático de la casa de Shosha", dijo Mietek con decisión. Abrazó a sus hermanos, me besó las mejillas y se marchó.

Antes de que pudiéramos reaccionar ya estábamos siguiendo a Konarski. Se oían órdenes en alemán, en polaco. Según lo que contó, Konarski era uno de los treinta judíos que Schultz había elegido para que desmantelaran las fábricas del ghetto: debían desarmar las máquinas y colocar sus piezas en las mismas cajas donde él nos pensaba ir sacando a nosotros y a los demás judíos refugiados en el escondite.

Lo seguimos hasta los pies de una escalera que llevaba a los pisos superiores del edificio. Pudimos oír el rumor de las botas alemanas trotando por la calle, al otro lado de la pared, y el melódico tintineo de las cintas que sujetaban los fusiles. Konarski retiró la plancha de madera que ocultaba la entrada al escondite, bajo la escalera, y el sótano se nos reveló como una boca negra y tibia, presta a devorarnos. La luz de la escalera iluminaba unos rostros pálidos y asustados; asomando desde el interior para buscar aire fresco, pude ver a una mujer que sostenía un bebé en brazos. Entramos de uno en uno: el lugar era estrecho, y apenas si cabíamos sentados en el suelo; no había rejillas ni ventanas, por lo que el aire estaba cargado con el aliento de todos.

Antes de cerrar la puerta, Konarski se dirigió a Edek, como si él fuera el líder del grupo. "No salgáis por nada del mundo. No habléis. Se oye todo desde afuera. Sólo debéis permanecer en silencio hasta que mis hombres vengan a buscaros." Entonces cerró la puerta y nos

quedamos a oscuras, en silencio. Qué silencio. Podía oír la respiración agitada de Edek, justo delante de mí. Sin darme cuenta, con la tensión había presionado una parte del pan que llevaba en la mano hasta convertirla en migas. Lo dejé en el suelo, entre mis rodillas, junto con la botella de vino. Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, y los rostros de mis compañeros no se volvieron nítidos, pero al menos pude descubrir sus rasgos. Además de los padres del niño, había dos hombres jóvenes que trabajaban en la fábrica.

El día pasó lentamente. El levantamiento del ghetto de Varsovia nos llegaba en forma de disparos, explosiones y gritos de festejo. A veces, la casa se sacudía sobre nosotros y las vigas que sostenían el techo del sótano dejaban caer el material cuarteado por las continuas explosiones. De a ratos mirábamos hacia arriba, más preocupados porque se desplomara el techo que porque entraran los alemanes.

A oscuras era difícil contar el paso de las horas. Al fin, con la alarma del toque de queda supimos que era de noche, que el día había terminado y nadie había venido por nosotros. Recostada sobre su pecho, acariciaba el arco de piel suave que se extendía entre el dedo pulgar y el índice de Edek, como si eso bastara para alejar sus temores y engañarme a mí misma: “Nos salvaremos, Konarski nos rescatará”, le decía.

Pero al día siguiente todo siguió igual: acurrucados unos sobre otros, nos estremecíamos con el sonido de las bombas y los disparos. Estaba impaciente; necesitaba salir, ir al baño. Al fin, uno de los hombres pidió perdón y luego se orinó en sus pantalones. Los demás lo seguimos, inevitable, tristemente, y el aire del sótano comenzó a volverse agrio y espeso.

Cuando volvió a sonar el toque de queda, comimos un trozo de pan y bebimos pequeños sorbos de vino. En un momento, oímos los pasos de dos soldados alemanes que, supongo, se detuvieron a fumar junto a la pared de nuestro escondite. Los oímos reír, festejar el avance alemán sobre el ghetto. Aunque Edek no lo dijera, yo sabía que estaba pensando en su hermano escondido en el ático de la casa. Me quedé dormida con la mano aferrada a las fotos que llevaba colgadas al cuello; en sueños vi a papá bajar del tren que lo traía de Francia, con

una cesta llena de pistolas y panes.

El tercer día nos trajo la desesperación de sabernos olvidados. El regreso de Konarski era menos probable que la victoria de la resistencia. Sin embargo, sus hombres regresaron para esconder a otras tres personas. Debíamos esperar.

El cuarto día llovió. El sonido de la tormenta parecía una burla divina ante la sed que estábamos pasando. Frustrados, bebimos las últimas gotas de vino.

El quinto día vimos cómo los hombres de Konarski se llevaban a los tres nuevos y volvían a encerrarnos. Esa noche se acabó el pan.

Entonces el niño, que durante los cinco primeros días se había mantenido en calma prendido permanentemente a los pechos de su madre, la mañana del sexto día acabó por perder la paciencia. Primero soltó una queja enternecedora, de niño satisfecho; luego el gemido se fue intensificando hasta convertirse en llanto. Un llanto desgarrador, el mismo que hubiéramos querido soltar nosotros si no hubiésemos estado tan empecinados en sobrevivir. Todos miramos a la mujer, que se apuró en acunar al niño. Lo volvió de espaldas, le golpeó cariñosamente la cola, lo hizo eructar, y sin embargo no consiguió calmar su llanto. La pobre mujer también lloraba, pero en silencio y ante nuestras miradas de reproche.

“Hágalo callar”, dijo Jacob, con voz nerviosa. Alguien le alcanzó un pañuelo. La madre se encargó de contener las patadas que pegaba el niño mientras el padre intentaba amortiguar sus gemidos cubriéndole la boca con el pañuelo. Sólo lo lograba en los momentos en que el niño se ahogaba, tosía y juntaba fuerzas para volver a llorar. Estuvimos esperando a los alemanes un rato, unas horas, todo un día. Los estruendos de las bombas, el sonido de los carros de asalto y el clamor de las tropas que ingresaban al ghetto habían logrado silenciar el llanto del niño durante el día. Pero los ruidos se acallaron por la noche, y en el silencio del ghetto era imposible no escuchar semejantes gritos. Contuve la respiración durante un rato, creyendo que con mi esfuerzo el niño dejaría de llorar. En la penumbra pude ver que el padre del niño buscaba algo en sus ropas gastadas. Extendió la palma de su mano hacia Jacob, enseñándole un pequeño sobre de

color blanco. “Es cianuro, déselo al niño antes de que os delate. Yo no puedo, soy el padre”, dijo. Jacob miró al padre del niño directo a los ojos: en los suyos no había odio ni tristeza ni desesperación, sólo enojo. “Hágalo usted”, dijo. En el silencio que siguió quedó plasmada la vergüenza de todos: ¿acaso valía la pena matar a un niño para salvar diez vidas? Al fin, el padre del niño guardó el cianuro para otro momento. El niño aún lloraba, pero nuestra desazón nos hizo olvidar el llanto y poco a poco dejé de prestarle atención.

Al día siguiente el niño dormía sereno en brazos de su madre. Con la boca reseca por el hambre y la sed, ese, el séptimo día, comencé a desesperarme. Quería salir, ver qué pasaba allá afuera: quizá todo había terminado, quizá los Aliados habían bombardeado las posiciones alemanas y ahora los de la resistencia estarían liberando a todos los judíos… “Lo más probable es que los hayan matado a todos”, dijo Edek. De todas formas, ¿cómo podíamos saberlo escondidos allí, bajo las calles donde se producía el levantamiento del ghetto de Varsovia? Justo cuando iba a salir, unos disparos que sonaron frente a la fábrica me hicieron cambiar de opinión.

El noveno día sentimos unos pasos junto a la escalera. Era temprano, quizá poco después del amanecer. Alguien retiró las maderas que encubrían la entrada al escondite, y a continuación apareció un hombre. No era alemán, sino uno de los treinta judíos elegidos por Schultz. “Me manda Konarski”, dijo. Esta vez, los dos elegidos para salir éramos Edek y yo. Mientras me incorporaba y le deseaba suerte al resto, Edek se despidió de sus hermanos con la promesa de esperarlos afuera.

Al salir del sótano, lo primero que hice fue hinchar mis pulmones con aire limpio. Con una mano me protegí los ojos: después de pasar nueve días a oscuras, la claridad que se filtraba a través de las ventanas me hería la vista. Seguimos al hombre de Konarski hasta la fábrica: salvo por cuatro enormes cajones de madera, el salón principal estaba vacío. Ya habían empaquetado las máquinas, las herramientas y las telas, y ahora las estaban cargando en un camión para sacarlas fuera del ghetto.

Los hombres de Konarski nos escondieron detrás de un armario y

nos dijeron que esperásemos ahí, que alguien nos vendría a buscar cuando llegara el momento indicado. Pero no vinieron, ni ellos ni nadie. Acurrucados detrás de unas estanterías enclenques, que apenas si podían ocultar nuestros cuerpos, contamos las horas como cuentas de una soga tensa que estaba a punto de romperse. Se hizo de noche: por los cristales de las ventanas comenzó a entrar la luz de la luna, que transfiguraba las motas del polvo que había levantado el trajín de la mudanza.

Prefería enfrentarme a las balas alemanas antes que seguir escondida. Ya vería si terminaba reuniéndome con mamá en la tierra de los muertos o con Edwarda en la calle de los vivos. "Saldré: que me atrapen, que me maten… me da igual", dije y Edek no pudo detenerme. Al avanzar podía sentirlo caminar detrás de mí, susurrando reproches y amenazas. Nos acercamos a una ventana. Afuera continuaba el ir y venir de los treinta judíos encargados del trabajo. En el rumor de voces, Edek reconoció la de Schultz, que llamaba a Konarski a los gritos. Alcanzamos la puerta con temeridad, y desde allí Edek comenzó a llamar: "Olek, Olek". Oímos pasos. La voz de Konarski llegó antes que su cuerpo maltratado: "Edek, me había olvidado de vosotros", dijo, pasándose un pañuelo sucio por el rostro. Sus ojos ya no mostraban la misma vivacidad de antes. Habló rápido, como si todos los tiempos estuvieran a punto de acabarse: el ghetto estaba fuera de control, los judíos atacaban a los alemanes, había trincheras de la resistencia y francotiradores nazis apostados en los tejados de toda la ciudad. "Nos quieren matar como perros, pero algunos judíos están armados y ya han matado a una decena de alemanes. Rápido, están por salir las últimas dos cajas." No pude contener la pregunta: "¿Y los demás?" Konarski suspiró: la salvación de decenas de judíos estaba en sus manos cansadas.

Lo seguimos hasta las últimas dos cajas que saldrían del ghetto. Abrió una de un metro de ancho por dos metros de largo y quitó algunas piezas de las máquinas para hacernos lugar. Nos metimos con esfuerzo, en posiciones invertidas, mis pies rodeando la cabeza de Edek y los suyos a un lado y otro de la mía, los dos apresados entre las planchas de acero y los engranajes cubiertos de grasa. "Mis hermanos

están en el sótano y el otro en el ático, tiene que salvarlos", dijo Edek. Konarski hizo un movimiento de cabeza que bien podía significar tanto una disculpa como una afirmación. Al ver que Edek esperaba otra respuesta, dijo que intentaría sacarlos por las alcantarillas. Antes de que volviera a cerrar la caja, Konarski indicó: "Quedaos callados, cuando lleguéis al depósito no hagáis nada: mandaré a dos hombres de confianza para que os saquen de allí". Sin tiempo para despedidas, comenzó a sellarla con largos clavos de acero.

Oímos pasos de botas y dos voces que se burlaban de Konarski en un imperfecto alemán. Debían ser soldados letones. Uno le gritó al otro que le pasara la botella de vodka. Después de beber, alzaron la caja de golpe, y durante unos metros zarandearon la caja por el aire hasta que la soltaron sobre lo que debía ser el camión. Con el golpe, sentí que algo me lastimaba el tobillo.

Al salir, noté el aire frío de la calle cargado de un fuerte olor a quemado. Se oían disparos lejanos, ahora los enfrentamientos se estaban dando lejos de la fábrica. Cerca del camión en el que estábamos, un coro de voces quebradas entonaba canciones militares alemanas. Los soldados gritaban y reían animados por el alcohol, mientras el traqueteo del camión sacudía la caja.

De pronto, una voz dio la orden de encender las antorchas. Pude sentir el calor del fuego rodeando nuestro camino. Las posiciones que ocupábamos en la caja no me permitían verle el rostro, pero notaba cómo Edek se estremecía, sollozando de impotencia y dolor al saber que las llamas sorprenderían a Hilary y Jacob dentro del sótano. Me hubiera gustado poder abrazarlo, besarlo, susurrarle al oído que íbamos a salvarnos todos…, pero la caja era demasiado estrecha y a mí ya no me quedaban motivos para esperar nada bueno.

Anduvimos cerca de veinte minutos; de a ratos nos llegaba el canto de las tropas que regresaban del ghetto en busca de descanso. Tras el rechinar de unas puertas, el camión se detuvo por completo. Los pasos de las botas se acercaron y bajaron la caja al suelo. El camión se marchó y nos quedamos en medio de un silencio; dentro de la caja no teníamos forma de saber dónde ni con quién estábamos.

Pasó un rato, diez minutos o tres horas; desde la mañana del 19

hasta aquel 28 de abril el tiempo había tomado un ritmo a su vez frenético y desganado: la espera prolongaba los minutos y las horas pasaban fugaces con los giros de las circunstancias. A lo lejos, las explosiones que se producían en el ghetto se confundían en un rumor impreciso que no decía nada.

Con las manos, Edek recorría las juntas de la caja en busca de un clavo flojo que pudiera ser quitado por dentro. Agotada por la espera y la desesperación, me esforcé por mantener los ojos abiertos hasta que me fui rindiendo al cansancio.

Me despertó el ruido de la puerta. Como un acto reflejo, intenté incorporarme y me golpeé la cabeza contra la caja. Ni siquiera recordaba que estábamos ahí encerrados. En alguna parte, a nuestro alrededor, alguien preguntó: "Edek, Mira… ¿dónde estáis?". Al reconocer la voz de Holson, un antiguo vecino de Edek, los dos empezamos a gritar. De pronto la caja comenzó a sacudirse. Cuando le quitaron la tapa, descubrimos dos rostros colorados mirándonos directo a los ojos. Más arriba, un techo altísimo sugería que estábamos en un depósito enorme. Los dos hombres nos ayudaron a salir y luego se encargaron de volver a cerrar la caja. Holson dijo que los dos polacos nos sacarían de allí. A nuestro alrededor, cientos de cajas contenían las distintas partes de la fábrica. No había soldados, ni agua que me calmara la sed que venía sufriendo desde hacía días.

Al ver a Edek, noté que aún tenía los ojos rojos de tanto llorar. Nos abrazamos con fuerza, como si no nos hubiéramos visto durante años. El polaco que habló era gordo y alto, muy alto: "Os tenemos que sacar de aquí antes de que regresen los soldados. ¿Tenéis donde ir?" Edek y yo nos miramos y pronunciamos el nombre de Pietruszka casi al mismo tiempo. "Si queréis vivir, quitaos eso", dijo el más pequeño de los dos, señalando el lazo con la estrella de David que llevábamos puesto en el brazo.

En la puerta del depósito se nos echaron encima una decena de polacos pobres y hambrientos que gritaban: "Judíos, por aquí" y nos tiraban de las ropas. Me aferré a Edek, asustada, mientras los dos polacos enviados por Konarski los empujaban y los amenazaban con

los puños. Cuando nos alejamos por la calle Elektralna, le pregunté al hombre más bajo qué querían los polacos que habíamos visto antes. “Dinero”, respondió, “esperan a los judíos que se escapan para denunciarlos a los alemanes a cambio de comida, o los matan y les roban lo que aún tienen.” El gordo parecía muy atento y sensible a nuestros gestos, y al ver que Edek no podía disimular su furia dijo que nos acompañarían sólo mientras nosotros lo creyéramos necesario.

El miedo a ser descubiertos nos obligaba a caminar con la vista en el piso. Ante cada ruido, el corazón me latía tan fuerte que parecía a punto de estallar. Bastaba que nos cruzásemos con un soldado para que se me cubriera el cuerpo de sudor. Me temblaban las manos, y mis piernas, entumecidas por el encierro de la caja y el sótano, se negaban a responderme. Cuando me detenía a tomar aire y alzaba la vista, el mundo me provocaba una furiosa tristeza. La parte aria de la ciudad funcionaba como si el ghetto, el hambre, las matanzas, nada de lo que habíamos sufrido hubiera ocurrido en Varsovia: allí las tiendas seguían vendiendo embutidos, quesos y licores; los niños no jugaban con cadáveres sino con pelotas; y las chicas de mi edad caminaban tomadas del brazo ante la mirada de los soldados que patrullaban el barrio. Toda aquella felicidad me resultaba ajena, cruel y sinsentido.

Minutos más tarde alcanzamos el edificio de la calle Orla donde vivía y trabajaba Pietruszka. Los polacos se dispusieron a partir. Les estrechamos las manos con agradecimiento, y el gordo se quitó la gorra con respeto. Antes de que se marcharan, Edek les preguntó si Konarski les había dicho algo referido a sus hermanos. “No sabemos nada”, dijo el más bajo mientras el gordo, tal vez avergonzado, bajaba la vista hacia sus zapatos. Edek les dio algo de dinero y les pidió que cuando sacaran a Mietek y Jacob los llevaran hasta lo de Pietruszka, donde él los estaría esperando.

Pietruszka vivía en la portería, ubicada en la planta baja del edificio. El rechinar de las maderas del suelo me daba escalofríos, estábamos tan cerca de salvarnos que me parecía imposible. Golpeamos la puerta de Pietruszka, y durante los pocos segundos que tardó en abrirse pensé que el polaco no estaba, que lo habían matado y que ya no teníamos adonde ir. Sin embargo allí estaba Pietruszka,

sorprendido de que hubiéramos logrado escapar.

Entramos y nos dejamos caer en el sillón de la sala. “Agua”, dije. Bebí más de un litro. Necesitaba descansar, cerrar los ojos, poner la mente en blanco y dormir durante varios días. Al quitarme los zapatos descubrí que la media estaba manchada con sangre. La herida no era profunda, pero me ardía bastante.

Pasamos el día dormitando en la sala, sin hablar, esperando en silencio que llegaran los hermanos de Edek. Pero cayó la noche y ellos no aparecieron.

La mujer de Pietruszka preparó la cena, no era mucho, pero compartieron su comida con nosotros. Animada por la tibieza de aquel guiso escuálido, les pedí que me contaran algo de Teo. La mujer se sentía orgullosa de haber convencido a la señora Stempke de que lo escondiera. “El niño crece sano, es inteligente y sabe callarse cuando es necesario”, dijo. En todo ese tiempo no había hablado de sus padres verdaderos y vivía como un integrante más de la familia cristiana que lo estaba cuidando. Edek permanecía en silencio, la vista fija en la puerta y el gesto triste de la derrota.

Al día siguiente Pietruszka nos despertó a los gritos. Estaban buscando a los sobrevivientes por todo el barrio ario. Teníamos que mudarnos ya mismo al escondite donde estaban Edwarda y Boris, en el que también había sitio para nosotros… Pero Edek no estaba dispuesto a dejar a sus hermanos; si lo que habían dicho los dos polacos era cierto, Hilary y Jacob no tardarían en llegar. “Lo dudo”, dijo Pietruszka con cara de resignación, “los alemanes avanzan pero los judíos siguen combatiendo, ahora están atrincherados en la calle Mila. No quedará un solo edificio en pie.” Edek insistía en que Konarski iba a salvar a sus hermanos. Pietruszka sacudió la cabeza: “Anoche, antes de destruir el ghetto, la Gestapo encerró en una sala a los treinta judíos que desmantelaron la fábrica y los molieron a palos. Konarski está muerto”.

Al oír la noticia los dos dejamos de hablar. Como cientos de judíos, nosotros le debíamos la vida a Konarski. Su mujer había escapado del ghetto y lo esperaba en otro escondite, pero nunca lo vería llegar.

Edek siempre había sido un hombre decidido, y nada de lo que

dijeran podía hacerle cambiar de parecer. Si sus hermanos se habían salvado, él estaría ahí para verlos llegar. Después de meditarlo, Pietruszka tomó una decisión: me llevaría con Edwarda en ese mismo momento y Edek se quedaría un día más hasta que llegaran sus hermanos. Aunque en lo de Jarosz sólo había sitio para Edwarda, Boris, Edek y yo, Pietruszka podía conseguirles sitio a Mietek y Jacob en casa de un tal Ptaszynski.

Agradecidos, aceptamos su plan sin poner ninguna objeción. Confiábamos en él; después de todo, si hubiera querido entregarnos ya lo habría hecho antes. Pietruszka estaba apurado, debíamos llegar a lo de Jarosz antes del toque de queda. Con un esfuerzo del que ya no me creía capaz, logré incorporarme y sostenerme sobre las piernas.

Edek me abrazó y nos besamos, en su boca tibia encontré el aliento que necesitaba para seguir escapando. Pietruszka ya había abierto la puerta de su casa y me miraba con impaciencia, pero con la comprensión suficiente como para permitirme una nueva despedida.

Detrás de su máscara de entereza, podía ver que Edek sufría. Lo tomé por los hombros y, con un convencimiento que me sorprendió hasta a mí misma, le dije: “Nos salvaremos. Tú no hagas ninguna estupidez, nos salvaremos”. Confundido, él me acarició la mejilla por última vez y yo me lancé a las calles de Varsovia.

La oscuridad no me permitió descubrir por qué calles andábamos. Lo único que puedo decir es que Pietruszka se detuvo frente a un portón y llamó no una, sino cinco veces. Nos recibió un hombre bajo, gordo, con el rostro encarnado por las huellas de antiguas enfermedades y recientes borracheras.

Entramos. Frente a nosotros se revelaron las ruinas de un edificio bombardeado. Detrás de las ruinas del edificio había algunos árboles y, más allá, dos garajes y una pequeña casa donde vivían Jarosz y su familia. Dentro, sentada a la mesa de un pequeño cuarto utilizado como cocina, una mujer se frotaba los ojos frente a una tabla con trozos de cebolla mientras, en un cajón de verduras, apenas tapado con una manta, un niño dormía con placidez. Busqué a Edwarda con la vista, pero no la encontré. Pietruszka y Jarosz intercambiaron algunas noticias que yo ya conocía: el ghetto estaba completamente liquidado, los SS estaban recorriendo la ciudad en busca de los últimos prófugos judíos para enviarlos a Treblinka. Me aterró escuchar esa palabra. Treblinka. Aquel lugar donde nos estaban matando tenía un nombre.

"Esto es muy peligroso", dijo Jarosz, como si esa fuera la contraseña que Pietruszka esperaba para entregarle un fajo de billetes. Al ver el dinero, la mujer se incorporó de la mesa. "Voy a buscarlos", dijo, y cruzó la puerta interior que daba a la otra estancia de la casa. Pasaron unos minutos que Jarosz dedicó a observarme, como si estuviera evaluando mi cuerpo, mi rostro, mi silencio. Pietruszka también parecía nervioso. Caminaba en círculos alrededor de la mesa; con la vista en el suelo, se pasaba por el mentón la punta de los dedos de su mano derecha.

Al fin entró la polaca, seguida de Edwarda y Boris. Nos abrazamos largamente, Edwarda me apretaba entre sus brazos como si mi cuerpo

no fuera una prueba de que me había salvado. Boris preguntó por Edek. “Mañana lo traigo, está esperando a sus hermanos en mi casa”, dijo Pietruszka y se despidió de todos.

Entonces la polaca volvió a las cebollas y nosotros pasamos a la habitación donde habían estado escondidos Edwarda y Boris: tres metros por dos, una pequeña cama y un manojo de paja en el suelo. Me llamó la atención que en medio de tanta pobreza hubiera una alfombra. Jarosz, por su parte, se encargó de darme los detalles del hospedaje: “Podéis estar todo el día aquí, pero si viene alguien os tenéis que esconder”, dijo al tiempo que alzaba uno de los bordes de la alfombra que ocultaba la entrada a una fosa de mecánico. “Si los alemanes se enteran de que estoy escondiendo judíos me matarán. No tengo baño, pero el jardín es amplio y podéis hacer vuestras necesidades de noche entre los árboles”, agregó.

Luego de la cena, los polacos se fueron a dormir y nosotros tres pudimos hablar en la intimidad de la cocina. Les conté nuestros últimos días en el ghetto, el escape, la desolación de las calles vacías. Edwarda seguía apretándome las manos, me acariciaba el rostro, la frente, y repetía: “Has tardado nueve días en nacer y nueve días en salvarte. Es una prueba de la suerte que siempre tendrás”.

Boris estaba preocupado; no entendía las razones de Edek y creía que quedarse en lo de Pietruszka era un riesgo injustificado. Mi hermana parecía estar sobrepasada, hablaba como si temiera un desenlace aún más trágico: “Edek es temerario. No te arriesgues a seguirlo. Tú tienes que salvarte para cuidar de Teo”. “Basta”, le dije con las últimas energías que me quedaban luego de aquel largo día, “tú también te salvarás.”

Al fin, los tres nos dirigimos a la habitación, donde Jarosz, su mujer y sus dos hijos dormían apretados en una pequeña cama. Nos tendimos en el suelo, sobre aquel irrisorio colchón de paja, y compartimos la única manta que había. Entre sueños oí a Boris y Edwarda que me preguntaban algo, pero estaba demasiado cansada para responderles.

Al día siguiente volvieron a sonar los cinco golpes en la puerta.

Edek entró arrastrando los pies. No hizo falta que dijera nada, su desolación confirmó lo que todos esperábamos.

Como Boris y Edwarda llevaban más de un año escondidos allí, nos pusieron al tanto de las cosas. El terreno pertenecía a un banco alemán; además del edificio en ruinas y la pequeña casa con cocina y el cuarto que servía de habitación y ocultaba la fosa, la propiedad se extendía hasta cruzar toda la manzana: pegados a la casa, estaban los dos garajes donde permanecía guardado el auto oficial de uno de los directivos del banco y que, ocasionalmente retiraba o estacionaba su chofer. Todo era humilde, de dimensiones estrechas, pero sin embargo los árboles se mantenían en pie y continuaban delimitando el terreno y separándolos de las ruinas que alguna vez habían sido un edificio de tres plantas. Ya no recordaba cuándo había visto árboles por última vez: mis recuerdos eran una amalgama de escombros, polvo y cenizas. Me detuve a mirar los árboles que se alzaban hacia el cielo; con los ojos cerrados, el viento que agitaba las hojas de los árboles sugería el rumor de un río cristalino.

Los primeros días fueron difíciles: si bien estábamos acostumbrados a vivir en peores condiciones que esas, permanecer escondidos en casa de unos polacos era algo que nos llenaba de desconfianza. ¿Hasta cuándo aceptarían escondernos? La mujer de Jarosz lo dejó bien claro poco tiempo después de nuestra llegada. Era de noche, y las llamas de las velas producían sombras movedizas en las paredes de la casa. Después de comer, nos quedamos unos minutos sentados a la mesa. Edek conversaba con Jarosz sobre el avance de los Aliados. De pronto, la conversación giró hacia Varsovia, el escondite, el miedo de Jarosz a ser descubierto por los alemanes. Mientras ellos hablaban, la mujer se hurgaba las uñas de los pies con el cuchillo de cocina. Del fondo de mi memoria surgieron los recuerdos de las buenas formas, de la delicadeza que la guerra nos había quitado. De a ratos, la mujer se acercaba la punta del cuchillo a los ojos y, satisfecha, sonreía con una felicidad infantil. Fue pasando de dedo en dedo, lentamente, con una dedicación obsesiva de la que no la creía capaz. Al fin, dijo: “No van a quedarse para siempre”. Edwarda y yo nos miramos, asustadas. La mujer dejó de escarbarse los pies durante un par de segundos: “Estoy

juntando dinero para comprar unos campos. Cuando tenga la cantidad que necesito, os marcháis". Edek ahogó sus palabras en un ataque de tos. El valor de nuestras vidas tenía la medida exacta de sus ambiciones inmobiliarias.

Cada semana, Pietruszka pagaba a Jarosz nuestra estadía con el dinero que le habíamos dado hacía ya unos años. Mientras, nosotros intentábamos pasar desapercibidos ante Jarosz y su familia, lo cual no era fácil considerando lo estrecha que era la casa. Para asearnos, debíamos esperar que la mujer saliera a hacer compras: entonces nos apurábamos y compartíamos el agua del pequeño recipiente que, además de servir como olla y balde, también funcionaba como pileta. Cada vez que regresaba y veía que habíamos utilizado el agua para lavarnos, la mujer estallaba a los gritos: "¿Qué es eso de lavarse todos los días? ¿Quién os educó? ¿No véis que después yo tengo que ir a buscar más agua?". Entonces debíamos callarnos y soportar cada una de sus quejas.

Pietruszka era el único contacto que teníamos con el exterior. Hasta que un día recibimos una visita inesperada. Estábamos en la casa, ayudando a los polacos a limpiar el suelo cuando llamaron a la puerta. De inmediato los cuatro nos ocultamos en la fosa. Se hizo silencio. Minutos más tarde, oímos pasos y la voz furiosa de Jarosz, que hablaba a los gritos: "Os vino a visitar una polaca, de parte de Pietruszka. No confío en ella. No confío en nadie. Vosotros vais a terminar haciendo que me maten los nazis". En la oscuridad de la fosa, nos preguntamos quién podría ser. Jarosz quitó la alfombra. Edek dijo: "Voy yo" y salió de la fosa.

Cuando regresó estaba feliz. "Salid, vino Bozena", dijo. Su prima se había presentado ante Jarosz utilizando sus papeles de falsa polaca sin levantar ninguna sospecha. Ahora estaba de pie en el cuarto, justo detrás de Edek. Estaba arreglada, la falda le ceñía el cuerpo ya no de niña, sino de mujer. Una mujer que irradiaba una fuerza extraña y embriagadora. Hablaba con un susurro inaudible para que no la oyeran los polacos, pero lo hacía con rapidez y usando términos militares; estaba enterada no sólo de lo que ocurría en Polonia sino en el mundo entero. "Cuando comenzaron los enfrentamientos en el

ghetto dejé de trabajar para el doctor polaco. Ahora vivo en casa de una anciana polaca que no sabe que soy judía. Conmigo vive también Alina, fue a través de ella que entré al Partido", explicó.

Alina era la mujer de un primo de Edek que había logrado sacarla del ghetto hacía un par de años. Ahora, él estaba detenido en un campo de Poniatowa esperando la muerte. Bozena contó que ella y Alina habían usado todos los contactos que tenían en el Partido Comunista para enviar un polaco a que lo rescatara, pero él se había negado a escapar para evitarle a sus compañeros del campo los castigos que los alemanes les infligían luego de cada fuga. Sonriendo, Bozena aclaró: "En verdad nuestro primo se enamoró de la mujer de un kapo judío del campo, y por eso fue que no quiso escapar". Bozena también nos contó que, como miembro del Partido Comunista Polaco, había servido de enlace con la resistencia judía y les había llevado las armas que ellos habían utilizado en el levantamiento del ghetto. A medida que hablaba, su fuerza nos daba seguridad y esperanza. "Los nazis comenzaron a replegarse, los Aliados invadieron Francia y el sur de Italia y la URSS los está empujando desde el este. Stalin viene en camino", dijo al partir, y prometió volver a visitarnos. Nos la quedamos mirando en silencio, asombrados, tratando de hacer encajar a aquella partisana enérgica con la niña judía rica y poco experimentada que recordábamos.

En aquel verano de 1943 Pietruszka se dirigió a casa de Jarosz para hablar con nosotros en privado sobre el hotel Polski. Allí, un grupo de judíos estaba vendiendo pasaportes extranjeros a los judíos sobrevivientes que pudieran pagarlos. "Ellos mismos organizan los viajes al extranjero. Podéis comprar los pasaportes y escapar de Polonia. Yo he encargado varios pasaportes para los hijos del doctor Solowiejczyk", dijo. Cuando se fue, nos quedamos meditando en silencio. De pronto, la ansiedad me empujó a confiar ciegamente en el hotel Polski.

Desesperada, le rogué a Edek que aprovechara la oportunidad. Edwarda preguntó si podíamos llevarnos a Teo, y aunque todos lo dimos por supuesto, ninguno se animó a decir cómo lo recuperaríamos. Lo importante era contactar a los del hotel Polski y

asegurarnos unos pasaportes y un billete de ida a cualquier lugar, lejos de Polonia. Edek dijo que a Pietruszka le quedaba el dinero suficiente para pagar nuestro escondite y el de Teo durante unos meses más, pero que no contábamos con dinero extra para los pasaportes. Entonces Boris sacó una cigarrera de plata de sus bolsillos y se la entregó. Nos quedamos en silencio, como si, más que excitarnos, la posibilidad de salvarnos nos hubiera llenado de asombro.

Esa misma noche Edek salió de casa de Jarosz sin que nadie lo viera. Cuando regresó, Boris, Edwarda y yo, desesperados por la ansiedad, comenzamos a hacerle preguntas. Edek guardó silencio durante unos minutos. Después, ante nuestra persistencia, no tuvo más opción que hablar: "El comisario me ha dicho que si queremos salir debemos presentarnos esta misma noche. También he hablado con otros judíos que esperaban allí, todos están demasiado asustados y con ganas de marcharse como para pensar fríamente de qué se trata todo esto. A las puertas del hotel, decenas de polacos esperan descubrir a algún judío para denunciarlo a los alemanes o simplemente robarle el dinero que llevan para el viaje. Tuve que fingir ser polaco, me he quedado un rato en la puerta… hasta he comprado cigarrillos y fumado para que los polacos no sospecharan de mí. De a poco me fui alejando, para evitar que me siguieran hasta acá".

Confundida, le pregunté qué estábamos esperando para irnos. Edek me tomó la mano con delicadeza: "No iremos a ninguna parte, nos quedaremos aquí". Comencé a llorar. "¿Qué has hecho? Loco, idiota, debemos escaparnos…", le gritaba con furia mientras él trataba de calmarme. En un momento, oí a Boris decir: "He perdido la cigarrera pero has hecho lo correcto". El miedo de mi cuñado terminó de enfurecerme: "¿Una trampa puede ser peor que esta vida? Si hasta Pietruszka está sacando judíos a través de esos polacos… Te has equivocado, Edek, has perdido nuestra última oportunidad".

La tarde siguiente Bozena se presentó en casa de Jarosz y pareció aliviada de vernos. Esa misma mañana, los hombres de la Gestapo habían entrado al hotel Polski para detener a todos los que estuvieran involucrados en el asunto de los pasaportes. "Pietruszka también fue detenido, y los judíos que esperaban allí fueron deportados a Vitel",

dijo Bozena con lágrimas en los ojos. “Todo lo de los pasaportes era una mentira: la Gestapo y los propios kapos judíos se asociaron para engañar a los judíos sobrevivientes y, antes de deportarlos, quitarles todo el dinero que tenían escondido.”

La desconfianza de Edek nos había librado de una muerte segura. Avergonzada por todo lo que le había dicho, le pedí perdón. “¿Esta vez también nos hemos salvado por tu suerte?”, dijo Edek sonriendo, pero eso no consiguió levantarme el ánimo.

Una mañana Jarosz regresó de la calle más rojo que de costumbre. Nos miraba acusadoramente, pero no se animaba a decir nada. Fue Edek quien lo obligó a hablar: “Encontraron a un judío escondido en el desván de un vecino y los nazis los fusilaron a los dos en plena calle, al judío y al polaco, diciendo que los que escondían judíos debían terminar como ellos. No os podemos tener más aquí, tenéis que marcharos”. Antes de que alguno de nosotros pudiera decir algo, su mujer se acercó a él y le golpeó el pecho con desprecio. “¿Y con qué piensas comprar los campos? Ellos no se van.” A continuación se produjo una discusión doméstica que nos mantuvo al margen, espectadores furiosos pero demasiados avergonzados como para decir nada. Vi a Boris pestañear una, dos, tres veces ante las palabras de Jarosz: “Mis amigos desconfían de mí. Antes venían a beber a casa, tu familia nos visitaba… ¿Hasta cuándo van creer que estamos tan ocupados como para no recibirlos? Si no hay nada para hacer, no hay trabajo…” Esta vez, la mujer no supo cómo justificarse. Derrotada, comenzó a mover ollas y sartenes, diciendo: “Debemos arriesgarnos”. Edek, que había seguido la conversación sin perder palabra, apoyó los brazos en la mesa para captar la atención del polaco: “Invite a sus amigos. Nosotros pagamos el vodka. Que vengan y se aseguren de que vosotros estáis limpios”. Jarosz frunció los labios, tal vez ya estuviera saboreando el vodka.

Esa noche nos escondimos en la fosa con comida y unos vasos de vodka. Jarosz estaba alegre y se mostraba tan ceremonioso y atento como si estuviera preparando una fiesta. Una vez que los cuatro estuvimos dentro de la fosa, extendió la alfombra para ocultar

cualquier detalle. Desde la oscuridad lo oímos decir: “Mis amigos se irán dentro de un par de horas, antes del toque de queda”.

Ese par de horas pasó lentamente. Comimos y bebimos, primero en silencio, luego conversando con susurros acallados por los gritos de los polacos. En la pequeña cocina, hombres y mujeres reían y cantaban en medio de una guerra que, gracias al alcohol, les resultaba ajena e insignificante. Sonó el toque de queda. La fiesta duraría más de lo esperado.

Horas más tarde, encerrado herméticamente por la alfombra, el aire de la fosa se volvió irrespirable. Sentí ganas de toser, pero me resistí para no llamar la atención de los polacos. Tenía náuseas. La oscuridad era absoluta. Busqué a Edek con la mano y me encontré acariciando el cabello de Edwarda. “Jarosz se ha olvidado de nosotros”, dijo. “No puedo respirar”, le contesté. “Edek, ¿qué hacemos?”, preguntó Boris. “Se quedarán hasta que suene el final del toque de queda. Debéis soportar”, dijo y sentí sus brazos rodeándome los hombros.

Jarosz llegó un rato más tarde. Divertido, mientras quitaba la alfombra dijo: “Olvidé que estaban acá. Por poco os morís y pierdo los campos”. Todos estábamos demasiado débiles y mareados como para decir nada. Me levanté del piso como pude. Edek me ayudó a salir, y estuvo a mi lado mientras me recuperaba bajo los árboles, rodeada por los pájaros del amanecer.

Desde la detención de Pietruszka, su mujer se convirtió en nuestro contacto. En septiembre, Edwarda le preguntó si había visto a Teo últimamente. Antes de responder, la polaca dudó un momento, y luego dijo que Teo se había ido a casa de la madre de la señora Stempke. Ahora estaba a salvo con sus hermanos postizos lejos de Varsovia. “¿Pero lo ha visto?”, insistió Edwarda. La polaca sacudió la cabeza, su honestidad era inquebrantable. Mi hermana alzó la voz: “¿Y si está muerto? ¿Cómo puedo saberlo? Quizá esos polacos dicen que está en otra parte para seguir cobrando el dinero…” Boris intentó calmarla, pero mi hermana insistió: “Tráigalo, quiero ver a mi hijo”. Al principio la mujer de Pietruszka se negó porque le parecía demasiado peligroso para el niño. Pero al ver que mi hermana estaba

tan desesperada no pudo hacer otra cosa que aceptar su pedido: “Si descubren que el niño es judío conseguirá que lo deporten. No podrá acercarse a él, no podrá hablarle, sólo podrá verlo de lejos”. Mi hermana aceptó llorando: hacía más de un año que no veía a su hijo.

Llegaron una mañana. Tres niños rubios acompañados por una anciana. A través de las ventanas intentamos reconocer a Teo, pero los tres eran mucho más grandes que el niño que se había llevado Pietruszka. “Es aquel”, dijo Edwarda de pronto, señalando al más bajo, un hermoso niño de cabellos dorados. Pronto, los hijos de Jarosz salieron de la casa y se unieron a los juegos de Teo y sus dos hermanastros. El rumor de sus voces nos animaron a salir. Edwarda lloraba y sonreía al mismo tiempo. “Está hermoso”, decía. La ansiedad la fue empujando más allá del garaje y pronto alcanzó el último árbol del jardín. Desde el portón Jarosz nos hizo una seña tranquilizadora, así que nosotros también seguimos a Edwarda.

Teo corría entre los árboles y de vez en cuando nos miraba al pasar, sin decir nada. Pensé que Edwarda no tardaría en traicionar su promesa y correría a abrazar al niño, gritándole que era su madre. Pero no fue así. Mi hermana estaba extasiada con tan sólo verlo. En un momento, Teo se separó del resto de los niños y buscó un lugar apartado, detrás de un árbol, para orinar sin que lo vieran los polacos. Edwarda fue tras él. Se arrodilló ante su hijo y lo ayudó a bajarse los pantalones sin decir una sola palabra. Teo tampoco hablaba. Cuando terminó de orinar, los dos se miraron a los ojos en silencio. Entonces, inesperada, breve, dulcemente, Teo besó a su madre en la frente y se alejó en dirección a los otros niños.

Nueve meses después de haber llegado a la casa de Jarosz, en enero de 1944, su mujer nos enseñó un papel cuidadosamente enrollado. “He comprado los campos. Os marcháis por la mañana”, dijo, orgullosa, mientras su marido destapaba una botella de vodka para el festejo. Sirvió seis copas y brindamos, ellos felices, desesperados nosotros.

Mandamos a llamar a la mujer de Pietruszka ese mismo día. Necesitábamos un nuevo escondite y la polaca era la única que podía ayudarnos. Se presentó de inmediato, con la misma operatividad que caracterizaba a su marido: “Puedo llevaros a casa de Ptaszynski. Es el escondite que habíamos preparado para sus hermanos… está vacío y Ptaszynski necesita dinero”, dijo mirando a Edek con tristeza.

Nos despedimos de Jarosz y sus hijos con la misma rapidez con que uno espanta una abeja. En silencio, los cuatro cedimos al mismo reflejo y por última vez miramos la fosa. Quizá el nuevo escondite fuera mejor que el que estábamos abandonando ahora.

Y lo era. El edificio estaba ubicado en el centro del barrio ario, sobre una calle amplia que había salido indemne de los bombardeos. Los frentes de las casas presentaban agujeros de bala, pero los techos y los muros estaban firmes y aún había árboles en las veredas. Ptaszynski vivía en el primer piso y nosotros ocupamos el segundo. El tercero estaba abandonado. Las ventanas que daban a la calle estaban tapiadas con maderas, pero entre las rendijas se filtraba la luz que reflejaba la nieve. Nos alegramos de saber que había dos cuartos, uno para cada pareja, camas, mantas y hasta un baño privado.

Pronto, con el correr de los días descubrimos que el nuevo escondite no era tanto mejor que el de antes. Ptaszynski y su mujer discutían todo el tiempo; por las noches él se emborrachaba y la amenazaba a los gritos. El suelo de nuestro departamento parecía vibrar con los

insultos de Ptaszynski; a veces, también lo oíamos romper platos y botellas contra las paredes, mientras su hijo lloraba de fondo. Una noche la pelea fue tan fuerte que Boris comenzó a asustarse. Su personalidad del hombre seguro, director industrial y capataz de decenas de obreros se había esfumado con el transcurso de la guerra. Edek, en cambio, estaba realizando un cambio inverso: el peligro lo había animado a tomar las riendas de su vida y la de los que lo rodeaban, y su personalidad emanaba una energía poderosa que seducía y convencía a todos aquellos que lo trataban. Como a Boris, que ahora ante cualquier situación peligrosa, esperaba que fuera él quien solucionara el problema. “Ve y cálmalo, Edek. Habla con Ptaszynski y dile que se calme, por favor. No sea que termine atrayendo a la policía…” Edek salió del departamento. Lo oímos bajar las escaleras, llamar a la puerta, pero no pudimos saber qué decía. Al fin, los gritos cesaron. Edek regresó y nos contó que esta vez Ptaszynski y su mujer habían discutido por comida. Al parecer él quería comerse una lata de atún que ella quería enviarle a su hermana, encarcelada en la prisión para presos políticos de Auschwitz. Edek lo había solucionado dándole dinero para que compraran otra lata. Apenas si conservábamos dinero suficiente para pagar nuestro escondite y el de Teo durante unos meses más, pero el gasto de Edek estaba más que justificado.

Vi cambiar las estaciones a través de las maderas que cubrían las ventanas. Las últimas nieves se derritieron formando fétidos manantiales que se escurrían por las calles y arrastraban los desechos de la guerra. En marzo el sol trajo de nuevo a los pájaros. Las calles del barrio ario, que durante el duro invierno sólo habían sido transitadas por patrullas de SS, pronto se llenaron de parejas de novios, hombres y mujeres bien vestidos que llevaban una vida normal.

Encerrados en nuestro escondite, los vimos festejar el comienzo del verano con un gran baile. Hasta colgaron guirnaldas de los faroles que iluminaban el barrio. Una banda tocó música hasta el amanecer, mientras las parejas de soldados alemanes y mujeres polacas bailaban

y se alejaban hacia los rincones oscuros de la calle.

Sin embargo las cosas cambiaron rápidamente. En su avance, los rusos habían tomado Lublín y se acercaban a Varsovia desde el oeste, mientras que los Aliados avanzaban desde el norte, el sur y el oeste de Alemania. El panorama terminó por alentar a aquellos pocos polacos que formaban la resistencia. Una tarde de julio, desde afuera nos llegaron risas y gritos. Al asomarnos, por entre las maderas que cubrían la ventana pudimos ver a un policía polaco acorralado por un grupo de gente. Con la espalda contra la pared, el policía alzaba la porra para mantener alejados a sus atacantes. Uno de ellos, gritó: "Hijo de puta, siervo de los alemanes". El policía intentó escapar, pero dos hombres lo empujaron al piso. Otro le reclamó: "Vamos, grita viva Polonia". Desesperado, el policía se llevó una mano a la cabeza. Alguien le había arrojado una piedra, y ahora su rostro estaba cubierto de sangre. "Viva Polonia", gritaron los atacantes a coro y una lluvia de piedras cayó sobre el policía hasta dejarlo muerto, tirado en la calle.

Con el correr de los días los ataques de los polacos se fueron intensificando. Atrás quedaron los bailes y los paseos de enamorados: el 1 de agosto las calles de Varsovia se llenaron de barricadas y disparos contra las tropas alemanas. Así, al levantamiento del ghetto ahora le seguía el de toda Varsovia.

Sólo Bozena podía darnos una idea de la envergadura que estaba tomando todo aquello. Llegó una tarde de mediados de agosto; traía un ramo de flores en la mano, como parte de su disfraz de joven polaca indefensa. Ajustada a su cinturón, por debajo del saco pude ver la culata de un revólver. Estaba más histriónica que de costumbre. "Debéis iros de aquí", dijo. Edek le pidió explicaciones. Las noticias de Bozena no podían ser peores: "Los alemanes bombardearán Varsovia para obligarnos a salir de las barricadas". "¿Dónde nos esconderemos?", preguntó Boris, "ya casi no nos queda dinero". Bozena lo miró con la seriedad que exigían sus palabras: "Ya no hay donde esconderse. Lo único que puede salvaros es que vengáis conmigo. He hablado con mis superiores, os haréis pasar por partisanos polacos y pelearéis contra los alemanes". Boris se llevó las

manos a la cabeza, al tiempo que Edwarda comenzaba a llorar, diciendo: “Nosotros somos trabajadores, no soldados. Los judíos no luchamos…” Bozena se incorporó bruscamente. “Y por eso nos han matado como a moscas”, dijo y dio por terminada la discusión.

Durante los días que llevaba el levantamiento de Varsovia, los partisanos habían avanzado por la Ciudad Vieja hasta liberarla del último soldado nazi. Seguimos a Bozena entre las barricadas, y cada vez que alguien nos detenía ella se encargaba de decir la contraseña que nos autorizaba el paso. Había olvidado lo que era andar por la calle sin necesidad de esconderme. A medida que nos internábamos en la Ciudad Vieja, Bozena saludaba a sus compañeros y nos señalaba los edificios donde estaban apostados los francotiradores. En silencio, asombrados por la importancia que aquella niña tenía dentro de la resistencia, la oímos pronunciar contraseñas, órdenes y amenazas a lo largo de todo el camino. Vimos decenas de hombres y mujeres armados, vestidos con ropas de campesinos. Algunos vigilaban, otros cargaban cajas de municiones y de alimentos, mientras un pequeño grupo de mujeres llenaba botellas con queroseno. Todos se movían con rapidez y dedicación, como si de su tarea dependiera la suerte de Varsovia.

Al llegar a la plaza principal, nos recibió un campamento de tiendas y fogones con ollas. Las mujeres que cocinaban saludaron a Bozena a la distancia. “Hoy quiero comer arenques”, gritó Bozena. Las mujeres rieron. Nos alejamos en silencio, buscando aquellos sabores en nuestra memoria.

Junto a las tiendas, un grupo de personas estaba reunido frente a un hombre alto que llevaba una metralleta en bandolera. Bozena lo saludó haciendo la venia militar y golpeándose los talones. Todos la miramos, sorprendidos. “Capitán”, dijo, “nuevos voluntarios”. El capitán nos miró brevemente y con la mano nos indicó que nos uniéramos al grupo que esperaba. Bozena nos besó a los cuatro. Antes de irse, dijo: “El capitán os asignará una tarea. No os preocupéis, todo irá bien”.

Edek me sujetaba la mano y de a ratos me acariciaba. Al fin, el capitán comenzó a señalarnos de uno en uno con el dedo: cocina,

barricadas, transporte, provisiones, sabotajes... A Edek y a Boris les tocaron las barricadas y a nosotras la cocina. Cuando acabó de distribuir las tareas, el capitán nos ordenó que empezáramos cuanto antes.

Con Edek nos miramos, confundidos. Él sonrió, yo tuve el impulso de besarlo. De pronto éramos partisanos de la resistencia. No podía saber si aquello me asustaba o me resultaba divertido. Pero era evidente que después de tantos años de encierro y temores, ahora me sentía viva, con una energía renovada.

Mi hermana y yo nos unimos al grupo de mujeres que habían bromeado con Bozena. Les dijimos que éramos primas de ella, con la intención de que al evocar su nombre consiguiéramos un trato distinto. Fue una imprudencia: nos hicimos pasar por polacas sin saber si Bozena había hecho lo mismo. El caso es que nos enviaron a inventariar una despensa. Pasamos el día contando las reservas de alimentos. Latas, carne seca, vodka para alegrar a la tropa...

Al mismo tiempo, Boris y Edek eran presentados ante un sargento partisano. Como no sabían disparar, los asignaron al grupo que atacaba con bombas molotov a los coches y tanques alemanes. Edek y Boris obedecieron. Lo único que pidieron fue participar sólo de las emboscadas nocturnas. Cuándo le pregunté acerca de los motivos de ese pedido, Edek respondió: “Para arrojar las bombas debo acercarme mucho a los alemanes. No quiero que descubran que soy judío”. Si bien nadie podía decir quién era judío o católico por la apariencia, los nazis nos habían convencido de éramos distintos unos de otros.

Durante dos semanas, cada noche Edek salió a atacar a los alemanes, arrojando bombas al azar, a un carro y otro. Vio a muchos de sus compañeros morir por disparos, incendios o atropellados por las orugas de los tanques. Cuando volvía con rasguños o con los ojos irritados por el humo y el fuego, yo intentaba animarlo diciendo que la suerte me seguiría hasta el final de la guerra, que no había nada de qué preocuparnos. A veces mis palabras lo hacían estallar: “Si dices que tienes tanta suerte ve tú a tirar las bombas”, decía. La posibilidad de ser herido lo aterraba mucho más que la muerte. Boris, en cambio,

prefería cualquier cosa antes que la muerte: “No me importa perder un brazo o una pierna o ambas cosas: yo quiero sobrevivir como sea”. Edek lo miraba con desazón, reprobando sus palabras: “Antes de quedar mutilado prefiero que me maten”.

Contrariamente a lo que creíamos, no éramos los únicos judíos que se habían unido a la resistencia. Uno de los escuadrones estaba comandado por Yitzhak Zuckerman y los otros sobrevivientes del levantamiento del ghetto. Héroes judíos que habían entrado al ghetto para sumarse a la revuelta y luego, tras escapar por los túneles subterráneos, se habían sumado a los partisanos polacos con los que peleaban ahora.

Un día trajeron a un chico húngaro de unos quince años; estaba pálido, se le notaban los huesos y apenas si podía caminar. Edwarda y yo nos encargamos de atenderlo. Le conseguimos un camastro en una de las tiendas y le dimos de comer. Durmió durante dos días enteros. Al tercero ya tenía las fuerzas necesarias para hablar: “¿Usted es judía?”, fue lo primero que dijo. Me apuré a negarlo. “Soy polaca”, contesté. El muchacho pareció confundido. “Entonces ha de tener un judío en su familia; si no, no entiendo por qué una católica está ayudando a un judío”. No me sorprendió: yo sentía su misma desconfianza.

A través de las mujeres de la cocina supe que Bozena comandaba un escuadrón dedicado a sabotear trenes alemanes. Además, participaba en el consejo de la resistencia y era tenida en cuenta para cierto tipo de decisiones. También nos contaron que, durante los primeros días del levantamiento, un escuadrón de partisanos había entrado a nuestra fábrica para matar a Schultz y Musialowa por su colaboración con los nazis.

Mientras tanto, nosotras fuimos enviadas por el capitán a requisar un mercado polaco, lo que suponía una increíble cantidad de alimento y trabajo. En primer lugar, nos encargamos de inventariar todo lo que se había confiscado. Luego, la jefa del escuadrón nos pidió que revisáramos las bolsas más grandes en busca de armas. Poco a poco, Edwarda, yo y las demás mujeres fuimos vaciando el mercado. De

regreso de uno de los viajes al camión, me encargué de revisar una enorme bolsa de porotos. Le quité el lazo que la mantenía cerrada y, como lo había hecho con las demás, introduje las manos en su interior. Esta vez mis dedos se toparon con algo duro. Instintivamente, las retiré temiendo que fuera una granada. Pero no explotó, así que escarbé entre los porotos blancos y retiré una caja roja de metal que alguien había escondido en algún momento de la guerra. Me aparté de mis compañeras ocultando mi botín. Escondida debajo de una mesa, descubrí que la caja contenía una fortuna: 52.000 zlotys en billetes de 500. Nerviosa, cerré la caja y la deslicé dentro de mis ropas.

Cuando volví a reunirme con mi hermana le conté mi hallazgo. Ella me acarició la cabeza, invocando mi suerte. Inmediatamente dividimos el dinero entre las dos. Ya pensaríamos cómo utilizarlo más tarde.

Hacia fines de agosto, los alemanes, que habían sido rechazados una y otra vez por los partisanos, decidieron tomar la Ciudad Vieja a cualquier precio. Los primeros días descargaron su artillería desde las calles lejanas. Sitiado entre los alemanes y el Vístula, el barrio comenzó a sacudirse con las explosiones entre nubes de polvo y las avalanchas de escombros provocadas por el derrumbamiento de los techos. Las casas eran consumidas por las llamas, y las ventanas vomitaban un humo negro asfixiante. Todos nos desbandamos por las calles. Los oficiales de la resistencia impartían órdenes contradictorias, los heridos se arrastraban hasta el puesto de enfermería que habíamos improvisado en un búnker, donde los médicos amputaban miembros, cosían y operaban sin anestesia.

Por Bozena nos fuimos enterando de las novedades. Las tropas de soldados letones, ucranianos y alemanes estaban a las puertas de la Ciudad Vieja, pero no avanzarían hasta que intercediera la Luftwaffe. Los aviones llegaron hacia fines de mes. Día y noche descargaron sus bombas sobre la Ciudad Vieja, reduciéndola a escombros y cenizas. Al no tener artillería antiaérea, no podíamos más que buscar refugio y rezar para que las bombas no cayeran sobre nosotros. Mientras los alemanes nos atacaban con una fuerza desproporcionada, podíamos

oír cantar a los rusos embriagados de vodka que esperaban órdenes en sus campamentos al otro lado del Vístula. Inexplicablemente, habían detenido su avance a pocos metros de la Ciudad Vieja. Acaso esperaban que nos mataran a todos para entrar y ocupar una ciudad devastada.

La derrota era inevitable. Al fin, en medio de los bombardeos los oficiales ordenaron la evacuación de la Ciudad Vieja. Los primeros en salir fueron los que, como Bozena, se encargaban de la organización y la logística de la resistencia. Los demás escaparíamos de a tandas. Edek y yo salimos en uno de los primeros grupos, y convinimos con Boris y Edwarda que los esperaríamos afuera.

El primer miércoles de septiembre de 1944, con Edek nos lanzamos a las alcantarillas oscuras mezclados con otros treinta partisanos. Las bombas que estallaban en la ciudad sacudían los túneles de las cloacas con un rugido de cavernas. Con el agua hedionda hasta las rodillas era difícil caminar: en las intersecciones de los distintos túneles, la corriente era tan fuerte que arrastraba a los más débiles y a los desprevenidos. Avanzábamos aferrados a las sogas que rodeaban los lados del túnel, deslizándonos en la oscuridad guiados apenas por las voces de los oficiales que estaban organizando el escape. Durante horas soportamos el encierro y el mal olor, hasta que al fin descubrimos una luz tenue al final del camino.

El túnel nos dejó a la vera de un arroyo ubicado en el oeste de Varsovia. No había alemanes, ya que la zona era dominada por la resistencia. Allí nos esperaban otros partisanos que nos guiaron hacia una fuente donde pudimos quitarnos las ropas hediondas y lavarnos. Inexplicablemente, durante todo el trayecto Edek había logrado proteger la bolsa que conservaba sus fotos familiares. Vestidos con las ropas limpias que nos dieron los partisanos, nos dirigimos hacia el puesto de mando donde estaba Bozena. La encontramos sentada en una silla en medio de la calle, frente a una mesa cubierta de armas y planos de Varsovia. Nos abrazamos y sólo entonces descubrimos que tenía una pierna vendada. Había recibido un disparo en el muslo, y sin embargo continuaba impartiendo órdenes y organizando los grupos que debían escapar en dirección al bosque.

Anocheció. Edek y yo nos dormimos abrazados en el portal de una casa, buscando la serenidad que nos daba sentir el calor de los cuerpos.

Esperamos a Edwarda y Boris durante más de dos días. De a ratos, las cloacas volvían a vomitar a los sobrevivientes del levantamiento. Salían exhaustos, con los fusiles en alto y medio cuerpo cubierto de excrementos. Pero Boris y mi hermana no aparecían por ninguna parte, y todos a los que les preguntábamos no sabían qué había sido de ellos. Una de las mujeres de la cocina lloraba arrancándose los cabellos: "Varsovia ha dejado de existir. Es sólo una montaña de escombros y cadáveres". No, no había visto ni a Boris ni a Edwarda. Quizá estuvieran muertos, quizá no tardaran en salir.

El 1 de septiembre, un domingo absurdamente soleado, al fin vimos a Boris llegar con los últimos partisanos. Estaba solo y lloraba. "Veníamos juntos, no sé qué le ha pasado a Edwarda", dijo. Me eché a llorar en los brazos de Edek. Boris se frotaba los ojos, al tiempo que se tendía en suelo rendido de cansancio. "Ya aparecerá", me susurró Edek al oído con la certeza que sólo podía darme su cariño.

Pero pasó el día y mi hermana no apareció. Una bomba había bloqueado la salida del túnel, obligando a Edwarda y todos los que habían quedado dentro a vagar por las cloacas hasta hallar otra salida. Por la tarde, Bozena nos entregó unos abrigos de soldados alemanes para camuflarnos. Al colocarme el abrigo descubrí que en uno de los bolsillos había una pequeña herradura de metal: un amuleto de la buena suerte que no había tenido aquel alemán caído en la batalla de Varsovia.

"El levantamiento está perdido. Cuando entren, los alemanes matarán a todos los hombres, y primero a los judíos. Edek, tienes que escaparte al bosque", dijo Bozena, y parecía decidida. Ella se quedaría a esperar a los demás sobrevivientes para continuar con la evacuación, amparada en sus papeles de falsa polaca. Edek le pidió que le consiguiera una identificación falsa para reemplazar esa que rezaba "Edek Erlich, judío". En menos de una hora Bozena le entregó una nueva cartilla de identidad casi idéntica a la anterior, que decía: "Edek Erlicz, polaco". La "z" final de su apellido lo convertía en polaco y,

por lo tanto, lo mantenía a salvo de los alemanes. Tan desquiciado estaba el mundo que una vida no valía más que una letra.

Apurada, Bozena nos ordenó que partiéramos con el grupo que salía hacia el bosque. Boris preguntó si él podía ir con nosotros, pero Bozena se negó: debía esperar que partiera el siguiente grupo. Nos despedimos de ella y Boris con la promesa de reunirnos en el bosque, y nos echamos a andar tras el grupo de partisanos disfrazados de alemanes.

El zumbido de los aviones retumbaba en las calles vacías, donde los cadáveres se pudrían al sol. Atravesamos la ciudad rumbo al este. Quizá mi hermana ahora estuviera oculta en el bosque, o bien escapando por el Vístula junto con el resto de los sobrevivientes que habían quedado atrapados en el túnel. Todo estaba demasiado tranquilo. De pronto, comenzamos a cruzarnos con la vanguardia de nuestro grupo, que regresaba corriendo dando la voz de alto. “Los alemanes nos están esperando en el bosque”, gritó una mujer al pasar, “nos están matando a todos.” Antes de que pudiera reaccionar, Edek me tomó de la mano y me arrastró lejos de allí, en dirección al campo abierto. Corrimos hasta que los gritos se convirtieron en un eco lejano.

Caminamos durante horas. Ya no había nadie a nuestro alrededor. Casi sin darnos cuenta dejamos Varsovia para siempre, y aunque allí habíamos vivido rodeados de amigos y familiares, ahora estábamos solos, Edek y yo.

Comenzamos a vagar por los campos de Polonia sin otro propósito más que esperar el final de la guerra, evitando los pueblos ocupados por las tropas alemanas y sobre todo los uniformes negros de las SS. Apenas si llevábamos la ropa que vestíamos y la bolsa en la que Edek guardaba sus fotos familiares, que constituían las únicas pruebas de su pasado. Caminábamos por senderos desiertos durante el día; por las noches nos acercábamos a las casas de los campesinos repitiendo la misma estratagema de siempre: "Somos polacos desplazados de Varsovia". Si eso no funcionaba, Edek enseñaba los papeles falsos que le había dado Bozena. Si eso tampoco funcionaba, retirábamos de la bolsa la botella de vodka que habíamos comprado y que siempre terminaba por seducir a los polacos, transformando su desconfianza en hospitalidad.

Adonde íbamos sólo encontrábamos ancianos, niños y mujeres. Los hombres parecían haber desaparecido de Polonia. Por eso, siempre había un viejo campesino dispuesto a albergarnos con tal de que Edek lo ayudara a apuntalar una puerta o a cavar un pozo en el huerto. Dormíamos en establos vacíos, en granjas abandonadas o bien en el suelo de las casas de los polacos, entre los racimos de piojos, chinches y otras liendres que ensangrentaban nuestra ropa interior. No sólo compartíamos la comida y el techo de los polacos, sino también sus plegarias: con el tiempo, y para justificar nuestra falsa identidad de católicos, habíamos aprendido cada una de las oraciones que ellos repetían para encomendar su suerte a Cristo y a la Virgen. En algún lugar de Polonia, Teo quizá estuviera haciendo lo mismo.

Por los caminos nos cruzábamos con otros desplazados, que vagaban mendigando al azar lo mismo que nosotros. Cada uno de esos encuentros alentaba nuestro temor de ser descubiertos y acusados como judíos. Sin embargo, nuestra apariencia era un disfraz obligado

que nos protegía en todo momento: estábamos tan sucios, nuestras ropas tan ajadas y los rostros ensombrecidos por el miedo y el cansancio, que ni siquiera el más cercano de nuestros amigos nos hubiera reconocido. Arrastrando los pies por los caminos de polvo me preguntaba dónde estaría mi hermana en ese momento: de haber sobrevivido ahora estaría vagando por Polonia, o tal vez estuviera detenida en un campo de prisioneros trabajando para los alemanes. Su muerte era una posibilidad que nunca tenía en cuenta.

Cuando se acabó el vodka, nos vimos obligados a tener que comprar otra botella. Pero, ¿dónde? No había tiendas a la vista, ni siquiera un pueblo cerca de donde estábamos. Era de mañana, y el sol apenas si lograba traspasar la fina niebla que se expandía por el bosque donde nos habíamos detenido a descansar. Estábamos recostados contra el tronco de un árbol cuando oímos un rumor de pasos sobre la hojarasca. Inmediatamente nos pusimos de pie. De alguna parte nos llegó una risa, y luego el gemido agónico de un animal. A continuación vimos a tres niños vestidos con harapos que caminaban en fila por entre medio del bosque; uno de ellos, el más pequeño, llevaba un conejo muerto en la mano. Al vernos, el pequeño escondió la presa detrás de su espalda y el más alto de los tres blandió la hoja de un cuchillo en dirección a nosotros; la luz del sol rebotó en el metal, y los destellos se fugaron entre las hojas de los árboles.

Edek lo tranquilizó extendiéndole uno de los panes que habíamos comprado en Lomianki. Los niños vacilaron, se miraron durante un segundo y luego se abalanzaron sobre el pan para devorarlo con sus pequeños dientes negros. “¿Dónde estamos?”, le pregunté a los niños. “En Dabrowa Lesna”, contestaron los tres al mismo tiempo, con la misma sincronización que regulaba la voracidad con que comían el pan. “¿Sabéis dónde podemos conseguir vodka?”, preguntó Edek. Uno señaló en dirección a la cerca que bordeaba el bosque. “Seguid los alambrados hasta la granja de Filipczak. Él fabrica vodka”, dijo.

Los tres se despidieron y echaron a correr en dirección a los campos ocres donde el trigo y el centeno florecían abandonados en medio de pastizales cubiertos de rastrojos. Me detuve a mirarlos con la misma

estúpida felicidad que se siente al contemplar a unos cachorros; saltaban, corrían y se revolcaban entre los pastos, como si la guerra, el odio y el dolor no fueran una excusa suficiente para interrumpir sus juegos.

Durante un rato avanzamos junto a la cerca, hasta que divisamos un pequeño grupo de casas. A lo lejos oímos los ladridos de un perro. El sendero nos depositó justo delante de una granja; al otro lado, el anacronismo de una bella mansión del siglo XIX nos cortó la respiración: de uno de los balcones colgaba la bandera con la svástica y en la puerta dos soldados de la Wehrmacht fumaban a la sombra, apoyados contra la pared. Tuve ganas de salir corriendo, pero bajé la vista y seguí a Edek en dirección a la granja, ya que cambiar el rumbo hubiera despertado la curiosidad de los guardias. Atada a un árbol, una perra blanca ladraba con la vista puesta en nosotros y nos enseñaba los dientes con ferocidad. Uno de los soldados la hizo callar arrojándole una piedra y luego nos saludó con una seña. Agradecidos por su indiferencia, devolvimos el saludo con una cordialidad exagerada.

Del interior de la granja se filtraba el llanto de un niño. Llamamos a la puerta. Nos recibió un hombre de una edad incalculable: sus ojos se movían con la frescura de la juventud, mientras su barba cana y su cuerpo flácido aparentaban tener un siglo de vida. “¿Filipczak?”. El hombre asintió. “¿Usted vende vodka?”, preguntó Edek mientras Filipczak nos escrutaba con la vista. Por entre sus piernas vimos asomar la cabeza de una niña de rubios cabellos enredados. “Basia, adentro”, ordenó el hombre y la niña despareció en el interior de la casa. “Antes fabricaba, ya no tengo dinero para comprar levadura”, dijo el hombre con un tono de derrota.

Entonces Edek, llevado por ese valor temerario que tanto asustaba a mi hermana, dijo: “Si logro conseguir levadura, ¿acepta ser mi socio?” El polaco frunció el ceño. “Seguro”, dijo. Animado, Edek sugirió: “Cincuenta y cincuenta, comida y un lugar para dormir”. El polaco asintió, pero dijo: “Primero debo consultar con los oficiales alemanes”. Cerró la puerta y se dirigió a la mansión que ocupaban los alemanes. Durante su ausencia esperamos que nos dispararan desde los balcones,

pero Filipczak regresó sonriendo. “Están desesperados por el vodka. Os podéis quedar. Dormiréis en el cuarto con los soldados. Eso sí: primero traed la levadura.”

Horas más tarde estábamos otra vez frente a su puerta, con dos enormes sacos de levadura que habíamos comprado donde Filipczak nos indicó, con el dinero que yo había encontrado en Varsovia. Su casa estaba compuesta por una cocina, el cuarto que ocupaban él con su mujer y sus hijos, el segundo cuarto donde dormían los soldados y un pequeño desván donde estaba la máquina para destilar el vodka. Inmediatamente el polaco salió a buscar agua del pozo para comenzar la destilación. “¿Viviremos con los alemanes?”, pregunté a Edek llevándome una mano al cuello para palpar las fotos de mi padre. “Si creen que somos polacos y les vendemos el vodka no nos pasará nada”, contestó. “Claro, no nos pasará nada porque tenemos suerte…”, dije sin mucho convencimiento.

De la cocina llegaban el llanto del niño y los gritos eufóricos de la pequeña Basia, una niña que resultó ser tan inteligente como incivilizada; su madre pasaba el día reprendiéndola y amenazándola con arrojarla al pozo, sin embargo de a ratos las dos se abrazaban y reían a los gritos como locas. Ese mismo día Filipczak le enseñó a Edek el proceso de fermentación y en poco más de una semana obtuvieron la primera tanda de botellas de vodka.

Durante las primeras noches me resultó imposible conciliar el sueño sabiéndome rodeada de nazis. Después de comprobar que no desconfiaban de nosotros, poco a poco también fui acostumbrándome a ellos. Compartíamos el cuarto con seis soldados jóvenes y lampiños, que nos trataban con respeto e intentaban molestarnos lo menos posible.

Los oficiales habían montado el puesto de mando en la mansión, y desde allí controlaban el ir y venir de las tropas que marchaban hacia el frente ruso, a pocos kilómetros de la casa. Los soldados, en cambio, permanecían sólo durante unos días en lo de Filipczak y luego eran reemplazados por otros. Esto evitaba que entre ellos y nosotros se estableciera la menor intimidad, lo cual hubiera sido un riesgo porque nos habría obligado a hilvanar demasiadas mentiras. Sin embargo

aquellos niños disfrazados de soldados conversaban con nosotros más que con sus superiores, nos confesaban sus miedos de ser enviados al frente, sus esperanzas de que terminara la guerra y sobre la vida que habían llevado hasta entonces. Por la noche, a veces los oíamos gritar en medio de pesadillas. Lejos de sentir odio o sed de venganza, por primera vez me pregunté qué los había llevado a cometer tantas atrocidades.

Uno de ellos se llamaba Firtz y era un joven nacido en Viena. Hablaba conmigo como si yo fuera su madre o una hermana mayor de la que esperaba protección y cariño. Poco después de conocerlo, al ver mis zapatos agujereados, me entregó un par de botas altas de cuero que no combinaban con los harapos que vestía pero que me hicieron olvidar el frío. Una tarde, mientras hablábamos en la cocina con la polaca, Firtz dijo que su hermano ya había ganado la guerra. Sorprendida, le pregunté si la guerra había terminado. “No”, contestó, “pero lo han capturado los canadienses y ahora está en un campo de prisioneros con techo y comida.” Sus palabras expresaban el sentimiento de todos sus colegas. Bastaba ver a aquellos muchachos desabrigados y hambrientos, que temblaban al oír la palabra Rusia, para saber que la fama del ejército alemán era una más de todas las falacias promovidas por Hitler.

Cada vez que Edek salía de la casa, podía oír los ladridos de la perra que continuaba atada junto a un árbol. A veces, debía contenerse para no matar al animal de un golpe. Regresaba y, aún más furioso que con los alemanes, decía: “Perra antisemita, va entregarme”. Yo lo abrazaba y le aseguraba que nada iba a pasarnos, que el final de la guerra nos encontraría sanos, juntos y enamorados como el primer día. Entonces Edek se ponía rojo de furia y me pedía que me callara.

Así como los soldados se mostraban respetuosos y considerados, los oficiales no tenían el menor miramiento en llamar a la puerta ciegos de vodka, reclamando a los gritos una nueva botella. Una noche nos despertaron unos alaridos. Aguzamos el oído: un oficial pretendía que nos despertáramos y nos pusiésemos a fabricar vodka mientras, a nuestro alrededor, los soldados se disculpaban por los malos modales

de su superior. Al día siguiente el mismo Firtz se quejó ante el comandante y el oficial que nos había despertado obtuvo el peor de los castigos: de inmediato fue trasladado al frente ruso.

A medida que pasaban los días el sonido de la batalla se oía con una nitidez cada vez más atronadora. De noche, la artillería rusa apostada al otro lado del Vístula descargaba a breves intervalos sus proyectiles sobre las posiciones alemanas, que no dejaban de retroceder. Pronto notamos que eran más los soldados alemanes heridos que regresaban que los que iban a ocupar el frente. Al fin, a la comandancia de la mansión le llegó la orden de replegarse hacia el oeste. Los vimos desmontar los aparatos de radio y el pequeño arsenal de reserva y cargar todo en los camiones. Antes de marcharse, el comandante les recomendó a Filipczak y a Edek que nos marchásemos de ahí: pronto la zona se transformaría en campo de batalla.

Pudimos comprobarlo esa misma noche: ahora no sólo oíamos los estruendos de las bombas sino también el repiquetear de los katiuskas de la artillería rusa. Los hijos de Filipczak lloraban de terror, mientras sus padres los abrazaban escondidos debajo de la cama. El avance ruso, que aterrorizaba a los alemanes y a Filipczak, de alguna manera a nosotros nos llenaba de esperanza. Así fue que un par de días después de la marcha de los alemanes, Filipczak reunió las poquísimas cosas de valor que tenía y se marchó hacia el oeste con toda su familia. De pronto Edek y yo nos quedamos solos en medio de la batalla.

Ese mismo día decidimos mudarnos a la mansión que habían dejado los mandos alemanes. Sólo debíamos sortear un obstáculo: la perra blanca llamada Lalka, que nos amenazaba con sus gruñidos enseñando los dientes. Edek estaba dispuesto a matarla con tal de poder ocupar la casa, sin embargo la perra estaba tan asustada como nosotros y, luego de acercase para olernos, comenzó a mover la cola y a lamer las manos de Edek. “Era antisemita porque no conocía a los judíos”, se burló Edek mientras la desataba.

Desde entonces, Edek y la perra se convirtieron en compañeros inseparables. Iban juntos a recoger agua del pozo y leña para el fuego, y se echaban juntos bajo un árbol para disfrutar del sol. Aquellos días

fueron una panacea inesperada: establecidos en una mansión lujosa con camas y vajilla, pasábamos los días esperando que todo llegara a su fin. Desde la casa podíamos ver el movimiento de las tropas alemanas que regresaban del frente escapando de los rusos. Por las noches los bombardeos eran constantes, y la perra aullaba de pánico.

Ya hacía más de un mes que me había separado de Edwarda. A veces, con Edek comentábamos que los alemanes estaban recluyéndose en dirección a Alemania, arrastrando todo lo que quedaba en su paso. Los soldados nos habían dicho que con las bajas de la guerra, y llevados por la necesidad de mano de obra que siguiera alimentando su industria armamentista, las SS habían tenido que mantener con vida a los prisioneros. Quizá ahora mi hermana y mi cuñado estuvieran trabajando en Alemania.

Lo cierto es que los rusos se acercaban un poco más cada día. Al fin, un destacamento de alemanes nos expulsó de la casa porque el lugar había sido declarado libre de civiles. Una vez más, los bombardeos y los disparos terminaron por empujarnos a los caminos. Aunque ya no estábamos solos: ahora Lalka iba con nosotros, ladrándoles a los pájaros, jugando con Edek y oliendo el camino que nos alejaba del frente.

Un día después, descubrimos que un escuadrón alemán se acercaba por el camino acarreando a un grupo de polacos. Con sigilo, nos arrastramos entre los matorrales hasta la casa más próxima, pero antes de que pudiéramos escondernos los alemanes ya nos habían dado la voz de alto. Entonces Edek me empujó dentro de la casa y, al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza en señal de rendición, dijo: “Búscame en Rada Glowna Opiekuncza”, refiriéndose a la organización secreta que ayudaba a los polacos a espaldas de los alemanes. Corrí hasta el establo y entré, cuando de pronto sentí que alguien me tomaba del brazo. Alcé los ojos, aterrada, y me alegró saber que el que me sujetaba era un campesino y no un soldado. “¿Quién es usted?”, preguntó. “Me quieren llevar los alemanes, escóndame, por favor”, supliqué. El hombre me ocultó detrás de un viejo carruaje y me hizo la seña de que guardara silencio. Alguien

llamó a la puerta. Una voz gritó en alemán: “Busco a una mujer que acaba de escaparse”. El campesino, con un acento que sólo entonces reconocí como ucraniano, contestó en ruso: “Aquí no está” y los alemanes se marcharon. Mientras lloraba, pude oír los ladridos de Lalka que se alejaba con Edek.

El ucraniano me ayudó a incorporarme. Después me dio de beber un poco de agua y me explicó que los alemanes estaban reclutando polacos para hacerlos trabajar en un campo junto al Vístula, donde se estaban construyendo trincheras y barricadas. “¿Cuál es el nombre de su marido?”, preguntó. “Edek”, respondí y él se marchó durante unas horas. De regreso, me contó que ya le había avisado a Edek que yo estaba a salvo. “¿Pero él está bien?”, pregunté. “Sí, se los están llevando hacia el Vístula”, contestó el ucraniano.

Dormí en el establo, o mejor dicho pasé la noche allí. Edek era todo lo que tenía, y la sola posibilidad de perderlo me dio un valor del que no me creía capaz. A la mañana siguiente me despedí del ucraniano y comencé a caminar en dirección norte, rumbo al Vístula. Mis medias, resquebrajadas por el uso constante y la suciedad, hacían que los pies me ardieran como dos calderos. Intentaba olvidar el dolor pensando en el reencuentro con Edek, aunque sólo lo lograba de a ratos.

Poco después de mediodía alcancé un campo de trabajo. Grupos de hombres y mujeres polacos cavaban fosas y armaban barricadas con árboles caídos, restos de maquinaria militar y todo lo que encontraban en los alrededores. Edek no estaba por ninguna parte. Por un momento pensé que lo habían descubierto, pero entonces oí un ladrido y vi a Lalka corriendo hacia mí.

Me acerqué al soldado más joven que encontré y denuncié que habían detenido a mi marido sin ninguna razón, como si fuera un simple judío. El soldado era austriaco y se extrañó de que yo hablara alemán, algo que los polacos no hacían. Eso me ganó su favor y me alentó a seguir ampliando la farsa: “Soy la dueña de la mansión que ocupaban sus mandos, vivimos allí con mi marido. Esta es mi perra, que vino hasta acá con mi marido. Debéis soltarlo”. “¿La mansión es vuestra?”, preguntó el soldado, impresionado por mi falsa condición de campesina rica. Asentí. Convencido, se dirigió a hablar con sus

superiores. Edek apareció unos minutos más tarde, cubierto de polvo, escoltado por el soldado con el que había hablado antes. “Perdonad la confusión”, dijo el austriaco a modo de despedida y nos alejamos en dirección contraria. Caminamos sin volver la vista hasta que un pequeño bosque de hayas ocultó las barricadas y a los alemanes. Entonces Lalka comenzó a ladrar, confundida, mientras nosotros nos abrazábamos bajo un árbol.

A mediados de noviembre llegamos a Izabelín, y aunque teníamos la sensación de haber atravesado Polonia, descubrimos que sólo nos habíamos alejado quince kilómetros de Varsovia. Allí Edek buscó un lugar apartado, fácil de identificar y, sirviéndose apenas de un trozo de metal que alguna vez había sido el chasis de un camión, cavó un pozo al pie de un tilo centenario. Luego, con movimientos delicados, se arrodilló en la tierra abierta para esconder la bolsa con sus fotos familiares que había logrado conservar hasta entonces. "Y las tuyas también", dijo de pronto, ante mi sorpresa. Me llevé una mano al cuello. "No", dije. "Las recuperaremos cuando acabe la guerra", dijo. Volví a negarme. Podía estar tan desquiciada como para creer que iba a salvarme, pero no tanto como para animarme a tentar a la suerte: quizá, de un modo extraño e inexplicable, aquel retrato de mi padre escrito en hebreo, junto con la herradura del alemán que llevaba en el bolsillo y la lejana muesca en mi cabeza, formaban parte de ese gran amuleto que nos había mantenido a salvo hasta entonces.

Di media vuelta y me alejé mientras Edek volvía a cubrir el pozo. De tanto caminar, los clavos de las suelas habían comenzado a despegarse y ahora me estaban lastimando el talón. Al quitarme las botas descubrí mis pies cubiertos de llagas, y eso aumentó la sensación de dolor. Debía buscar a alguien que pudiera arreglarme las botas que me había regalado Firtz si quería seguir escapando. Al fin, encontré una zapatería donde un polaco que olía a pegamento y cuero reparó mis suelas en menos de quince minutos. Entonces pensé que podría seguir mi camino sin problemas, pero al salir a la calle caí en manos de los alemanes.

Edek también había sido detenido y ahora esperaba junto a un grupo de polacos. Nos reunieron a todos en una calle y, custodiados por soldados a caballo, nos obligaron a marchar otra vez hacia el sur.

Alcanzamos Pruszkow al atardecer. La ciudad estaba repleta de polacos desplazados de Varsovia o capturados en los alrededores. Nos habían reunido allí para organizar nuestro destino inmediato. Esperamos durante horas. En un momento se acercó un capitán que estaba reclutando gente para uso personal. “Usted va a trabajar en mi cocina. Hoy partiremos hacia Alemania”, dijo sin siquiera mirarme a los ojos. Edek, que se había acercado, sacudió la cabeza ante el alemán diciendo: “No os la podéis llevar, mi mujer tiene tuberculosis”. Su mentira no produjo el efecto repulsivo que él esperaba. “Polonia es una peste. Es mejor que venga a Alemania, allá tenemos buenos médicos. Si se queda aquí la matarán las enfermedades o los rusos”, dijo el capitán sonriendo, “esperad”.

En un momento, por un altavoz oímos que en diez minutos saldría un tren en dirección a Radom con todos aquellos que quisieran quedarse a trabajar en las tierras polacas. Edek y yo corrimos antes de que regresara el capitán, y nos presentamos ante el oficial que reclutaba a los voluntarios que se quedarían en Polonia. La mayoría de los polacos temía tanto a los rusos que prefería marcharse a Alemania, así que no fue difícil conseguir dos lugares. Lalka, ajena a lo que sucedía, corría de un lado a otro olisqueando las botas de los SS.

Le pregunté al oficial si podría viajar junto a Edek. El alemán entornó los ojos, mi absurda pregunta lo había desconcertado por completo. Respondió que sí, y nos ordenó que nos dirigiéramos a la formación que esperaba en las vías. Lalka aullaba, asustada por toda aquella gente o quizá alertada por su instinto. Edek la rodeó con los brazos y la besó amargamente.

Caminamos hacia la estación, donde un grupo de soldados separaba a los hombres de las mujeres a punta de fusil. Comenzaron a empujarme hacia la rampa que accedía al vagón femenino antes de que pudiera decir ni hacer nada. Nos cargaron como animales, todas de pie, apretadas unas con otras con la vista en las altas ventanas que dejaban entrar el aire fresco de la tarde. Al anochecer el tren se puso en movimiento. Las mujeres rezaban o conversaban con la despreocupación que entonces sólo experimentaban los católicos. Durante los primeros kilómetros pude sentir los ladridos de Lalka, que

corría junto al tren. Al fin, sus ladridos se fueron apagando hasta que sólo se oyó el traqueteo de las ruedas sobre los rieles. Entonces lloré.

Pronto, una de las mujeres dijo que el tren se deslizaba con demasiada liviandad, como si el nuestro fuera el único vagón que arrastraba la locomotora. Hubo un revuelo de opiniones encontradas, marcadas por la incertidumbre de no saber si nos habían separado de nuestros maridos. Pero, ¿cómo saberlo encerradas en aquel vagón oscuro? Dos mujeres sostuvieron a una tercera sobre sus hombros para que intentase mirar por las ventanas. "Campo, sólo veo campo", dijo. Alguien propuso que empezáramos a cantar: si los hombres aún estaban con nosotras no tardarían en unirse a nuestro canto. Todas la miramos: la situación era absurda. Se hizo un silencio en el que intenté recordar las canciones que tarareaba en tiempos remotos, cuando la música era parte de nuestra vida.

Poco a poco, del grupo de mujeres que permanecían sentadas en un rincón se elevó un canto vacilante que terminó animando a las demás. Todas entonamos una vieja canción polaca con la esperanza de encontrar un eco que nos devolviera la esperanza. De fondo, el sonido metálico de las ruedas chillando contra los rieles era más frío que el viento que se colaba por las ventanas. Pero seguí cantando, alentada por las voces desafinadas que vibraban junto a mí. En un momento, alguien pidió que hiciéramos silencio, y entonces, en medio de la noche, asombradas, felices, descubrimos el rumor de nuestros hombres. Nos abrazamos, llorando algunas, riendo las demás. Satisfechas, nos sentamos en el suelo y seguimos cantando hasta que nos venció el cansancio.

Me despertaron unos gritos. Aún era de noche y el tren estaba detenido. Oímos pasos junto al vagón, y órdenes pronunciadas por distintas voces. Abrieron la puerta y nos ordenaron bajar y orinar en los pastizales cubiertos de escarcha que bordeaban las vías. El grupo de los hombres permanecía alejado unos metros de nosotras. Junto con otras mujeres, me acerqué a un oficial diciendo que nos habían prometido que viajaríamos junto a nuestros maridos. El alemán se burló: "¿Y quién le ha dicho eso?". "Un oficial alemán, en Pruszkow", contesté. Sopesó mis palabras con un cigarrillo entre los labios, y

luego se alejó para hablar por una radio militar. Cuando regresó, se dirigió a mí con un tono solemne: “La palabra de un oficial alemán es sagrada”, dijo y a continuación ordenó que todos los matrimonios subieran a un mismo vagón. Yo y las demás corrimos hacia nuestros hombres. Besé a Edek antes de que pudiera decir nada, mientras, a nuestro alrededor, otras parejas se abrazaban bajo un cielo negro que comenzaba a clarear desde el este.

Llegamos a Smogorlow entrada la mañana. El hambre, el frío y el cansancio me aterían el cuerpo. Bajamos de los trenes y nos condujeron hasta un cúmulo de casas, custodiados por un pequeño destacamento de soldados. Allí nos dividieron en dos grupos de trabajo: los hombres se encargarían de tender los rieles en dirección a Rusia y las mujeres llevaríamos la cocina y la limpieza. Para dormir, nos asignaron dos de las casas incautadas a los campesinos polacos.

Durante el día, los hombres marchaban a pie detrás de los camiones que cargaban los durmientes de madera y los rieles de acero por los que luego transitarían los trenes alemanes... en medio del asedio, acorralados entre el Vístula y Francia, desprovistos ya de armamento y soldados, los nazis continuaban con su absurdo plan de invadir Rusia.

Edek pasaba los días tendiendo las vías mientras la nieve caía sobre su espalda y el frío le agrietaba la piel. Las mujeres veíamos llegar a los hombres con los rostros desencajados por el agotamiento, rodeados de los fusiles que les indicaban el camino en medio de la noche y les impedían detenerse a descansar. Una de esas noches, a través de las ventanas vi que un soldado detenía a Edek unos metros antes de llegar la casa. El fusil se posó en su pecho y Edek soltó la madera que cargaba, visiblemente irritado. No pude oír qué decía, pero vi que comenzaba a desabrocharse los pantalones. Las mujeres que estaban conmigo comenzaron a gritar con una voz queda, temiendo que la amenaza que sufría Edek se extendiera también a sus maridos. Salí a la calle para oír qué pasaba. “Vosotros podéis iros”, dijo el alemán mirando a los otros trabajadores, y los polacos comenzaron a avanzar rápidamente. El alemán se había acercado a un palmo de Edek. “Si sigues caminando así encorvado todos se darán cuenta de que eres

judío", dijo el alemán, riendo, y aunque pensé que los otros trabajadores, los polacos, agotados por el esfuerzo, también caminaban encorvados, no me animé a protestar. "No soy judío", gritó Edek. "Eres judío, a mí no puedes engañarme." "¿Quieres ver?", gritó Edek de pronto, bajándose los pantalones: su ropa interior era lo único que lo separaba de la muerte. El soldado alemán habló en un susurro: "Vístete. Yo sé que eres judío, pero no voy a denunciarte", dijo el alemán tan desanimado como nosotros y, alejándose, agregó: "Buenas noches".

Esa noche apenas si pude cerrar los ojos. Con la vista en la puerta y la mano sobre mis fotos familiares, temía que los alemanes entraran y el soldado aquel me disparara mientras dormía. Pero esa noche no ocurrió nada, y tampoco las siguientes. Pasaron los días, pronto sería Navidad.

La proximidad de las fiestas infundió una especie de alegría en los alemanes y los polacos, que se lanzaron a iniciar los preparativos. Todo era absurdo: la fiesta, la alegría, la repentina bondad de aquellos hombres. Una semana más tarde, 1944 acabó con los alemanes borrachos de vodka disparando a un cielo vacío de estrellas.

Durante los primeros días de enero oímos nuevos bombardeos sobre los territorios aledaños. Una tarde, el soldado que había descubierto a Edek se nos acercó para hablarnos en privado. En su voz no había signos de preocupación, sólo de cansancio: "Buenas noticias: los rusos llegarán en cualquier momento", dijo y volvió a alejarse. Más tarde el rumor empezó a correr entre los polacos, desesperados por ese temor acérrimo a los rusos que venían heredando de generación en generación.

El 16 de enero nos despertamos al alba por el ruido de unos camiones. A través de las ventanas vimos el ajetreo de los alemanes, que estaban desmontando todo con prisa. Nos ordenaron salir y recoger el material que pudiera ser reutilizado. Una de las mujeres, feliz, trajo la peor noticia que Edek y yo podíamos esperar: "Nos llevarán a todos a Alemania". Otra vez la muerte nos esperaba en los camiones. "Debemos escapar", dijo Edek, y su frase me resultó una

burla en la situación en la que estábamos: rodeados de alemanes asustados, prestos a disparar el fusil ante el mínimo movimiento. Por la noche, cuando el convoy se preparaba a salir amparado en la oscuridad, oímos un zumbido cruzando el cielo del campo. La primera bomba cayó sobre un camión cargado de municiones, provocando una espiral de fuego y humo que durante unos segundos iluminó la cola de un bombardero que pasaba en vuelo rasante. Desesperada, me tendí en el suelo con la vista puesta en los destellos de las metrallas. Los alemanes corrían sin prestar atención al comandante que, herido en un brazo, los insultaba y los instaba a repeler el ataque.

En medio de los estruendos, sentí la voz de Edek pronunciar mi nombre en algún indeterminado lugar del campo. Intenté incorporarme, pero mi cuerpo no me respondió. Al fin, las manos firmes de Edek me alzaron del suelo y me sujetaron el rostro para reprimir mis gritos desesperados: “Cálmate”, me ordenó con dientes apretados.

Corrimos en cualquier dirección, nos escabullimos dentro de un bosque, saltamos una cerca y volvimos a correr. A lo lejos, el resplandor de las llamas marcaba la distancia que habíamos recorrido. Cuando todo se volvió oscuro y el silencio acalló los ruidos del bombardeo, alcanzamos una pequeña casa de campo. Llamamos a la puerta a los gritos, diciendo que éramos polacos de Varsovia. Nos recibió un hombre de la edad de Edek, que vivía en la casa junto a su madre anciana. Bebimos agua, una enorme cantidad de agua que no logró aplacarnos la sed. Después nos recostamos sobre la paja del establo, temblando del miedo y la excitación que nos había producido ese, quizá nuestro último escape.

Al día siguiente el campo amaneció blanco y apacible, como si la batalla de la noche anterior sólo hubiera sido un mal sueño. El polaco y su madre estaban afuera a pesar del frío y de la nieve. A lo lejos, por sobre la espesura de un pequeño bosque de castaños, se elevaba una columna de humo negro. “Allá”, dijo el polaco señalando el horizonte opuesto, donde una mancha de color pardo avanzaba en medio del camino nevado. Poco a poco la mancha fue ganando nitidez, hasta que tomó la forma de un soldado alemán que corría dando tumbos por la

nieve, escapando de un peligro invisible que lo acechaba a sus espaldas. Al llegar a la casa comenzó a pedir agua a los gritos. Tenía el rostro resquebrajado por el frío, y los labios cubiertos por una costra sanguinolenta que le impedía hablar con claridad. La madre del polaco le entregó un cubo con agua y el alemán la bebió con tal avidez que terminó atragantándose. Cuando se alejó corriendo, Edek, yo, el polaco y su madre lo vimos desaparecer en el bosque. Entonces la anciana, con una voz apacible, dijo: “Hitler se marcha, pero ya nos ha hecho el favor de acabar con los judíos”.

Al fin, la noche del 18 de enero de 1945 sentimos el rumor de unos motores y el taconeo inconfundible de las botas militares pisando la nieve blanda del camino. Con Edek nos abrazamos un poco más todavía. Oímos unos pasos: alguien se acercaba al establo donde estábamos escondidos. Llamaron a la puerta. Nos incorporamos, cansados de ocultarnos, y nos dispusimos a enfrentar nuestro destino.

Edek abrió la puerta y el resplandor de la nieve nos cegó por completo: recortada sobre la blancura, en medio de la noche, apareció la silueta de un soldado. “¿Tenéis vodka?”, preguntó. “No”, dije. El precio de nuestra libertad era ridículo, y sin embargo no teníamos dinero para pagarlo. El ruso se alejó insultándonos. Salimos tras él y nos encontramos al Ejército Rojo, que avanzaba por el camino en dirección a Radom. Todo había terminado. “Nos hemos salvado, nos hemos salvado, nos hemos salvado”, le dije a Edek gritando, mientras besaba las fotos de mis padres, una y mil veces, y volví a repetirlo hasta que las lágrimas me impidieron continuar.

El silencio

Teo Erlich. Lodz, 1945.

Dejamos la granja antes de que saliera el sol y nos dirigimos de regreso a Smogorlow. Las casas que habíamos ocupado los días anteriores ahora estaban en ruinas, y las vigas que habían sostenido los techos continuaban ardiendo entre los escombros y los restos de los camiones destruidos por las bombas. Desperdigados por el suelo, yacían una decena de cadáveres de alemanes y polacos cubiertos de nieve. “Mira a los alemanes muertos”, decía Edek satisfecho de que hubieran tenido su merecido. Yo prefería no verlos, aquello no me provocaba la menor felicidad.

Tras mucho buscar encontramos unas cebollas crudas. Las comimos y bebimos agua. De pronto nos encontramos sentados en el suelo, mirando el camino. Desde aquel lejano 1939 que no éramos tan libres, y sin embargo no sabíamos adónde ir.

Pasamos la noche recostados al reparo del único techo que aún se mantenía en pie. Al día siguiente por el camino apareció un automóvil desvencijado ocupado sólo por su conductor. Lo detuvimos y le preguntamos a dónde se dirigía. “A Radom”, contestó el ruso, que dijo ser periodista. Le pedimos que nos llevara con él.

Durante el viaje vimos cientos de cadáveres de alemanes a un lado y otro del camino, que ya había sido despejado por las tropas rusas. También podíamos ver grupos de polacos y prisioneros con sus trajes a rayas que, temerosos, poco a poco comenzaban a abandonar el refugio de los bosques. Cuando nos apeamos del auto, ya en Radom, Edek me dijo: “Esto no ha terminado. Los rusos son peores. Debemos olvidar que somos judíos”.

Por las calles circulaban carros de combate rusos en largas formaciones, precedidos por batallones de soldados en filas de a seis. El rojo de las banderas y el verde de los uniformes contrastaban con el blanco de la nieve y las cenizas grises que ocultaban el pavimento.

Edek y yo avanzábamos con los ojos atentos, dispuestos a correr ante la menor muestra de peligro. Los alemanes se habían marchado, pero el miedo que nos habían infundido sería difícil de olvidar.

En la intersección de dos calles nos cruzamos con una pareja que nos miró de soslayo. Apuramos el paso hasta dejarlos detrás. De pronto, la mujer corrió hacia nosotros, me tomó del brazo y, al oído, me susurró: "¿Judíos?". Edek y yo nos miramos aterrados. ¿Cómo nos habían descubierto? "No", contesté. La mujer volvió a hablar: "Si sois judíos id al Comité de Ayuda a los Judíos, allí les darán todo lo necesario". Por primera vez en muchos años nos alegró saber que nuestra identidad podía depararnos algo distinto a la muerte.

El Comité Judío estaba atestado de gente hambrienta y desarrapada que, en desorden y a los gritos, se registraba ante los secretarios que los anotaban en la lista de sobrevivientes. Tras su marcha, los alemanes habían dejado una pequeña Babel de judíos que hablaban en idish, francés, alemán, italiano, polaco, ucraniano… hombres y mujeres de todas partes de Europa clamaban por comida, techo y ropas que los ayudaran a recuperar algo de su dignidad. A través de una de las secretarias del Comité, supimos que desde Estados Unidos estaban enviando enormes cantidades de dinero para asistir a los judíos europeos.

Para nuestra sorpresa, rápidamente conseguimos alojamiento en una casa, ropa limpia y una bolsa con alimento para varios días. Hacía tanto tiempo que no me bañaba, que no comía bien o que no tenía una cama decente en la que dormir, que aquel, el primer día del resto de mi vida, no pude parar de llorar. Al quitarme las fotos que había llevado escondidas durante la guerra sentí culpa por todos los que no habían logrado sobrevivir. Guardé las fotos junto con la herradura del alemán en una caja, como las pruebas de mi propia supervivencia. Pero… ¿qué habría sido de mi hermana, de Boris y de Teo?

Al día siguiente comencé a trabajar como voluntaria en el Comité Judío. Mi tarea consistía en registrar los nombres de los sobrevivientes en las listas que luego servirían para reunir a familiares y amigos desperdigados por la Europa liberada. Sentada a un escritorio, recibía

a los sobrevivientes demacrados, tan delgados y sucios como papeles traídos por el viento. Eran hombres y mujeres de mediana edad, nunca niños ni ancianos. Cada historia era peor que la anterior, y todos tenían la imperiosa necesidad de contar los pesares que habían soportado hasta ser salvados, como si el hecho de contárselos a otros fuera la única forma de convencerse a sí mismos de que todo había sido verdad. Cada día, antes de entregarlas, revisaba las listas en las que nunca figuraban los nombres que yo buscaba.

Los días pasaban como pasaban los rusos que se dirigían hacia el frente: todo envuelto por una confusa sobrexcitación. Alemania estaba cercada por los rusos y los Aliados, pero seguía aferrada con uñas y dientes al sueño del imperio milenario que había sido la pesadilla de millones de personas. En cada país, ciudad y pueblo liberado, saltaban a la luz las atrocidades cometidas por los alemanes: millones de cadáveres enterrados en fosas comunes, campos de exterminio donde judíos, gitanos, enfermos mentales, homosexuales y comunistas habían aspirado el gas mortal.

Como Radom era una ciudad pequeña dedicada a la industria de la curtiembre, nuestro objetivo era migrar a otra ciudad donde Edek pudiera trabajar en alguna fábrica textil. A fines de enero, Edek decidió viajar a Varsovia. Regresó el mismo día de su partida, derrotado por lo que había tenido que ver: nuestra ciudad destrozada, vacía de amigos y familiares. No había podido contactar a Bozena, mucho menos a Boris y Edwarda. En el Comité yo continuaba interrogando a los demás judíos que llegaban de los escondites de toda Polonia, y ninguno había visto a mi hermana. Lo más probable, decían, era que en Varsovia no quedara un solo judío. Sin embargo muchos habían sido capturados por los nazis y llevados a Alemania, donde serían liberados cuando acabara la guerra. En ese rumor encontré una nueva esperanza, con todas mis fuerzas deseé que la suerte no fuera sólo mía y que Edwarda aguantara hasta el final.

A principios de febrero Edek viajó a Lodz en busca de trabajo. Regresó una semana más tarde, con el rostro renovado por una alegría que ya no creía recordar: había conseguido un puesto de director en una fábrica textil recuperada a los alemanes, y un departamento, ropa,

comida y un buen sueldo con el que empezar a mejorar.

Como los alemanes habían conquistado y abandonado Lodz sin disparar una sola bala, la ciudad apenas si había sido dañada. Con Varsovia completamente destruida, pronto Lodz se convirtió en la ciudad más importante de Polonia. Por las calles circulaban camiones rusos, carros improvisados con las ruedas de los vehículos destruidos, cargados de gente con sus bártulos que llegaban en busca de empleo y bienestar. Las industrias se recuperaron rápidamente, incluso antes de que la guerra terminara. Entre los judíos el cambio era más radical: pronto el Comité abrió escuelas, hospitales y consiguió trabajo para todos y cada uno de los sobrevivientes.

Nuestro departamento tenía más comodidades de las que podía imaginar: dos habitaciones, una pequeña sala con cocina y un baño con agua corriente sólo para nosotros dos. Los primeros días tomaba largos baños de agua caliente, y por más que lo intentara no lograba despegar el frío intenso que durante meses me había corroído la piel. En las calles las razzias continuaban, pero ahora los captores pertenecían a la KGB, que buscaba a los alemanes que habían decidido permanecer escondidos en Polonia. A veces, soldados rusos llamaban a la puerta y nos sometían a largos interrogatorios. Al fin, Edek optó por pegar un cartel en la puerta del departamento, que decía: “Edek Erlicz, polaco”.

Mientras Edek trabajaba en la fábrica, yo salía a caminar por las mismas calles que había recorrido en mi niñez, pero que ahora se encontraban vacías de aquellos con los que me había reído en otro tiempo. Había empezado a convencerme de que Edek y yo éramos los únicos dos sobrevivientes de todos nuestros familiares y amigos… Hasta que un día encontramos a un lejano conocido de Varsovia, y aunque eso no nos conmovió demasiado, de alguna manera desencadenó un sinnúmero de reencuentros. Los amigos comenzaron a llegar a Lodz con su historia a cuestas. Cada día aparecía un nuevo sobreviviente que nos devolvía las esperanzas y nos alentaba a creer que Edwarda y Boris podían estar vivos en alguna parte de Polonia o Alemania.

Una vez que estuvimos establecidos definitivamente en Lodz, con casa, trabajo y dinero, encontrar a Teo se convirtió en mi única prioridad. Debía buscarlo antes de que Edwarda volviera. Lo único que recordaba era que la mujer de Pietruszka había dicho que la hermana de Stempke vivía en Okolnic, una pequeña calle junto al Vístula.

Tres semanas después de haber llegado a Lodz, me sumé a un grupo de nuestros amigos que viajaban a Varsovia para buscar a sus propios sobrevivientes. Viajamos en tren, lo cual era peligroso porque a lo largo del tendido ferroviario aún quedaban bombas rusas que no habían acabado de explotar. A un lado y otro de las vías, podíamos ver los camiones de la Cruz Roja recogiendo los cadáveres de alemanes y polacos muertos hacía ya tiempo.

Varsovia estaba destruida. Apenas si quedaban unos pocos edificios en pie. La zona en la que había estado el ghetto y la Ciudad Vieja eran un desierto de cenizas y escombros, donde sólo se erguía la antigua sinagoga en la que se habían casado Boris y Edwarda, y que los alemanes habían utilizado como almacén. Con sólo ver la ciudad, uno podía creer que había estado abandonada desde hacía siglos. El invierno extendía su manto de bruma y nieve sobre las ruinas, impregnando el aire de un olor extraño… Si la tristeza tuviera un olor, ese hubiera sido el perfume de la Varsovia de entonces.

De pronto me acobardó saber qué habría sido de Teo, y demoré el encuentro hasta el segundo día. Al fin, me dirigí hacia el Vístula con la necesidad de acabar de una vez por todas con mi incertidumbre. La calle Okolnic no tenía más de trescientos metros de largo. Al llegar, me detuve bajo la lluvia intensa que se escurría entre los escombros, formando pequeños torrentes de un líquido viscoso y oscuro. A un lado y otro de la calle se extendían dos hileras de ruinas, ni una sola casa había sobrevivido a los intensos bombardeos que los rusos y los alemanes habían ejecutado desde ambos lados del río. El viento helado me escarchaba el rostro, pero dentro de los bolsillos del abrigo los nervios me cubrían las manos de sudor. Avancé lentamente hasta alcanzar la esquina donde, sabía, había vivido la hermana de la señora Stempke. El edificio, como los demás, se había derrumbado con la

flacidez de un castillo de naipes. Sólo el marco de la puerta se mantenía en pie, como una entrada a un mundo olvidado. Definitivamente allí no había ningún sobreviviente. Tuve un ataque de odio como nunca lo había tenido a lo largo de aquella guerra… lloré, grité y maldije hasta que, bajo una piedra que le impedía al viento llevárselo lejos de mí, descubrí un papel manchado de barro, una pista absurda, improbable en medio de aquella destrucción, con una nota escrita a mano, que decía, *me* decía: "Estamos en Praga".

Corrí en dirección al Vístula hacia el lugar donde recordaba estaba el puente que me llevaría a Praga, el barrio popular que estaba al otro lado del río. En la orilla me encontré con que todos los puentes habían sido destruidos, pero los rusos habían tendido un puente flotante de madera sobre el río liso y gris que arrastraba cadáveres y las telas de los paracaídas usados en la toma de la ciudad. Preguntando a quien encontraba, llegué a la dirección que anunciaba la nota. Sentía la piel hirviendo de excitación, un calor que contrastaba con el aire frío que entraba en mis pulmones.

Llamé a la puerta. Una mujer salió a mi encuentro, irritada por la insistencia de mis golpes. "¿Qué quiere?", preguntó. "Busco a la señora Stempke", respondí. La mujer habló con sincera desconfianza: "¿Quién la busca?" "Mira Ostromogilska, hermana de Edwarda y tía de Teo", dije. Sólo entonces la mujer me abrió la puerta y, extendiendo la mano, me invitó a pasar. No me moví, desde la vereda pregunté: "¿Teo está vivo?" "Pase", insistió ella, mirando a un lado y otro de la calle.

Entré. De las paredes pendían jirones del papel que alguna vez había decorado la sala, dónde sólo había una mesa y dos sillas. Del cuarto llegaba el rumor de los movimientos de alguien, sin embargo nadie vino a nuestro encuentro. Una vez que nos hubimos sentado, la mujer me tomó las manos con una familiaridad que, sumada a su mutismo, acabó por desesperarme. "¿Teo está vivo?", pregunté. "Soy la señora Stempke. Teo se encuentra bien. Está con mis hijos a salvo en el campo, en casa de mi madre". Respiré hondo: sus palabras me liberaron de un peso infinito, de pronto el cansancio de los últimos años se había justificado por completo.

Hablamos durante más de una hora. La mujer me contó que, tras el levantamiento de Varsovia, luego de haberse separado de Boris en las cloacas, mi hermana había ido a visitar a Teo. El niño se había puesto tan nervioso que escapó de su madre para irse a cazar con los hijos de Stempke. Mientras, Edwarda le había entregado a Stempke los 26.000 zlotys que habíamos encontrado en la bolsa de legumbres para pagar los gastos de Teo. La mujer dejó de hablar, quizá entristecida por mis propias lágrimas. Al fin, volviendo a tomarme las manos, agregó: "Yo le dije a su hermana que podía quedarse con nosotros, pero ella no quiso, por miedo a que su presencia pusiera en peligro la vida de Teo. Le juro que le ofrecí refugio, pero ella insistió en marcharse". Desde entonces no había vuelto a tener noticias de Edwarda. Sola, sin dinero, escapando a través de una ciudad ocupada por los nazis, mi hermana no habría podido llegar muy lejos. "Cuando volvió de cazar, Teo preguntó por su madre. Le dije que se había marchado y entonces se echó a llorar", dijo de pronto la señora Stempke, con voz queda. La tristeza de Teo me hizo reaccionar: "Quiero llevarme a Teo, soy su tía, la única familia que tiene", dije, poniéndome en pie. Ella me observó en silencio. "No se preocupe, déjeme su dirección y en Pascua le llevaré al niño", contestó.

Salí de la casa con un gusto amargo en la boca. Cuando se cerró la puerta, me llegó la voz de un hombre que hablaba con Stempke. Debía ser Malawski, su amante. "¿Qué haremos? ¿Le daremos al niño?", preguntó ella. "Es la tía… pero no sé", dijo el hombre. Enfrentarlos hubiera sido una imprudencia: sólo ellos sabían dónde estaba Teo y de ellos dependía que volviera a encontrarme con él.

Me alejé del Vístula en dirección al hotel en el que me hospedaba. Por la ciudad, grupos de soldados rusos y hombres polacos habían comenzado a reparar las calles para facilitar el paso de las tropas. Busqué a Bozena en su vieja residencia pero no la pude encontrar. Al que encontré fue al hijo del doctor Solowiejczyk, aquel ingeniero con el que Edek había hablado en el hotel Polski. Nos conocíamos de la época del ghetto, y aunque nunca habíamos tenido un trato directo, al verme me abrazó con un afecto desmedido. Como los demás salvados, no tardó en contarme su historia. "La mañana en que nos detuvieron

en el hotel Polski nos llevaron a todos al campo de Vitel", dijo, "estuvimos allí hasta que los rusos decidieron invadir. Malditos, si hubieran entrado antes a Varsovia habría habido más sobrevivientes". Él se había salvado gracias a un soldado alemán. Cuando el avance ruso fue inminente, las autoridades del campo ordenaron a ese soldado que condujera a todos los judíos al bosque y los fusilara allí. Sin embargo Solowiejczyk logró convencerlo de que estaba perdido, de que Alemania sería derrotada y que, si no los fusilaba, él lo podría ayudar. Se habían salvado todos y el alemán había escapado hacia el norte. Mientras él hablaba yo asentía con la cabeza sin prestar atención a sus palabras, dejando vagar mi mente por otro bosque, ese donde mi hermana habría encontrado la muerte o la salvación.

De regreso al hotel, me enteré de las noticias que trajeron mis amigos. Algunos habían encontrado familiares vivos, aunque la mayoría no. El resto de los niños judíos entregados a los polacos en las mismas condiciones que Teo ahora estaban perdidos en Polonia y sus padres y familiares no podían hallarlos. La búsqueda era agotadora y revelaba el desorden de familias quebradas como la nuestra y que, por entonces, nadie sabía cuándo se volverían a reunir.

Aquellos días previos a la llegada de Teo me dediqué a preparar su cuarto y una pequeña fiesta de bienvenida. Compré dulces, mantas y varias mudas de ropa para que se sintiera cómodo y querido. Al fin, en abril, poco antes de Pesaj, la señora Stempke se presentó ante nuestra puerta. Detrás, Teo aguardaba con visible inquietud. Había crecido tanto que apenas si lo podía reconocer. El cabello de un rubio clarísimo, los ojos vivaces y el cuerpo fornido le daban la apariencia de un pequeño campesino polaco. Lo estreché entre mis brazos, al tiempo que decía una y otra vez: "Soy tu tía, Teo, la hermana de tu madre". Sólo entonces descubrí que detrás de la señora Stempke había otro niño, algo mayor que Teo. "Es mi hijo Kazik. Como Teo no quería venir se me ocurrió que si Kazik se quedaba unos días él se sentiría más cómodo", dijo Stempke sin que los niños la escuchasen. Apenas si podía imaginarme cómo haría para cuidar de un niño cuando ahora debía atender a dos. Sin embargo estaba tan feliz de reencontrarme con Teo que la presencia del otro niño me pareció algo sin importancia.

Pronto, comprendí lo difícil que sería la adaptación de Teo: por la mañana y por la noche era una lucha convencerlo de que se lavara los dientes; los piojos lo acompañaron durante días, meses, hasta que logramos que comprendiera que bañarse no era un castigo sino un hábito salubre que debía incorporar. A Edek y a mí nos trataba con una fría distancia, alimentada por los años que había pasado separado de nosotros. Agradecí que Stempke hubiera dejado a su hijo: Teo sólo hablaba con él, lo obedecía como el hermano mayor que había sido durante los tres años en que habían convivido, y por lo tanto Kazik actuaba como intermediario entre él y nosotros.

Los niños pasaban el día entero corriendo por la casa; acostumbrados a la vida silvestre del campo, nuestro departamento les

resultaba una cárcel oscura. Bastaba que uno de los dos se aburriera para que el otro comenzara a protestar. Por las tardes, cansada de improvisar juegos que nunca los divertían, los sacaba a la calle para dar largos paseos por la ciudad. Cuando Edek regresaba a casa después del trabajo, me encontraba tendida en una silla, agotada por la energía desbordante de los niños.

Al fin llegó la fiesta de Shauvot y, tal como habíamos convenido con su madre, debimos organizar la partida de Kazik. Stempke se había comportado correctamente, desde mi visita en ningún momento me pidió nada y no dio muestras de desear más dinero por el cuidado que le había prestado a Teo. Es más, tenía el vano temor de que se hubiera encariñado tanto con él que intentara, no digo extorsionarme, pero sí volver a recuperarlo. Tenía tanto miedo de que eso ocurriera, de que me volvieran a separar de Teo, que no me animaba a reencontrarme con aquella mujer. Así, consulté a unos amigos que viajaban constantemente a Varsovia y les encomendé que llevaran a Kazik de regreso con su madre. La despedida de Teo y su hermano fue tan sentida que durante unos días Teo no pudo esconder su dolor. Con una sinceridad de la que sólo son capaces los niños, nos hizo saber que nos hacía responsables de su separación. Tenía seis años y ya lo habían arrebatado de los brazos de su madre primero, y ahora de la familia que lo había criado en segundo lugar.

Aquellos primeros días que pasamos solos, la convivencia fue turbia y exasperante para los tres. Cuando le dijimos que el próximo mes comenzaría a ir a la escuela armó tal escándalo que sus gritos se escucharon desde la calle. Entonces Edek, en silencio, abrió la maleta roída que Teo había traído desde Varsovia y, como si se dirigiera a un adulto, dijo: “Como quieras. Si quieres vivir con Stempke te llevaré ya mismo con ella”, y comenzó a quitar las cosas de Teo del armario. Sólo entonces Teo pareció comprender lo que se resistía a aceptar y, con lágrimas en los ojos, dijo: “No, tío, yo quiero quedarme con vosotros”.

Aquello terminó con sus desplantes y dio comienzo a una nueva relación. Por las mañanas, antes de ir al trabajo, Edek llevaba a Teo a la escuela y por la tarde yo lo iba a buscar. Entonces paseábamos por

Lodz y yo le indicaba dónde habían vivido sus abuelos, dónde habían crecido su tía y su mamá. Cada vez que hacía alusión a Edwarda, podía notar que el rostro de Teo se contraía en un gesto de angustia que me obligaba a cambiar de tema. Poco a poco, en aquellos paseos fui reconstruyendo la ciudad de mi niñez: la escuela a la que había asistido, la farmacia de la esquina de mi casa y el edificio que me había visto nacer. De la perfumería de mi padre sólo quedaban escombros: la Moderne había sido bombardeada por la Luftwaffe.

Un día, mientras Teo estaba en la escuela, me presenté en el edificio donde habían vivido mis padres. La mujer que ahora vivía en el departamento me recibió con cortesía: “He nacido en esta casa, ¿puedo pasar?”, dije. Permaneció en silencio mientras yo cruzaba los salones y me detenía a observar las humedades del techo del cuarto donde mi madre me había dado a luz. Reconfortada, me alejé por las escaleras y me dispuse a despedirme del portero. Entonces me crucé con una anciana que me miró con los ojos entornados como quien intenta recordar a quién pertenece el rostro que acaba de ver. “Yo vivía aquí. Soy la hija de Jacob Ostromogilsky”, dije sin que nadie me lo hubiera preguntado. “El de la perfumería”, contestó la mujer. “Sí”, sonreí. “Yo lavaba la ropa de su familia”, dijo la mujer ofreciéndome una mano apergaminada.

Sin embargo aquellos encuentros no acababan de convencerme de que mi lugar estaba allí, en Lodz: la ciudad era pequeña, mucho más pequeña que Varsovia, y la vida social y cultural era tan estrecha como en cualquier ciudad de provincias. Si queríamos progresar, tarde o temprano tendríamos que marcharnos.

El mes siguiente llegó la noticia de la capitulación de Alemania. Hitler se había suicidado en el búnker mientras sus hombres de confianza firmaban la rendición incondicional ante los rusos y los Aliados. Aquello nos lanzó a las calles para asistir a un festejo que duró varios días. Por todo Lodz se veían hombres y mujeres venidos de toda Europa, que se abrazaban y se besaban celebrando la caída del Tercer Reich.

Pronto, los prisioneros polacos que habían permanecido encerrados en Alemania comenzaron a llegar a Polonia. Recuerdo aquel tiempo como una mezcla de triunfos y decepciones: el triunfo de la vida, porque todo había terminado y los sobrevivientes al fin habíamos retomado nuestro camino a la libertad; decepción porque con el paso de los días acabé por convencerme de que mi hermana ya no iba a volver… Aceptar su muerte me causó una enorme desilusión. Recordé cuando ella me acariciaba la frente y me decía que iba a salvarme, que debía salvarme para cuidar de su hijo como si tuviera la premonición de que ella no lograría sobrevivir. Cada día, al levantarme, no podía evitar mirar a Teo y preguntarme por qué él tenía que soportar tanto dolor… Sin embargo parecía crecer ajeno a todo sufrimiento; al menos en la superficie sedosa y rubia de su rostro siempre había una sonrisa afable, y sus ojos se movían ávidos por aprehender ese mundo que lo había tratado con tanta crueldad.

En agosto, los cientos de miles de muertos que produjeron los bombardeos nucleares de Nagasaki e Hiroshima fueron el broche final y desgarrador de una guerra desgarradora. El anuncio de que los nazis serían enjuiciados en Nürenberg no nos provocó ni siquiera una sonrisa de alivio: nada podría devolvernos a nuestros mártires.

Poco a poco, a medida que aceptábamos que todo había terminado,

íbamos recordando que éramos jóvenes: yo tenía apenas veintitrés años y Edek veinticinco, y tal vez por eso pronto cedimos al impulso de recuperar las cosas que nos había quitado la guerra. Por las noches organizábamos cenas en casa, a las que asistían nuestros amigos. Comprábamos quesos, arenques, vodka, pasteles y preparábamos discos para escuchar. Los invitados llegaban en parejas o en grupo, sonriendo a pesar de todo lo que habían tenido que vivir. Pero, a medida que pasaba la noche, de uno en uno íbamos trayendo los recuerdos que éramos incapaces de olvidar. Por eso no era extraño que todos y cada uno de nosotros pensáramos migrar a otro lugar: América, Francia… cualquier sitio lejos de Polonia era bueno para volver a empezar.

Otras veces salíamos a bailar, al cine, a cenar en restaurantes donde una banda de músicos tocaba canciones rusas ante los oficiales del Ejército Rojo que, sentados a las mesas cubiertas de bebidas y rodeados de mujeres que reían y comían al mismo tiempo, aplaudían y cantaban con los rostros encarnados de excitación. La presencia de los rusos cada vez era mayor. Si bien Polonia no estaba ocupada militarmente, y los pocos oficiales que se veían eran funcionarios de la policía secreta, entre el pueblo comenzaba a palparse el miedo a la inminente sovietización de Polonia. En las fábricas, los obreros empezaban a organizarse en sindicatos que respondían directamente a Moscú, lo que anunciaba que las empresas privadas no tardarían en caer en manos de un Estado comunista. La única salida posible era escapar de todo aquello, del fantasma del socialismo y de las desgracias de la posguerra, yéndonos a un lugar donde pudiéramos vivir como nosotros queríamos y no como otros dijeran, ya fueran alemanes o rusos.

Si queríamos escapar, lo primero que debíamos hacer era conseguir pasaportes para los tres. Pero ni siquiera teníamos un mísero papel que confirmara la identidad de Teo. Tal vez Bozena pudiera ayudarnos. A través de nuestros amigos que viajaban a Varsovia, logramos conseguir las nuevas señas de Bozena, que ahora trabajaba como secretaria de Modzelewski, el ministro polaco de Relaciones Exteriores. Con sus contactos no tardaríamos en obtener los papeles

que nos abrirían las puertas de Europa.

Poco tiempo después, Edek viajó para entrevistarse con su prima. De camino a Varsovia, se detuvo en Izabelín para buscar las fotografías que había enterrado junto a un árbol. Regresó dos días después, notablemente irritado. "¿Has encontrado las fotos?", dije. "No estaban", contestó. "¿Y los pasaportes?", pregunté. Edek sacudió la cabeza. "No, Bozena me ha dicho que no los puede conseguir, pero la verdad es que no quiere. Cree que debemos quedarnos a construir la Polonia comunista. No podemos contar con ella; es más, si le decimos que estamos pensando en escaparnos podría denunciarnos con el Partido." "¿Y qué haremos?", pregunté sin esperar que Edek tuviera una respuesta. "Nos iremos como ilegales, escondidos… como sea, pero nos iremos de aquí."

Inmediatamente, Edek pidió licencia laboral por enfermedad: esto le evitaría ser descubierto por los jefes cuando partiera y, además, la licencia le brindaría el tiempo que necesitábamos para organizar la salida de Polonia. Así, a finales de octubre, Edek se marchó al oeste sin más esperanzas que la del prófugo desquiciado que buscaba una oportunidad en las ruinas de Berlín.

Con la proximidad del fin de año los demás niños judíos que, como Teo, habían pasado buena parte de su infancia escondidos entre los polacos como católicos, comenzaron a mostrar la misma rebeldía que Teo ya había dejado atrás. En diciembre todos quisieron festejar la llegada de Cristo como lo habían hecho durante los años que habían pasado como falsos polacos. Recuerdo que en las reuniones de entonces mis amigos se debatían entre la furia y la desolación que les causaban sus hijos liberados, que ahora no sólo se negaban a bañarse e ir al templo, sino que además querían que los llevaran a misa y les compraran un árbol de Navidad.

Por más que no fueran practicantes, bastaba que el hijo mostrara pretensiones de cristiano para que nuestros amigos judíos comenzaran a desplegar un sinfín de reuniones en las que nunca había rabinos, pero sí otros judíos con ganas de aconsejar. El mismo Edek, a su regreso de Berlín, fue consultado por uno de nuestros amigos. Sus

palabras, cargadas con los recuerdos de aquella llegada de Teo, irradiaban tranquilidad: “Haced lo que ellos quieran, compradles el árbol de Navidad, llevadlos a misa, pero no os preocupéis… ya se les pasará”.

Edek había regresado cargado de esperanzas. Si durante la guerra para nosotros Alemania era sinónimo de muerte, ahora se había convertido en la salvación. “Berlín está destruido, pero allí hay más oportunidades que en Polonia”, dijo e inmediatamente comenzamos a armar el equipaje. Mientras yo me ocupaba de seleccionar aquellas cosas que llevaríamos a Alemania, Edek se encargó de buscar un medio de transporte. Resultó ser un camión ruso que saldría al día siguiente. La inminencia del viaje nos obligó a cerrar todos nuestros asuntos en Lodz: en apenas unas horas nos presentamos ante el Comité Judío para devolver las llaves de nuestro departamento y que fuera asignado a alguna de las otras familias de sobrevivientes.

Al día siguiente, temprano en la mañana, Edek, Teo y yo nos presentamos en el lugar desde donde partiría el camión que nos llevaría a Alemania. Si bien habíamos decidido llevar poco equipaje, el hecho de caminar por la ciudad cargando las maletas nos devolvió esa antigua sensación de desplazados. No teníamos papeles, ni siquiera una maldita acta de nacimiento que nos permitiera llevar a Teo con nosotros… eso sin contar con lo que hubiera significado caer en manos de la KGB y tener que explicarles que nos marchábamos porque preferíamos estar en Alemania que en la Polonia ocupada por ellos, nuestros salvadores.

Así las cosas, esa mañana ocupamos la parte trasera de un camión desvencijado y nos apuramos en cerrar las cortinas corredizas. Acurrucados en la oscuridad, pudimos oír los insultos del conductor que golpeaba el volante sentado en la cabina: algo andaba mal, cada vez que el chofer le daba arranque, el motor se sacudía con un traqueteo que no bastaba para ponerlo en marcha. Al fin, el chofer se dio por vencido y descorrió las cortinas de la caja: “No arranca. Se ha roto: no hay viaje”, dijo en ruso ante nuestra cara de desconcierto. Entonces se produjo una discusión entre el hombre y Edek, que le reclamó que nos devolviera el dinero que habíamos pagado por el

viaje. El chofer puso los ojos en blanco y, brevemente, nos enseñó el revólver que llevaba sujeto al cinturón.

Sin transporte a Alemania y con el departamento entregado al Comité, ya no teníamos dónde vivir. Salimos a la calle y nos dirigimos a nuestro barrio en busca de refugio. Conseguimos un lugar en casa de León Winograd, uno de nuestros vecinos de entonces. Terminaba 1945, el año de la liberación. Pronto, las calles de Lodz se llenaron de guirnaldas y árboles navideños, decorados por niños judíos que festejaban el nacimiento del Mesías ante la desolación de sus padres.

Pasamos un mes y medio en casa de los Winograd esperando la oportunidad de marcharnos de Polonia. Al fin, a mediados de enero del año siguiente, cuando Edek se enteró de que otro camión estaba por partir hacia Alemania, volvimos a cruzar Lodz cargando el equipaje.

Esta vez el camión era nuevo, algo extraño para los tiempos que corrían, y la caja era más cómoda que la anterior. Habíamos conseguido una botella de vodka para calentarnos el cuerpo cuando llegara la noche. Pero ahora era de día, y el sol se filtraba a través de las lonas verdes que cubrían la parte trasera del camión. Teo dormía en brazos de Edek mientras yo me asomaba para asegurarme de que el chofer consiguiera poner el motor en marcha.

Poco antes de partir, oímos que alguien conversaba con el chofer. Desconfiados, abrimos las cortinas y descubrimos a tres muchachos polacos que cargaban unas bolsas de cuero. El chofer, que era ruso, los miraba con desgano; daba la sensación de que si aún no había arrancado el camión no era por interés a lo que decían sino para ganar tiempo hasta que acabara su cigarrillo. “Yo os puedo guiar hasta Alemania”, dijo el más alto de los tres hombres. “No os necesitamos”, dijo el chofer al tirar la colilla. El polaco entornó los ojos, un gesto que adelantó la agudeza de sus palabras: “¿Por dónde vais a ir? Los caminos están llenos de soldados y de contrabandistas… Si no os detiene la KGB seguro os matarán los ladrones”, dijo. El chofer guardó silencio. “Si nos lleváis con vosotros, os guiaré por caminos secretos que nadie conoce. Sólo yo puedo llevaros hasta Alemania sin que seáis descubiertos”, dijo después el polaco. Se llamaba Gutner y había nacido en Otwock, así se presentó cuando se sentó con los otros dos hombres junto a nosotros.

Nos pusimos en marcha. Poco a poco el camión se fue alejando de la

ciudad y el rumor de Lodz se acalló como el canto de un pájaro que se adentra en la noche. Tal como lo dijo en un principio, Gutner conocía tan bien los caminos secretos de Polonia que durante todo el viaje ni siquiera nos cruzamos con campesinos. Siguiendo sus indicaciones, el chofer condujo el camión por senderos que atravesaban altos pastizales, a la vera de ríos estrechos que de lejos parecían finos espejos brillantes, por las lindes de los bosques en los que, de noche, recogíamos ramas y hojarasca para encender una fogata que alejara el frío. A veces, cuando el camión se detenía, Teo corría hacia los montes para recoger y masticar unas frutas dulces que luego le daban dolor de estómago.

Durante el viaje Edek y Gutner conversaron sobre la guerra, sus profesiones y la familia que ambos habían sabido tener. Los otros dos hombres hablaban poco, uno se llamaba Karol y era el hermano de la mujer de Gutner, y el otro, Ignac, su socio. Viajaban constantemente de Polonia a Alemania por cuestiones que no quiso aclarar. Sin embargo, a cada rato decía: “Seré millonario”, confiado en su propio destino.

Después de haber visto lo que ocurrió en Varsovia, las ruinas de Berlín no nos sorprendieron demasiado. Allí también las calles habían sido destruidas por los bombardeos; los restos de maquinaria militar refulgían entre los escombros, donde la gente hambrienta buscaba cualquier cosa que se pudiera llevar a la boca. Alemania era poco menos que una caricatura del Imperio Milenario que había soñado Hitler: a medida que nos internábamos en Berlín, el camión se desplazaba por las distintas zonas en que había sido dividida la ciudad. En el lado inglés nos detuvieron durante una hora para dar paso a los tanques que se desplazaban por la calle; en el lado francés conseguimos agua; en el lado americano, separado por un tendido de alambres de la zona rusa, los soldados de uno y otro bando se desafiaban a los gritos.

Lejos de inspirar terror, odio o venganza, los alemanes sobrevivientes que veíamos en la calle eran una clara muestra de su propia derrota: niños desarrapados, mujeres que guardaban luto por

sus muertos, museos, palacios y monumentos derrumbados, hombres mutilados, rodeados por soldados extranjeros que tenían el poder suficiente como para ordenarles que cumplieran la tarea más absurda y denigrante.

Un rato después alcanzamos Charlottenburg y todos nos apeamos del camión. A nuestro alrededor, soldados norteamericanos fumaban vestidos con trajes impecables de color verde; el rumor de sus voces, cargado de sonidos nuevos e indescifrables, era una señal exacta del cambio que se avecinaba: de pronto estábamos en un nuevo país, rodeados de gente venida de todas partes, cada una con su idioma, su experiencia y cien desgracias que expiar.

Con ayuda de Gutner, Edek se encargó de bajar el equipaje. Nos despedimos de Gutner y sus socios con vanas promesas de futuros reencuentros. “Cuando nos volvamos a ver, todos seremos millonarios”, dijo Gutner al partir, dejando tras de sí un corro de rostros desconfiados, los nuestros, y la sonrisa extasiada de Teo.

Caminamos por Charlottenburg en dirección de las oficinas de UNRA[1], donde nos darían todas las ayudas destinadas a las víctimas de la guerra. Cruzamos enormes terrenos devastados y largas colas de alemanes que esperaban obtener los pocos productos que les proporcionaban las tarjetas de racionamiento. De a ratos, pasábamos delante de los campos de detención, donde los prisioneros letones, ucranianos, rumanos y lituanos, absortos en la inmovilidad del tiempo, esperaban ser deportados hacia sus países ahora ocupados por los rusos.

En las oficinas de UNRA nos recibió un secretario atento pero cansado, al que de todas formas le contamos lo que habíamos pasado durante la guerra. El hombre cabeceaba, asintiendo, o quizá adormecido porque esa historia ya la había oído mil veces. Nos entregó un documento que, según dijo, nos abriría las puertas allí por donde fuéramos; algo así como un diploma al sobreviviente, el papel rezaba: “Víctima del Fascismo”.

Desde entonces, cada vez que alguien nos detenía en la calle enseñábamos aquel papel que automáticamente despertaba compasión o repulsión en quien nos hubiera detenido. Sin embargo nosotros no

nos sentíamos víctimas, sino seres invencibles endurecidos por la guerra y con toda la vida por delante. Por eso nos negamos a mudarnos a los campos de refugiados donde los Aliados habían alojado a los judíos sobrevivientes.

Al recibir los primeros víveres que nos correspondían como "Víctimas del Fascismo", utilizamos una parte de ellos para pagar nuestra estadía en casa de un anciano berlinés. Por las noches, a través de las paredes del cuarto, nos llegaban las risas de soldados americanos y mujeres alemanas convertidas en prostitutas, que alquilaban cuartos por hora a nuestro casero. Durante el día podía ver a esas y otras mujeres vagar por las calles, maquilladas en exceso para atraer a los militares. Cientos de mujeres rodeaban a las tropas y, más allá de Berlín, seguían en procesión a los soldados aliados a través de toda Alemania para prostituirse, conseguir un marido que las sacara de aquel país desolado o tan sólo para obtener el dinero con el que mantener a sus familias. Mientras tanto, sus maridos yacían enterrados en los campos de batalla o apresados en los campos de prisioneros de guerra a lo largo y ancho de toda Europa.

Sin nada que hacer, Edek, Teo y yo salíamos a pasear para ocupar el tiempo. En aquellos ratos libres que pasábamos sentados junto a una fuente, viendo las ruinas de Berlín, hablando o en silencio, los tres alimentamos esa intimidad familiar que tanto necesitábamos: una mezcla de sonrisas, órdenes y berrinches que aceptamos sabiendo que la vida nos había llevado a ocupar esos roles.

De vez en cuando íbamos a los campos de UNRA para conocer las actualizaciones de las listas de sobrevivientes en busca de amigos, o sólo para estar junto a aquellos desconocidos que habían vivido lo mismo que nosotros.

Amontonados en los campos, miles de judíos esperaban que el gobierno inglés los enviara a Palestina o algún salvoconducto no tan legal que les permitiera viajar a algún país de Occidente. Porque más allá de que no era sencillo conseguir una visa para Palestina, no todos los judíos queríamos establecernos en aquel desierto impasible al que llamábamos "La Tierra Prometida".

Comenzamos a visitar los consulados de todos los países occidentales en busca de un nuevo destino. Pronto supimos que no todo era como lo esperábamos: aunque los Aliados se habían pronunciado en contra del antisemitismo y la segregación racial, eso no significaba que estuvieran dispuestos a recibir a todos los judíos de Europa. En cambio nos alentaban a migrar a Palestina, y si insistíamos en querer viajar a otro sitio nos exigían pasaportes y sumas de dinero imposibles de conseguir.

Por entonces conocimos a Mietek Szeps y Helena, su mujer, unos judíos de Varsovia que habían salvado sus vidas marchándose a Rusia. Allí habían tenido a su primer hijo, Jasio, que había nacido en Siberia y era dos años menor que Teo. En aquellos tiempos, cualquier lazo suponía una respuesta a la soledad que había dejado la guerra, por lo que los Erlich y los Szeps acabamos haciéndonos amigos, tanto que nuestras familias formaron un grupo unido que se movía en bloque por Berlín.

En uno de los campos de UNRA Helena Szeps encontró mi apellido escrito en una lista de sobrevivientes. Cuando me lo contó, la sangre comenzó a correr por mis venas tan rápido como mis piernas me llevaron hasta allí. El campo era igual a los demás: barracones, alambrados, judíos aburridos de tristeza. Me presenté ante los recepcionistas del campo y pregunté si allí había alguien con el apellido Ostromogilsky. Siguiendo las indicaciones, llegué hasta una mujer de cabellos negros que permanecía sentada al sol en un banco. "¿Usted se llama Ostromogilsky?", pregunté con ansiedad. La mujer sacudió la cabeza con abatimiento, como si mi apellido le trajera el sabor amargo de tristes recuerdos. "Es el apellido de mi marido, pero ahora él está trabajando. Nos hemos casado hace dos meses. Hace unos días hemos recibido una carta de un hombre que dice ser su tío de Palestina…" La interrumpí diciendo: "Mi tío, querrá decir".

Si bien el marido de aquella mujer no era de mi familia, el tío de Palestina resultó ser el hermano mayor de mi padre, que se había establecido allí unos años antes de que los alemanes invadieran Polonia. A través de las cartas larguísimas que comenzamos a intercambiar desde entonces, mi tío me contó que en Francia vivían

Busik y Zygmunt, mis dos primos de Lodz. No era mucho, pero al menos había encontrado una lejana parte de los familiares que había sabido tener.

De todas formas me sentía feliz con la pequeña familia que habíamos logrado formar con Edek y Teo, y no estaba dispuesta a perderla. Si alguien preguntaba por qué Teo era rubio si Edek y yo no lo éramos, reaccionaba con frialdad: "Es mi hijo". Si alguien sonreía y, por lo bajo, casi un murmullo, decía: "¿Pero usted no es muy joven para tener un hijo de esa edad?", entonces yo devolvía el murmullo con tono de burla: "¿Y a usted qué le importa lo que yo he hecho con mi vida?".

Mientras, la ciudad renacía. La zona francesa, la inglesa y la americana eran de libre circulación, por lo que diariamente íbamos de una a la otra vendiendo a los alemanes parte de los víveres que nos asignaban sólo a los judíos, como mantas, chocolates, leche en polvo y otros artículos con los que ni el más optimista de nosotros hubiera soñado apenas un año atrás. Sin embargo ahí estábamos, en una situación mejor que la de los mismos alemanes, que sólo recibían alimentos enlatados. Peor era el trato que sufrían en la zona rusa: allí la gente continuaba con las carencias de la guerra y recibía un trato marcial. Para entonces ya había comenzado el bloqueo de Berlín Oriental, lo que impedía que los Aliados repartieran víveres entre la población. Sin embargo, cada día veíamos el cielo de Berlín salpicado por los aviones aliados que se dirigían a la zona rusa para arrojar desde el aire medicinas, golosinas y otras cosas que, además de promocionar la política americana en detrimento de la rusa, compensaban las carencias que sufría la población.

Como parte de esta política publicitaria, el gobierno americano comenzó a organizar visitas de caridad destinadas a levantar el ánimo de las víctimas de la guerra. Así, por Berlín pasaron personajes ilustres como Eleanor Roosevelt, viuda del ex presidente, Elvis Presley, Bette Davis… la presencia de las estrellas del cine en aquella ciudad destruida era un anacronismo que, a pesar de producir tristeza a los mayores, servía para entretener a los niños.

Una tarde llevé a Teo y a Jasio hasta una plaza donde Johnny Weissmüller, subido a un escenario, se golpeaba el pecho con los puños ante los gritos de niños y adultos. Sin embargo Teo, que había visto sus películas en Lodz, parecía un tanto desilusionado. "¿Qué te ocurre, Teo?", le pregunté. "Tía, ese no es Tarzán: Tarzán usa taparrabos y este lleva traje". Pero entonces vimos a Gutner, que también se había acercado para conocer a Johnny Weissmüller. Al verlo, Teo le susurró algo a Jasio, que miró a Gutner con desconfianza y preguntó: "¿De verdad que usted es millonario?" Gutner sonrió y sacudió la cabeza. Aún no era millonario pero sus ropas eran más finas que las de antes, y en su boca brillaba un diente de oro. Antes de despedirnos, prometió que volveríamos a saber de él.

Seis semanas después de haber arribado a Berlín, en medio de la tensión que crecía entre americanos y rusos, recibimos del gobierno de ocupación inglés la orden de mudarnos a la zona americana. No habíamos conseguido las visas necesarias para abandonar Alemania, así que no tuvimos más opción que marcharnos a Frankfurt. Sin embargo Edek no parecía abatido: así como Berlín era el centro administrativo de Alemania, Frankfurt era una zona industrial en la que tal vez él podría conseguir trabajo. De modo que volvimos a ponernos en marcha, y los Szeps que, como todos, confiaban ciegamente en Edek, decidieron acompañarnos en nuestro viaje.

Para marzo de 1946 ya estábamos establecidos en una casa en Zeilsheim, a pocos kilómetros de Frankfurt y en una zona dominada por los norteamericanos. La propiedad pertenecía a dos ancianos alemanes. Nosotros vivíamos en un cuarto con baño y comedor, mientras que los alemanes conservaron su cocina, un cuarto y un estrecho jardín, si así puede llamarse a dos metros cuadrados de tierra arcillosa, donde el alemán tenía un huerto que atendía por la noche, al llegar de su trabajo. ¿Qué habían hecho esos dos alemanes durante la guerra? Eso no podíamos saberlo, y por ahora era mejor no preguntarles nada. Al menos nos trataban con amabilidad, agradecidos por los alimentos que les dábamos a cambio del alquiler y que, de otra forma, nunca podrían haber conseguido.

Con el correr de los días, Edek entabló cierta relación con aquel anciano, que había perdido una pierna en la Primera Guerra Mundial. Cada mañana, el hombre montaba su bicicleta y se dirigía al trabajo; su sueldo mensual, devaluado por la crisis que había desatado la derrota alemana, apenas si alcanzaba para comprar un pan de manteca. Los días más fríos, cuando la nieve blanqueaba las calles, Edek se ofrecía a pagar el día de trabajo para ahorrarle a sus esfuerzos las penurias del mal tiempo. Pero el alemán nunca aceptaba; con solemnidad, se disculpaba y decía: "Si todos volvemos a trabajar, Alemania volverá a ser la Gran Nación que fue". ¿A qué se refería con "una Gran Nación"? Nunca me animé a preguntárselo.

A poco de llegar, nos acercamos a uno de los campos de UNRA donde, además de registrarnos, inscribimos a Teo en la escuela para niños judíos que alojaba a todos aquellos futuros niños palestinos. Si bien nosotros no pensábamos ir a Palestina, allí Teo estaría rodeado de otros niños con los que podría jugar, estudiar y, de paso, recibiría el almuerzo y la merienda que les daban a todos los alumnos.

Edek y yo, en cambio, contratamos a uno de los jefes del campo para que nos enseñara inglés de manera particular. Aquello, además de servirnos de entretenimiento, era el primer paso para migrar a cualquier país anglosajón que no fuera Estados Unidos, ya que todo parecía indicar que entraría en guerra con Rusia muy pronto, y si había algo que nosotros no queríamos era vivir en un país en guerra.

Edek no había logrado conseguir trabajo, así que pasábamos los días jugando a las cartas con los Szeps, conversando sobre nuestros planes y aprendiendo inglés. En el ambiente se respiraba algo distinto, los hombres habían dejado de destruirse para volver a empezar. Poníamos todas nuestras fuerzas para recuperar nuestra juventud, aprovechar el tiempo, buscar la felicidad que nos ayudara a olvidar el pasado.

Y tal vez fue por esa extraña fuerza que, un día, mientras llevaba a Teo a la escuela del campo de refugiados, sentí un ardor en el estómago y luego las náuseas me obligaron a detenerme para vomitar. Preocupado, Teo me abrazó preguntando qué me pasaba. "No sé", dije tan asustada como él.

A las náuseas pronto se le sumaron los mareos. Ese mismo día Edek me llevó a ver a un médico. Luego de revisarme, el médico dijo: “Después de tantas muertes, estas cosas son un alivio”. Edek y yo lo miramos, sorprendidos, aterrados, furiosos, incapaces de entender qué quería decir con aquella metáfora. Al fin, el médico nos tendió las manos diciendo: “Está embarazada”.

De regreso a casa, Teo quiso saber qué era lo que me había pasado. Desencajados, le dijimos que íbamos a tener un hijo y él bajó la mirada. Tenía apenas ocho años, pero la vida lo había hecho crecer lo suficiente como para darse cuenta de lo que se avecinaba. El temor a que se sintiera desplazado me provocó una angustia que, sumada a los nervios, me hizo llorar. Edek, en cambio, se mantenía sereno. Se inclinó para quedar a la altura de Teo y, en voz baja, sabiendo que sus palabras escondían un pacto eterno, dijo: “Pronto tendrás un hermano”.

1 United Nations Relief Association, organización creada por los Aliados para socorrer a las vícitimas del nazismo en las zonas liberadas.

Aunque en el ghetto ya habíamos contraído matrimonio, nunca habíamos tenido ningún papel que lo certificara. De modo que debíamos resolverlo antes del parto para no sumar más complicaciones legales a la situación de Teo. Para ello nos presentamos ante la gobernación alemana, ubicada en un hermoso edificio del siglo XVII donde, según dijo el juez de paz, el mismísimo Napoleón se había detenido a descansar en su marcha hacia Rusia. Fue una boda sencilla, y los festejos fueron medidos por el cansancio del embarazo. Si bien sabíamos que en Alemania estábamos de paso, el hecho de que nuestro hijo naciera allí y las pocas posibilidades de migrar a otro sitio nos hacían pensar que tendríamos que quedarnos a vivir en la tierra de los nazis.

Pero entonces, a través de UNRA, nos contactó un hombre llamado Edek Edelsztein. Se presentó como emisario de León Winograd, aquel vecino de Lodz que nos había alojado en su propia casa. Al parecer, León se había radicado en Francia, donde pensaba montar una pequeña fábrica textil. Para eso necesitaba alguien con la experiencia de Edek. El problema, tal como nos dijo el mensajero con aire de abatimiento, residía en que Edek no tenía pasaporte ni visa que le permitieran entrar a Francia. Al escuchar aquello, Edek sacudió la cabeza con un gesto divertido. Sólo entonces miró a Edelsztein a los ojos y dijo: "¿A usted le parece que después de todo lo que he vivido me detendré por semejante estupidez?". Edek tenía veintinueve años y se disponía a empezar una nueva vida, su verdadera vida.

Unos días más tarde, ya había conseguido un pasaporte falso con el que viajar a Francia. Teo y yo lo acompañamos a la estación de tren de Frankfurt, y en el andén lo vimos dedicarnos una sonrisa tranquilizadora: "Todo saldrá bien, ¿qué queréis que os traiga de París?". Lo besé y luego los tres nos abrazamos. Antes de subir al tren,

mirando a Teo, le dijo: “Cuida a tu madre y a tu hermano”. Teo dudó un momento, algo desconcertado, pero tan convencido como para decir: “Sí, tío”. Cuando el tren partió, del fondo de mi memoria volvieron los recuerdos de mi padre camino a París, en busca de los aromas que habían perfumado mi infancia.

Durante la ausencia de Edek mi vientre fue tomando dimensiones impensadas. El recuerdo de Edwarda embarazada de Teo me provocaba llanto y risa, como si más que embarazada estuviera a punto de volverme loca. Los médicos insistían en que los repentinos cambios de humor eran algo normal durante el embarazo, sin embargo a veces caía en una tristeza profunda al pensar en ese hijo que estaba por venir… ¿valía la pena traer un niño al mundo que había estado a punto de aniquilarnos? Y, en el remoto caso de que la respuesta fuera afirmativa, ¿cómo haríamos para mantenerlo en las condiciones en las que estábamos? No lo sabía, y a medida que pasaba el tiempo y mi cuerpo se deformaba sentía que era demasiado joven e inexperta para sobrellevar todo aquello.

Edek regresó de Francia una tarde de lluvia. En su estadía se había asociado a Winograd para crear una pequeña fábrica de ropa interior masculina que figuraba a nombre de Edelsztein, que tenía nacionalidad francesa: apenas un cuarto con dos máquinas de coser y una decena de empleados franceses y polacos. Si bien aún no habíamos decidido qué rumbo tomar, al menos ahora teníamos una entrada de dinero.

Desde entonces sus viajes a París se repitieron con regularidad. Pronto, además de viajar para atender la fábrica de Winograd, también comenzó a contrabandear máquinas de coser alemanas. Nunca llevaba más de una o dos, y las transportaba desarmadas en pequeñas valijas para no despertar la curiosidad de los agentes aduaneros que custodiaban las fronteras.

Al regreso de uno de esos viajes, vi que su mirada se había vuelto a encender con ese brillo que nos encandilaba a todos. “He conocido a un soldado australiano que me ha dicho que en su país hay posibilidades, que las industrias textiles se están desarrollando y que

podría conseguir un buen trabajo como director de fábrica", dijo más para informarme que para pedir mi opinión. "¿Y se puede saber cómo viajaremos a Australia sin papeles?", pregunté. "El australiano se ha ofrecido a conseguirnos visas para poder entrar. Ya le he pagado, ahora sólo nos queda aprender inglés, comprar máquinas textiles para nuestra fábrica y esperar", contestó con una sonrisa de triunfo.

Inmediatamente, además de retomar las clases de inglés que había abandonado a causa de sus viajes, Edek recorrió las fábricas de la zona y compró varias máquinas industriales de overlock. Como para viajar a cualquier parte tendríamos que partir desde Marsella, y eso nos obligaba a pasar primero por París, Edek envió las máquinas a un depósito aduanero de allí hasta que se confirmara el viaje.

Cuando los Szeps se enteraron de nuestros planes, Mietek le pidió a Edek que los llevara con él. Edek prometió que viajaríamos todos juntos a Australia. Mientras esperábamos la visa, Edek hacía planes con el soldado para montar una fábrica en sociedad… la posibilidad de comenzar de nuevo en un país que no estuviera en guerra había vuelto a animarnos.

Poco después un ex socio de Gutner, llamado Bawnik, decidió viajar a Francia. A diferencia de Edek, Bawnik no quería visitar París para contrabandear nada, sino para comprar ropa y otros objetos lujosos que por entonces no se conseguían en Alemania y, tal vez, ir en busca de los burdeles más famosos de Europa. El hombre estaba dispuesto a gastar una pequeña fortuna, pero temía que la policía le incautara el dinero en la frontera. Como Edek ya había viajado dos veces sin ser detenido, Bawnik le pidió que se encargara de llevarle el dinero. Edek se opuso, tan precavido como siempre: ya bastante tenía con cruzar la frontera con papeles falsos y máquinas de contrabando como para exponerse a perder aquel dineral. Al fin, le recomendó a Bawnik que le entregara el dinero al australiano, que por entonces viajaba a París en los trenes militares.

Bawnik nos visitó apenas regresó de su viaje. Parecía preocupado, y la voz le temblaba al hablar; como todos los que habían tratado a mi marido desde la guerra, Bawnik siempre le había mostrado a Edek un respeto que rayaba la admiración. Al fin, luego de un silencio, dijo:

“Cuando llegué a París, su amigo australiano me dijo que la policía le había quitado el dinero en la frontera. Se lo conté a mi primo, que vive en París, y me llevó a los empujones ante el australiano… lo amenazamos con denunciarlo por robo, y el tipo no tuvo más opción que descubrir su farsa y devolverme el dinero”. Edek soltó un insulto. El otro, animado pero temeroso, murmuró: “Erlich, yo sé que usted sabe lo que hace… pero soy su amigo y creo que si se asocia con el australiano terminará siendo estafado”. Edek le agradeció el consejo, al tiempo que se derrumbaba nuestro sueño de viajar a Australia.

En los últimos meses de embarazo mi vientre tomó una extraña forma ovalada, que para Helena Szeps sólo significaba una cosa: que el bebé sería un varón. Ella también estaba embarazada, pero su vientre tenía una forma distinta del mío. “Y yo tendré una niña”, repetía con una seguridad injustificada. En febrero, su profecía se cumplió cuando dio a luz a la pequeña Elizabeth. Todo parecía indicar que tendríamos un varón, y a Teo la noticia le produjo una felicidad inmensa: al fin tendría un hermano con quien jugar. A veces, se acercaba a la cama donde yo descansaba y se detenía a ver mi vientre, ansioso por el niño que iba a llegar. Y llegó en marzo de 1947, aunque en principio las cosas no resultaron como Teo esperaba.

La mañana del 12 de marzo me desperté con una puntada aguda en el vientre. En medio de las contracciones que me dificultaban la respiración y me hacían soltar largos gemidos, Edek había dejado a Teo en casa de los Szeps, y yo comenzaba a sentir una tibia humedad derramándose por mis piernas. Sin perder tiempo nos dirigimos a la misma clínica donde Helena había dado a luz a su hija.

El trabajo de parto duró veintinueve largas y extenuantes horas. Al fin, cuando el médico extrajo aquel pequeño cuerpo de mi vientre, dijo que era un bebé hermoso. Edek no parecía tan seguro de eso, ya que, debido al extenso trabajo de parto, el bebé tenía el rostro magullado y lleno de arrugas. Sin embargo bastó que el médico lo depositara entre mis brazos para que los tres comenzáramos a llorar: de pronto cada uno de los temores, los recelos y cuestionamientos que nos había producido el embarazo se esfumaron con la sola presencia de aquella niña que nos miraba envuelta en una manta.

Helena vino a visitarnos unas horas más tarde. Divertida, nos contó que Teo estaba furioso porque el niño había resultado ser una mujer. “Ha dicho que la echará a la calle”, dijo Helena soltando una carcajada. Inmediatamente Edek se dirigió a casa de los Szeps para buscar a Teo y decirle que su hermana lo quería mucho más de lo que él podía imaginar. Al llegar a la clínica y vernos a las dos en la misma cama, Teo, arrepentido, dijo: “Yo pensaba echarla a la calle y ella ya ha dicho que me quiere”, y comenzó a besar las mejillas sonrojadas de la pequeña Alice. En silencio, Edek me tomó de la mano; pude ver que detrás de aquel hombre duro se abrían camino la ternura y la emoción. Con mis últimas fuerzas, le acaricié la mano mientras me rendía al sueño. Me dormí con la felicidad de saberme en la cima del mundo: tenía sólo veinticinco años, me había casado con el hombre al que amaba y tenía dos hijos sanos y hermosos que constituían una prueba irrefutable de mi triunfo sobre la muerte.

Al parecer, la pequeña fábrica de Winograd marchaba bien y estaba dando los primeros frutos; en tanto, las máquinas que habíamos comprado para viajar a Australia continuaban a la espera de un nuevo destino guardadas en la aduana de París.

En agosto, mientras Edek se encontraba en Francia, recibí un sobre dirigido a él firmado por el director de uno de los campos de UNRA. Abrí el sobre, convencida de que encerraba una noticia urgente, pero descubrí que la carta estaba escrita en idish. Si bien podría haber pedido a alguno de los amigos que me tradujera el texto, creí conveniente esperar a que regresara Edek y fuera él mismo quien leyera la carta. No me equivoqué.

A su regreso, entró a la casa con el pequeño equipaje y una bolsa con bananas para los niños. Mientras Teo comía una banana detrás de otra y Alice jugaba con las cáscaras, llevé a Edek a un rincón y le entregué la carta. Con desconfianza, como si esperara que aquellas líneas contuvieran una mala noticia, Edek se remangó la camisa, tomó el papel con la punta de los dedos y se sentó a la mesa. En silencio, vi cómo recorría las líneas con la vista hasta que al fin sus ojos se llenaron de lágrimas. Dejó la carta sobre la mesa y se tomó la frente con una mano. "¿Qué ha pasado?", pregunté con miedo. Edek se puso de pie, y en sus labios se dibujó una breve sonrisa: "Mi hermano Mietek está vivo".

Esa misma noche dejamos a Alice y Teo en casa de los Szeps y tomamos un taxi en dirección a Munich. Edek había insistido en que me quedara con los niños, pero no estaba dispuesta a dejarlo solo en un momento como ese. Según la carta, su hermano mayor estaba internado en el hospital de un pequeño pueblo vecino a Munich. Viajamos en la oscuridad del taxi, en silencio, nerviosos por lo que nos esperaba.

Llegamos a Gauting a medianoche. En la recepción del hospital preguntamos por Mietek, pero antes de que pudiéramos alcanzar el cuarto en el que estaba, nos interceptó el médico que llevaba su caso. En pocos minutos, nos pidió que nos preparásemos para lo peor: Mietek llevaba más de un año soportando una tuberculosis que tarde o temprano acabaría quitándole la vida… Edek se alejó mientras el médico hablaba; su ansiedad era tal que no le importaban las formas ni lo que el médico tuviera que decir. Me disculpé ante el médico y seguí a Edek hasta que se detuvo unos metros antes de llegar a su hermano.

Mietek estaba acostado en una cama. Sus brazos, dos huesos cubiertos de piel reseca, permanecían a un lado y otro de su torso enflaquecido: todo su cuerpo cabía en un tercio del colchón que lo alojaba. Al verlo, Edek comenzó a llorar. Mietek dormía, y su fragilidad nos impidió despertarlo por miedo a que la emoción del encuentro acabara arrebatándole la vida. Esperamos tomados de la mano, en silencio, hasta que abrió los ojos, lentamente, con un esfuerzo que le sonrojó las pálidas mejillas. Al ver a Edek, Mietek soltó un gemido, como si hubiera visto a un fantasma. Pasaron uno, dos, tres segundos en que los dos hermanos lloraron sin decirse nada. Al fin Edek avanzó hasta él y ambos se fundieron en un abrazo. “Estás vivo”, dijo Mietek y se sacudió en la cama, carraspeó con un ruido metálico y luego se volvió para escupir dentro de un balde.

Edek lo ayudó a sentarse sin dejar de tomarle las manos, de palparle el rostro y acariciarle la sien. “Mietek, te has salvado”, decía Edek. “No: los alemanes me han dejado muerto en vida”, dijo Mietek con resignación. Sólo entonces Mietek notó mi presencia, y sonrió al verme: “Mira, tú también…” Edek me abrazó diciendo: “Hemos tenido una hija, se llama Alice. Mañana la traeremos para que la conozcas”. “No”, rugió Mietek, “puedo contagiarla. No la traigáis, no quiero ver a nadie. Verte a ti ya es más de lo que esperaba.”

Pasamos varias horas hablando sobre cómo habíamos logrado sobrevivir. Mietek había sido detenido por los alemanes el mismo día en que nos separamos en el ghetto. Lo habían descubierto escondido en el altillo de Shosha, y lo cargaron junto con los demás hombres

para enviarlo a un campo de Buchenwald, Alemania. Allí había trabajado en una fábrica de armamento hasta el final de la guerra. El contacto constante con la pólvora le había provocado la tuberculosis que padecía desde entonces. Al acabar la guerra, había sido enviado a un campo de refugiados donde le aconsejaron internarse en aquel hospital. “Ahora sólo espero la muerte”, dijo con amargura, “pronto estaré con Helena, Hilary y Jacob.”

Edek se puso de pie, y en su rostro otra vez vi la furia de la impotencia. “No, te salvarás”, dijo. “Edek, vi demasiadas cosas como para seguir viviendo”, dijo su hermano. “Tienes que recuperarte… no sé… hacer un viaje alrededor del mundo”, dijo Edek. Mietek sonrió, o al menos intentó hacerlo: “¿Con qué? No tengo dinero… Si no fuera porque el hospital es gratuito ya me hubiera muerto en la calle como un mendigo”. Entonces Edek me miró, luego miró a los lados para comprobar que, salvo los demás enfermos, no había nadie que pudiera oírlo, y dijo en un susurro: “Mietek, soy millonario, puedo comprarte todo lo que desees”. Su mentira me enterneció. “¿Eres millonario?”, preguntó Mietek, sorprendido. “Sí. Ya mismo contrataré una enfermera privada, una mujer hermosa”, dijo Edek guiñándole un ojo, “para que te cuide solo a ti. A partir de hoy harás todo lo que quieras, tu hermano es millonario. ¿Tienes ropa?” Mietek negó con un gesto. “¿Reloj?” Mietek volvió a negar. “Mañana mismo te traeré todo eso”, dijo Edek sonriendo y, tras abrazar a su hermano, se alejó a toda velocidad.

Por las ventanas del hospital vi que afuera amanecía. Cuando alcancé el hall de entrada, encontré a Edek sentado en una silla: lloraba con la cara entre las manos y los codos sobre las rodillas. Me senté junto a él y, en silencio, le acaricié la nuca. “Hijos de puta, hijos de puta”, repetía sin dejar de llorar.

Regresamos al hospital unos días más tarde. Edek había gastado gran parte de nuestros ahorros en un reloj bañado en oro y en contratar a un sastre para que confeccionara un traje a medida para su hermano. Mietek esperaba sentado en la cama. Al vernos dejó caer una lágrima, a la que siguieron otras tantas cuando recibió el reloj y el traje que le habíamos llevado. Con ayuda de una enfermera se vistió

con las ropas nuevas, se colocó el reloj y regresó caminando muy lentamente. “¿Estoy bien?”, preguntó. Edek soltó un silbido exagerado de admiración. “Ahora no sé si el millonario es tu hermano o tú…”, dije y al fin Mietek rió con los pocos dientes que aún le quedaban en la boca.

Uno de los enfermos se acercó a nosotros diciendo ser amigo de Mietek, pasaban las tardes jugando a las cartas. El hombre le habló directamente a Edek: “Dígale a su hermano que no juegue más a las cartas, cada vez que pierde se pone muy nervioso y eso le hace daño”, dijo con acento italiano. Mietek protestó. Edek le apoyó una mano en el hombro a su hermano y le dijo al amigo: “Si mi hermano quiere jugar, que juegue. Que disfrute todo lo que quiera. Si quiere jugar por dinero, yo le voy a dar una fortuna para que la duplique o la pierda cuando se le antoje”. El hombre se alejó diciendo: “Locos, todos estáis locos”.

Antes de partir, volvimos a entrevistarnos con el médico. Cuando le preguntamos si podíamos trasladar a Mietek a otro sitio, dijo: “Su hermano no sobreviviría a un viaje de diez minutos. Necesita oxígeno constantemente y los cuidados que le prestamos aquí”. Edek asintió, su gesto no revelaba ningún sentimiento. “¿Pero se podría curar con algo?”, preguntó. El médico puso los ojos en blanco: “Ya no hay marcha atrás: le quedan uno o dos años de vida. Aunque podría sufrir menos con determinadas medicinas que en este momento son imposibles de conseguir en Alemania”. Edek se mordió el labio inferior. “Escríbame los nombres”, dijo extendiéndole uno de los papeles en blanco que había sobre el escritorio del consultorio. Esta vez Edek no lloró, sino que agradeció al médico su interés y, antes de despedirse, le entregó unos billetes para afrontar cualquier gasto extra. Esa misma noche escribió una carta a unos amigos de América rogándoles que le consiguieran las medicinas.

En diciembre Edek volvió a tomar el tren que lo condujo a Francia con otro contrabando de máquinas de coser. Durante su estadía, visitó a los mejores médicos de París pero todos coincidieron con el colega de Gauting: Mietek era un caso perdido. Al fin, a su regreso también

trajo otras noticias: “Mira, tenemos que irnos a Francia. Mietek está condenado a quedarse en Alemania, pero nosotros no. Yo vendré a visitarlo siempre. Pero nosotros no podemos quedarnos a vivir entre ruinas y recuerdos insoportables. Lo mejor será que nos vayamos los cuatro a París”. Desconcertada, dije: “Tú tienes pasaporte, ¿pero nosotros tres cómo iremos?” “De ilegales, no queda otra opción. ”

Durante unos minutos no dije nada, me agotaba sólo pensar en las complicaciones y el esfuerzo que nos traería un nuevo viaje. “¿Prefieres quedarte en Alemania y que los niños crezcan aquí?”, preguntó Edek. “No, eso no”, dije. Entonces, tomándome la mano, Edek dijo: “Nos irá bien, ¿tú no dices que tienes suerte?”. Sonreí.

“Siempre quise conocer París.”

En marzo del año siguiente, Teo, Alice y yo tomamos un tren con destino a Francia. Edek había viajado un mes antes para alquilar un departamento y, tal como lo había hecho siempre, preparar todo lo necesario para nuestra llegada. El viaje en tren fue el primer paso a una nueva vida, pero también una dura prueba para mis nervios: viajaba con dos niños que no dejaban de moverse, nuestros pasaportes eran falsos y en las valijas, además de ropa y algunos productos de UNRA, escondía un pequeño contrabando de máquinas de coser. Sin embargo lo que más me preocupaba era no tener una constancia legal que me asegurara la tenencia de Teo. Ahora, más que nunca, debíamos andar con cuidado: si no podíamos asegurarlo con papeles, al menos en la práctica no debíamos dejar ninguna duda de que Teo era nuestro hijo.

A medida que el tren se acercaba al puesto fronterizo, donde los agentes aduaneros controlarían el equipaje y los pasaportes de todos los pasajeros, sentía que el pulso se me aceleraba. Sin embargo la suerte estuvo de nuestro lado: debido a un accidente entre otra formación y una locomotora que se habían estrellado en las vías paralelas, nuestro tren cruzó la frontera sin ser detenido por los guardias. Una vez que abandonamos Alemania, me derrumbé en el asiento con la vista puesta en el paisaje que corría a través de las ventanas. Teo jugaba con Alice en brazos, explicándole en polaco que estábamos en un país nuevo llamado Francia.

Poco a poco el tren fue dejando atrás la campiña para alcanzar los suburbios de París. Cuando nos detuvimos en la estación central, alcé a Alice en brazos y sujeté con fuerza la mano de Teo, que no dejaba de volverse a un lado y otro para devorar el paisaje con ojos desorbitados. Edek esperaba en el andén con un ramo de flores en la mano. Nos abrazamos y nos besamos durante un rato, los cuatro,

mientras un joven se encargaba de bajar nuestro equipaje. Luego subimos a un taxi y, en ruso, Edek le pidió al conductor que nos llevara al centro. "¿Esto es París o Moscú?", pregunté en polaco. "Todos los taxistas de París son rusos blancos", respondió Edek, refiriéndose a los rusos que habían escapado de la revolución bolchevique. Y, tras besarme, agregó: "Aquí recuperaremos todo el tiempo que perdimos".

Para mi sorpresa, la ciudad apenas si mostraba señales de haber sufrido una guerra. La gran mayoría de los edificios seguía en pie, y en los terrenos vacíos donde habían estado los pocos edificios destruidos por los bombardeos, ya habían recogido los escombros y ahora se erigían los cimientos de nuevas construcciones. A través de las ventanas del taxi nos llegaba el sol tibio de marzo cargado con esa energía que inundaba las calles. Y todo, todo lo que veía se me revelaba hermoso y prometedor.

Me sorprendió no encontrar militares ni carros de combate, sino hombres y mujeres que fumaban sentados a las mesas de los bares, ante los músicos ambulantes que llenaban el aire con la música de sus violines. En una esquina, un hombre vestido como Charles Chaplin daba cuerda a un organillo mientras un pequeño mono vestido con falda y sombrero bailaba y pegaba saltos en el aire. Al verlo Teo comenzó a gritar: "Tío, tío, tío, ¿qué es eso?" "Un mono", contestó Edek acariciándole la cabeza. Entonces sujeté a Teo por los hombros y, recordando todo eso que había pensado durante el viaje, lo miré directo a los ojos diciendo, rogando: "Teo, a partir de ahora tienes que decirnos mamá y papá". Teo me abrazó y luego sacó medio cuerpo por la ventana para gritarle algo al organillero, mientras el viento le acariciaba el rostro.

El departamento que había alquilado Edek estaba ubicado en el cuarto piso del número 3 de la Rue du Docteur Finlay, a pocos metros del Sena y del Velódromo de Invierno. La mayoría de los inquilinos eran de origen polaco. Algunos, como nosotros, habían llegado poco antes o poco después de la guerra; los demás eran descendientes de aquellos nobles polacos exiliados hacía ya tiempo. En el edificio no

había ascensor, por lo que debimos subir el equipaje por las escaleras. Con el correr de los días noté que, además del evidente cansancio, la escalera suponía un punto de encuentro con hombres, mujeres y niños que hablaban nuestro mismo idioma. Todos nos saludábamos efusivamente todo el tiempo, como si el hecho de estar lejos de nuestra patria nos permitiera demostraciones de afecto que, en Polonia, hubieran resultado extrañas entre judíos y católicos.

Apenas nos hubimos establecido, Edek nos llevó a conocer la famosa Torre Eiffel, que quedaba muy cerca de casa. Aquel monumento admirado por el mundo entero había sobrevivido a la guerra y ahora se alzaba rozando el cielo límpido de París como una metáfora perfecta de todos nuestros sueños.

Cuando le pedí a Edek que me llevara a conocer la fábrica en la que trabajaba, un tanto avergonzado, dijo: “No pienses en una fábrica como las de Polonia. Esta es pequeña, pero es nuestra y somos libres de hacer lo que nos dé la gana”. No se equivocaba: aquel sótano del número 23 de la Rue du Montmorency ni siquiera podía llamarse fábrica, pero las pocas máquinas de coser que había trabajaban día y noche para producir una ropa interior de algodón que se vendía muy bien en el mercado. Además de Edek, Edelsztein y León y Liza Winograd, allí también trabajaban otros amigos polacos. El encuentro me provocó una inmensa felicidad.

Así como había resuelto nuestro medio de vida, Edek también había decidido el futuro próximo de Teo: una semana después de nuestro arribo, contrató a un profesor para que le enseñara francés y lo preparara para ingresar a la escuela. De esta forma, Teo fue el primero de nosotros que aprendió el idioma. Si bien yo había estudiado francés en el colegio secundario de Varsovia, sólo recordaba palabras sueltas que nunca me bastaban para armar una frase que pudieran comprender los parisinos.

Unos meses después los Szeps también viajaron a Francia. Como Edek se sentía responsable de ellos debido al fracaso del viaje a Australia, les había propuesto que viajaran a París. No tuvo que insistirles demasiado: Mietek confiaba tanto en Edek que hubiera sido capaz de seguirlo hasta el fin del mundo.

Ese mismo año, los Erlich, los Szeps, los Winograd y los demás judíos de París nos dirigimos al Velódromo de Invierno para celebrar el nacimiento del Estado de Israel. ¿Por qué allí? Porque los nazis habían utilizado aquel lugar para reunir a los judíos de Francia que luego habían sido deportados hacia Auschwitz, donde habían muerto en las cámaras de gas. El lugar continuaba tal y como había estado durante la guerra, pero ahora los judíos éramos libres y gritábamos y cantábamos y llorábamos de felicidad y nostalgia para honrar a las víctimas del nazismo y demostrarle al mundo entero que seguíamos estando vivos.

Poco a poco comenzamos a familiarizarnos con el idioma, hasta dominarlo y utilizarlo sin problemas. Además de trabajar en su pequeña fábrica, Edek continuaba yendo y viniendo de Alemania para contrabandear máquinas de coser y visitar a su hermano y ayudarlo en todo lo que necesitaba. Nuestra situación económica nos permitía vivir con comodidad. Gracias a eso pude contratar a distintas modistas y confeccionarme bonitos vestidos como no lo había hecho nunca en mi vida.

Pronto comprendí que el clima alegre de la fábrica era el mismo que se respiraba en todas las calles de París. Esa energía que despedía la ciudad poblada por sobrevivientes nos alentaba a disfrutar de cada momento, y por las noches siempre había algún amigo que nos llamaba para invitarnos a cenar o para proponernos una nueva salida. El teléfono estaba ubicado en el vestíbulo de la planta baja de nuestro edificio, y cuando sonaba, el portero atendía y gritaba desde allí el nombre de quien era requerido. A veces, gritaba nuestro apellido y Edek bajaba los cuatro pisos para, minutos después, exhausto, regresar al departamento y decir que era a mí a quien llamaban. Lejos de resultarnos fastidioso, aquello era una más de las tantas diversiones parisinas. Todo era novedoso, desde el teléfono compartido hasta las fiestas en los teatros y restaurantes del barrio latino, donde los inmigrantes íbamos a bailar, a cenar o escuchar buena música. Por las noches dejábamos a la pequeña Alice al cuidado de Teo y nos lanzábamos a las mismas calles donde Maurice Chevallier, Duke Ellington, Edith Piaf y Samuel Beckett bebían con sus propios amigos.

París se había convertido en el centro del universo, y nosotros éramos parte de él.

La noche del 31 de diciembre fuimos a un restaurante a festejar la llegada del Año Nuevo con otras parejas. Poco antes de las doce, el maitre, animado por el alcohol, gritó: "Antes de que termine el año les presentaré a alguien. No es el primero ni el segundo, sino el tercer hombre" y a continuación Orson Welles entró al restaurante para ocupar una mesa cercana a la nuestra. Regresamos a casa a las dos y media de la mañana, felices. Subimos las escaleras y al llegar descubrimos a Lipski, el descendiente de un conde polaco que vivía en nuestro piso, acunando a Alice en sus brazos. "Su hijo mayor no sabía qué hacer para que la niña dejara de llorar y vino a mi casa", dijo Lipski. Nuestro afán de recuperar el tiempo perdido a veces nos dejaba ciegos de juventud. Le di las gracias, tomé a Alice en brazos y entramos a nuestro departamento. Teo, agotado, dormía en su cama. Busqué una manta y, luego de arroparlo, aún con Alice en brazos, me acosté junto a él. Así acabó 1948, el primero de nuestros años más felices.

En 1949 Teo tuvo que rendir el examen de ingreso a la escuela. Manejaba el francés a la perfección, y su preceptor confiaba en que sacaría un buen resultado. No se equivocaba: aprobó el examen y, a sus diez años, comenzó a estudiar en un colegio parisino. Entre tantos sufrimientos, habíamos logrado darle una vida y me enorgullecía de eso. En silencio, pensaba que Edwarda hubiera sido dichosa al saber que su hijo se había convertido en un niño responsable e inteligente. Alice había cumplido dos años y lo veía como el hermano mayor que velaba por ella. Sin embargo eso no significaba que Edek, Teo y yo hubiéramos olvidado su verdadera historia: a veces yo nombraba a Edwarda para mantener vivo su recuerdo, pero Teo se ponía nervioso y rápidamente debía cambiar de tema. Luego de varios intentos fallidos y desgarradores, Edek acabó pidiéndome que no volviera a hablar de Edwarda porque no soportaba ver sufrir a Teo… Y así como dejamos de contar la historia a los nuevos amigos, también dejamos de hacerlo en la intimidad de nuestra casa. Poco a poco, como un barco encallado en las profundidades del mar, la historia de Boris y

Edwarda dejó de ser el pasado para convertirse en nuestro secreto.

Una mañana, Alice comenzó a toser con una tos roncaque me recordó la agonía de Mietek. Edek había viajado a Alemania por negocios, y aunque regresaría esa misma noche no podía dejar que la niña sufriera todo el día. Asustada, la cargué en mis brazos y corrí en dirección a la fábrica buscando ayuda de mis amigos. “Alice está mal”, dije, desesperada, apenas entré. León me tranquilizó diciendo que debía ser un simple catarro. “La llevaremos a un médico”, dijo. “Sí, ¿pero a cuál? No conocemos a ninguno”, dije. Entonces su mujer dejó las prendas que estaba cosiendo y se encargó de llamar a un médico polaco. Dos horas más tarde un hombre obeso y calvo se presentó en nuestra casa con un pequeño maletín y el rostro cubierto de sudor. “Malditas escaleras”, dijo en polaco mientras se secaba la frente con un pañuelo. Por suerte, su apariencia resultó ser proporcionalmente inversa a su habilidad como médico: con delicadeza tendió a Alice sobre la cama y la examinó detenidamente, al tiempo que le hablaba y le sonreía para mantenerla entretenida. Al fin, le recetó unas medicinas que le calmarían el catarro. De pronto, mientras veía al médico guardar sus cosas en el maletín, se me ocurrió que también podía ayudarme con algo más. “¿Conoce a un médico polaco llamado Zygmunt Kryczewski?”, pregunté. “¿No confía en mí que quiere otro médico?”, replicó el hombre sonriendo. “Es mi primo y desde que llegué a París aún no he logrado encontrarlo”, dije. “Eso es otra cosa. Conozco a Kryczewski, estudié con él pero hace tiempo que no lo veo. Me han dicho que vive en un pequeño hotel, aquí en París.” Esa misma tarde le pedí a Liza que llamara uno por uno a todos los hoteles de París y preguntara por mi primo. De un hotel a otro fue rastreando las constantes mudanzas de Zygmunt hasta que al fin logró comunicarse con el hotel donde él vivía en ese momento. Pero Zygmunt no estaba, y sólo pude dejarle mi teléfono para que se

comunicara con nosotros. Alice se recuperó rápidamente, incluso antes de que cayera la noche. Sólo entonces oí al portero gritar mi nombre desde la planta baja del edificio. Bajé las escaleras y atendí el teléfono pensando que Edek llamaba para avisar que debía postergar su regreso. Pero no, era mi primo Zygmunt pidiendo la dirección de mi casa.

Él y su hermano Busik llegaron una hora después. La última vez que los había visto yo era una niña. Nos abrazamos con fuerza, nos alejamos para observarnos y volvimos a abrazarnos. En sus rasgos, como fantasmas de bordes difusos, poco a poco fui reconociendo a aquellos dos niños que corrían conmigo alrededor de la mesa de la abuela, en Lodz, en los veranos de mi infancia.

Al igual que yo, Zygmunt y Busik estaban ávidos por conocer la suerte que había corrido nuestra familia. Debido a que la mayor parte de los Ostromogilsky había vivido en Polonia, primero me tocó hablar a mí. Lloramos juntos la suerte de nuestra abuela, de mi madre y mi hermana, y de todos nuestros primos. Con respecto a Teo, les conté la verdad; de alguna manera, que mis primos lo supieran me ayudaba a mantener vivo el recuerdo de Edwarda.

Mientras que Zygmunt era médico, soltero y vivía en un hotel de París, Busik vivía en las afueras con su mujer, y trabajaba en un orfanato de huérfanos judíos venidos de todas partes de Europa que eran tratados y preparados para ser enviados a Palestina. “De no haber sobrevivido Edek y yo, quizá Teo hubiera ido a parar a un lugar como ese…”, dije con amargura.

Cuando estalló la guerra, Zygmunt estaba estudiando en Berlín. Las leyes raciales lo obligaron a escapar a Francia, donde se unió a la resistencia al tiempo que acababa su carrera de médico. Para entonces Busik había escapado de Varsovia antes de que llegaran los alemanes, sirviendo en el ejército polaco. Volvimos a llorar, unidos por un dolor que parecía no pasaría nunca. Luego de cenar, Teo y Alice se quedaron dormidos en la sala. Zygmunt y Busik me ayudaron a acostarlos. Serví anís en tres copas, en parte para combatir el frío y para buscar en el alcohol la alegría que nos habían quitado los

recuerdos, y reanudamos la conversación. Poco a poco, entre los tres fuimos reconstruyendo las anécdotas familiares, los recuerdos de mi padre, del suyo y los demás hermanos Ostromogilsky. Para no despertar a los niños con las carcajadas, nos trasladamos a mi cuarto y nos tendimos en la cama a ver las pocas fotografías que había logrado salvar de mi padre y mi familia. También les enseñé la herradura que había encontrado en el capote alemán. "¿Y cómo lograste salvar las fotos?", preguntó Busik. Me llevé una mano al cuello y dije que las había llevado conmigo durante toda la guerra. "Desde el ghetto hasta que me liberaron los rusos, ni siquiera me las quité cuando viví entre los alemanes. Y eso que estaban escritas en hebreo…" dije. Los dos me miraron fijamente, con los ojos bien abiertos, y Zygmunt dijo: "Estás loca". Sólo entonces comprendí que me había comportado de manera temeraria, impulsada por una valentía que ahora me resultaba ajena. "Y también he fabricado vodka para unos nazis que creían que era cristiana", dije y nos echamos a reír… En ese momento oímos un ruido y Edek apareció en el vano de la puerta. "Mira", balbuceó al verme en la cama con aquellos dos hombres desconocidos. La palidez de su rostro, su boca abierta y su mirada de espanto me hicieron reír una vez más. Mis primos se incorporaron y comenzaron a justificarse ante Edek. Al fin, los abracé diciendo: "Edek, te presento a mis primos Zygmunt y Busik".

Hacía ocho años que estaba junto a Edek y nunca nos habíamos tomado vacaciones. De modo que en el verano de 1950, cuando los Szeps nos propusieron pasar unos días en la playa, dejamos a Teo y Alice al cuidado de mi primo Busik y su mujer, y nos marchamos de París. Mietek había conseguido que le prestaran un auto, y decidimos detenernos en todos los pueblos de la Costa Azul. Viajábamos con las ventanillas del auto bien bajas para que el aire del mar nos pegara el rostro. Nos deteníamos a comprar queso y vino y volvíamos a andar. Montecarlo, Niza, Cannes y Saint-Tropez, donde Rita Hayworth posaba ante las cámaras bella y sensual como una diosa. A nuestro alrededor la gente vestía trajes de corte americano y vestidos impecables, llevaban joyas costosas y andaban en autos último

modelo. Aquellas ciudades majestuosas brillaban con un lujo refinado que me encandilaba. Fue la primera vez que vi el mar, y aquel manto azul que se extendía hasta el horizonte aumentó la sensación de libertad que experimentaba por entonces. Con Edek dábamos largos paseos descalzos por la arena, tomados de la mano, y conversábamos durante horas. Pero de a ratos nos quedábamos en silencio mirando el infinito.

Aquella despreocupada vida que llevábamos en París no podía durar para siempre, y pronto comprendimos que había llegado la hora de tomar una decisión. Alice y Teo crecían, necesitaban arraigarse en algún sitio, y nosotros estábamos cansados de pasar tantos años yendo de un lado a otro. En París teníamos amigos y trabajo, y la ciudad nos había seducido por completo, sin embargo Edek no estaba convencido de quedarse allí: la guerra de Corea había estallado hacía seis meses, y no sólo amenazaba a los coreanos, sino a todos los aliados europeos de los rusos y americanos que se enfrentaban en ella. La experiencia nos había enseñado que las guerras no conocen fronteras. Debíamos alejarnos, aunque nuestras posibilidades de migrar a otro sitio fueran escasas.

Pero entonces sucedió algo que no entraba ni en nuestros sueños más ambiciosos: en el verano de 1951 Gutner volvió a nuestras vidas, esta vez de un modo determinante. Se presentó en nuestra casa hacia el mediodía. “Al fin os encuentro, los he buscado por todo París”, dijo bufando de cansancio, al tiempo que me entregaba una caja con regalos para nosotros y los niños. Lo hice pasar. Al verlo, Edek le extendió la mano para saludarlo, pero Gutner, tan pletórico como siempre, lo abrazó con fuerza. Se sentaron a la mesa mientras yo comenzaba a preparar café. Gutner ya había sacado de un bolsillo una cigarrera bañada en oro; retiró un puro del interior y lo encendió ante la mirada burlona de Edek. “Veo que te has hecho millonario…” “Yo cumplo mi palabra”, dijo Gutner soltando una bocanada de humo, que pronto se expandió por toda la casa. Tal como lo había prometido en aquel viaje de Lodz a Berlín, Gutner había ganado una gran fortuna. El dinero le había permitido ampliar el horizonte y, a través de sus

contactos, él y su mujer, una bella muchacha polaca, se habían marchado de Europa en dirección a Sudamérica. Hacía dos años que se habían establecido allí. Ahora, de viaje por Francia, se había enterado de que nosotros estábamos en París y no había querido desaprovechar la oportunidad de visitarnos.

"¿Y vosotros qué hacéis en París? ¿Pensáis quedaros aquí por siempre?", preguntó Gutner. En nuestro silencio quedó impresa toda nuestra incertidumbre. "No lo sé", dijo Edek en voz baja. Como si esa fuera la respuesta que esperaba, Gutner adelantó el rostro con los ojos fijos en los de Edek, diciendo: "He abierto una fábrica textil allí, junto con un socio, cincuenta y cincuenta. Pero ahora mi socio le ha vendido la mitad de su parte a un amigo suyo, y yo quiero hacer lo mismo. Tú eres un experto, por eso quiero que seas mi socio, Erlich. Además quiero ayudarte". Los dos nos dedicamos una mirada breve, llena de desconfianza. "¿Y en qué parte de Sudamérica vives?", pregunté interesada. "Argentina", dijo. "¿Y eso dónde queda?", pregunté. "Al sur", respondió Gutner, "bien al sur". "Pero está lejos de Corea, ¿no?", preguntó Edek con recelo. Gutner soltó una carcajada que le provocó un arrebato de tos. Al fin, pasándose un pañuelo por los ojos, dijo: "Sí, Argentina está lejos de todo". A cada una de nuestras preguntas respondía con una sonrisa, como si nuestros temores lo divirtieran. Al parecer, en aquel país había una importante colonia de judíos, sobre todo judíos polacos. Como siempre, Edek se mantenía en silencio: una muestra de que estaba evaluando el asunto seria, quirúrgicamente… "Lo que no entiendo es para qué quieres que sea tu socio, si tienes tanto dinero podrías contratarme como empleado…", dijo Edek. Esta vez Gutner no sonrió, sino que lo miró con un gesto intrigante a través del humo de su cigarro: "Para conseguir máquinas textiles industriales hay más de dos años de demora… y yo sé que tú tienes máquinas juntando polvo en la aduana de París y además un contacto directo con los fabricantes alemanes". Edek asintió con la tranquilidad que le daba saber que Gutner no quería hacer beneficencia, sino que le estaba ofreciendo participar en uno de sus negocios a cambio de las máquinas y su experiencia. "Y en caso de que acepte, ¿cómo haríamos para entrar en Argentina?",

preguntó Edek. Gutner volvió a fumar e hizo un gesto con su mano derecha, como si quisiera restarle importancia al asunto: "Tú encárgate de conseguir papeles que certifiquen que sois católicos, que yo me ocupo de conseguiros la visa para entrar", dijo y, sonriendo, murmuró: "Pero todavía no has dicho si aceptas…" Edek le dedicó una sonrisa cómplice.

La visita de Gutner revolucionó la tranquilidad de nuestra casa. Cuando habíamos logrado ubicarnos en la ciudad, aprendido el idioma e incorporado a la vida parisina, una vez más debíamos prepararnos para marchar a otro sitio… Antes de que Gutner regresara a Argentina teníamos que conseguir papeles de católicos y, lo más importante, resolver una cuestión que estábamos aplazando desde hacía tiempo: la situación legal de Teo.

Así fue que me presenté en una oficina gubernamental con dos amigos que hicieron las veces de falsos testigos; bajo declaración jurada, aseguraron que Edek y yo éramos polacos de nacimiento, que teníamos treinta y tres y veintinueve años respectivamente, y, lo más importante, que Teo y Alice eran nuestros hijos. Para mi sorpresa no hubo ningún inconveniente, y ese mismo día tuve el certificado en mi poder. Casi sin darnos cuenta, Teo al fin obtuvo el apellido Erlich y nosotros la seguridad de que ya nadie podría separarnos.

Lo siguiente era obtener los papeles que nos identificaran como católicos. Aunque la guerra había terminado y el nazismo había sido derrotado y casi todo el mundo lo había repudiado, Argentina no estaba dispuesta a concederles la visa a los inmigrantes judíos. No era de extrañar, considerando que su presidente era un admirador confeso de Hitler y, en consecuencia con esa simpatía, sólo le había declarado la guerra a Alemania cuando su derrota ya era inminente… Y a pesar de todo, volvimos a ocultar nuestra identidad de judíos para conseguir la visa argentina. Para ello, contacté a un judío convertido en sacerdote católico. Se llamaba Glasberg y era de origen polaco. Él mismo se encargó de conseguirme un certificado falso donde afirmaba que Edek, Teo, Alice y yo éramos católicos. Cuando Edek intentó pagarle por el favor, Glasberg no aceptó; sólo accedió a que

donásemos el dinero para una de las obras benéficas que realizaba su parroquia.

Una vez que tuvimos en nuestro poder todos los certificados requeridos por el gobierno argentino, se los entregamos a Gutner para que él mismo nos tramitara la visa en Buenos Aires. Se marchó de París con la promesa de enviarnos los papeles que nos abrirían las puertas de América.

Pasaron unos meses en los que no recibimos ninguna noticia de Gutner. La experiencia del soldado australiano golpeaba como el presagio de un nuevo fracaso. Al menos Edek no había aceptado entregarle las máquinas hasta que Gutner no hubiera resuelto nuestro viaje a Argentina, y si aquella posibilidad fracasaba, como tantas otras desde el final de la guerra, tendríamos algo con que empezar de nuevo. Pero una mañana el cartero llamó a nuestra puerta con un sobre firmado por la cancillería argentina y la visa para los cuatro Erlich. Ahora debíamos conseguir dinero para comprar las pequeñas máquinas que llevaría a Argentina. Para ello Edek se asoció con Mietek Szeps, y ambos acordaron que compartirían el veinticinco por ciento del paquete accionario que le había ofrecido Gutner. Además de hacerlo para ayudar a los Szeps, Edek no estaba dispuesto a deshacerse de las máquinas que aún nos aguardaban en el depósito de la aduana parisina hasta que viera con sus propios ojos que la fábrica de Gutner existía y merecía semejante inversión.

A su regreso de Alemania, Edek sacó un billete de segunda clase en un barco que partiría de Marsella con destino a Buenos Aires. Si bien no sabíamos con qué nos encontraríamos, al menos el nombre de la ciudad parecía alentador.

Los preparativos del viaje de Edek y nuestra esperanza de marcharnos de Europa habían calado hondo en los Szeps, sobre todo en Mietek. Cuando estábamos juntos ya casi no hablaba, tan sólo asentía con gestos. Edek no tardó en descubrir los verdaderos motivos de su hermetismo. Poco antes de partir, abrazó a Mietek y le dijo: “Quédate tranquilo, yo prepararé todo para que vosotros también podáis viajar a Buenos Aires”. Los ojos de Mietek Szeps pestañearon

una, dos veces, y dejaron caer una lágrima de agradecimiento.

A mediados de enero de 1952, Alice, Teo y yo acompañamos a Edek a Marsella para despedirlo en el puerto. En los baúles, disimuladas entre la ropa, Edek llevaba las máquinas pequeñas que había comprado en Alemania; en el peor de los casos se las vendería a Gutner y regresaría para montar una fábrica en París con aquellas máquinas industriales que nos aguardaban en un depósito de la aduana.

Juntos caminamos hacia el puerto donde la tripulación se aprestaba a cargar las maletas y los víveres necesarios para cruzar el océano Atlántico. El barco, enorme y viejo, llevaba el nombre escrito en la popa: *Florida*. Nos despedimos de Edek con la promesa de encontrarnos al otro lado del mundo, un mundo nuevo que no había sido alcanzado por la guerra. Cuando la sirena del barco anunció la proximidad de la partida, volvimos a abrazar a Edek y luego lo vimos abordar el *Florida*. De las chimeneas brotaron altas columnas de humo, y el barco comenzó a alejarse muy lentamente. En la borda, los pasajeros movían sus manos mientras en el puerto los familiares agitábamos los pañuelos en la brisa fresca del mar. A mi lado oí a dos mujeres que hablaban un tanto asustadas. “Espero que llegue, está tan viejo ese barco…”, dijo una. La otra respondió: “Han dicho que este es el último viaje que hace”.

En silencio, yo deseé que ese también fuera nuestro último viaje, el definitivo.

Una tarde, poco antes de partir hacia Argentina, Teo, Alice y yo tomamos un tren hacia los suburbios para cenar en casa de Busik. Comimos, conversamos y, aunque me dolía tener que separarme de la poca familia que me quedaba, disfruté aquellos últimos encuentros con la serenidad que me daba saber que estaba haciendo lo correcto.

Todo marchó bien hasta que la mujer de Busik preguntó algo referido a la suerte de Edwarda tras el levantamiento de Varsovia. Fue entonces cuando descubrí que Teo dejaba de reír para ocultar su rostro en la mesa. Él nunca había oído lo que le había pasado a sus padres, y en los últimos años, por estricto pedido de Edek yo ni

siquiera había vuelto a mencionarlos. Pero ahora Edek no estaba, y de pronto tenía la oportunidad de contarle a Teo la verdadera historia.

Con un gesto, pedí a los demás que se callaran y, tomando una mano de Teo, le dije: "¿Sabes de quién estamos hablando? ¿Sabes quiénes son Edwarda y Boris?". Antes de que pudiera agregar nada, Teo se incorporó con violencia, dejando caer la silla al suelo, y echó a correr escaleras arriba. Alguien, creo que Busik, quiso ir a buscarlo, pero yo se lo impedí. Terminamos de cenar en silencio, con la sensación de haber tocado una llaga que aún nos dolía a todos.

Cuando llegó la hora de marcharnos, recorrí la casa buscando a Teo. Lo encontré sentado en el suelo del pequeño baño de Busik, con la cabeza escondida en el pecho y los brazos rodeando sus rodillas. Nos despedimos de la familia y nos dirigimos a la estación de tren, apenas iluminada en medio de la noche.

Durante el viaje de regreso busqué las palabras adecuadas para hablar con Teo: no sabía si debía pedirle perdón por mi insistencia o si debía obligarlo a hablar de sus padres… Estaba entre la espada y la pared: el recuerdo de Edwarda era la espada punzante y silenciosa que me acorralaba contra esa pared infranqueable que era la tristeza de Teo. Ya no soportaba su mutismo. "Si alguna vez quieres saber quiénes fueron tus verdaderos padres y qué les pasó, no tienes más que preguntar", dije.

Impasible, a Teo sólo le interesaba ver la noche proyectada en las ventanas.

Poco antes de llegar a París, buscando despertar el interés de Teo con amenazas sin sentido, le dije: "Si tú no me preguntas, yo nunca más hablaré de esto..." Teo no contestó. "¿Teo? ¿Me escuchas? Por favor, dime algo…" dije y de pronto dejé de hablar. Teo se había vuelto hacia mí y ahora me miraba con unos ojos suplicantes, nublados de tristeza. Entonces lo comprendí.

Sólo nos quedaba el silencio.

Kaddish

Edek y Mira junto a sus nietos. Auschwitz, 1995.

El 12 de julio de 1952 abordamos el barco que nos llevaría a América. Se llamaba *Provence* y, como el *Florida*, también partió desde Marsella. Teo, Alice y yo permanecimos en la cubierta contemplando el puerto hasta que la costa se convirtió en una mancha borrosa al final del horizonte. Entonces bajamos a ocupar nuestro camarote de segunda clase. Era muy pequeño, y aunque aún era de día la luz natural apenas si lograba filtrarse por los vidrios sucios de los dos ojos de buey. En la penumbra descubrí dos literas, una pequeña mesa y dos sillas, todo sujeto al suelo. Sería complicado mantener tranquilos a los niños en un claustro como ese.

Un breve paseo por el barco nos ayudó a valorar nuestro camarote. Las condiciones en que viajaban los pasajeros pobres, la mayoría franceses, parecían ser de cuarta o de quinta clase más que de tercera. Sin embargo, sus ropas sucias y arrugadas y el llanto de sus niños hacinados en la bodega contrastaban con la felicidad que expresaban sus rostros. Reían, bebían y gritaban. A veces, algún músico, tentado por el sol, sacaba un acordeón y todos salían a la cubierta de aquel Hamelín flotante, y excitados bailaban y cantaban sin dejar de observar el horizonte con ojos soñadores.

Los días eran parecidos unos a otros, y sólo se alteraban si nos deteníamos en algún puerto. El primero resultó ser el de Barcelona. Mientras la tripulación del *Provence* cargaba mercancías para el viaje, nosotros tres aprovechamos para bajar a tierra y conocer la ciudad. Junto al puerto, el casco antiguo estaba dividido en tres partes. Si bien el cielo estaba azul, vacío de nubes y con un sol brillante, la ciudad mostraba una tonalidad grisácea que lo afeaba todo, incluso los bellos edificios modernistas que se alzaban como testigos mudos de un antiguo esplendor. Había basura en las calles, y frente a la catedral edificada junto a las murallas romanas vimos a un grupo de policías

dándole una paliza a un gitano. Los rastros de la guerra civil se notaban no sólo en eso, sino también en las muescas de los muros de una pequeña iglesia que había servido de paredón de fusilamiento. También en la pobreza de la gente, y en la solemnidad de las matronas enlutadas que se dirigían a misa formando un río negro a lo largo de una calle arbolada. Al pasar me dedicaron miradas acusadoras: joven, sin marido, con un niño en cada mano, vestida con pantalones que insinuaban mis formas.

A uno de los lados, la vista de la ciudad se interrumpía con un monte achaparrado en el que se divisaban los colores de flores añejas. Teo quiso saber qué era, y se lo preguntó a una de las mujeres que pasaban junto a nosotros. La mujer, que entendía francés, contestó: "Es el Montjuic, el monte de los judíos". Teo asintió. "¿Y qué hay allí?", preguntó, "¿judíos?" La mujer soltó una carcajada. "No, un cementerio."

Regresamos al *Provence* con la tranquilidad de saber que esa había sido nuestra última parada en Europa. De ahora en más, el Atlántico lavaría el recuerdo de la muerte y nos llevaría a un lugar nuevo que, según me había dicho Gutner, estaba cargado de vida y con verdes praderas sembradas de trigo y animales y ciudades en crecimiento. También me habían dicho que Buenos Aires era una de las ciudades más modernas de Sudamérica. Había subterráneos, trenes, edificios altísimos, fábricas en auge en todos los ramos… Teo, en cambio, después de haber hablado con sus compañeros de escuela de París se había convencido de que en Argentina lo esperaba una jungla tropical, con monos, leones y todo lo que cabía en la imaginación de un chico de trece años. Durante las dos semanas que duró el viaje Alice lo oyó hablar de aquellos monos con asombro, hasta quedar deslumbrada.

La travesía del océano Atlántico fue eterna. Sin tierra a la vista, daba la sensación de que el mundo se había convertido en agua. No había sitio adónde ir, estábamos condenados al aburrimiento. Las ansias de llegar, de conocer mi nuevo hogar y reencontrarme con Edek comenzaban a inquietarme. Por las noches, Teo, que se había hecho amigo del capitán del barco, se marchaba al anfiteatro de primera

clase a ver las películas en blanco y negro que allí se proyectaban. Entonces Alice y yo nos acostábamos a dormir, con el vano sueño de despertar en América.

No la vimos hasta cinco días más tarde, y a la distancia América se reveló como una roca abandonada en medio del mar. Salimos a cubierta al oír los primeros gritos. Mientras todos miraban el horizonte, busqué a Teo con la mirada y lo encontré junto al capitán, mirando a través de unos prismáticos. Cuando se me acercó, dijo: "Es Brasil. Vamos a detenernos todo un día". Y abrazó a Alice. "Ya falta poco para llegar a Argentina y ver los monos."

El primer puerto que alcanzamos fue el de Río de Janeiro. Allí, durante las horas en que el *Provence* estuvo detenido, los pasajeros bajamos a tierra para conocer la ciudad. Junto a una familia de franceses oriundos de Lyon, Teo, Alice y yo escalamos un monte para ver de cerca la estatua de Cristo. Sin embargo Alice no parecía contenta con el paseo: tenía la vista fija en los niños morenos que correteaban en las calles, vestidos con harapos, y parecía algo preocupada. Al fin, poco después de regresar al barco supe qué le pasaba. "¿Te ha gustado Brasil?", le pregunté. "No", respondió ella, "porque aquí los padres son malos." "¿Por qué son malos los padres brasileños?", quise saber. "Porque no les compran zapatos a sus hijos", dijo.

Cuando el *Provence* alcanzó el siguiente puerto brasileño, en Santos, todos aplaudimos con la ilusión de volver a pisar tierra. Pero las disposiciones legales de aquella ciudad nos devolvieron a nuestra condición de inmigrantes: nuestra visa era sólo para Argentina, así que nos prohibieron abandonar el barco por miedo a que nos fugásemos y nos estableciéramos en esa parte de Brasil. De regreso al camarote encontré a Teo cambiándose de ropa, dispuesto a bajar a tierra. Sentí pena por él. "Teo, no nos permiten bajar", dije. Me miró con media sonrisa: "Ya lo sé. Pero yo podré bajar porque me ha invitado el capitán". Cuando se fue, Alice comenzó a llorar y siguió llorando hasta que Teo regresó de su paseo. Entonces le dio una banana y ella se calmó. Mientras volvía a cambiarse de ropa, como si estuviera hablando consigo mismo, lo oí murmurar: "No entiendo, hay

edificios”.

La siguiente parada fue en Montevideo, Uruguay, donde tampoco se nos permitió el descenso. Era noche cerrada, y el barco sólo se mantuvo detenido el tiempo necesario para cargar algunos sacos con correspondencia que debía llevar a Buenos Aires. Fue entonces cuando recibimos la noticia de que Eva Perón había muerto. El rumor se extendió por el barco despertando sorpresa y preocupación. Debido a la muerte de la primera dama, los puertos argentinos estaban de duelo y no permitían la llegada ni la partida de ningún barco. Sin embargo el *Provence* volvió a ponerse en marcha: el tercer día de duelo acabaría para la hora de nuestro arribo.

El capitán no se equivocó. Al día siguiente el puerto de Buenos Aires funcionaba con normalidad, aunque todos los trabajadores llevaban listones negros en los brazos, como si sus rostros desolados no hubieran bastado para mostrar su dolor. Desde el barco podíamos notar el silencio que lo invadía todo, incluso parecía haber acallado hasta el trajín de las grúas. En el cielo gris, retazos de un azul pálido apenas iluminado por el sol.

Descendimos las escaleras rodeados de pasajeros desesperados por dejar el barco. Teo parecía triste de abandonar el *Provence* y a su amigo el capitán, y dijo que de grande él también sería capitán de barco. Así fuimos llegando al muelle, donde Edek y los Gutner nos esperaban agitando sus pañuelos blancos.

Mientras besaba a Edek oí a Gutner decir: “Perdón, Mira, quise traerte flores pero están todas en el velorio de Evita”. Después de cargar el equipaje en el auto de Gutner, todos nos subimos a él y nos alejamos del puerto. La desaparición de las flores no era la única muestra de lo que la muerte de Evita había provocado en la ciudad: en todas las plazas, rondas de mujeres con las manos unidas cantaban frente a un busto de mujer atestado de coronas; las banderas de los edificios permanecían a media asta; y cada auto, camión, bicicleta o motocicleta mostraba una cinta negra en señal de duelo... Me había escapado de un cementerio europeo para acabar en el velorio argentino.

El viaje duró algo más de veinte minutos, y a pesar de la tristeza que inundaba las calles, una tristeza que me resultaba ajena e irritable, la ciudad se me reveló grande, de un lujo antiguo. En el asiento trasero, Teo sacudía la cabeza ya no con desilusión, sino con vergüenza. “Esto no es una selva”, decía mirando a ambos lados, “y ni siquiera hay escombros ni edificios bombardeados.”

Al fin, el auto tomó una ancha avenida y el paisaje urbano se aireó con la presencia de verdes parques arbolados. Allí también la gente lloraba y rezaba alrededor de los bustos, aunque en menor cantidad. “Te va a gustar el departamento. Y el barrio, todo es hermoso”, me dijo Edek al oído.

El auto se detuvo en una calle, Godoy Cruz. El departamento estaba en el tercer piso de un edificio con ascensor. Gutner nos ayudó a bajar el equipaje y luego se marchó sin aceptar la invitación a almorzar. “Supongo que querrán estar solos”, me dijo guiñándome un ojo con atrevimiento mientras encendía el motor. Teo y Alice ya habían subido al ascensor junto a Edek, y ahora me gritaban para que me uniera a ellos. Sin embargo yo permanecía en la puerta de entrada, debatiéndome entre la felicidad de la llegada y la desconfianza ante lo nuevo. A simple vista la calle parecía serena, y los autos que se deslizaban por ella no lograban quebrar la paz que provenía de los parques y bosques cercanos. Era el 29 de julio del año 1952, al fin estábamos en América.

Si bien el castellano que hablaban los argentinos era un idioma desconocido para nosotros, al menos los sonidos de las palabras y las construcciones semánticas eran parecidos a los del francés, por lo que poco a poco Teo, Alice y yo fuimos aprendiendo el idioma. Teo aprendía castellano en el Liceo Francés, la escuela en que lo habíamos inscripto para aprovechar sus conocimientos y evitar que perdiera la lengua francesa, mientras que Alice y yo balbuceábamos palabras de improbables significado que intentábamos reafirmar con gestos desmedidos. Sin embargo a nadie parecía importarle nuestra ignorancia. Si en Francia, Polonia y Alemania los pobladores locales se desentendían de aquellos recién llegados que tartamudeaban el

idioma, en Buenos Aires ocurría lo contrario. Todos los argentinos habían venido de todas partes del mundo o descendían de inmigrantes. Llegados desde distintos lugares con sus propias lenguas a cuestas, a nadie le preocupaba que su vecino fuese polaco, judío o lo que se le antojara y hablara una mezcla de idiomas.

Edek se levantaba temprano y tomaba dos autobuses para llegar a la fábrica de Gutner. Pasaba el día entero trabajando y regresaba al anochecer. Apenas si veía a Alice antes de que ella se acostara. Teo, en cambio, comía sentado a nuestra mesa y nos contaba las novedades de su vida de estudiante. Sus compañeros habían pasado la guerra en Francia, y ahora habían llegado para acompañar a sus padres, la mayoría empleados de empresas francesas con sucursales en Argentina.

Como Gutner nos había adelantado, la comunidad polaca de Buenos Aires era enorme y variada. Si bien la mayoría éramos judíos, también había un gran número de católicos, que se reunían a oír a Chopin y comer bigos en un lugar llamado “La Casa Polaca”. Algunos domingos, nos uníamos a un grupo de judíos polacos y dábamos largos paseos entre los lagos y parques custodiados por los bustos de Perón y Evita, conversando sobre los pesares de la guerra, las noticias de los amigos que vivían en Estados Unidos o la situación del país. Algunos se quejaban porque debían colgar un retrato del General Perón en sus puestos de trabajo y llevar un broche con el escudo peronista en la solapa, hartos de las imposiciones fascistas que habíamos soportado en Europa. En nuestro grupo de amigos no había niños de la edad de Teo. No era de extrañar que, a diferencia de su hermana, Teo prefiriera estar con sus amigos de la escuela o del barrio a verse convertido en niñero de todos aquellos chicos polacos que correteaban por los bosques de Palermo.

En esos paseos fui conociendo a los nuevos amigos de Edek. Salvo Gutner, los demás lo conocían desde hacía unos pocos meses, pero todos lo trataban con el respeto y la atención que se había ganado en Europa. Todos sabían lo que habíamos pasado, lo que habíamos sufrido y lo bien que había sabido manejarse Edek entre polacos, nazis y Aliados. Lo admiraban como se admira a un pez gordo: lo oían con

gestos de asentimiento, lo consultaban sobre todo y le pedían ayuda.

Unos meses después de nuestra llegada, los Szeps nos llamaron desde Alemania para decirnos que el hermano de Edek había muerto en el hospital de Gauting. El mismo Szeps se encargó de pagar el sepelio y la lápida en el cementerio, recordando que Mietek Erlich había sido una víctima del nazismo. Así, Edek se convirtió en el último sobreviviente de su familia. Su único consuelo era saber que el apellido Erlich no se perdería en el olvido.

Antes de que acabara el año Edek se encargó de alimentar esa fama suya de pez gordo al proporcionarles a los Szeps una visa del gobierno argentino que les abrió las puertas de Buenos Aires. Llegaron en noviembre, con los primeros calores del verano que se acercaba. Otra vez estábamos juntos, ahora al otro lado del mundo pero persiguiendo el mismo deseo de siempre: volver a empezar.

Edek intentó que Mietek se incorporara a la fábrica, ya no como socio en las sombras sino con un puesto de trabajo. Para entonces, las máquinas que teníamos en París ya habían llegado a Buenos Aires y se había redoblado la producción de prendas de vestir. Sin embargo Gutner no estaba dispuesto a aceptar a Mietek, y dijo: “Compartí con él lo que quieras, Edek, no me importa, pero yo quiero trabajar sólo con vos”. Al fin, Edek y Mietek decidieron abrir un negocio de venta de sweaters en Florida 530, una de las calles más importantes de la ciudad. De esta forma le aseguraba una fuente de ingresos a los Szeps, y el día en que quisiéramos separarnos, ellos se quedarían con el negocio y nosotros con su 12,5% de la fábrica. Como siempre, mi marido tenía todo bajo control. Lo evaluaba y lo decidía todo él solo, y sus aciertos no hacían más que acrecentar la admiración de los demás.

Mietek y Edek decidieron que en el negocio trabajaríamos Helena, Mietek y yo. Edek continuaría en la fábrica. Contraté a una mujer para que se ocupara del cuidado de Alice y de la casa, y así volví a trabajar.

Durante el día permanecía en la tienda recibiendo a los clientes que se acercaban al centro de la ciudad a realizar sus compras. Sólo entraban ricos y turistas. Al mediodía, cuando cerrábamos el local, yo regresaba a casa para almorzar con Alice. Volvía poco antes de que

Teo regresara del colegio. En verdad casi no lo veía: se había adaptado tan bien a la ciudad, al idioma y a su gente, que pasaba las horas libres en la calle, jugando al fútbol en las plazas con los hijos de los tenderos españoles, italianos y judíos de la zona. Pronto supe que nuestro viaje había sido un acierto: Teo se sentía aceptado por todos, nadie le preguntaba de qué religión era y ninguno de sus amigos ponía en duda que Edek y yo éramos sus padres. Al mismo tiempo, nosotros habíamos comenzado a convencernos de que eso era cierto.

Para el año 1955 ya estábamos totalmente establecidos en Buenos Aires, lo que hacía suponer que ese sería nuestro hogar por muchos, muchos años. Teo avanzaba en el colegio secundario, y aunque no era un alumno excelente tampoco tenía problemas para pasar de año. A veces, cuando veía sus calificaciones le decía: "Teo, podrías sacarte mejores notas… ¿no?" A lo que él respondía: "Mamá, Einstein tampoco fue un excelente alumno". Era tan rápido para aquel tipo de respuestas que me dejaba pasmada, y con la sensación de que su inteligencia y su carácter cada vez se parecían más a los de Edek. Y eso no era una casualidad.

En la época en que vivíamos en Francia, Teo le había pedido dinero a Edek para asistir a un partido de fútbol con Jasio Szeps. Por la noche, durante la cena, Edek le preguntó a Teo cómo había terminado el partido. Rápidamente, Teo dijo el resultado. Al día siguiente, Edek enfrentó a Teo con los ojos ciegos de furia. "No fuiste al partido, porque no terminó como dijiste". Al ser descubierto, Teo comenzó a llorar y a justificarse diciendo que no había ido porque prefería guardarse el dinero para otra cosa. Edek ya le había dado unas bofetadas, y ahora gritaba: "No me importa si vas o no vas, pero no quiero que me mientas nunca más". Por eso cuando Teo traía un aplazo siempre prefería contárselo inmediatamente a Edek aunque él hubiera regresado de la fábrica de mal humor. A veces yo le pedía no le dijera nada para que Edek no se enojara, pero Teo sacudía la cabeza, decidido, diciendo: "Yo le voy a decir igual, porque si no va a creer que le mentí de nuevo".

Alice ya había comenzado a dar sus primeros pasos en la primaria del mismo Liceo Francés al que asistía Teo. Elizabeth Szeps era compañera suya, y eso ayudó a que las dos niñas se adaptaran rápidamente. Durante la primera semana de clases del primer año, de

regreso a casa, Alice me hizo una pregunta que me desconcertó. Al parecer, en la escuela se impartía educación religiosa para los niños católicos y educación moral para el resto. Cuando la maestra le preguntó a Alice y Elizabeth si eran judías, ellas no supieron qué responder. Jamás habían ido al templo, y aunque en casa festejábamos las fiestas judías, ambas niñas no podían discernir entre esas comidas y las que organizábamos cada semana con nuestros amigos, judíos y católicos. Al fin, le dije que éramos judíos y ella, sorprendida, asintió. En tiempos de guerra, la respuesta de Alice a su maestra hubiera significado la vida o la muerte, pero por entonces, en Argentina, sólo fue otra anécdota divertida para contar a nuestros invitados. Nos juntábamos todo el tiempo con nuestros amigos, para cenar, conversar y jugar a los naipes, conscientes de que la vida era algo corto que había que disfrutar.

Durante la semana Edek trabajaba todo el día, y apenas si veía a los hijos. Yo también trabajaba, aunque muchos menos que él, y disfrutaba las horas que pasaba en la tienda de la calle Florida: de pie en la puerta, contemplaba el ir y venir acelerado de los porteños en horario de trabajo, de las mujeres de la alta sociedad que frecuentaban los cafés de la Plaza San Martín, de los niños y jóvenes estudiantes y los turistas europeos tan sorprendidos como Teo de no encontrar monos y vacas por la calle, sino una ciudad en ferviente evolución.

Pero ese mismo año volvieron a desordenarse las cosas. Corría el mes de junio cuando Edek regresó de la fábrica más temprano que de costumbre. Desde el balcón pude verlo estacionar el pequeño Citroën desvencijado que habíamos comprado hacía poco. Recuerdo que le grité algo divertido, pero él me hizo señas para que entrara. Cuando abrió la puerta del departamento, se lanzó dentro y echó llave a la puerta. “Están bombardeando Plaza de Mayo”, dijo, y contó que en la radio el Presidente había ordenado a todos sus partidarios que colmaran la Plaza para resistir el golpe de Estado. Ciegas de fidelidad, miles de personas esperaron en vano que Perón saliera al balcón de la casa de Gobierno y les dirigiera la palabra; en cambio, recibieron una lluvia de bombas arrojadas por aquellos mismos soldados de Marina que debían protegerlos. Edek dijo que había centenares de muertos,

pero que el golpe había fracasado.

Desde aquel día, los rumores de golpe militar contra el gobierno peronista se convirtieron en algo frecuente. Edek comenzó a decir que quería regresar a Francia. Gutner y Mietek lo desalentaron. ¿Adónde íbamos a volver? ¿A un lugar en ruinas? Lo mejor era esperar a que se calmaran las cosas y continuar con lo nuestro.

En agosto, en medio de un invierno salvajemente frío, fuimos con Teo y Alice al cine. La sala estaba abarrotada. Antes de la proyección de la película la pantalla mostró una nueva emisión de "Sucesos Argentinos". Bastó que el rostro de Perón apareciera en pantalla para que los espectadores comenzaran a aplaudir y abuchear al Presidente. De pronto el público se dividió entre peronistas y antiperonistas, como toda Argentina. Entonces Alice se puso de pie sobre su butaca y, siguiendo a los que estaban en el primer piso, comenzó a cantar la Marcha Peronista que le habían enseñado en la escuela. Al ver que Teo permanecía impasible y en silencio, Alice lo señaló con un dedo acusador: "Cantá, desgraciado antiperonista", le gritó y volvió a cantar. A medida que sus pequeños brazos se agitaban, siguiendo el clamor del primer piso, yo no sabía si reírme, hacerla callar o seguir como si nada. Quería que aquello terminara: no soportaba estar otra vez en medio de algo que, lo intuía, amenazaba con convertirse en una guerra.

Y la guerra acabó en septiembre, con el triunfo de un nuevo golpe militar, el derrocamiento del peronismo y su líder destinado al exilio en la bodega de un barco de bandera paraguaya. Después de lo que habíamos visto en Polonia, unos centenares de muertos podían inquietarnos pero no nos provocaban desvelo. Así, ajenos a aquella lucha política que dividía al país, vimos que las aguas se aquietaban a medida que los bustos peronistas eran retirados de las plazas.

A fin de año recibimos una llamada telefónica del JOINT[2] diciendo que alguien nos buscaba desde Europa. Al escuchar el nombre de Bozena me invadieron tantos recuerdos que me largué a llorar. Ella estaba bien, y nos buscaba porque quería saber de nosotros. Al verme tan emocionada, Alice preguntó quién era esa persona. "Una prima de

tu padre que nos ayudó mucho en la guerra", dije. "¿En Polska?", preguntó mitad en polaco y mitad en castellano. Si bien habíamos vivido en Alemania, Francia y ahora en Argentina, en casa nunca dejamos de hablar el polaco. Alice lo sabía de oírnos a nosotros, y aunque comprendía todo a la perfección le costaba hablarlo. A veces, cansada del esfuerzo que le suponía entendernos y hacerse entender, gritaba: "¿Pueden hablar en cristiano?"

Desde entonces volvimos a estar en contacto con Bozena a través de las cartas. En el lapso que habíamos pasado sin noticias suyas, ella había estudiado física en la universidad, se había recibido, se había casado con un general polaco que había integrado las Brigadas Internacionales que defendieron la Segunda República Española y luego había recibido la medalla de la orden de Lenin. Habían tenido una hija, y ahora ambos trabajaban en Montpellier con permiso del Partido, para capacitarse y luego regresar a Polonia. Aunque le habíamos ocultado nuestra marcha de Polonia, ni ella se mostró molesta con nosotros por habernos escapado del comunismo ni nosotros le guardábamos rencor por no habernos ayudado a conseguir los pasaportes cuando ella era secretaria del Ministro de Exteriores. Los años nos habían aclarado aquello y muchas otras cosas, y ahora nos resultaba evidente que las diferencias ideológicas que nos separaban no eran capaces de mitigar el cariño que nos teníamos.

A fines del 56 Teo acabó la escuela secundaria. Para entonces había dejado de ser un niño para convertirse en un muchacho apuesto, inteligente y con ese afán de progreso que teníamos todos los que habíamos sobrevivido a la guerra. Estaba decidido a estudiar una carrera universitaria, pero aún no sabía cuál. Al fin, un domingo, mientras almorzábamos sentados a la mesa, dijo: "Voy a estudiar ingeniería textil". Edek y yo nos miramos, sorprendidos. En ningún momento habíamos contemplado la posibilidad de que Teo se dedicara a eso, ni siquiera se lo habíamos sugerido porque siempre había sido libre de elegir lo que quisiera. Por eso nos extrañó que

decidiera dedicarse al mismo rubro que su padre, que sus padres. “Pero en Argentina no existe la carrera de ingeniero textil…” dijo Edek. Yo ni siquiera había pensado en eso, y miré a Teo esperando una respuesta. Él asintió, diciendo: “Voy a ir a estudiar a Canadá”. El hermano de un amigo suyo se había graduado en Canadá como ingeniero textil y ahora Teo y su amigo planeaban seguir sus pasos y marcharse de Argentina. La noticia me entristeció, no porque estuviera en desacuerdo sino porque estaríamos alejados durante los cuatro años que tardaría en acabar la carrera. Edek, en cambio, tan práctico como siempre, se comunicó con el padre del muchacho y pidió todo tipo de detalles acerca de los costos, las condiciones educativas y la viabilidad del proyecto. Convencido de que era posible, ayudó a Teo a conseguir la visa de estudio en el consulado canadiense, lo inscribió en la Universidad de St. Hyacinte, pagó la matrícula y le prometió que lo mantendría hasta que hubiera acabado la carrera. “Pero te voy a pedir algo”, dijo de pronto, con un dejo de preocupación. “Hacete pasar por católico, todo te va a ser más fácil que como judío.” Alice, intrigada, estuvo a punto de hacer una pregunta pero yo le dediqué una mirada que la obligó a callar. Teo sabía de qué hablaba su padre, y aunque durante unos segundos sopesó el consejo en silencio, al fin dijo: “No va a ser la primera vez que lo haga”. Y sonrió.

2 American Jewish Joint Distribution Committee. Comité americano de ayuda al pueblo judío, creado en 1914 para prestar ayuda a los judíos de Europa Oriental y Palestina tras el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Desde la partida de Teo, una vez al mes recibíamos una carta suya contando novedades. Al principio las cartas eran escuetas, como si no tuviera tiempo de escribir. Según sus propias palabras, se había adaptado a la universidad y la vida en Canadá le gustaba mucho. Montreal era una ciudad hermosa. Vivía en casa de una familia canadiense que lo alojaba a cambio de un alquiler que pagaba Edek mediante un giro postal; cada domingo iba a misa; como cuando vivía en casa de la Stempke, nunca se desnudaba en público… y todos, sus caseros, amigos y compañeros de la universidad, todos creían que era católico.

Aunque por entonces ya habíamos logrado cierto bienestar económico, Edek sólo aceptaba mandarle dinero para pagar el alquiler y la comida. Ni siquiera me permitía enviarle un par de dólares extras en las cartas, salvo que fuera su cumpleaños. A veces le preguntaba: "¿Con qué dinero va a ir al cine, al teatro o a tomar un café?" "Ese es su problema. Si quiere más dinero, que trabaje", respondía Edek. "Debe estar sufriendo…", me quejaba yo. Sin embargo, en los cuatro años que pasó en Canadá, Teo nunca nos pidió más dinero del que le enviábamos.

Pronto, su decisión de marcharse a Canadá nos reveló sus ansias de independizarse, como si ese deseo de valerse por sí mismo no fuera otra cosa que una respuesta a su temor de volver a quedarse solo en el mundo. A través de sus cartas, al tiempo que conocíamos sus avances en la universidad también íbamos enterándonos de los trabajos que realizaba en su tiempo libre: un mes era jardinero, al otro acomodador de cine, en temporada se convertía en recolector de manzanas, por las mañanas repartía periódicos… Parecía que nada podía detenerlo, y Edek sonreía de satisfacción.

En el verano de 1958 los Szeps y los Erlich nos fuimos de vacaciones a Mar del Plata. Edek y Mietek regresaban a Buenos Aires cada lunes para seguir trabajando, mientras que Alice, Elizabeth, Helena y yo permanecimos toda la temporada en la playa. La intimidad que nos unía a las cuatro daba lugar a largas conversaciones que a veces se volvían peligrosas. Una tarde, mientras merendábamos en el hotel, Alice me preguntó: "¿Por qué Jasio y Teo son los únicos chicos polacos de esa edad?". "Porque los demás murieron en la guerra", contesté. "¿Y ellos por qué se salvaron?", quiso saber Alice. Ya tenía diez años, y razonaba de prisa. "Jasio se salvó porque sus padres estaban en Rusia, él es ruso… ¿sabés dónde queda Rusia?", comencé a decir para cambiar de tema, pero Alice insistió: "¿Y Teo cómo se salvó?" Helena y yo nos miramos, incómodas. "Porque tus papás lo escondieron en casa de una familia católica", respondió Helena y yo agradecí su intervención. "Y tu hermana, a la que mataron los nazis, ¿tenía hijos?", quiso saber Alice. Tuve que morderme los labios. "No", mentí. "¿Y vos a qué edad lo tuviste a Teo?", preguntó Alice de pronto, y agregó: "La mamá de Susi, mi compañera, dijo que vos parecés muy joven para ser mamá de Teo, que seguro te operaste o te ponés cremas carísimas para no envejecer". Aliviada, sonreí diciendo: "Es cierto, pero no le cuentes la verdad".

Las preguntas de Alice continuaron no sólo en el verano sino también durante el otoño y el invierno de ese y de los años siguientes, y yo, desesperada, defendía el secreto con respuestas evasivas que nunca lograban calmar su interés. A veces me ponía tan incómoda que me daban ganas de mostrarle la caja con las fotos de mi hermana, las de mi padre, la herradura… contarle la verdad para quitarme ese dolor, esa angustia de tener que mentir todo el tiempo para defender nuestra Gran Mentira. Sin embargo callaba, convencida de que Teo no se merecía más dolor que el que ya había soportado. Después de todo, al fin habíamos formado una familia y aunque ya no necesitábamos mentir por cuestiones legales como en otros tiempos, no queríamos enfrentar a Teo con los sufrimientos del pasado. Por eso seguimos mintiendo, aunque eso implicara esconder el recuerdo de mi hermana

y Boris, su historia y mi dolor.

A mediados de aquel año, Teo tomó un avión desde Canadá para viajar a Buenos Aires. Su visita, aunque corta, sirvió para comprobar cuánto lo estaba cambiando su experiencia: estaba delgado, pero se movía con una agilidad y una seguridad inquebrantables. Por las noches, sentado a la mesa, nos describía a cada uno de sus nuevos amigos, el barrio donde vivía y, con gracia, nos explicaba que cada domingo iba a misa y que hasta el cura lo saludaba en la puerta como a cualquier católico más.

Al fin, cuando quisimos darnos cuenta ya habían acabado sus vacaciones y debía volver para retomar los estudios. La despedida fue triste, pero me reconfortaba saber que la próxima vez llegaría para quedarse.

Yo continuaba trabajando en la tienda de los Szeps. Edek, por su parte, pasaba todo el día ocupándose de vender las prendas que producía la fábrica. El tiempo que pasábamos juntos lo dedicábamos sólo a distraernos: íbamos al cine con regularidad, a cenar a los restaurantes del centro o bien nos juntábamos con amigos a jugar a las cartas hasta que saliera el sol.

Teo regresó de Canadá en octubre de 1960. Habíamos ido al aeropuerto a esperarlo, Edek, Alice y yo, felices por su llegada. Al verlo bajar del avión, agitamos las manos para saludarlo pero no llegó a vernos. Con ansiedad esperamos que realizara los trámites migratorios y luego, cuando al fin lo vimos aparecer junto a los demás pasajeros cargando su pequeña maleta, corrimos hacia él. Al abrazarlo, noté que me retenía entre sus brazos más tiempo que de costumbre, como si la separación hubiera rasgado ese velo de frialdad que lo había protegido desde su infancia. “Bienvenido, señor ingeniero”, le dije al oído y luego lo besé en ambas mejillas. Alice, que permanecía de pie a unos metros, se debatía entre lanzarse a sus brazos como cuando era una niña o extenderle la mano como la señorita que era ahora. Sin embargo Teo le tomó el rostro con las manos, diciendo con asombro: “Cómo creciste, nena” y antes de que pudiera agregar nada, su hermana ya lo estaba cubriendo de besos. Edek, distante y formal como siempre, esperó a que nosotras dos lo liberáramos para pasarle un brazo por los hombros y, con una mezcla de orgullo y alegría, decirle: “Te felicito”.

En el auto, de camino a casa, Teo preguntó por qué sus amigos no habían ido a recibirlo. “Ninguno podía venir”, respondí. Teo insultó por lo bajo, como si aquella indiferencia de sus amigos hubiera ensombrecido las razones de su regreso a la Argentina. Alice soltó una carcajada, que Teo interpretó como burla y comenzaron a discutir. Al fin, cuando llegamos a casa, Teo descubrió a todos sus amigos escondidos en su cuarto para darle una fiesta sorpresa. Todos gritaron y se echaron sobre él. La bienvenida duró toda la noche, y al amanecer Teo cayó rendido de cansancio y felicidad.

Su llegada alteró la rutina de la casa. Acostumbrado a la

independencia y a la cantidad de actividades que realizaba en Canadá, durante sus primeros días en Buenos Aires anduvo desorientado, sin saber qué hacer. Si bien se alegraron con su llegada, sus amigos habían comenzado una nueva vida durante su ausencia y ahora estaban demasiado ocupados con sus novias y trabajos como para compartir el tiempo libre con él. Un día Edek le propuso que comenzara a trabajar en su fábrica. Teo aceptó, ¿qué otra cosa podía hacer?

Sólo entonces Edek decidió romper su sociedad con los Szeps: si Teo iba a trabajar en la fábrica, no estaba dispuesto a compartir las decisiones ni las ganancias más que con él. Al fin, como Edek lo había previsto desde un principio, Mietek Szeps se quedó con la tienda de la calle Florida y nosotros con el veinticinco por ciento de la fábrica, que hasta ese momento habían compartido entre los dos. Gutner, por su parte, ya le había comprado la otra parte al tercer socio, y ahora era propietario del setenta y cinco por ciento restante de la fábrica. La separación fue un paso adelante, pero yo dejé de trabajar en la tienda.

Semanas más tarde, cuando regresaron del trabajo Teo se encerró en su cuarto. Algo andaba mal: padre e hijo no se dirigían la palabra, como ocurría siempre luego de una discusión. Le pregunté a Edek qué había pasado, y él, furioso, dijo: “Se pasa todo el día leyendo el diario en la oficina. No hace nada. Así que le dije que si quiere leer el diario mejor que se quede en casa...” Sacudí la cabeza, previendo lo que iba a venir. Sin embargo no podía imaginarlo: “Ahora dice que se quiere volver a Canadá”, dijo Edek al fin. Sin darme cuenta comencé a gritar, a gemir con desesperación. Teo, encerrado en su cuarto, ni siquiera salió para cenar.

Al día siguiente, poco después de que Edek se marchara a la fábrica, Teo salió de su cuarto bañado, peinado, con ropas limpias y un sobre con todos sus documentos. “Me voy al consulado de Canadá a pedir un permiso de trabajo”, dijo y se marchó sin hacer caso a mis gritos. Sentada a la mesa, lloré toda la tarde. Alice no entendía qué había pasado, aunque algo debía intuir, porque no me atosigó con preguntas. Al fin, entrada la tarde Teo regresó con el rostro sombrío. “¿Te pasó algo?”, pregunté. “El trámite para conseguir el permiso de

trabajo demora un año", dijo con más enojo que desilusión.

Esa noche volvimos a cenar todos juntos, aunque ni Edek ni Teo volvieron a referirse a sus asuntos. En verdad, ni siquiera cruzaron una palabra. En la cocina volví a llorar por aquellos dos hombres que se parecían demasiado uno al otro como para ceder en la disputa. Me enfurecía la frialdad de Edek, no podía creer que hubiera zanjado el asunto para siempre. Mientras tanto Teo no podía esconder su frustración: se había marchado siendo un niño y había regresado hecho todo un hombre, y sin embargo no sabía qué camino tomar.

El domingo siguiente los cuatro nos dirigimos a los bosques de Palermo a dar un paseo con los Gutner, los Szeps y otras familias amigas. Teo y Edek no habían vuelto a hablar desde que habían discutido, y por eso me asombró que, en medio del paseo, se alejaran del resto para conversar en soledad. Temí que Edek fuera severo con él y que Teo reaccionara, por lo que traté de seguirlos de cerca sin que notaran mi presencia, y así poder escuchar su conversación para intervenir en caso de que fuera necesario.

Edek volvió a sorprenderme. "¿Ya pensaste qué vas a hacer?", le preguntó a Teo. Él permaneció unos minutos en silencio, amparado en los gritos que lanzaban los niños que corrían detrás de las palomas. "A Canadá no puedo ir", dijo entre dientes, como si lamentara aceptar su derrota frente a su padre. "¿Y no querés volver a la fábrica?", preguntó Edek. "No sé, yo siempre tuve un jefe que me decía qué hacer… vos esperás que yo sea jefe de tus empleados pero ni siquiera sé cómo funciona la fábrica…", dijo Teo. "Vos tenés estudios, si ganás experiencia vas a ser mejor que yo", dijo su padre.

Se detuvieron junto a un árbol altísimo para protegerse del sol. Edek lo tomó de los hombros y le dijo: "Decime qué puedo hacer para ayudarte… ¿Querés que te compre una máquina y te armás tu propia fábrica? ¿Querés que te ponga una fábrica de confección de ropa, una tejeduría? Decime vos cómo querés que te ayude y yo te voy a ayudar". Teo bajó la mirada, avergonzado. "¿Querés que averigüe para que veas a uno de esos psicoanalistas que hay ahora? Dicen que ayudan a pensar a la gente…" Corría el año 1960, el psicoanálisis era una novedad y aunque Edek nunca había visitado a uno, estaba

dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudar a su hijo. Al fin, Teo dijo: “Creo que voy a probar otra vez en la fábrica”. “Hacé lo que quieras, yo te voy a ayudar”, dijo Edek y, abrazados, los dos volvieron a unirse al grupo.

Esa noche, cuando le pregunté a Edek por qué había demorado tanto en hablar con Teo, sonrió con suspicacia y me dijo: “Quería darle tiempo, dejarlo pensar. Yo sabía que iba a volver a la fábrica”. Así era Edek.

De modo que Teo volvió a la fábrica. Era hijo de uno de los dueños, se había recibido de ingeniero textil y, sin embargo, no sabía por dónde empezar. Pero entonces ocurrió algo inesperado que acabó por encauzar las cosas. Una mañana, Pedro Harms, el mecánico responsable del mantenimiento y la programación de las máquinas, estaba trepado sobre una de ellas cuando de pronto toda la máquina, impulsada por el peso de su cuerpo, cedió y cayó al suelo con tan mala fortuna que una de las bujías le perforó el estómago. Inmediatamente lo trasladaron a un hospital donde, luego de operarlo, Harms recibió la noticia de que debería convalecer durante varios meses. Ese mismo día una segunda máquina sufrió un desperfecto y obligó a los obreros a detener la producción. Edek estaba desesperado, cada minuto de inactividad de la fábrica significaba un atraso en la entrega de mercaderías y una enorme pérdida de dinero. Si bien Teo era ingeniero, conocía las máquinas sólo en la teoría y le faltaba todo el conocimiento práctico que tenía Harms. Sin embargo eso no lo detuvo: Teo se marchó de la fábrica, se dirigió al hospital y se pasó la noche entera interrogando al mecánico. Al fin, cuando amanecía, regresó para comenzar la reparación de las máquinas. Edek y Gutner lo miraban hacer con esperanza y preocupación: de a ratos, Teo, agobiado por su propia ignorancia, dejaba todo lo que estaba haciendo para regresar al hospital. Durante una semana durmió en la fábrica para reparar las máquinas de noche y así no molestar a los obreros. Cuando se encontraba en un punto muerto, regresaba al hospital. Trabajó sin descanso hasta que logró reprogramar las máquinas y ponerlas en funcionamiento. Sólo entonces comprendió que había encontrado su lugar en la fábrica.

El empuje de Teo chocó contra la crisis que se desató entonces. En 1961, absolutamente todas las industrias nacionales dejaron de funcionar al mismo tiempo. La devaluación hacía estragos entre los metalúrgicos, los textiles y los agropecuarios por igual, tensando la cuerda que mantenía en marcha a la fábrica y hasta el propio país.

Gutner se reunió con Edek y le dijo que pensaba cerrar. La crisis ya había golpeado con dureza las otras dos fábricas que poseía, y no estaba dispuesto a perder todo de una vez. Lo mejor, dijo, sería vender antes de que los devoraran la crisis y las deudas que esa misma crisis dejaría en la fábrica.

Ese día Edek regresó molesto, comió apurado y se sentó en la cama a pensar. Teo, en cambio, estaba enérgico: en el living se dedicaba a hacer cuentas en una hoja en blanco; de pronto se quedaba pensativo con el revés del lápiz entre los labios y luego volvía a escribir. El dilema, aunque sencillo, era preocupante: si Gutner, socio mayoritario, decidía cerrar, ellos dos se quedarían sin trabajo. La única solución era comprar la totalidad de la fábrica y afrontar la crisis ellos dos solos. Apenas si teníamos dinero para pagar la mitad, y aunque podíamos endeudarnos firmando pagarés, quedaríamos sin crédito para comprar la materia prima necesaria para seguir funcionando.

Durante dos meses Edek y Teo le dieron vueltas al asunto, hasta que, desesperados, llamaron a la puerta de Isaac Levin, dueño de Textil Oeste. Levin era el mayor proveedor de la fábrica y de él dependía la estrategia de los Erlich. A su regreso de la entrevista, Edek me dijo: “Le dije que si compro la fábrica no voy a tener dinero para comprarle mercadería a él… Levin es un gran hombre: me dijo que, por ser yo, me va a dar a crédito todo el hilo que necesite”. Como tantos otros, Isaac Levin había cedido ante Edek. Su honradez, su sinceridad y su carácter hacían que cualquier palabra suya fuera acatada de inmediato, y el mínimo pedido siempre era escuchado con atención.

En seguida comenzaron las negociaciones con Gutner. Después de mucho conversar, al fin establecieron un precio para la fábrica: Edek pagó una parte con dinero nuestro y dinero que nos prestaron los

amigos, y una última parte, una gran parte, convalidada con varios pagarés con vencimiento a uno, dos y tres años.

Otra vez estábamos en movimiento, pero ahora éramos los únicos propietarios de la fábrica. A partir de ese momento, Teo fue adquiriendo más responsabilidades y conocimientos, y al cabo de unos meses, Edek, henchido de orgullo, me dijo: “Desde que Teo está en la fábrica aumentamos un treinta por ciento la producción de telas”.

Aquel incremento de la producción hizo que Edek le pidiera a Teo que saliera a vender el superávit de telas que sobraban de la confección de ropa. Al visitar a los clientes, Teo notó que estos se quejaban de la extrema elasticidad del producto, los puntos se separaban con el mínimo esfuerzo. Luego de pensarlo, se encerró en la fábrica e hizo unas cuantas pruebas. Al fin, obtuvo un punto cruzado que mantenía la tela tan tensa como deseaban sus clientes. Pronto el negocio se multiplicó. La fábrica comenzó a crecer, adquirieron algunas de las casas aledañas y construyeron nuevos galpones. La devaluación redujo la deuda con Gutner a la mitad, y Edek y Teo la saldaron en menos de un año.

Logramos comprar un Chevrolet del 57 sólo para mí, un automóvil hermoso, blanco y verde, que simbolizaba nuestro progreso. En apenas diez años habíamos pasado de ser refugiados de guerra a ser una familia acomodada que no paraba de crecer. Si hasta nos atrevimos a algo tan impensado como lanzar al mercado, entre todas las prendas que confeccionábamos, una marca de bikinis y trajes de baño.

Las telas para confeccionar los trajes se hilaban y se cortaban en la fábrica para luego ser cosidas, almacenadas y vendidas en una oficina que abrimos en la calle Alsina. Casi sin darme cuenta volví a trabajar: mientras que Edek y Teo se encargaban de la fábrica, yo era la cara visible de nuestra línea de moda. Por la mañana, luego de que Alice se marchaba a la escuela yo me subía al auto y me dirigía a la oficina para registrar los pedidos, atender a los clientes, cobrarles y también controlar que las costureras acabaran las prendas para ser entregadas a tiempo. Edek, que pasaba el día en la fábrica, había insistido en que uno de nosotros debía encargarse de la oficina. Por mi parte, deseaba ocupar el tiempo en algo y me fascinaba tratar con gente, la mayoría

clientes de la fábrica. Con el paso del tiempo, a nuestra cartera de clientes también se sumaron los propietarios de las mejores boutiques de Buenos Aires.

A mediodía, Teo, Edek y yo nos reuníamos en casa para almorzar y luego los dos volvíamos a la oficina para seguir trabajando. Como en el ghetto, volvimos a ser compañeros de trabajo. Teo, en cambio, regresaba a la fábrica. A veces, en casa, cuando intentaba preguntar algo referido al trabajo, Edek alzaba la mano con fastidio y repetía: "Mira: si querés decirme algo del trabajo, esperá que lleguemos a la oficina". Edek era así: podía trabajar dieciocho horas al día, pero cuando salía de la fábrica o la oficina se desconectaba de todo.

El siguiente paso fue promocionar nuestra marca de trajes de baño. Para ello organizamos una serie de desfiles en la oficina de la calle Alsina. Por la mañana yo me encargaba de recibir a las modelos, unas chicas hermosas que elegían los trajes más apropiados y sugerentes para sus cuerpos. Se vestían mientras yo, en el hall central, iba recibiendo a los clientes, les ofrecía café y preparaba la estrecha pasarela improvisada donde aquellas chicas exhibían nuestra mercadería. Más tarde, algunas de ellas, como aquella morocha delicada y sensual de apellido Giménez, se convertirían en rubias actrices, conductoras de TV y presentadoras de concursos. Pero entonces, en 1962, paseaban sus curvas y nuestros trajes de baño.

Dos años más tarde, nuestra marca era la número uno de Argentina: la tela era resistente, se secaba rápidamente y los diseños que Edek traía de Europa eran los más modernos del mercado. Nuestro éxito era absurdo: había partido desde las nieves blancas de Polonia para acabar vendiendo trajes de baño en Sudamérica.

A fines de 1964 Alice terminó el colegio secundario y nosotros nos dispusimos a cumplir nuestra promesa de llevarla a Europa. Era nuestro primer viaje desde que habíamos llegado a Argentina, y decidimos aprovechar la ocasión para, de camino a Europa, pasar unos días en Miami y luego visitar a todos nuestros amigos que se habían radicado en Nueva York. Los días previos, como suele ocurrir siempre antes de un viaje, hicimos los preparativos para que nuestra ausencia no alterara el funcionamiento de las cosas. Durante varios días Edek instruyó a Teo y le remarcó cada una de las tareas que debía realizar por él. Aunque para entonces ya conocía el funcionamiento de la fábrica a la perfección, Teo lo escuchó con paciencia. Al fin, le dijo: "Pásenla bien, y no te preocupes por nada".

En verdad Edek confiaba tanto en él como para no preocuparse, al menos, por eso. Lo que nos preocupaba en aquellos días era otra cosa. El itinerario de nuestro viaje contaba con paradas en Estados Unidos, París e Israel, y en cada uno de estos lugares nos esperaban amigos y familiares a los que no veíamos hacía tiempo y que, a diferencia de las personas a las que habíamos conocido en Argentina, sabían de nuestra historia desde la época en que vivíamos en Polonia. Durante el viaje sólo podían ocurrir dos cosas: que Alice se enterara por boca de otros de que Teo no era su hermano o bien que nos pasáramos el viaje intentando salvar nuestra mentira. Lo único cierto es que queríamos ver a nuestros amigos para recordar con ellos el pasado, con todo lo bueno y lo malo que habíamos tenido que vivir. De modo que nos vimos enfrentados a encarar el asunto que habíamos postergado durante tanto tiempo y que, para entonces, ya había crecido como una enorme bola de nieve.

El viaje a Miami fue tranquilo, y aunque era la primera vez que

Alice y yo viajábamos en avión, ninguna sufrió mareos ni vómitos. Aquella parada no tenía más objeto que disfrutar unos días del sol y de la playa, ya que en Miami no vivía ninguno de nuestros amigos. Al llegar, tomamos un taxi y nos dirigimos al hotel Fontainebleau, el mismo en el que James Bond y Goldfinger habían jugado a los naipes al borde de una piscina. El hotel era tan lujoso como lo parecía en el cine, y ofrecía unas vistas majestuosas del mar. Pasamos tres días descansando, como si en el fondo buscáramos serenarnos para afrontar todo lo que iba a venir.

Al fin, volvimos a tomar un avión y dejamos atrás el calor para alcanzar el crudo invierno de Nueva York. Desde el avión, las calles cubiertas de nieve, salpicadas de autos y peatones, me recordaron las pinturas de Pieter Bruegel que había visto en los museos de París. En el aeropuerto nos recibió Josué Malkin, un viejo amigo de Edek de los tiempos de Alemania, que ahora nos esperaba con una flor en la mano, embutido en su sobretodo y con el sombrero ladeado hacia la izquierda. Malkin nos llevó al hotel, y esa misma noche fuimos a cenar con él, su familia y un grupo de amigos sobrevivientes de la guerra que habíamos conocido en Alemania y París. Como nosotros, todos habían progresado y vivían con comodidad. La cena fue placentera, como siempre ocurre cuando se está con amigos. Pero, de a ratos, alguno empezaba a contar historias de sus familiares y amigos asesinados por los nazis y todos nos sumíamos en un amargo silencio. Al fin, la mujer de Malkin preguntó: "¿Y Teo cómo anda?" Sentí vértigo, como si todo lo que me rodeaba estuviera a punto de derrumbarse. "Bien, se recibió de ingeniero", contestó Edek mientras yo, a espaldas de Alice, hacía señas incomprensibles a Malkin para que callara a su mujer. No hizo falta que dijera nada: ella cambió de tema y no volvieron a hablar de él. En un momento en que Alice fue al baño, Malkin me tomó la mano diciendo: "Alice no sabe nada, ¿no?". Mis lágrimas le dieron la respuesta. "Ustedes le salvaron la vida a Teo, y no hay nada de lo que tengan que avergonzarse."

De regreso a Nueva York, pude sentir que aquella nueva separación había renovado todas mis tristezas. En el hotel nos esperaba un

mensaje de mi tía Ada, la mujer de mi tío Zygmunt Danziger, aquel hermano rico de mi madre que, luego de escapar a Rusia, había regresado a Varsovia para acabar en manos de los alemanes. Aunque me sobraban los motivos, a mi tía ya no le guardaba el mínimo rencor.

Nos encontramos en un café de Manhattan, una mañana helada en que la bruma, impulsada por el viento, se extendía sobre el río Hudson como una multitud de fantasmas. Edek, Alice y yo entramos al café, y aunque miré con detenimiento a todos los presentes, no logré reconocer ni a mi tía ni a mis primos hasta que ellos se acercaron. Mi tía Ada era una caricatura de la mujer omnipotente que había sabido ser: los años le habían apergaminado la piel y su andar, tan altivo antaño, había mermado hasta obligarla a arrastrar los pies. Sus hijos Stasha y Ricardo estaban con ella. Apenas nos saludamos, Ada preguntó por Teo: "Está muy bien. Pero cuéntenme de ustedes…", contesté. Vagamente sabía que habían escapado a Rusia poco antes de la caída de Varsovia, pero no imaginaba por todo lo que habían pasado para llegar a Nueva York. Fue Stasha quien nos lo contó: "Cuando papá volvió a Varsovia, los rusos nos detuvieron porque creían que él era un agente nazi, y nos enviaron a Siberia. Allí, Ricardo y yo fuimos internados en un orfanato… ¿Ustedes volvieron a ver a papá en Varsovia?" Asentí. "Trabajó en el ghetto hasta que empezaron las deportaciones", contesté y mi tía comenzó a llorar. No pude hacer otra cosa que abrazarla, y aunque esperaba su rechazo ella se aferró a mí con el cariño que nunca me había mostrado hasta entonces. Stasha, por su parte, ya había vuelto a hablar: "Al final de la guerra nos reencontramos con mamá, y en 1947 obtuvimos un permiso para emigrar a Palestina. A los tres nos enviaron a Francia para que abordáramos un barco, el *Exodus*, junto con otros miles de judíos que habían sobrevivido a la guerra. Poco antes de llegar a Palestina un camarero del barco se tropezó justo delante de mí y volcó un balde de agua hirviendo sobre mi pierna derecha. Creí que me moría de dolor, pero fue eso lo que terminó salvándome. Los ingleses interceptaron el barco en Haifa y nos prohibieron desembarcar, pero como yo necesitaba atención médica pidieron un permiso especial para que pudiera quedarme allí". De pronto se detuvo, mientras su

madre lloraba y murmuraba palabras en hebreo con los ojos en blanco. “Basta mamá, no llores más”, dijo Stasha con determinación, y continuó: “Fui la única pasajera del *Exodus* que pudo desembarcar en Israel. A Ricardo, mamá y los demás los mandaron de nuevo a los campos de refugiados de Alemania. Pero como yo estaba sola, a través del JOINT pude conseguir un permiso para que ellos dos viajaran a Palestina. Luego de unos años logramos llegar a América”.

La tía Ada continuó preguntando por Teo mientras yo desviaba la conversación a nuestros familiares desparramados por el mundo. Volvimos a vernos un par de veces antes de que nos marchásemos de Nueva York, y nos despedimos de ellos y los demás amigos con la amarga felicidad de los sobrevivientes. Sin embargo había algo extraño: nuestra necesidad de recordar, de hablar sobre todo lo que habíamos vivido, era más intensa que nuestro deseo de ocultarle la verdad a Alice.

Al fin, cuando abordamos el avión que nos llevaría a París, apenas nos hubimos sentado y colocado los cinturones de seguridad, mientras aún se oía el ajetreo de los demás pasajeros que guardaban su equipaje de mano, Edek miró a Alice directo a los ojos y de pronto comenzó a hablar: “Queremos contarte una cosa, porque preferimos que la sepas por nosotros y no por otra gente”. Yo temblaba, incapaz de controlar mis nervios; me sudaban las manos, y tenía la cabeza llena de recuerdos que volvían a clamar tras veinte años de silencio. La noche anterior habíamos decidido contarle todo, pero ahora apenas si podía respirar. Alice, excitada por el viaje, sonrió y preguntó qué era lo que le íbamos a decir. “Teo no es tu hermano”, dijo Edek de pronto y en ese mismo instante me largué a llorar. La crudeza de Edek dejó a Alice completamente desorientada. “¿Y Teo lo sabe?”, fue lo único que preguntó. “Sí, claro. Teo era hijo de la hermana de mamá, pero lo hicimos pasar por hijo nuestro para salvarlo de la guerra”, dijo Edek y volvió a callar: su firme decisión de proteger a Teo sólo le había permitido decir eso, y nada más. Alice también lloraba, emocionada, y no dejaba de repetir: “Nunca me lo hubiera imaginado”, aunque en sus gestos no había la más mínima muestra de sorpresa. Sólo entonces tomé la mano de mi hija entre las mías y, casi

una súplica, dije: “Nunca le digas a Teo que lo sabés, ni siquiera le menciones el tema. Ni a él ni a nadie, nunca. Porque todo eso a Teo lo lastima mucho, ¿sabés? Y no queremos que se sienta mal…” Alice asintió. Cuando el avión comenzó su carrera al cielo, sentí que en tierra se quedaban los misterios que habíamos sabido tejer. De pronto era libre de recordar a mi hermana si necesidad de esconderla en mi memoria y su rostro volvía, joven y bella como la había encontrado la muerte.

En nuestra ausencia París había crecido y, al menos en la ciudad, ya no quedaban señales de la guerra. Sí en los recuerdos de su gente, y en los ancianos con miembros mutilados y mirada sombría que permanecían sentados al sol en los cafés y las plazas.

León Winograd había muerto, dejando una viuda y un par de hijos. Liza, tan histriónica como siempre, le repetía a Alice una y otra vez que cuando era pequeña ella misma la había salvado de una grave enfermedad. Y aunque aquello sólo había sido un catarro, no intenté contradecirla. La muerte de León le había quitado toda la seguridad de antes, y ahora se quedaba de a ratos en silencio, con la mirada perdida en las muescas de la mesa o en las palomas que sobrevolaban el cielo de París.

Edek asistía a las ferias textiles donde buscaba los nuevos diseños de ropa que luego produciría nuestra fábrica, mientras Alice y yo salíamos de compras. Ella insistía siempre en que debía traerle regalos a Teo, como si saber su secreto la hubiera llevado a jurarle una fidelidad eterna. Ante cada amigo, cada familiar que salía a nuestro encuentro, Alice se encargaba de mostrar fotos familiares y repetirles a todos: “Este es mi hermano”.

Días más tarde volvimos a tomar un avión, esta vez en dirección a Israel. Desde el aire, la Tierra Prometida se reveló como un breve desierto a orillas del mar. Al bajar del avión nos recibió un calor agobiante. Tomamos un taxi y nos dirigimos al hotel. En la lejanía, los kibbutz con sus plantaciones de cítricos resaltaban como oasis en medio de la arena.

Al llegar al centro de Jerusalén, vimos decenas de niños árabes

corriendo detrás de los coches y de los turistas, mendigando dinero y golosinas. Rehenes de los tiempos modernos, sabían que sus padres habían sido expulsados de esas mismas tierras...

Recorrer Jerusalén fue como viajar en el tiempo. Los judíos ortodoxos, inclinados frente al Muro de los Lamentos con sus peies, filacterias y largas barbas meciéndose al viento, me recordaron a los judíos de la calle Krochmalna de Varsovia. Alice, incrédula, se detenía a mirar a las mujeres vestidas con demasiadas ropas para semejante calor. Israel comenzaba a alzarse desde las cenizas, y aunque faltaban mercancías, agua y edificios en los que vivir, todos se mostraban felices y decididos a hacer los esfuerzos para construir un país para los judíos.

En eso también estaba parte de mi familia. El hermano mayor de mi padre, con quien me había escrito desde los tiempos en que vivíamos en Alemania, había muerto hacía ya unos años. Su hijo, Fimek, se había recibido de ingeniero agrónomo y ahora estaba trabajando en algo referido al riego de los kibbutz. Con él recorrimos algunos lugares y conversamos sobre la suerte que habían tenido él y su padre al escapar con vida de Polonia antes de que estallara la guerra. Ahora era un israelita convencido, y ponía todo su empeño en mejorar la producción de cítricos que eran la base de la economía regional.

En Jerusalén también visitamos a mi tía Lola, la viuda del único hermano de mamá. Con ella estaba su hijo Mietek, el único que había sobrevivido a la guerra. Él y su hermano mellizo habían nacido en 1941, poco antes de que los alemanes llevaran a cabo la Solución Final. En 1942, Mietek había enfermado, y por eso la madre de Lola había decidido esconderlo en la casa y taparlo con mantas y viejos periódicos para que, en caso de que los SS requisaran el edificio, no lo descubrieran mientras ella visitaba a una amiga acompañada por el otro mellizo. En medio de la calle, abuela y nieto fueron detenidos por los SS y cargados en los trenes con destino a Treblinka. Al mismo tiempo, otros SS requisaban el edificio sin prestar atención a un amasijo de mantas que se sacudía. Así, sin saberlo, la abuela había muerto con uno de los nietos pero había logrado salvarle la vida a Mietek. Ahora él y su madre eran el único vestigio de la familia que

habían sabido tener en Polonia. Su historia revivió en mi memoria el momento en que Pietruszka salvó a Teo llevándoselo por las alcantarillas, la desaparición de Helena, la hermana de Edek, y el niño que pasaba las tardes jugando con Teo en el departamento de la calle Lezno... Las historias se repetían una y otra vez, y nuestro sufrimiento, adormecido por el paso del tiempo, era como un hueso mal curado que en los días de lluvia vuelve a causar dolor.

Poco después regresamos a París para emprender el viaje a la Argentina. Edek, apurado por obligaciones laborales, decidió tomar un avión. Alice y yo, en cambio, teníamos todo el tiempo del mundo. Regresamos en el *Julius Caesar*, pero a diferencia de nuestro primer viaje en barco a Argentina, esta vez lo hicimos en primera clase y pudimos disfrutarlo con placer. La travesía duró diecisiete días. Por la mañana, después de desayunar en el comedor, con Alice nos sentábamos en la cubierta para leer y conversar bajo el sol. En ningún momento volvimos a tocar el tema de Teo, Edwarda y Boris.

Al fin, cuando el barco alcanzó el puerto de Río de Janeiro, mientras algunos pasajeros bajaban a tierra para recorrer la ciudad, entre toda la gente descubrí el rostro amado que avanzaba hacia nosotras. Al ver a Teo, Alice lanzó un grito de alegría. A la distancia, lo oí decir: “Sorpresa, hermanita”. “¿Vos sabías?”, preguntó Alice mirando en mi dirección. Asentí. Los dos se abrazaron largamente, y durante los segundos en que se miraron a los ojos temí que Alice confesara que sabía la verdad. Pero se mantuvo callada. Ahora ella también era parte de nuestro secreto.

Cada año Edek viajaba a Europa para conocer antes que nadie las nuevas colecciones de moda que se venderían en Argentina al año siguiente y, de esta forma, tener las prendas listas antes que todos sus competidores. Disfrutaba los viajes, que además le permitían visitar a sus amigos dispersos por el mundo. Pero en febrero de 1966 le costó marcharse. Durante los últimos dos meses Teo se había mantenido fuera de casa más que de costumbre; además de la enorme cantidad de horas que pasaba en la fábrica, ahora también salía por las noches y los domingos, cuando nosotros paseábamos o comíamos con nuestros amigos polacos, él siempre prefería hacer otra cosa. Pronto supimos que se veía con una mujer.

En cualquier caso aquello no nos hubiera resultado extraño: Teo tenía veintisiete años y, por lo tanto, edad más que suficiente para conocer a una chica. El problema era que ninguno de nuestros amigos sabía quién era esa mujer. Nadie había visto a Teo en una situación comprometida, ni siquiera acompañado; ninguno había oído comentarios de terceros acerca de su relación, aunque todos sabían que se veía con alguien… Entonces la posibilidad de que Teo eligiera a una chica que no fuera judía nos llenó de tristeza, y a esa tristeza se le sumaba la ansiedad que nos generaba el hermetismo de Teo, que entraba y salía de casa sin decir una sola palabra al respecto.

De pronto Edek perdió toda su seguridad. No sabía qué hacer. Por las noches lo oía dar vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño, presa de cien pesadillas que tenían un mismo final: Teo casado con una católica. A Edek el insomnio comenzó a irritarlo durante el día, su humor se volvió crispado, irascible. Cayó en una amarga depresión. Yo lo acompañaba en su dolor con silencios y unas lágrimas nerviosas que me tallaban dos surcos en el rostro.

Al fin un día, al levantarse de la cama, Edek se acercó a mí y dijo:

“Necesito un consejo”. Justo él, que siempre había sido hombre de consulta de aquellos amigos, conocidos o desconocidos, ahora necesitaba que alguien le dijera qué hacer. Sin embargo, cuando otros hubieran consultado a un rabino y, así, las leyes escritas que dirigían nuestra cultura y religión, Edek, que sólo creía en los hombres, decidió llamar a sus mejores amigos. Pasó una tarde junto al teléfono, con un gesto expectante, de súplica, y unos dedos indecisos que nunca acertaban los números que debía marcar. El primer llamado fue para Henri Jibert, su amigo de Francia; luego a Mundek Muscablit y por último a Julio Gotlieb. A media voz, avergonzado, desencajado en su nuevo papel de hombre inseguro, a todos les preguntó lo mismo: “¿Qué hago con Teo?”. La respuesta fue unánime.

Reconfortado por haber encontrado una solución, viajó a Europa para cumplir con su trabajo y regresó con la tranquilidad necesaria para ejecutar su plan. En primera instancia, alejaría a Teo de Buenos Aires el tiempo que fuera necesario para que olvidara a aquella chica que nos quitaba el sueño.

Era marzo, y el verano resistía aferrado al pavimento de las calles con su calor infernal. Y el infierno no tardó en extenderse a nuestra casa. Aquel día me extrañó que Edek y Teo hubieran regresado tan temprano de la fábrica. Luego, noté que Teo estaba nervioso; con el sudor, la camisa se le había adherido al torso. Más me preocupaba la cara de Edek: en su rostro colorado de furia vi encarnados todos mis temores. No hablaban, se limitaban a resoplar como dos perros amenazantes. Teo iba de un lado a otro de la casa y de a ratos se detenía sólo para decirle a Edek: “No te estoy pidiendo permiso”. Asustada, le pregunté a Edek qué había pasado. “Le dije que a partir de ahora a Europa va a viajar él, pero me dijo que no puede porque… se va a casar.” La frase me tomó por sorpresa: “¿Cómo que se va a casar?” “Se quiere casar con una que conoció hace dos meses… y encima con una…”. Edek se detuvo. “¿Con quién?”, pregunté, temerosa. Teo me miró con los ojos en blanco, cansado de tantos planteos. “Con una católica”, se quejó Edek. “Con Miriam”, dijo Teo. “Quise hablar con ella, hasta me tomé la molestia de ir hasta su casa,

y la muy orgullosa no me quiso atender", bufó Edek. "¿Cómo que no te quiso atender?", pregunté. "Te invitó a subir y vos no quisiste", la defendió Teo. "Le pedí que bajara y no quiso, ¿sabés qué dijo? *Si quiere hablar conmigo que suba a verme*, ¿quién se cree que es? ¿Una princesa? Yo sólo quería hablar con ella…", dijo Edek. "No querías hablar, querías pedirle que se convierta", dijo Teo. "Y la hubiera convencido si se hubiese dignado a escucharme", dijo Edek y, con una furia desmedida, extraña en él, agregó: "Pero, claro, la princesa es demasiado fina para aceptar encontrarse con un judío". Esta vez Teo no lo perdonó: "Basta, a mí no me importa que ella sea católica… toda la vida me dijiste que judíos y católicos somos iguales, ¿y ahora te agarra un ataque de judaísmo?"

Yo lloraba, incapaz de hacer ni decir nada más que gemir y lamentarme sentada a la mesa, viendo cómo Teo se disponía a pasar el resto de su vida con una católica. En un momento, sin darme cuenta me tiré de un mechón de cabello para sentir más el dolor. Gemí y volví a llorar; la idishe mame que llevaba dentro se había liberado y ahora se lamentaba por todos sus dolores.

"Si te querés casar, ella se tiene que convertir en judía", Edek repetía sin cesar el consejo que le habían dado sus amigos, tan enceguecido que ni siquiera reparaba en la sonrisa burlona de Teo, que decía: "Si no quiere, yo me voy a casar igual". En medio de mi dolor no podía dejar de sorprenderme: Teo se había convertido en un hombre, y ese hombre estaba hecho a la medida de su padre.

Alice, que había presenciado todo en silencio, en un momento que no pude determinar nos gritó: "Son unos retrógrados" y se marchó dando un portazo. Hasta entonces nunca se había atrevido a enfrentarnos, siempre había aceptado nuestros consejos sin pedir concesiones, pero su fidelidad a Teo le había dado valor para gritarnos. Sin darnos cuenta, estábamos siendo cuestionados por nuestros dos hijos.

Al fin, la discusión se fue apagando, no porque hubiera quedado resuelta sino porque los gritos y las lágrimas nos habían dejado agotados. Teo se dirigió a su cuarto y desde el living lo oímos conversar por teléfono. "No puede ser", le dije a Edek sacudiendo la

cabeza.

Cuando Teo volvió a salir, Edek intentó convencerlo sin agresiones: "Por favor, Teo, decile a esta chica…" "Se llama Miriam", remarcó Teo. "Miriam. Decile a Miriam que venga a tomar un café acá y yo me voy a ocupar de convencerla para que se convierta al judaísmo…" "Como quieras", dijo Teo y se marchó.

En su ausencia comencé a caminar por la casa como una desquiciada, llorando y gimiendo con la misma afectación de un judío ortodoxo exagerado frente al Muro de los Lamentos. Edek temía que todo fuera un capricho, que después de casarse con la chica que había conocido hacía sólo dos meses, Teo acabara arrepentido. A mí lo único que me preocupaba era que hubiera decidido casarse con una católica. No tenía más razones que un prejuicio absurdo pero a la vez justificado. Lo habíamos educado para que sintiera iguales a todos los hombres más allá de su posición económica, su origen o su religión, y ahora el peso de todos aquellos valores nos estaba hundiendo en un pozo oscuro. Católica. La palabra volvía a traerme los rezos fingidos a la Virgen y todas las estratagemas que Edek y yo habíamos aprendido y repetido hasta el cansancio para sobrevivir. Habían sido los católicos los que habían hecho oídos sordos frente a la muerte de mi madre, de mi hermana, frente a la reclusión de Teo en casa de la Stempke y frente a cada una de las marginaciones que habíamos tenido que soportar por no ser como ellos. Y ahora Teo iba a casarse con una católica.

Teo regresó un par de horas después. Al entrar, dijo: "Mañana Miriam y su padre van a venir a tomar un café para hablar con vos". Su respuesta nos dejó atónitos; quizá, en el fondo, esperábamos que aquel escándalo acabara con la negativa de la chica en cuestión y su definitivo alejamiento de Teo. En cambio, me oí decir: "¿Y por qué no viene también la madre, y cenamos todos juntos?"

Por la noche, Edek y yo permanecimos despiertos, conversando, llorando de frustración. Cuando despuntó el alba y los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana, me convencí de que todo aquello terminaría de muy mala manera.

Al día siguiente traté de ocupar mis pensamientos con los preparativos de la cena. Fue en vano, ya que al apoyar cada plato, cada copa sobre el blanco mantel, pensaba que otra vez estábamos perdiendo a Teo en manos de católicos. Me indignaba que aquella chica no hubiera aceptado conversar con Edek. Y yo también, como él, me dije: "¿Se cree que es una princesa?"

Y realmente la chica que entró esa tarde a mi casa era lo más parecido a una princesa: alta, con dos ojos azules inquietos como mariposas, la piel blanca apenas teñida por el sol, y una cabellera dorada que coronaba un cuerpo esbelto, delicado. Miriam era preciosa. Y católica.

La saludé sin mirarla a los ojos. Detrás de ella entraron sus padres: una mujer tan delicada y bella como su hija y un hombre sereno y elegante que se presentó como Juan Bautista Sansserri, juez camarista de la Nación. Incómodos, los seis pasamos a la mesa. Durante toda la comida conversamos sobre trivialidades, aunque nada de ello logró desviar mis prejuicios y temores de aquellos invitados que, a diferencia de los que siempre venían a casa, no hablaban polaco.

Luego del postre, con ansiedad, ajenos a todos los escollos que los amenazaban, Teo y Miriam presentaron una excusa cualquiera y se fueron de la casa. De pronto sólo quedamos Edek y yo, enfrentados a los padres de Miriam. En su seriedad, podía notar que Edek haría lo que fuera necesario para impedir la boda.

"Parece que nuestros hijos se quieren casar", dijo el padre de Miriam para romper el silencio. "Así parece", dijo Edek. El hombre sonrió: "Yo acabo de enterarme. Ayer estaba en el Jockey Club y recibí un llamado de Teo. Lo noté muy preocupado. Me dijo que se quiere casar con mi hija pero que ustedes primero tienen que hablar con ella…" En su tono no había acusaciones, sino una racionalidad medida, cómplice, que apuntó a Edek buscando un aliado y no un enemigo. Edek, por su parte, le había permitido empezar y ahora lo evaluaba con los ojos entornados. "Yo estoy tan sorprendido como usted, Erlich. Se conocen hace muy poco… pero, al margen, le digo que Teo es encantador, inteligente, respetuoso…" "Gracias", dije por decir algo. "¿Y ustedes no quieren que mi hija se case con Teo

porque…?", comenzó a decir Sansserri, pero Edek lo interrumpió: "No, no es que no quiera. Lo único que pido es que ella se convierta al judaísmo". Sansserri asintió. "Entiendo", dijo, "ustedes sufrieron muchas injusticias por ser judíos… ¿pero qué pasa si yo le pido a Teo que se bautice antes de casarse?". La frase me provocó un mareo: Teo no sólo se casaría con una judía sino que estaba a punto de convertirse en católico… "¿Ustedes aceptarían mi pedido?", dijo el hombre con una sonrisa sincera. "No", contesté. Edek se había callado, como si las palabras de aquel hombre que acababa de conocer le hubieran aclarado más que el consejo de cien rabinos.

Luego de un silencio demasiado extenso, Edek comenzó a hablar: "Yo no me opongo a que se casen como quieran, lo que me preocupa es cómo van a educar a mis nietos". Sansserri chasqueó la lengua. "Lo entiendo, pero… si todavía no están casados, ¿le parece que es momento para pensar en nuestros nietos? Y en el caso de que tengan hijos y nos hagan abuelos, más allá de que sean católicos o judíos para mí mis nietos van a ser mis nietos, los voy a querer igual…" Avergonzado por la racionalidad de aquel hombre, una racionalidad que el mismo Edek había tenido hasta que comenzó todo aquello, mi marido se defendió: "Yo también los voy a querer como sean, pero quiero saber cómo los van a educar…". Sansserri apoyó los codos en la mesa y, con la misma delicadeza con la que había tomado los cubiertos y comido y bebido desde su llegada, se limpió la boca con una servilleta. Luego alzó brevemente las cejas, con una extrañeza buscada, para decir: "¿Usted no confía en su hijo? Mire, yo confío en mi hija y nunca, nunca voy a decirle cómo debe criar a sus hijos. Ella y Teo son bastante grandes como para saberlo, y son buenas personas como para elegir lo mejor".

De pronto vi que Edek bajaba los hombros, liberado o vencido por la tensión que venía soportando a causa del insomnio. Tras varios días de ceguera, ahora miraba al padre de Miriam con admiración; había recobrado la calma, y de pronto comprendió todos y cada uno de sus argumentos. Entonces, sonriendo, Edek dijo: "¿Sabe que tiene razón?".

La única condición que le puso a Teo fue que esperara un año antes

de casarse. En septiembre, el taxi en que viajaba el padre de Miriam fue embestido por otro automóvil. El choque fue leve, pero suficiente como para propagar por todo su cuerpo el cáncer de pulmón que hasta entonces tenía controlado. Así, absurda, tristemente, Juan Bautista Sansserri murió luego de unas semanas de agonía. El hombre que había hecho posible el compromiso no vería consumada la boda.

Aquella desgracia nos sacó del error de confundir con una princesa a la muchacha sencilla de la que se había enamorado Teo. Si bien era mayor que ella, Miriam conversaba con Alice con toda naturalidad. Nos trataba a todos con una cortesía afable y cariñosa que pronto fue mutua. Edek no le guardaba rencores. Miriam le había puesto límites desde un primer momento, pero con el tiempo él había entendido que aquello no había sido una ofensa sino una muestra de carácter. La muchacha tenía una seguridad a prueba de todo, y él la respetaba por eso. Incluso, entre nosotros dos, dejamos de hablar polaco en presencia de Miriam para no remarcar diferencias. Edek nunca volvió a mencionar la posibilidad de su conversión; es más: aceptó con sumisión que no se realizara ningún tipo ceremonia religiosa, ni siquiera una mixta. Con respecto a la fiesta, Teo quería hacer algo sencillo. Siempre intentaba pasar desapercibido como aquel chico que se había escondido de los nazis.

Se casaron en una dependencia del Registro Civil en febrero del año siguiente. Luego, recibimos a los invitados para almorzar en casa. Apenas unos amigos de Teo, familiares de Miriam y unos amigos nuestros. Teo estaba feliz, y su felicidad henchía mi orgullo de madre. El tiempo nos había convencido a Edek y a mí de que éramos los auténticos padres de Teo, y vivíamos sus aciertos y sus errores con la aprensión que siempre despiertan los hijos. De a ratos, el recuerdo de Edwarda volvía y me encontraba feliz, la vida me había obligado a interpretar un papel de madre que ahora me llenaba de recompensas. Miriam me trataba como una nuera abnegada pero firme, y a veces retenía mi mano entre las suyas con los ojos vidriosos de emoción. “Usted salvó a Teo”, me decía, “debe ser una de las mejores madres del mundo, por cómo lo quiere…”

A mí ya no me preocupaba que Teo hubiera decidido casarse con

una católica. El tiempo, el carácter de Miriam y su trato habían despejado mis prejuicios más elementales. Como quien despierta de un trance, sentía vergüenza por la actitud que había tenido con Miriam, por cuanto le debíamos la vida a un católico llamado Pietruszka.

Diez meses después de la boda, Miriam dio a luz una hermosa niña a la que llamaron Andrea. Era 1967, apenas había cumplido mis cuarenta y cinco años y ya me habían convertido en abuela. Mis amigas me felicitaban y aquellos que, en su gran mayoría, desconocían la verdad sobre Teo, se sorprendían de encontrarse con una abuela tan joven. Yo estaba eufórica.

La fábrica había despegado de forma definitiva, y gracias a eso podíamos viajar por el mundo cuantas veces quisiéramos. Nuestra familia no tenía de qué quejarse: Alice, que estaba estudiando biología en la universidad, había conocido a un muchacho de origen judío con el que ya se había comprometido. En verdad, el pobre muchacho había tenido que soportar las presiones de Edek como tiempo atrás le había pasado a Miriam. Edek corría con la ventaja de que Eduardo era un chico judío de la colectividad, de buenas referencias, por lo que no debía preocuparse. Eso sí: la tercera vez que el chico vino a visitar a nuestra hija, con una formalidad a contrapelo de los tiempos que corrían, Edek le exigió que aclarara sus intenciones. Fijaron fecha para el año siguiente, y se casaron con todas las pompas que Teo había rechazado para su propio casamiento.

Esta vez Edek se pudo dar el lujo de ver a su hija casada en un templo; incluso le eligió un departamento amplio, bien iluminado, y también se encargó de decorar los salones con muebles y adornos que él mismo compró. Los consejos, la confianza que la gente había depositado en él a lo largo de su vida habían terminado por convertirlo en un titiritero que dulcificaba sus imposiciones con mano generosa, y disfrutaba de poder darles a sus hijos todas aquellas cosas que nos habían faltado a nosotros.

Ese mismo año recibimos un pedido de Bozena. Su hija estaba a

punto de acabar el colegio secundario, y quería estudiar biología en Londres. Al parecer, el Partido Comunista Polaco le permitía salir del país, pero no tenía dinero con que pagarse la carrera. Bozena llamó y, como siempre, fue directo al grano. ¿Estábamos dispuestos a ayudar con dinero a su hija? Inmediatamente Edek hizo un giro bancario y la chica se dirigió a Londres.

Poco después viajamos a Francia. Bozena acababa de establecerse en París, y al fin pudimos verla después de tantos años. Vino acompañada por su marido, un ex militar polaco muy atento y buen conversador. Se habían conocido en Varsovia poco después de la guerra. Cuando él le propuso casamiento, a Bozena no le quedó más remedio que confesar que era judía. Sonriendo, él aceptó que también era judío. Ahora el hombre decía: "Tenía un cabo a mi servicio, que una vez volvió a la oficina con el ojo morado. Le pregunté qué le había pasado, y él me contestó: *Un soldado dijo que usted era judío, así que tuve que defender su nombre*. Le dije que se lo agradecía, pero que yo era judío. Casi se muere del susto".

Con los años, Bozena se había convertido en toda una mujer. Era física y trabajaba como investigadora en la universidad. Y sin embargo la seguía viendo como aquella niña que quedó huérfana en el ghetto. La vida, al fin, también había sido justa con ella.

El segundo hijo de Teo resultó ser un varón, y todos aquellos temores frente a la boda de Teo y Miriam volvieron a despertar nuestro nerviosismo al no saber si sería circuncidado o si le darían el bautismo católico. Miriam y Teo permanecían herméticos sobre el tema; felices de ser padres, no reparaban en unos abuelos extremadamente preocupados. Sin embargo nosotros no nos animábamos a preguntar nada por respeto, y también porque no estábamos seguros de querer oír la respuesta.

A veces, cansada de las preguntas de Edek, le decía: "¿Y por qué no le preguntás qué van a hacer?", a lo que él respondía con un gesto severo, temeroso por la posible reacción de Miriam. Aquella muchacha había logrado mantenerlo a raya a él, que todo lo podía. Ni siquiera le habían permitido elegir el departamento donde fueron a

vivir luego de la boda. Miriam y Teo decidían por ellos, y eso Edek lo respetaba en silencio. En ocasiones, cuando los visitábamos y nadie lo veía, no podía controlarse y quitaba los adornos del lugar en que estaban para ponerlos donde a él le parecía mejor. Pero nunca iba más allá, se contentaba con eso, una muestra de poder en el vacío. Miriam y Teo fingían no verlo, y cada vez que nos marchábamos volvían a poner cada objeto en su lugar. Esa intimidad se basaba en un respeto mutuo, tan grande que nos impedía hacer preguntas indiscretas como, por ejemplo, si nuestro nieto sería judío o católico.

Una semana después del parto Teo nos confirmó que su hijo sería circuncidado. Aliviados, aunque ya habíamos borroneado una lista con más de cien invitados, aceptamos que Teo no quería organizar ninguna fiesta. Celebramos el bris de Oliver días más tarde en diciembre de 1969, en nuestra casa, rodeados apenas por los familiares y amigos más cercanos.

Si el nacimiento de Oliver lo vivimos con nerviosismo, el de Ary, el segundo hijo varón de Teo, fue pura excitación. Había nacido en marzo de 1972, y sabiendo que Teo y Miriam le harían el bris como a su hermano, nos permitieron celebrarlo a lo grande. Invitamos a todos nuestros amigos y familiares, a los de Miriam y los amigos de Teo. En un momento de la fiesta, al pasar junto a Edek y Miriam, oí a mi marido decir: “Ary heredó mis ojos”. A veces usaba frases como esa para zanjar discusiones originadas por la identidad de Teo, por los parecidos que nadie encontraba. Sin embargo esta vez lo decía con orgullo, convencido de que tenía la misma sangre y los mismos genes que aquella criatura. Todas las batallas que había librado por y con Teo habían terminado por convencerlo de que era su padre. De alguna manera, ahora Edek era quien más necesitaba el secreto.

Mientras lo observaba, Miriam me abrazó sin motivo aparente y luego se alejó en dirección a Teo. Había algo en su mirada que parecía atravesar todos nuestros silencios, pero jamás cuestionaba las historias difusas que contábamos sobre la infancia de Teo. Su actitud me desconcertaba.

Como cada año, ese Yon Kipur cenamos todos juntos en casa antes de ir al templo. En un extremo de la mesa, Edek trataba de escaparse de la pequeña Andrea, que se resistía a dejarlo partir. "¿Adónde vas, Lito?", preguntaba. Si Miriam había logrado ponerle límites a Edek, Andrea tenía el poder suficiente como para cambiarle el nombre: ahora todos lo llamaban Lito, apenas el diminutivo de una palabra que para Andrea era difícil de pronunciar. "Dale, Lito, ¿a dónde vas?". "Al templo", dijo Edek en voz baja. "¿Qué es el templo? Yo quiero ir con vos, llevame al templo", gritó Andrea. Edek palideció; sentada junto a él, pude ver que alzaba la vista en dirección a Miriam, que había oído todo desde el otro extremo de la mesa. "Quiero ir al templo con Lito", repitió Andrea. "Sólo si tu madre lo permite", dijo Edek sosteniéndole la mirada a Miriam. Aunque todos hablaban, yo pude escuchar el silencio. "Por supuesto, ¿cómo no voy a querer?", dijo Miriam y agregó: "Pero abrigate que hay viento".

En el auto, de camino al templo, Edek no pronunció una sola palabra. Estaba demasiado impresionado con el modo en que se habían resuelto las cosas. Miriam había espantado todos sus temores con su sonrisa de princesa. Al llegar a la calle Libertad, mientras Andrea bajaba del auto, oí a mi marido decir: "Esa chica vale más que cien judías".

Aquella panacea familiar duró otros dos años. La incertidumbre que había generado la asunción de Cámpora, durante su presidencia se convirtió en una recesión que acabó paralizando a todo el país. Por entonces la fábrica tenía más de doscientos empleados, la mayoría exclusivamente dedicados a la confección de prendas terminadas. Sin embargo este sector sólo generaba un tercio de las ganancias. El grueso de los ingresos se debía a la producción y venta al por mayor de telas que Teo había impulsado. Ahora sostenía que si la fábrica se abocaba totalmente a la producción de telas ahorraríamos la gran cantidad de mano de obra, tiempo e insumos que exigían las prendas confeccionadas. Edek aceptó su propuesta en silencio, necesitábamos un cambio de rumbo para paliar la tormenta.

Así Andeslan & Asociados dejó de fabricar las prendas de vestir que

Edek había vendido desde su llegada a la Argentina para dedicarse sólo a la producción de telas, un salto generacional encarnado por Teo. En el cambio, más de ciento cincuenta empleados quedaron sin nada que hacer. Cobraron su merecida indemnización y fueron despedidos.

Pero eso tampoco ayudó a superar la crisis. El anuncio de la vuelta de Perón terminó de arruinar el mercado textil y todos los demás rubros industriales. Los sindicatos pronto organizaron huelgas en reclamo de los privilegios perdidos, y comenzaron los conflictos, y las persecuciones y los asesinatos estallaron en toda la industria. Al fin, ya no hizo falta que la fábrica continuara produciendo nada: las telas se hubieran amontonado sin que nadie las comprase.

Los últimos veinte empleados que nos quedaban exigieron ser despedidos: cualquier indemnización era mejor que esperar la quiebra de la empresa. Edek y Teo no sabían qué hacer. Al fin decidieron cerrar la fábrica durante dos meses; los empleados cobrarían su sueldo a cambio de que no buscaran otro trabajo y se mantuvieran preparados para volver en cuanto se los necesitara. La crisis también había acabado con mi trabajo; en su decisión de no fabricar más prendas, los trajes de baño y los desfiles se convirtieron en lujos de una época pasada. Después de mucho tiempo, Edek y yo quedamos desocupados, y volvimos a casa. Sólo entonces reparamos en que nuestros hijos se habían marchado.

Teo venía a conversar con su padre, tratando de encontrarle una salida a la situación. Ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse, mucho menos a declararse en quiebra. Como el héroe que era, Edek repetía una frase que en sus labios sonaba a refrán: “Si yo hice negocios con los nazis no voy a fundirme ahora”.

No se equivocaba. Con la llegada de Perón volvieron a estabilizarse las cosas. Pronto, el mercado recuperó su vigor y volvió a reclamar mercaderías. La crisis había hundido a la mayoría de nuestros competidores, y sumado a que éramos unos de los pocos que la habíamos superado sin contraer deudas, fuimos los primeros en salir a flote.

Para 1974 nos dedicábamos exclusivamente a la fabricación de telas. Cansado, Edek presenciaba el final de la vida comercial de su generación. Sus clientes, socios y proveedores estaban muertos o se habían retirado para dejar todo en manos de sus hijos, o bien de los nuevos fabricantes. Y él había vivido demasiadas cosas para empezar de nuevo y lidiar con esos novatos con los que se manejaba Teo. Decidió dejar todo en manos de su hijo y se abocó a las finanzas de la fábrica. Comenzó a trabajar sólo medio día. Por las tardes hacía ejercicios, visitaba a los amigos… siempre encontraba algo para hacer. Lejos de verse relegado, se dedicó a viajar y disfrutar de todo aquello que había construido en América. Tanto él como yo sentíamos que ya habíamos pagado por adelantado la cuota de esfuerzos y dolor hasta el resto de nuestras vidas.

Dicen que el siglo XX fue el más convulsionado de la Historia. Coincido. Un año después de haber superado la crisis que trajo consigo la vuelta del peronismo, nos arrastraron las consecuencias de la muerte de Perón. Algunos diarios hablaban de asesinatos y desapariciones. El gobierno de la viuda del General se tambaleaba frente a la guerrilla y el ansia de los militares. Para entonces Alice ya se había recibido y ahora daba clases en la Universidad de Buenos Aires. Así que cuando el gobierno decidió intervenir las universidades, ella se quedó sin trabajo.

Desde siempre se había criado con las anécdotas de nuestros tiempos en Europa, tiempos que ella no podía recordar. Las veces que habíamos viajado juntas la había visto fascinada por el esplendor de París. Ahora, con dos hijos, un marido y una carrera universitaria se había quedado desempleada, y el futuro que se avecinaba en la Argentina alentaba a todos a dar cualquier salto. Entonces Alice supo que había llegado el momento de hacer su propia experiencia. Averiguó los datos y se aventuró a cursar un posgrado en Francia.

Más allá de valorar su sed aventurera, el viaje de Alice no me provocó demasiado entusiasmo. Estar alejada de mis nietos me parecía una locura. Además, yo sabía lo que era empezar de cero en otro sitio, y lamentaba que justo ahora que podíamos tener todo lo que necesitábamos Alice quisiera arreglárselas sola. Al fin, mis reclamos de idishe mame fueron tomados sólo como eso. Esta vez, ni Edek logró detenerlos.

Por entonces no teníamos mucho que hacer. Si bien Edek trabajaba por las mañanas, por las tardes compartíamos el tiempo entre amigos y paseos. Atrás habían quedado los tiempos en que yo trabajaba, y aunque me aliviaba no tener que hacer más esfuerzos, a veces

extrañaba la oficina, el murmullo de mis clientes atentos al andar de las chicas que enseñaban nuestras mallas. Con el paso de los años y la discontinuidad en su producción, la marca había comenzado a perder vigor y ahora estaba al borde del olvido. Una ex clienta, propietaria de una boutique, confiaba tanto en la prenda que intentó comprarnos la marca. Una vez que acordamos el precio del traspaso, la mujer nos citó en la oficina de su marido para darnos el dinero. Al llegar, descubrimos que el lugar era un hotel alojamiento. Edek detuvo el auto en la vereda; asombrado, con el motor en marcha pensaba qué debía hacer. Del hotel salieron dos parejas furtivas, que se perdieron por la calle con disimulo. “Una cosa es hacer negocios en el ghetto y otra andar entrando a estos lugares”, dijo Edek irritado y pisó el acelerador. Prefería renunciar a un negocio a tener que ceder en las formas. Así, nuestra línea de moda fue condenada al olvido.

La fábrica, en cambio, crecía y se desarrollaba con éxito. Teo la había convertido en una de las mejores del país, los clientes estaban satisfechos y nos recomendaban entre sus pares. Edek estaba orgulloso de Teo, de que hubiera llegado más lejos que él. Había aprendido sus lecciones, y eso engrandecía aún más su triunfo. Éramos felices. Como Teo, con los años nosotros dos también habíamos aprendido a despojarnos de esa coraza que nos había sabido proteger a lo largo de nuestras vidas, y ahora veíamos crecer a nuestros nietos con la seguridad de que ya nadie nos quitaría nada.

Como podíamos disponer de nuestro tiempo, nos sumamos a un grupo de amigos que planeaba viajar a Italia. Lo venían haciendo desde hacía un par de años. Más allá de lo tentador de la propuesta, viajar a Europa era una excusa perfecta para pasar por Francia y visitar a Alice. Por lo que sabía, se habían establecido en París. Santiago y Ana, sus hijos, iban al jardín de infantes y ella estudiaba para su posgrado. Eduardo, que era ingeniero, había conseguido trabajo en una empresa constructora. Sin embargo temía que necesitaran nuestra ayuda.

Al llegar a París comprobamos que no llevaban precisamente una vida cómoda. Entre el estudio y el trabajo, ni a Alice ni a Eduardo les quedaba tiempo para ocuparse de la casa. Jóvenes como yo lo había

sido hacía ya tanto tiempo, ni siquiera les molestaba que la ropa estuviera desparramada por todo el monoambiente que conformaba su casa. Edek les ofreció contratar una mucama, ellos lo rechazaron. No nos quedaba más que compartir sus impresiones y guardarnos para la intimidad del hotel nuestro estupor de padres aburguesados. Al fin, luego de verlos durante algunos días, nos marchamos de París con la tranquilidad de saber que Alice y los suyos eran felices con la aventura que estaban viviendo.

En Italia nos esperaban decenas de judíos sobrevivientes de todas partes del mundo, que se reunían durante diez días al año en Montecatini para disfrutar del paisaje, las termas y el recuerdo compartido… Durante la guerra, el señor Paccini, dueño del hotel Croce de Malta, había escondido a varias familias de judíos para evitar que cayeran en manos de los nazis y los fascistas italianos. Los sobrevivientes, que ahora disfrutaban de una buena posición económica, se reunían allí con sus amigos para celebrar la vida y, de alguna manera, retribuir los favores a los hijos de aquel hombre justo.

Al llegar, comprendimos que más allá del deber moral que todos sentían para con el antiguo dueño, la elección del hotel se debía también al lugar donde estaba ubicado: las vistas de la Toscana, el sol cayendo sobre sus montes verdes y los pastizales ocres, todo aquello daba una serenidad infinita. Allí nos encontramos con varios amigos y amigos de amigos, a algunos incluso nos sorprendió verlos precisamente allí, después de tanto tiempo. Todos habían cambiado: el paso del tiempo había hecho que sus rostros, sus cuerpos y sus gestos, ahora cansados, dejaran de coincidir con aquellos que guardaba en mi memoria. Como nosotros, todos habían superado las miserias de la guerra y ahora disfrutaban su victoria. Había abogados, doctores, empresarios que habían construido imperios desde las cenizas, y se acercaban agitando en el aire las fotos de sus hijos y nietos. Habían estado al borde de la muerte, de la destrucción total, pero ahora todos se paseaban con pantalones blancos, sandalias de cuero y camisas frescas bajo el sol de la Toscana, bebiendo vino blanco y saboreando unas olivas como si el mundo fuera eso: un lugar agradable donde sólo

se puede ser feliz.

Durante diez días vivimos una especie de ensueño. En las mesas se oía hablar ruso, idish, polaco… A unos kilómetros de distancia, las termas nos ayudaban a descansar el cuerpo. Fue allí donde conocí a Bella. Estaba vestida apenas con una bata, como todos, pero me había detenido a mirar sus pies: unos pies gigantes para un cuerpo tan pequeño. Al parecer la miré más de la cuenta, porque ella comenzó a reír. "Tengo pies grandes", dijo. "Mientras los nazis estuvieron en Bruselas permanecí escondida con mis padres. De los diez a los trece años estuve sin salir a la calle, llevando la misma ropa y los mismos zapatos. A medida que crecía, los dedos de mis pies iban presionando el cuero de los zapatos hasta que se rompieron. Entonces ya no me volvieron a apretar." Las dos soltamos una carcajada. Con el tiempo habíamos aprendido a reírnos de determinadas cosas.

El día transcurría entre anécdotas, partidas de naipes y largas comidas que siempre nos dejaban lo suficientemente exhaustos como para dormir la siesta. Los atardeceres eran calmos, y conversábamos hasta la hora de la comida. Sin embargo, cuando llegaba la noche y, cansados del día, bebíamos vino junto a la chimenea, siempre había alguien que indirectamente hablaba de la guerra, y otro sacudía la cabeza y al fin una voz queda hacía uno de esos comentarios que nos empujaban a recordar las heridas más profundas, los nombres más extrañados, y uno a uno, hablando o en silencio, todos íbamos cediendo al dolor. El hombre que estaba sentado frente a mí decía que se había salvado gracias a un cura. "Fue en Galitzia. Yo estaba escondido en el bosque con otros judíos. Era invierno y no había nada que comer. Un día, en el sermón de la mañana de la iglesia de un pueblo cercano, el cura dijo que en los bosques vivía gente que necesitaba ayuda. Al día siguiente descubrimos una gran cantidad de comida sobre la nieve. Una palabra del cura bastó para que la gente se decidiera a ayudarnos. El problema es que en ese entonces muchos eran mudos." Otra mujer que estaba en la mesa festejó su ironía con una sonrisa. Después dijo: "Yo soy polaca, y los nazis mataron a toda mi familia. Tenía once años, y comencé a buscar un escondite sola, por las calles de Varsovia. Terminé en un orfanato. Ahí conocí a un

chico, que cuando terminó la guerra me dijo que se marchaba a Francia porque allí vivía un amigo de sus padres. Ese amigo resultó ser mi tío". Pronto tuve la sensación de que estaba sola en una sala de espejos: las desgracias ajenas se confundían con la mía, sólo que cambiaban los nombres de los muertos. Todos teníamos hermanos, padres, hijos y amigos que había sido asesinados por los nazis y todos teníamos la imperiosa necesidad de contarlo. Animada por los relatos que se sucedían a mi alrededor, yo también comencé a contar mi historia. Como yo, la mayoría de los que me rodeaban había sobrevivido escondidos en el campo, en los bosques, en casa de católicos y hasta en los mismos conventos cristianos; algunos hasta enseñaban los números de serie que los nazis les habían tatuado en el cuerpo… A todos nos costaba creer lo que decíamos, como si nuestro pasado no hubiera sido verdad. Y, lo más llamativo de todo, ninguno había vuelto a los lugares donde habíamos sufrido la guerra. Ni siquiera para honrar a nuestros muertos y así, quizá, con las calles como testigos, convencernos de que todo había sido verdad.

En mi juventud me pasaba algo extraordinario cada día, y sin embargo sentía que el tiempo transcurría con una lentitud inquebrantable. Luego, cuando alcanzamos cierta estabilidad y fuimos felices, los años comenzaron a escurrirse rápidamente, sin control, entre los viajes, los cumpleaños de mis nietos y la muerte de nuestros amigos. Todo pasaba tan de prisa que no acababa de entenderlo.

Alice había regresado de Francia y ahora había dado a luz a Verónica, la más pequeña de mis nietos. Desde entonces se habían radicado definitivamente en Buenos Aires. La fábrica continuaba en ascenso. Como sus hijos ya eran grandes, Teo había comenzado a viajar con Miriam por lugares recónditos, como la India, Oriente… en una búsqueda que no acaba nunca. Nosotros, en cambio, no necesitábamos buscar nada: nuestra vida estaba dividida entre Buenos Aires, París, Nueva York y Punta del Este. Familia, amigos y placer. Una vez al año, como tributo a nuestra memoria, viajábamos a Italia para encerrarnos en esa especie de máquina del tiempo que era Montecatini. Pero entonces Teo vino a casa para plantearnos otro viaje, un viaje muy especial.

Al parecer, uno de sus amigos, Mino Davidow, que era búlgaro, quería viajar a Bulgaria pero no se animaba a ir solo. Teo le propuso acompañarlo con la condición de que él lo acompañase a Polonia. Yo comenzaba a inquietarme. Al fin dijo: “Yo voy a ir con Mino a Polonia, pero si ustedes me acompañan va a ser un viaje distinto… mejor”. Edek y yo nos quedamos en silencio, como si Polonia nos resultara una palabra desconocida e incomprensible, dicha en una lengua muerta. Nunca habíamos hablado de volver allí, pero al mismo tiempo, cada uno a su modo, pensábamos en ella todos los días. Teo nos tranquilizó diciendo: “Piénsenlo, a mí me gustaría que me acompañaran”. Y se fue, dejándonos con una sensación desoladora.

Volver a Polonia, ¿a qué? Allí no quedaba nada mío. Además, mis amigos decían que Varsovia había cambiado con el comunismo, que la reconstrucción de la posguerra no la había favorecido y que los frentes de las casas habían perdido su esplendor.

A pesar de todo lo que habíamos sufrido en Polonia, no encontramos ninguna razón para rechazar el viaje. De pronto, tras cuarenta años de olvido, me emocionaba la idea de volver a Varsovia.

Viajamos en octubre de ese mismo año, 1987. Teo, Miriam, Mino y su mujer viajaron primero a Bulgaria y nosotros nos sumamos directamente en Varsovia. Bastante nos costaba enfrentar nuestro pasado como para exponernos al dolor ajeno. Al llegar, si no fuera por los carteles escritos en polaco, hubiera creído que nos habíamos confundido de aeropuerto. Las calles ni siquiera conservaban el color del pasado: los tonos opacos de las fachadas estalinistas lo confundían todo, incluso los árboles que, cenicientos, se alzaban al cielo como extraños.

Nada era como lo recordaba. Ni siquiera mi dolor. Me sentía desubicada, perseguida, como si los años sólo hubieran ocultado esa sensación de prófuga. Si alguien me miraba, me aferraba del brazo de Edek con fuerza. Nos dirigimos al hotel con fastidio, arrepentidos de haber hecho el viaje. Teo no tardó en darse cuenta: nuestra desilusión se volvía irritable y furiosa con cada uno de nuestros comentarios. Como un manto espeso, el rencor no nos permitió disfrutar nada de aquel primer día.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Al mirarme en el espejo recordé que estaba en Polonia. Como un acto reflejo me llevé una mano al cuello, buscando esas fotos que me habían acompañado en el escape y que ahora descansaban en un álbum de cuero en Buenos Aires junto con la herradura y las demás fotos. Mientras desayunábamos, Edek me dijo que Teo había alquilado un auto para llevarnos a recorrer Lublín, Lodz y las inmediaciones. Lo dijo con pesar, como si se viera comprometido a hacer el viaje.

Pero cuando salimos a la calle, algo, no puedo explicar qué, si fue el vuelo de un pájaro sobre la plaza o la sombra de aquellos maravillosos

árboles o el sol rebotando en las calles, algo de Varsovia se encargó de sepultar nuestros últimos rencores bajo la belleza de aquella ciudad donde habíamos conocido la vida, el amor y la muerte. Estaba excitada, confundida y emocionada, todo al mismo tiempo. A pesar del cansancio de mis brazos y las arrugas de mi rostro, me sentía llena de vitalidad, con las fuerzas necesarias para recuperar el tiempo perdido. Edek sonreía como un niño. “Ves, esos son los árboles más bellos de Europa”, le decía a Teo señalando el mismo castaño que había maldecido el día anterior.

A medida que el auto se alejaba de Varsovia para adentrarse en sus campos, podía revivir los viajes de mi infancia hacia Lodz para visitar a mi familia, y los largos meses que pasamos escondidos en el campo. De a ratos, Edek se ausentaba como perdido en un sopor, para luego decir: “Cuando nos escapamos del levantamiento pasamos una noche acá, en esa granja que se ve ahí… Acá estaba la fosa. Teo, ¿te conté la historia del hotel Polski?”. Se liberaba de sus recuerdos así, de manera espasmódica, excitado por contar pero eligiendo sólo aquellas anécdotas que no comprometían el secreto. Si bien Teo siempre había rehuido a las anécdotas del pasado, ahora nos miraba con ojos bien abiertos, como aquel niño que había sido, y con obsecuencia se limitaba a escuchar sólo lo que nosotros queríamos contarle. Pero nunca preguntaba nada, y Miriam observaba todo en silencio.

En Lodz les enseñamos el lugar donde habíamos vivido luego del final de la guerra. Teo no recordaba nada. Al pasar por la calle Piotrykowska, el fantasma de mi padre salió a mi encuentro. Hasta podía recordarme a mí misma caminando por esa misma calle, del brazo de mi madre. Me limité a decir: “Acá estaba la perfumería de papá”, y guardé para mí la vívida imagen de su cuerpo tendido en el suelo. También visitamos el cementerio, donde volví a arrodillarme delante de la tumba de mi padre como cuando era una niña y correteaba con Stefa por entre las lápidas, sin pensar que la muerte pudiera ser algo más que una excusa para nuevos juegos.

Durante cinco días recorrimos los lugares emblemáticos de la barbarie. Con pesar, visitamos Auschwitz y Birkenau, los barracones donde los judíos esperaban a ser gaseados. En aquellos lugares,

monumentos de nuestra desgracia, todos guardamos silencio.

De regreso a Varsovia nos detuvimos a caminar por los Jardines de Sajonia. En un momento en que nos quedamos solas, de pronto me oí preguntarle a Miriam: “Vos sabés que yo no soy la madre de Teo, ¿no?”. Miriam asintió. “Teo me lo contó la noche en que nos conocimos, y lo único que tengo que decirle es: gracias.” Comencé a llorar. “Por favor, no le digas a Edek que lo sabés”, dije. Ella me abrazó y cambió de tema.

El último día nos acercamos al cementerio para visitar la tumba de la madre de Edek. Mientras la buscábamos no podía dejar de pensar en mi hermana y todos aquellos que debían estar enterrados quién sabía dónde. “Yo me escapé del ghetto para enterrarla, sé que está acá”, gritaba Edek entre los pasillos de grana que separaban las tumbas cubiertas de pastos salvajes. Al fin, acabamos por pedirle al encargado del cementerio que él mismo buscase la tumba y la mantuviera limpia, todo a cambio de dinero. Nos alejamos del parque, en dirección a la calle Elektralna, donde perduraban las tiendas de libros de viejo. Todo estaba en su lugar, pero todo era distinto. Habíamos vuelto a casa, pero la habíamos encontrado vacía.

A nuestro regreso a Buenos Aires los nietos nos sometieron a un interrogatorio. Habían crecido demasiado como para conformarse con la misma anécdota de la perra Lalka. Ahora preguntaban por las fechas, por los lugares, por todo lo que habíamos hecho para sobrevivir. Nuestras respuestas eran perezosas, se detenían en detalles absurdos y ocultaban los datos precisos que comprometían la historia oficial. Si antes nos alcanzaba con cambiar de tema, ahora para evitar que nos descubrieran debíamos volver a inventar otras historias que siempre terminaban confundiéndolo todo. Acababa de regresar de Polonia y sin embargo no podía nombrar a mi hermana más que de pasada, deteniéndome en nimiedades. Ni siquiera había visto su tumba… de hecho ni sabía dónde y cómo había muerto. Necesitaba hacer algo para poder darle forma a ese nombre condenado al vacío.

Regresamos a Polonia con Alice y Eduardo unos años más tarde, y esta vez pudimos visitar la tumba de la madre de Edek. La contempló en silencio durante largo rato mientras yo recorría las demás tumbas con nombres y las fechas que hablaban de otros tiempos, de vecinos y amigos, de aquellos que no habían podido sobrevivir. Lentamente Polonia volvía a ser la tierra de mi infancia y de siempre.

Poco tiempo después, de regreso en Buenos Aires, Bozena nos llamó para decirnos que en el cementerio judío de Varsovia estaban construyendo un monumento a los niños del hospital Baumann y Bergson, asesinados en el ghetto. Ella misma había hecho colocar una placa con el nombre de sus padres… Sin dudarlo, mandamos a poner una placa por Edwarda, Boris, mi madre, los hermanos de Edek. Si no podíamos velar sus cuerpos, al menos intentaríamos honrar sus nombres.

En 1995, cincuenta años después del final de la guerra, decidimos ir por última vez a Polonia. Si el primer viaje con Teo había servido para vencer el miedo y la desconfianza que nos generaba aquel lugar, el viaje con Alice nos ayudó a saldar nuestros últimos rencores. El tercer viaje, en cambio, fue pura revancha. "Acá estamos, Polonia: sobrevivimos y volvimos con nuestros nietos." Pero ese no era el único motivo del viaje. Queríamos que nuestros nietos supieran de dónde habían salido sus abuelos. Si no toda la historia, al menos los lugares donde habían vivido y escapado de la muerte.

Andrea, que por entonces estaba embarazada de su primer hijo, fue la única que no pudo aceptar la invitación. Los demás estaban encantados. Incluso Oliver y Santiago se fueron juntos unos días antes para disfrutar su juventud en Europa. Ary, Ana, Verónica, Edek y yo partimos juntos de Buenos Aires y nos reunimos con ellos en París.

Elegimos las habitaciones de un lujoso hotel, y durante una semana sólo nos dedicamos a la gran vida. Edek y yo estábamos felices de reencontrarnos con los amigos, con los familiares que vivían en Francia en compañía de nuestros nietos. Podía ver en sus ojos la admiración que sentían por su abuelo. En un momento, mientras cenábamos con Henry Yibert, Edek señaló a Oliver y Ary y dijo: "Ellos dos trabajan en la fábrica, como su padre y su abuelo. Y los demás están estudiando". Estaba orgulloso, de su vida, de sus logros, pero sobre todo de lo que iba a dejar. Ninguno de sus esfuerzos había sido en vano.

Una tarde, todos bajamos al hall del hotel para recibir a Bozena. Por entonces vivía en París y trabajaba en la universidad como investigadora. La veíamos siempre que pasábamos por París. Esta vez también volvimos a abrazarnos, diciéndonos al oído frases cariñosas

en polaco. Los chicos la miraban con el respeto que exigía su leyenda: sabían que tiempo atrás aquella señora había sido una heroína judía entre los partisanos polacos. Aunque había envejecido, seguía conservando esa jovialidad en el habla y en los gestos. Después de saludarnos a Edek y a mí, se detuvo a mirar a los chicos: "Qué hermosos nietos", dijo en inglés para que todos entendieran su halago.

Nos dirigimos a un restaurante del centro de París. Si en otra época Bozena hubiera protestado por los placeres burgueses, ahora miraba la carta con detenimiento, eligiendo lo que iba a comer. La caída del muro de Berlín la había encontrado alejada del comunismo, y el acontecimiento le había producido sólo nostalgia.

Mientras almorzábamos, se encargó de preguntarle a cada uno de nuestros nietos a qué se dedicaba. Todos respondieron con timidez, con miedo de que a Bozena le resultase poco interesante lo que ellos tenían para contar. Sin embargo ella los escuchó atentamente y les hizo más preguntas. Como Edek y yo, Bozena evitó referirse a Teo y a los tiempos de la guerra. La conversación giró en torno al presente de todos, guardando los recuerdos del pasado para la intimidad del teléfono.

Yo no podía dejar de recordar la tarde en que nos unimos a la resistencia. Sin el aviso de Bozena, hubiésemos permanecido en lo de Ptaszynski y nos habrían sepultado las bombas. Pero aquella muchacha nos había rescatado, y gracias a su valor habíamos logrado escapar al levantamiento de Varsovia. Le debíamos mucho, aunque ella se encargara de decirles a nuestros nietos que Edek la había salvado en los tiempos del ghetto y que su hija se había convertido en bióloga gracias a nosotros. Su agradecimiento era sincero y excesivo, como todo en ella. Así volvimos a separarnos de Bozena. Entre abrazos, lágrimas y promesas dichas en polaco. Al día siguiente partimos en dirección a Polonia.

Al llegar a Varsovia, elegimos el hotel donde antiguamente se alojaban los condes polacos. Era el regreso soñado: vivos, con dinero, rodeados de nietos. Durante diez días paseamos por la vera del Vístula, atravesando los Jardines de Sajonia y las calles del antiguo

ghetto. De repente volvía a estar orgullosa de ser polaca y poder señalarles a mis nietos los lugares más bellos.

También recorrimos los campos de concentración, las cámaras de gas y el Museo de la Memoria. Una tarde bajamos a las alcantarillas por las que escapamos tras el levantamiento de Varsovia. Todo se había convertido en un gran monumento dedicado a honrar el dolor de las víctimas. De a ratos, incapaces de contener la emoción, les hablábamos de Bozena, la resistencia, de los nazis desesperados por el vodka… Nuestros nietos nos miraban incrédulos, les parecía imposible que dos ancianos como nosotros hubiéramos sido capaces de soportar todo eso. "Pero, abuelo, entonces vos sos un héroe", repetían Santiago y Oliver, asombrados. Claro que el secreto de Teo sometía nuestro relato a continuas elipsis y omisiones, pero todo era cierto: Teo había estado escondido en casa de unos católicos, nosotros habíamos luchado en la resistencia, habíamos vivido entre los nazis… aunque nos costara creerlo. Habíamos sobrevivido. Y Polonia seguía estando ahí, bella y arbolada como siempre, callando sus propios secretos.

Una tarde fuimos a visitar el cementerio donde habían colocado las plaquetas que recordaban a nuestros familiares. Sólo la conocíamos por fotos. En la lista de nombres que figuraban en la placa estaban Edwarda, mamá y todos los demás, pero yo sólo me detuve a mirar el nombre de mi hermana: "Edwarda Ostromogilska de Lewin. 1915-1944". De pronto sentí que debía contarles su historia a los hijos de Teo, decirles que aquel nombre en la placa de mármol era el de su abuela. Pero no podía hablar, algo más fuerte me provocaba un nudo en el estómago y me dejaba muda. Era la cara de Edek, sonriente, abrazado a sus nietos que lo admiraban como sólo se admira a los héroes. Él, que no tenía ningún deber familiar para con Teo, lo había criado sin pretender nada más que su cariño. Con el tiempo se había convencido de que era el padre, y ahora creía que sus nietos se parecían a él… ¿Qué derecho tenía yo a contar la verdad y arruinar su historia?

Cuando me quise dar cuenta, tenía lágrimas en los ojos. Ana me preguntó que me pasaba. Nerviosa, me excusé en los recuerdos de mi madre, de todos los muertos… No mentía: podía ver entre las tumbas

a mi hermana con Teo en brazos, dispuesta a entregarlo con tal de salvarle la vida. Edwarda no se había equivocado: yo había tenido la suerte de sobrevivir hasta los setenta y tres años. Había cuidado de Teo y él se había convertido en un gran hombre. Éramos una familia feliz. Allí donde estuviera, mi hermana debía sentirse orgullosa de nosotros. Pero… ¿qué había quedado de ella? Condenada por nuestro secreto, se había convertido en un nombre vacío de toda historia. Una víctima más del Holocausto. Su recuerdo, su vida, se habían ido diluyendo en el silencio de esa tumba que nadie iba a visitar. Una placa de mármol no bastaba para salvar su memoria. Alguien debía decirles a todos quién había sido la primera madre de Teo, cuánto lo había querido y cómo lo protegió. Quizá algún día, cuando la verdad dejase de lastimarnos, yo podría contar su historia.

Ese será mi kaddish por Edwarda.

Epílogo

Esta mañana Mira despierta temprano, se baña, se viste con ropas cómodas y controla que las cocineras tengan todo a punto para la hora señalada. Es un día tibio de marzo de 2005, y ahora Mira permanece sentada al sol, con la vista puesta en las flores de distintos colores que crecen en su balcón del barrio de Belgrano. No está nerviosa, ni siquiera hay ansiedad en su mirada, sólo nostalgia.

Esperó este momento durante más de medio siglo, y por eso ahora, poco menos de una hora antes de que aquello ocurra, experimenta una liviandad etérea, como si la sola decisión de contarlo hubiera bastado para liberar sus hombros, su pecho y su cabeza de esa pesada carga de silencios y mentiras que viene soportando desde la guerra.

No recuerda si tomó la decisión durante o después del velorio de su marido. Lo cierto es que nunca la hubiera tomado con él. No podía hacerle eso, se lo debía. Y no es porque su viudez la haya liberado, no, Mira extraña a Edek desde la mañana hasta la noche. Y lo extraña ahora, en este preciso momento en que contempla las flores.

De pronto oye el sonido del timbre. Ya comenzaron a llegar sus invitados. Antes de entrar al living para recibirlos, le dedica un último pensamiento a su marido, aquel hombre con el que compartió tantas cosas que podrían llenar varios pares de vidas. Por última vez se pregunta si Edek aprobaría su decisión, pero no logra saberlo.

Se detiene unos segundos frente a un collage de fotografías viejas que se encuentra sobre una de las paredes del escritorio. En ellas, retazos del pasado que no hizo falta esconder. El otro aflora en su recuerdo con una precisión que merece ser contada.

Al fin, una de las mucamas abre la puerta de entrada a las sonrisas de sus nietos. Llegan con sus respectivas parejas, y todos abrazan a Mira con más efusividad que otras veces. Al menos Mira tiene esa sensación, aunque cree que sólo debe ser eso: una sensación

provocada por todas las sensaciones que la embargan a ella. Cuando ve entrar a la hija de Teo siente que le tiemblan las piernas. Andrea dice:

—Hoy llamó papá, te manda un beso.

Mira asiente e inmediatamente intuye que Teo sabe lo que va a ocurrir. Entonces ese beso que él le envía desde un crucero en el Mediterráneo se convierte en la aprobación que ella necesita para hablar. Pero no va a hacerlo ahora. Prefiere disfrutar del almuerzo con la serenidad de lo conocido, y no quitarles el apetito a sus nietos con cosas que ellos no pueden arreglar.

Luego del postre, Mira pide a las mucamas que sirvan el café en el living, desconecten los teléfonos y se marchen un rato para que nada ni nadie interrumpa lo que ella tiene que decir. Poco a poco sus nietos y nietas van ocupando los sillones del living. Se preguntan unos a otros cómo andan sus hijos, los bisnietos de Mira, y bromean sobre trivialidades en voz baja, como si supieran lo que va a venir. Y lo saben. Desde la muerte de su marido, Mira se ha ido enterando de que todos sus nietos sabían que Edek y ella no eran los verdaderos padres de Teo. Teo se encargó de contárselo a sus propios hijos en el comedor de un hotel de Jerusalén hace ya más de veinte años. Los hijos de Alice se enteraron bastante después. Y si todos guardaron silencio delante de Mira y Edek no fue por desinterés, sino para no lastimarlos. Incluso los hijos de Teo, que podrían haberse visto intrigados por saber quiénes habían sido sus abuelos biológicos... Pero no fue así; tanto para ellos como para su padre, el amor que sentían por Edek y Mira fue más fuerte que su curiosidad por conocer el pasado. Mientras, ella había vivido convencida de haber logrado ocultar el secreto.

Pero todos saben.

Y todos callan.

A Mira eso ya no le importa. Ella quiere hablar porque lo necesita. Sus nietos la miran, expectantes. Santiago sujeta una filmadora en la mano; Ana tiene sobre las piernas un block de notas y una lapicera de color azul; Ary, Andrea y Oliver, los hijos de Teo, están callados, Andrea ya empezó a llorar.

Mira toma una silla, la arrastra por el living y se sienta frente a todos. Agitada por el esfuerzo y la emoción, dice con la voz entrecortada:

—Aprovechando que Teo está de viaje, quiero contarles algo.

Debe interrumpirse para recobrar el aliento. Se siente cansada, pero no se lo atribuye a sus ochenta y tres años sino a lo nerviosa que la pone la situación. Respira profundo y se acomoda en la silla. La luz que se filtra por la ventana se refleja en las botellitas de vidrio de su colección de perfumes. No recuerda cuándo comenzó a coleccionarlos, pero le gusta que esa luz que baña las botellitas refleje un arco iris en el techo, como ocurría en la perfumería de su padre.

Con los ojos cerrados, Mira intenta retener esa imagen en su recuerdo, pero son tantas las imágenes que le vienen a la mente que no se decide por ninguna.

—Ustedes saben una parte, pero yo quiero contarles todo —dice.

Sólo entonces Mira Ostromogilska abre sus ojos y comienza a contar una historia.

Esta historia.

Mira Ostromogilska en el mar, 1950.

Agradecimientos

A Mira Ostromogilska y Teo Erlich, y a través de ellos a las familias Erlich y Yoffe, por haberme confiado sus secretos y los extraordinarios sucesos que los convirtieron en sobrevivientes del Holocausto. Me queda la tristeza de que Mira no llegara a ver este, su libro, aunque espero que él sirva para que todos recordemos su nombre, su valentía y su grandeza. A mi amigo Ary Erlich, compañero de mil batallas gastronómicas, le agradezco que me permitiera contarle la historia de su propia familia. A Miriam Sansserri, informante clave, le doy las gracias por su generosidad. A Santiago Yoffe, por la bibliografía y el apoyo.

También quiero agradecer a Marta Kraves y Alejandra Cosovski, por su dedicación y sus valiosos comentarios. En especial a Alejandra, artífice en las sombras, porque estoy seguro de que sin su intervención y su confianza nunca hubiera dado con esta novela. A Ariana Vacchieri y a Lauri Golbert, que leyeron el manuscrito. A Ana Rapoport, correctora insobornable, paciente lectora y hermosa compañera, mi agradecimiento, mi amor y todo lo demás. Por último, una mención especial para Dante Parisi Rapoport, que pasó su primer año de vida sentado junto a mi escritorio, siempre sonriendo, justificándolo todo, y tuvo la delicadeza de esperar a que yo terminara de escribir para, recién entonces, saltar de su moisés y echarse a andar por toda la casa.

Foto familiar de Jacob Ostromogilsky (de pie, a la derecha) con sus hermanos y sus padres.

Edwarda Ostromogilska, Boris Lewin y Potok. Varsovia, 1938.

Teo Erlich, Varsovia, 1940.

Teo en brazos de Edwarda y de Boris. Varsovia, 1940.

Olek Konarski.

Mira sobre un avión nazi abandonado. Lodz, 1945.

Mira, Edek, una amiga y Teo. A la derecha, Kazik, el hijo de la señora Stempke. Lodz, 1945.

Reunión en casa de los Erlich, junto a los Szeps y otros sobrevivientes. Lodz, 1946.

Teo y otros niños sobrevivientes, en su clase de hebreo en el campo de refugiados. Alemania, 1947.

Mira y Alice. Alemania, 1947.

Mira y Edek. Alemania, 1947.

Mira, Edek y Teo. Alemania, 1947.

Mietek (izquierda) y Edek (derecha) Erlich. Alemania, 1947.

Los Erlich, los Szeps y otros amigos sobrevivientes. Alemania, 1947.

Teo Erlich y Jazio Szeps. Alemania, 1947.

Reunión con amigos sobrevivientes. París, 1949.

Mira, rumbo a la Costa Azul. Francia, 1950.

Mira Ostromogilska y Helena Szeps.Saint-Tropez, 1950.

Rita Hayworth. Mónaco, 1950.

Helena Szeps y Mira Ostromogilska. Montecarlo, 1950.

Mira y Edek. Montecarlo, 1950.

Mira y Alice. París, 1951.

Teo y Alice Erlich. Buenos Aires, 1953.

Alice. Mar del Plata, 1958.

Teo en el campus de la universidad. Canadá, 1958.

Teo en un taller textil. Canadá, 1958.

Mira, Edek y sus nietos. Buenos Aires, 1983.

Edek Erlich.

Placa recordatoria en homenaje a Boris, Edwarda y su madre. Cementerio Judío de Varsovia.

Cubierta
Portada
Nota del autor
Dedicatoria
Varsovia
El ghetto
El silencio
Kaddish
Epílogo
Agradecimientos
Imágenes
Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Parisi, Alejandro
El ghetto de las ocho puertas. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2013
(Narrativas)
EBook.

ISBN 978-950-07-4433-1

1. Narrativa Argentina. I. Título

Edición en formato digital: julio de 2013

ISBN 978-950-07-4433-1